

DOCTOR AUGUSTO ORREGO LUCO

Miembro Correspondiente de la Academia Española

BAX 1318

VIAJES LITERARIOS

O/c. 63/97.
Ocarriel
Hugo Peys g.

SANTIAGO

1935

VIAJES LITERARIOS

DOCTOR AUGUSTO ORREGO LUCO
Miembro Correspondiente de la Academia Española

VIAJES LITERARIOS

BAY 1318

SANTIAGO

1935

184404

EN ESTE LIBRO LOS AMIGOS Y ADMIRADORES DEL DOCTOR ORREGO HALLARAN RECUERDOS DE EUROPA. CON EL RECORRERAN, EN EL CENTRO DE FRANCIA, LA TIERRA DE JORGE SAND Y, MAS AL SUR, EL PAIS VASCO Y LA NAVARRA ESPAÑOLA. EN ITALIA LE ACOMPAÑARAN EN SU VISITA A LA ISLA DE CAPRI Y A POMPEYA. EN FRANCIA, NUEVAMENTE, VISITARAN, GUIADOS POR EL DOCTOR, LA REGION DEL LOIRA Y SUS MARAVILLOSOS CASTILLOS.—AL EDITAR ESTE LIBRO HEMOS QUERIDO RENDIR UN JUSTO HOMENAJE AL TALENTO LITERARIO DEL DOCTOR AUGUSTO ORREGO LUCO.

EN LA TIERRA DE JORGE SAND

7 de Junio 1930—Mañana alegre de primavera: de aire tibio y cielo azul. Vamos muy temprano a la plaza de la Concordia donde nos espera el auto-car que va a pasear por la tierra de Jorge Sand.

El auto-car es espléndido, es el más lujoso, más cómodo y más suave en que hasta ahora hemos rodado por los incomparables caminos de Francia. La excursión ha sido organizada por la Revista "Le Génie Français" y dirigida por Mme. Marguerite Chovinau, que con la más inteligente y afortunada previsión ha preparado todos los detalles para hacer más agradable y fácil el paseo.

Antes de salir de París vamos al N.º 11 de la calle de Bagneux donde nos espera Mme Aurora Lauth-Sand, la amable nieta de Jorge Sand, hija de Mauricio, viuda del pintor Lauth.

Nos recibe en un salón lleno de recuerdos, en que se respira el culto del pasado. El sofá, los sillones, la gran mesa de escritorio, las colgaduras de las ventanas, los tapices, todos los muebles han pertenecido a Jorge Sand.

También eran suyos los cuadros que adornan las paredes. Los retratos son casi todos retratos de familia.

Ahí está la visión fantástica y sombría de una noche de Sabat que ha sorprendido el pincel de Delacroix. Allí vemos el retrato del enérgico y risueño Mariscal de Saxe; el de su madre la hermosa Aurora de Kœnigsmark, y el de su hija Aurora de Saxe casada con Claudio Dupin de Francueil el fastuoso y opulento financista que hemos conocido en las "Confesiones" de Rousseau.

En los comienzos de su vida vagabunda Juan Jacobo estuvo al servicio de Dupin y vivió algún tiempo en su casa con la confiada intimidad con que vivían en esa época la servidumbre y los señores.

Ahí vemos el retrato de Mauricio Dupin, el hijo de Aurora de Saxe y el padre de Jorge Sand. ¿Hasta qué punto los sueños igualitarios que inflamaban el alma apasionada de Rousseau pudieron influir en el extraño matrimonio de Mauricio Dupin con la hermosa Sofía Delaborde, hija de un vendedor de pájaros de las orillas del Sena?

En su intransigente orgullo nobiliario Aurora de Saxe no podía tolerar que la sangre de reyes que llevaba en sus venas se mezclase con la sangre plebeya del bajo fondo social. Ese matrimonio fué una ruptura irreconciliable entre la madre y el hijo. Pasaron muchos años, ya Mauricio Dupin había muerto, cuando por primera vez Aurora de Saxe pudo estrechar entre sus brazos a su pequeña nieta, que iba a ser más tarde una de las grandes figuras de su siglo.

Domina desde lo alto de la sala el hermoso retrato de Jorge Sand pintado por Charpentier en 1839.

Jorge Sand aparece en esa tela como una hermosa mujer que ha pasado los treinta años, alta, esbelta, morena con una palidez aristocrática, con una fisonomía de

un óvalo alargado a que hacen marco dos espesos bucies de pelo negro, con flores prendidas a la española; brillan en su fisonomía grandes ojos negros, dolientes, soñadores, con una mirada intensa, larga, llena de profundidad y de ternura; la nariz recta es de líneas puras; la boca graciosa, de labios gruesos en que la vida parece haber dejado un gusto amargo. El fondo sombrío del retrato; el traje negro, el pelo oscuro, la fisonomía pálida y morena hacen resaltar la cruz de grandes cuentas blancas que cuelga sobre el pecho y que derrama sobre toda la figura la melancolía de un eterno desencanto.

Debajo de ese retrato de Jorge Sand vemos la figura de su amable nieta. Es una de esas figuras que conservan siempre un aire juvenil y fresco, una de esas figuras delicadas que no tienen edad. Su fisonomía tiene el óvalo alargado de su abuela también envuelto en una cabellera espesa, los mismos ojos soñadores, de una melancolía silenciosa y lejana, y la misma boca con un dejo de amargura. La nieta tiene con la abuela un parecido que visiblemente ella cultiva. Ahora es la viuda del pintor Lauth. No tiene hijos. Es la última flor de una familia que se extingue.

Saliendo de esa casa donde habíamos sido recibidos con la más gentil y elegante cortesía nos dirigimos a los suburbios de París y no tardamos en llegar al campo abierto. Vamos atravesando colinas suaves, boscosas; se divisan por todas partes **Villas** blancas en medio del follaje de los árboles, encontramos a los lados del camino **chalets** rodeados de jardines; nos sentimos envueltos en esa poesía indefinible, extraña y alegre del valle del Sena. El camino va a perderse entre las sombras de un bosque, y cuando sale del bosque sigue corriendo por un campo verde.

Vamos encontrando a orillas del camino, sobre las colinas o en las suaves hondonadas pequeñas aldeas cuyos nombres sonoros despiertan écos lejanos de los tiempos románticos: Sceaux, La Vallée aux Loups, La Croix de Berny, Antony. Todos esos nombres nos van sumergiendo suavemente en una atmósfera de evocación y de recuerdos. Por estos mismos caminos que vamos recorriendo, contemplando estos mismos paisajes y estos mismos horizontes, Jorge Sand que comenzaba entonces su carrera de escritor con tanto brillo y sentía las primeras sonrisas de la fortuna y las primeras caricias de la gloria, iba alegremente con algunos amigos a visitar a Latouche, en el verano de 1832. “Una especie de diligencia nos llevaba a Sceaux o Antony, es un delicioso paisaje el de esa Vallée aux Loups, es un asilo encantador esa aldea de Antony que Latouche había elegido para sepultar sus reflexiones con amor. Lo había tomado todo en cuenta, el aislamiento de la casa, la calidad del terreno para el huerto y hasta el nombre de las localidades vecinas. No habría podido soportar un lugar que se llamara Puteaux o Chatou. Se complacía en vivir en un lugar que se llamaba La Vallée aux Loups cerca de Fontenay aux Roses.”

Hay en ese risueño recuerdo de Jorge Sand una finura de observación que va hasta el fondo de la manera de sentir de los artistas y de las pequeñas sugerencias a que obedecen en su vida.

Ibamos de prisa y antes de mediodía llegábamos a Orleans. Atravesamos calles estrechas de la vieja población y fuimos a un apartado y tranquilo rincón de la ciudad, al “Auberge de la Montespan”.

La entrada del Auberge es soberbia. Un espacioso jardín rodeado de árboles y en el fondo de una larga perspectiva una construcción sencilla y noble. Es la casa se-

ñorial en que vivía Mme. de Montespan y que rodando los años es ahora una hospedería que explota los recuerdos y la belleza del lugar.

Detrás de la casa hay grupos de grandes árboles. Por encima de las copas más altas extiende sus ramas una haya enorme. (If). Entre esos árboles una gran terraza cubierta de jardines se extiende hasta las márgenes del Loira. Almorzamos a la sombra de los árboles en esa hermosa terraza. Desde ahí divisábamos un paisaje delicioso que la primavera cubría con su frágil encanto. Apoyados en la balaustrada que rodea la terraza contemplábamos más tarde ese paisaje: el río ancho, caudaloso, que pasaba lentamente al pie del escarpado malecón, las colinas que iban ondeando suavemente hasta perderse en la oscuridad del horizonte. Ahí se sentía la suave embriaguez de la tranquilidad y del silencio. Solo se oía el rumor de las aguas del Loira y en el cielo puro, diáfano, solo se veían asomar léjos, muy léjos pequeñas nubes oscuras.

Saliendo de Orleans pasamos sobre el Loira por un puente monumental, sostenido por quince grandes arca-
das. Ese puente es una mole de piedra, formidable y majestuosa.

Sigue el camino atravesando campos verdes y colinas bajas. Divisamos a lo léjos el sombrío castillo de La Source. Pasamos dominando desde cierta altura el **Olivet**, encantadora aldea. Una parte de la población está en las orillas del río y otra en las islas, en que se divisan las casitas blancas rodeadas de huertos y jardines.

Luego entramos en esa **Sologne**, cuyos pintorescos recuerdos salpican los romances campestres de Jorge Sand.

La Ferté - Saint Aubin, con su vieja iglesia y su castillo feudal rodeado de profundos fosos. Esa construcción

formidable y sombría es ahora un apacible Asilo de Huérfanos.

Pasamos delante de Chaumont y de la antigua iglesia de La Ferté Beauharnais; pasamos delante de una pequeña aldea que se extiende en las orillas pintorescas del Sauldu.

Mientras seguíamos nuestro camino distraídos con la variedad de los paisajes que dan un interés tan vivo a esa región el cielo se ha ido obscureciendo lentamente, nubes negras se van extendiendo, amontonando; se siente un calor pesado y esa extraña inmovilidad que precede la tormenta. Luego se oye el ruido sordo de truenos lejanos, que se van repitiendo a intervalos más aproximados; principian a caer grandes goterones y bruscamente se deja caer una tromba de agua que pasa como avalancha inundando el camino. La lluvia forma una cortina de agua tan espesa que no se puede ver a pocos pasos de distancia en ese camino inundado, resbaladizo y peligroso. Tuvimos que detenernos y aguardar a campo abierto que pase el furor de la tormenta.

La tempestad pasa, dejando el paisaje envuelto en una bruma de tristeza, que nos hace recordar los ojos de una mujer hermosa que acaba de secar sus lágrimas.

Subimos lentamente a la meseta desde donde se domina el valle del Indre y se divisa a Châteauroux.

Châteauroux es una antigua población feudal, en que se ven todavía las murallas que cerraban su recinto, los fosos de contorno y los puentes levadizos.

Encontramos la vieja población engalanada como en los días de sus grandes fiestas. Se ven por todas partes haces de banderas francesas, y atraviesan las calles guirnalda verdes con banderolas. En las entradas de la plaza vemos suspendidos grandes carteles: "Honneur aux Pro-

vinces". Las calles de ordinario silenciosas, solitarias, se ven ahora invadidas por una numerosa y animada concurrencia. Grandes grupos vestidos con los trajes pintorescos de las comarcas vecinas le dan un interés picante a ese concurso.

Hemos llegado en los momentos en que va a comenzar en Châteauroux la "Semana del Berry", las grandes ferias a que se invitan anualmente a las provincias vecinas, y a que ahora, por primera vez asisten delegados de Bretaña.

En la monotonía inalterable de la vida de provincia esta fiesta extraordinaria tiene la loca animación de un Carnaval. En la noche hubo un desfile con antorchas que recorrió las calles con música y faroles chinoscos. Pero todo en ese desfile era tan ordenado, tan correcto, y silencioso, tan poco espontáneo y natural que hacía pensar en un desfile que se dirige al Campo Santo.

El Castillo a cuya sombra se desarrolló la población tiene una doble fisonomía. Visto desde el río presenta la fisonomía sombría, amenazadora y formidable de una fortaleza medio-eval. Hay en sus líneas severas cierta distinción fría y grandiosa. Presenta en ese frente de piedra tres gruesas torres redondas en que solo se abren las troneras estrechas.

Por el lado del pueblo el Castillo presenta el aspecto amable y tranquilo del estilo gótico en la aurora del Renacimiento. Las ventanas están rodeadas de adornos finamente esculpidos y al lado de la grande entrada gótica sube la torrecilla de la escalera que alumbran coquetas ventanillas.

Tuvo ese Castillo una historia accidentada y misteriosa. Fué construido en el siglo XI por los señores de Deols sobre las ruinas de un antiguo torreón del siglo IV,

y fué de nuevo reconstruído en el siglo XV. En el transcurso de los años cambió de señores y de nombre. Al principio era el Castillo de Deols, más tarde el Château Raoul, que en el lenguaje del pueblo pasó a ser el Châteaux Roux.

La vida que se hacía en el Castillo era la vida fastuosa y galante de los señores feudales, vida de saraos, de festines, de torneos y cortes de amor. Pero la baronía de Châteauroux pasó a manos de Enrique de Borbón, príncipe de Condé, quien la dejó como herencia a su hijo, el Gran Condé. La vida del Castillo entonces se oscurece, se sumerge en una sombra silenciosa y llena de misterio. Durante 24 años ha vivido en este Castillo la mujer del Gran Condé en una soledad que parece un abandono. Aquí murió en 1694 y fué enterrada en la Iglesia de San Martín.

El hijo del Gran Condé vendió ese Castillo de penosos recuerdos a Luis XV, quien lo obsequió a la encantadora marquesa de Tourelles junto con el título de duquesa de Châteauroux, en 1743. Pasaron entonces los tiempos sombríos y volvió el castillo a recobrar la animación alegre de sus mejores días. Pero cuando apenas acababa de pasar un año de esa nueva primavera se murió la encantadora duquesita y volvió el Castillo al poder de la Corona, que lo destinó para servir de alojamiento a los "Fermiers Généraux" de la Provincia. En ese carácter vivió ahí Bertrand y en una sala del primer piso encontramos una plancha que recuerda que ahí nació en 1773 el General Bertrand. Después vino a habitar ese Castillo otro "fermier général" Claudio Dupin, casado con Aurora de Saxe, la abuela de Jorge Sand, que llevó en esas mismas salas una vida elegante, de lujo, de fiestas y de bailes.

En el tercer piso del Castillo los viajeros pueden visitar la sala del Gran Consejo cuyas murallas están adornadas con paisajes del Berry pintados por Maillón, por

Adam y otros artistas que han nacido o se han formado en el Berry.

Desde una ventana del Castillo divisamos en la plaza de Santa Elena la hermosa estatua del General Bertrand, obra de Raude, que lo ha representado trayendo a Francia la espada de Napoleón en Austerlitz y el testamento de Gran Emperador.

Esa estatua ha venido a reemplazar otra del mismo General esculpida por Marcheti que estaba antes en un parque y ahora se encuentra en la casa de Bertrand.

El General Bertrand es la figura que domina a Châteauroux con su recuerdo por la abnegación heroica con que acompañó a Napoleón en sus días de desgracia en Santa Elena. Ese homenaje a la lealtad caballeresca y generosa hace honor a los que han sabido tributarla.

En la plaza Nacional está la casa en que murió el General el 31 de Enero de 1844. Ahora es un museo en que se conservan objetos que han pertenecido a Napoleón: la espada que llevaba a Aboukir, la Cruz de la Legión de Honor, la lamparilla que lo alumbraba en sus noches en Santa Elena; un pañuelo de la Emperatriz Josefina, que guardaba como un recuerdo; banderas arrebatadas al enemigo en los campos de batalla; trajes de corte y de campaña.

Y en medio de esos trágicos recuerdos del Imperio encontramos una miniatura deliciosa que representa a Mademoiselle de La Vallière, y al lado un retrato jovial que representa a Rabelais. Irónicas vecindades de los Museos y de los Cementerios!

Saliendo del Castillo vamos por una callejuela estrecha y pendiente; una acequia pasa por el medio de la calzada pavimentada con gruesos guijarros. En el fondo de la callejuela se abre una arcada al pie de una torre cuadrada.

Esa torre fué en un tiempo la Prisión Señorial. La arcada que es la "Porte de la Vieille Prison" nos lleva a un largo y oscuro pasadizo que se abre en el patio de la torre. En ese patio, encima de una gran ventana muy baja, leemos esta inscripción grabada en la piedra: "Ecole Saint Cosme" 1748. Esa ventana alumbraba un sótano triste y lóbrego donde se enseñaba cirugía en los cadáveres y se practicaban operaciones en los vivos.

En una sala alta, encima de ese sótano, en una gran sala, que sirvió como escuela de dibujo en otro tiempo hay ahora una galería de pinturas.

El conservador del Museo, fué nuestro erudito guía en esa rápida excursión a Châteauroux, donde pasamos la noche.

8 DE JUNIO . DOMINGO DE PENTECOSTES.

Mañana de otoño en plena primavera, fría, grls, envuelta en brumas, y durante todo el día veremos el camino al traves de ese velo de tristeza. Sólo por momentos un rayo de luz fría hace que el paisaje salga sonriendo del misterio que lo envuelve.

Salimos luego de los contornos boscosos que rodean la vieja población y vamos por un camino que atraviesa colinas desiertas, pedregosas, en que solo crecen plantas bajas y pobres matorrales. El cielo gris, el horizonte velado por una bruma espesa se armonizan con ese paisaje triste y desolado.

El camino sigue por un dédalo de colinas desnudas y desiertas. Vamos subiendo hacia una llanura más alta. A orillas del camino no detenemos delante de una antigua posada, sitio histórico de las novelas de Jorge Sand, es el "Cabaret de la Mère Rebec" que se conserva todavía

como en los tiempos románticos de Germain y de Marie. Todavía se llama "Au Point du jour" y todavía dicen de él en la comarca "Belle enseigne mais pauvre gîte!" Todo se encuentra ahora como estaba hace un siglo en ese caserón cuadrado, de aspecto rústico, con sus grandes murallas blanqueadas, sus pequeñas ventanas con postigos groseros. Está intacta la gran sala, con las mesas de madera tosca y los escabeles de encina. En esa inmovilidad inalterable de las cosas casi no sorprendería mucho ver aparecer a "la gorda coja" - **la grosse boiteuse** - que venía a mostrarnos desde la ventana del Cabaret la hermosa vista del valle del Indre que se divisa desde esa altura y que es tan risueño, tan verde y tan fértil.

Nos dicen que en todo un siglo el único cambio que ha habido en ese Cabaret es el del techo, que antes era de paja y ahora es de tejas.

Ese Cabaret tiene el interés de un documento histórico que da vida real a las encantadoras fantasías del romance.

Desde ese Cabaret del "Point du Jour" sigue el camino por la "Vallée Noire", que la bruma de la mañana envuelve en un velo oscuro y misterioso. Luego llegamos a los bosques, a la región de los pantanos, de las grandes charcas. Es una región desolada y desierta, que la fantasía popular ha poblado de hadas, de fantasmas y trágicas leyendas en que Jorge Sand ha ido a buscar inspiración.

—"Si,—dice una vieja sorda delante de una de esas charcas—esta es "La Mare au Diable", es un lugar malo a que no debemos acercarnos sin arrojar tres piedras con la mano izquierda, haciendo la señal de la Cruz con la mano derecha. Con eso se alejan los espíritus. De otro modo les sucederá una desgracia a los que se acercan a la charca. Aquí se ahogó un niño hace mucho tiempo; para recordar el accidente plantaron una hermosa

Cruz; pero una noche de gran tempestad los espíritus malignos la botaron al agua. Todavía se puede ver una punta. Si alguien tiene la desgracia de detenerse aquí en la noche puede estar seguro que no saldrá antes del alba, podría andar doscientas leguas en el bosque y se encontraría siempre en el mismo sitio."

Esa es la leyenda que Jorge Sand ha explotado en su "Mare au Diable" en que cuenta con la más encantadora sencillez la historia de un amor humilde y tierno.

Con el recuerdo de ese romance entramos en el bosque en que seguimos largo trecho debajo de los árboles por esa tierra de pantanos sombría y solitaria.

Saliendo del bosque pasamos por Ardentes, pobre aldea en que hay una curiosa iglesia del siglo XII y los restos de una gran vía romana que prueba la grandeza de una posada que ha desaparecido en el olvido.

Cerca está el Manoir de "Les Beaux Messieurs de Bois Doré" cuya historia debió halagar profundamente el gusto literario de su tiempo. Es una historia de bandidos nobles, en cuya naturaleza se mezclan contradicciones monstruosas, en quienes se producen con la misma espontaneidad actos de una depravación grosera y sentimientos de una grandiosidad sublime.

No pudimos visitar por una circunstancia accidental ese Manoir en que ha desarrollado Jorge Sand una de sus novelas más llenas de interés y de belleza.

Encontramos en el camino la pequeña aldea de Cortray situada en una altura desde donde se domina la "Vallée Noire". Esa vista hermosa y triste es el principal atractivo de Cortray.

Más adelante encontramos el soberbio Castillo de la Motte Feuilly. Es un Castillo sombrío y siniestro. Defienden la entrada formidables torreones exagonales. Todo el

recinto está rodeado por espesas murallas y por un ancho foso. En uno de los torreones del Castillo se conserva un "Caballote de tortura".

El manoir de esos magníficos bandidos de Bois Doré nos trae un vago recuerdo del "Hernani" y este Castillo de la Motte Feuilly tan elegante y sombrío, con un aire de refinamiento y de crueldad nos trae el recuerdo de "Lucrecia de Borgia". En este Castillo se vino a encerrar Carlota d'Albret, la hermosa viuda de César Borgia. En la capilla de este Castillo está su tumba, 1521.

Más allá el camino sigue a lo largo de un ancho valle desierto y solitario. A lo lejos divisamos sobre una colina abrupta la pequeña población de Broussac que no alcanza a dos mil almas. Es una población pintoresca, rodeada de murallas, con un Castillo suspendido al borde de un precipicio escarpado. Nos interesa ese Castillo porque ahí, durante algún tiempo ha venido a refugiarse Jorge Sand y porque ahí ha escrito su encantadora "Juana".

Este Castillo—según ella nos cuenta—fué construido hacia 1400 por Juan de Brosse el famoso Mariscal de Brossac. "Es irregular gracioso y coqueto en su sencillez. Sin embargo sus murallas, tienen 10 pies de grueso, y desde que se pasa el dintel se encuentra en el interior el aire siniestro de todos esos grandes bandidos de la Edad Media, que vemos en nuestras provincias levantar sus cabezas soberbias en todas las alturas.

"Ese Castillo está la mitad en la aldea y la mitad en el campo. El patio y la fachada con blasones miran hacia la población, pero la otra fachada se hunde con la roca perpendicular que la sostiene, en el lecho de la Petite Creuse y domina un sitio admirable, el curso sinuoso del torrente encajonado entre las rocas, inmensos prados cubiertos de castaños, un vasto horizonte, una profundidad

que dá vértigos. El Castillo con sus fortificaciones cierra la población por ese lado. Las fortificaciones existen todavía.”

Esa pintura es todavía de una rigurosa exactitud. En el transcurso de un siglo solo pequeños detalles han variado. El antiguo patio que cerraba una reja de fierro es ahora una esplanada abierta en cuyo fondo se levanta una muralla de piedra, desnuda, muy alta, en que se abren dos puertas de entrada estrechas y bajas. Los escudos de armas que adornaban esas puertas han sido arrancados a cincel de la muralla.

Entramos por una de esas puertas a la gran sala de armas. En un costado de esa sala hay una enorme chimenea. En uno de los frentes dos grandes ventanas que se abren sobre el río que pasa como un torrente al pie de la muralla. En el techo se ven al descubierto vigas enormes. En un rincón de la sala se abre la entrada de una escalera de piedra que baja al sótano donde hay una puerta de escape que da al río. Cuando vivía en ese Castillo Jorge Sand esa gran sala servía de cocina.

En la otra puerta de entrada que hay al frente, una escalera de piedra lleva a una gran sala que servía de salón. “La más hermosa decoración de esa sala—dice Jorge Sand—eran sin duda esos curiosos tapices enigmáticos que se ven todavía en el Castillo de Brossac y que se supone fueron traídos del Oriente por Zizim y haber decorado la torre de Bourgneuf durante su largo cautiverio. Yo los creo de Aubusson. Es casi seguro que han distraído el tedio del ilustre infiel en su prisión y que después han vuelto al poder del que los había hecho fabricar **ad-hoc**, Pedro de Aubusson, señor de Brossac, gran maestre de Rhodes. Los trajes son de fines del siglo XV. Los cuadros

tejidos son obras maestras, y si no me engaño una página de historia muy curiosa.

“El resto del amoblado del gran salón estaba lejos de corresponder por su magnificencia a esos vestigios de su antiguo esplendor. Al pie de esos grandes tapices se arrastraban, por decirlo así, pequeños sillones de la moda del Imperio, parodia mezquina de las sillas curules de la antigua Roma. Algunos espejos con marco Luis XV adornaban la chimenea. Había entre ese mobiliario y el formidable torreón el contraste inevitable entre la nobleza de nuestros días tan débil y tan pobre y la situación de sus abuelos.”

Ahora la subprefectura de Brossac ocupa ese salón. Han desaparecido los tapices suntuosos, los muebles que recordaban el Imperio, todo lo que recordaba el arte y el pasado. Todo eso ha sido reemplazado por la mediocridad vulgar de una oficina: algunas sillas ligeras, una larga mesa ordinaria que cubre una carpeta verde y en la que se extiende un plano de toda la región. Todo ha cambiado, solo la ventana de esa sala desmantelada conserva el hermoso paisaje de otro tiempo.

En un costado de esa sala se abre la puerta de una escalera que nos lleva a la parte del Castillo que tiene más interés para nosotros, a la parte en que ha vivido Jorge Sand y que se conserva como cuando ella la ocupaba. Encontramos en esas piezas un mobiliario de ocasión, un amoblado de fortuna a que Jorge Sand ha dado el valor inapreciable de un recuerdo suyo.

Delante de la ventana hay una mesa ligera y una silla. Sobre esa mesa ella escribió en días muy oscuros su “Jeanne” que brilla como una joya en los recuerdos con que la aldea de Brossac se enorgullece.

Sentados al lado de esa mesa, al frente de la venta.

na, mirábamos el paisaje que ella tenía delante de su vista cuando escribía páginas de una emoción tan poética, tan conmovedora y tan profunda: ese paisaje tranquilo y triste, “ese gran prado en medio de las landas, donde yo me iba a pasear todos los días; nos sentíamos envueltos en la atmósfera que ella respiraba, atmósfera de silencio y soledad, en que solo se oía el rumor sordo del torrente que pasaba allá abajo, a una profundidad aterradora—“a une si effrayante profondeur”.

Nos sirvió como guía en esa interesante visita del Castillo el doctor N. un hombre amable y distinguido que hace honor a su noble profesión por su vasta cultura y valer intelectual.

Nos habló de las interesantes fiestas que se celebraron hace poco—en 1927—en honor del cincuentenario de Jorge Sand y para conmemorar a “Jeanne”. El 13 de Agosto a las 5 P. M. recepción solemne de Mme Aurora Lauth Sand, presidida por la Municipalidad de Brossac. A las 8 P. M. en el Teatro de Verdura, improvisado en la terraza del Castillo, un concierto de música y canciones, un poema de Emiliano Servoain en honor de Jorge Sand, música de Chopin, un intermedio dramático “Jeanne” representado por jóvenes de la localidad.

El 14 de Agosto excursión a Epinette, visita del **dolmen**, de la casita, la chaumière de Jeanne. “la pobre casita cubierta de musgo y plantas vagabundas”, donde se colocó una plancha conmemorativa. Después desfile de todos los personajes de la novela, en que figuraba “la bonne dame de Brossac, la Mme de Charvois con todas sus intrigas y su hija regordeta; Guillermo, Sir Arthur; Marsillat el abogado libertino; Rogost su cliente en los tribunales de Justicia; y ese grupo encantador de Jeanne, Claudia y María **la mignonne chérie**.

Después del desfile, bailes y canciones de otro tiempo. Y en la noche iluminación de las calles y las casas de Brossac.

El alma de esas fiestas fué el doctor que mantiene vivo en esta región el culto literario y el recuerdo de Jorge Sand.

Almorzamos en Brossac donde fuimos atendidos como en un buen restaurant del boulevard.

Saliendo de Brossac vamos recorriendo el valle del Creuse. El rio sigue un curso sinuoso entre colinas bajas. El paisaje es de una poesía desolada, de una dulzura melancólica.

Vamos caminando por tierras pobres, pedregosas, de una aridez triste. Pasamos al pie de las colinas más altas que llaman le Mont Berlot. Sobre esa colina están las famosas "pierres jumelles" los menhirs, los dolmen de los antiguos galos en que hacían a sus dioses sacrificios humanos. Sobre esos altares monstruosos los druidas degollaban prisioneros y esclavos como ofrendas de su culto bárbaro. **Jo mather** significaba en el lenguaje de los antiguos galos, mutilar, hacer sangre, hacer sufrir a la víctima sobre la piedra expiatoria. Ha llamado la atención de los arqueólogos la simetría con que esos **Jo mather** están todos orientados hacia el Norte. Hay al lado de esos dolmenes un grupo de grandes rocas amontonadas formando una gruta misteriosa, que parece un santuario o un refugio de los druidas. Cerca de esa gruta una vertiente destila sus gotas de un agua fría y salada.

Pasamos al pie de esa colina y solo a la distancia pudimos divisar esas rocas siniestras que vienen a darnos testimonio del bárbaro culto de los druidas. La naturaleza había cubierto ese campo de sangre con un manto de flores silvestres, de flores amarillas de retamo—genêt—de

un perfume suave y penetrante. Una lluvia de oro parecía haber caído sobre esa tierra árida y pobre. A orillas del camino los retamos extendían sus ramas flexibles y parecían ofrecer sus flores doradas con un movimiento de abandono voluptuoso.

Seguimos por esa landa hermosa y pobre, de colinas que van ondeando suavemente hasta llegar a un oasis de verdura en la confluencia de dos ríos.

Ahí nos muestran al pasar la casita de campo en que vivió el poeta Mauricio Rollinat. La casita es de aspecto humilde y triste. Una muralla blanqueada con una cal amarillenta, ventanas desiguales que parecen adaptadas a las conveniencias de las piezas interiores. La pobre muralla no tiene más adorno que un hermoso feston de viña virgen que corre por todo el frente y cuelga delante de las ventanas como una cortina ligera y flotante.

Delante de la casita hay un pequeño jardín de flores silvestres, el "jardincito del cura de una aldea". Una palizada rústica separa ese jardincito del camino.

En la iglesia capilla de esa pobre aldea está el soberbio monumento que consagró Rodin a la memoria del poeta cuyo recuerdo ahora se ha perdido en el olvido. Y sin embargo tuvo horas de un brillo extraordinario, de un éxito y una boga incomparables. Apareció una tarde en los salones de Sarah Bernhardt como un desconocido en medio de un círculo de escritores, de artistas y poetas, recitó poesías de Beaudelaire y poesías suyas acompañándose con la melopea de una música suya, y de un golpe conquistó esa tarde el prestigio de un artista incomparable. Al día siguiente de Barbey d'Aurevilly y Wolf en sus críticas del "Figaro" proclamaron entusiasmados la aparición de un nuevo astro en el cielo del arte. Fué una boga

loca, una fascinación. Todo París se disputaba el honor de agasajarlo y de manifestarle su más viva admiración.

Rollinat sintió el vértigo de ese éxito y dejándose arrastrar por la corriente perturbadora de esos días fue a buscar en las disipaciones de una vida de bohemia la consagración suprema de su genio.

El secreto de su fascinación era debido al arte delicado con que recitaba sus poemas y sobre todo era debido al encanto de su voz; era una voz cálida, admirablemente dramática, cargada de emoción y sentimiento, una voz acariciadora, aterciopelada, con ese timbre suave y prolongado de las campanas de Westminster, una voz que daba las emociones del vértigo a los que la escuchaban, como decía Jorge Sand, que pudo oírlo muchas veces.

Pero todo ese encanto se deshizo en esa vida licenciosa, en esa febril persecución de placeres envenenados y ligeros. El poeta quemó sus alas en las llamas del alcohol. No tardó en sentir que se acercaba la sombra fría del fracaso. Ya no producía la recitación de sus versos el efecto impresionante que había producido en otro tiempo. Fué entonces a buscar un refugio en un rincón apartado y silencioso. Tuvo todavía la conmovedora compensación de los dioses caídos: una mujer joven y hermosa lo acompañó en sus días de desgracia, pero en medio de toda la ternura de sus consuelos generosos volvía la nostalgia de sus triunfos de París, el recuerdo amargo de la situación perdida, y esa nostalgia se iba haciendo con el tiempo más cruel y torturante hasta hacer que dos veces fracasara en su intento de suicidio. Alucinaciones sombrías, tremendos delirios pasaban por su vida en que solo quedaba una luz consoladora. Y un día también ese último consuelo se apagó. Murió en un ataque de hidrofobia, mordida por un

perro que ella acariciaba, esa mujer compasiva que fué la última sonrisa y la última caricia de su vida.

Un viento de locura lo precipitó entonces en el abismo tenebroso del delirio y fué a extinguirse en el Asilo de Ivry el 21 de Octubre de 1903.

Nos alejamos de esa casita melancólica en que agoniza un recuerdo.

El camino describe una larga curva al pie de una colina en cuya pendiente escarpada divisamos las ruinas del Castillo de Crozant. El Castillo aparece en esa altura envuelto en una bruma espesa que produce un efecto fantástico. Las ruinas del Castillo parecen suspendidas en el aire, flotando en el espacio y nos producen la impresión extraña de un miraje.

Seguimos el camino que va al márgen de las orillas del Creuse. Atravesamos una garganta estrecha, sombría y salvaje. Luego pasamos al lado de la represa de Eguzón, en que el agua cae de una altura de sesenta metros, produciendo al mismo tiempo el hermoso espectáculo de una cascada artificial y una enorme fuerza motriz. Esa cascada será la belleza y la fortuna de toda la comarca.

Utilizando esa fuerza se ha instalado a la orilla del río una gran fábrica de energía eléctrica que da luz y movimiento a toda la región.

Luego en el fondo de un vallecito estrecho divisamos medio escondido a Gargillesse. El campanario blanco de su iglesia asoma en el boscoso follaje de los árboles. El paisaje es delicioso y se comprende la fascinación con que ha atraído pintores y poetas. Hay una hospedería—"La Mère Chamblat"—que frecuentan los artistas y otra que tiene por enseña el nombre de Jorge Sand.

Corona la aldea las ruinas de una fortaleza en cuyo

recinto sobrevive en medio de escombros una vieja iglesia bizantina.

A orillas del camino, en uno de los rincones más áridos y tristes de la aldea vemos una casa de campesinos al borde del barranco. Es una casa vulgar, de un solo piso, con una muralla blanqueada en que se abren una ventana y una puerta. Encima del tejado, que tiene una fuerte inclinación, se abre una ventana de bohardilla. Una ancha escalera de piedra de mortero con balaustrada espesa y maciza sube a una pequeña terraza delante de la puerta. En esa casa de campesinos ha vivido Jorge Sand. Hasta hace poco conservaba todo su aspecto de vejez y de pobreza. Ya no queda en esa casa, desgraciadamente restaurada, más que la sombra de un recuerdo triste.

Pasando delante de esa casa nos asalta el recuerdo de otra casa de campesinos, también pobre y vulgar, que encontramos en un camino de montaña cerca de Caute-rets, en medio de un paisaje de una tristeza desolada y salvaje, al borde de un barranco oscuro. Era la casa en que la Reina Hortensia había venido a sepultar esas grandes tristezas que debían pasar desconocidas y en silencio.

El camino nos lleva a esa región boscosa en que asoma entre el follaje de los árboles la aldea de "Le Pin", eternamente envuelta en una atmósfera de tempestad. La vista de esa aldea es la realización más sombría y salvaje que ha pintado Delacroix.

Luego el camino sigue al otro lado del río, que atravesamos sobre un puente de fierro, muy alto y muy largo, el Pont Noir sostenido por gruesos machones.

Cerca del puente, en una graciosa curva del río Creuse se forma un remanso que llaman los campesinos "los baños de Jorge Sand". El sitio rodeado de grandes rocas tiene una grandeza misteriosa y salvaje. En una orilla las

rocas forman cavernas oscuras; en las bajas quedan a descubierto en el lecho del río algunas rocas con grandes excavaciones que llaman las "Calderas del Diablo" (Marmites). En esas calderas hierven las leyendas fatídicas.

En la orilla opuesta del río una pirámide de piedra blanca recuerda la triste historia de cuatro niños que murieron ahogados en ese sitio atraídos por la pérfida tranquilidad del remanso.

Jorge Sand recordando ese vallecito solitario y boscoso, escribía: "Ce jardin naturel qui s'étend sur les deux rives de la Creuse, c'est l'oasis du Barry. Nous sommes dès amoureux de la Creuse et quand nous avons trois jours de liberté, nous fuyons pour aller nous tremper dans ses petits flots mutins."

En las dos orillas del Creuse, en un vallecito abrigado está Argenton, que debe a las colinas que lo rodean la suavidad deliciosa de su clima que ha sido el secreto de su fortuna. Antiguo campamento romano fué en la Edad Media una de las fortalezas más poderosas de Francia. Tuvo el honor de ser considerada por Richelieu como un peligro amenazador y terrible, y la hizo dismantelar para sentirse tranquilo.

Desde lejos divisamos entre la bruma, el campanario de St. Benoist y la estatua colosal de la Virgen María que corona la capilla de la "Bonne Dame".

Entramos en Argenton por el Puente Viejo, enorme y pesada construcción de piedra. El Creuse pasa lentamente debajo de sus grandes arcadas y sigue con tranquila majestad su curso sinuoso, reflejando el fondo de las casas que se levantan sobre los malecones de su orilla. Dan un aspecto original y pintoresco las galerías suspendidas del fondo de esas casas. Escaleras de piedra al costado del malecón bajan desde las galerías hasta el río. Entre los

árboles de la orilla divisamos algunos álamos que nos traen un recuerdo de Italia y de la tierra.

Delante del puente leemos sobre una muralla, escrito con grandes caracteres: "Galleries d'Art"—"Au Vieux Pont." Es un salón en que se exhiben paisajes de las orillas del Creuse y del Bajo Berry.

Recorremos las calles estrechas de la pequeña población que apenas cuenta 6,000 almas. Sus callejuelas sinuosas, pavimentadas con guijarros, que tienen a sus lados casas viejas de una arquitectura sin adornos, murallas altas blanqueadas, desnudas; ventanas sin marcos, puertas de madera espesas tachonadas de grandes clavos para aumentar su fuerza y resistencia.

Al pasar por esas calles sentimos una impresión tranquila y triste, un aire de vejez. Nos alejamos en el antiguo hotel "Au Cheval Noir", donde debíamos pasar la noche.

Anoto al pasar que en la comida sirvieron en ese hotel un guiso de faisanes.

A dos kilómetros de Argenton se encuentran en medio de un bosquecillo las grutas prehistóricas "Cros de Malfro", grandes cavernas en que se han encontrado objetos curiosos que se han reunido ahora en un Museo.

A cuatro kilómetros está el dolmen de Thibamde, altar monstruoso de los druidas. Es una gran mesa de granito sostenida por dos grandes piedras verticales, en que los sacerdotes sacrificaban víctimas humanas.

9 DE JUNIO.—LUNES

Han pasado los nublados y hoy volvemos a tener un cielo azul de primavera, un cielo luminoso que da a la atmósfera una extraordinaria transparencia.

Saliendo de Argenton, el camino sube alegremente por encima de colinas cubiertas de viñedos.

Llegamos a la pequeña población de Neuvy St. Sepulcre—27,000 habitantes—donde vamos a visitar una célebre iglesia bizantina, que es, según dicen, una fiel reproducción del Santo Sepulcro de Jerusalem, y que recientemente ha sido declarado monumento histórico de Francia.

Por fuera, la iglesia es una enorme muralla circular, muralla de piedra desnuda, gris, oscurecida por los años. Tiene en su contorno como friso, una galería en que se abren unas al lado de otras, las arcadas de las ventanas.

Su entrada es una arcada romana, que tiene como adorno dos columnas planas aplicadas sobre el muro. A un lado de esa entrada una torre redonda en que se abren largos y delgados tragaluces. En esa torre sube una escalera interior de caracol.

El aspecto de esa extraña iglesia nos trae el recuerdo de las grandes tumbas de la campiña romana.

En el interior es una espaciosa rotunda bizantina. Gruesas columnas sostienen una galería en cuyas arcadas se apoya la bóveda de una enorme cúpula. Esa galería superior está rodeada de ventanas que inundan con su luz el interior del templo. El único adorno que hay en el contorno de esa galería son dos bajo-relieves que representan las cabezas de Jesús y de María.

En el interior de esa iglesia bizantina llena de luz, que tiene la alegría de los templos griegos, se abre una capilla de una sola nave. Es una capilla de aldea, oscura, pobre y triste. Es la antigua capilla de Saint Jacques—le majeur—muchas veces arruinada y reconstruida. Es la iglesia primitiva que después de muchos años de abandono ahora es cuidada como monumento histórico. Hay en esa ca-

pilla un gran Crucifijo y un hermoso cuadro de la Anunciación.

El cura de Neuvy que nos hace amablemente los honores de su iglesia, con una sonrisa de maliciosa ironía nos recuerda que los arqueólogos no han podido fijar la época en que ha sido construída.—“Yo, pobre cura de aldea,—nos agrega con una cara cubierta de humildad—sólo puedo creer que ha sido construída en diversas épocas”, y nos señalaba la curva redondeada y la curva ojival de las ventanas que muestran claramente el estilo de épocas distintas. “Yo creí también que había caído en ruinas si la piedad de los fieles y la escasa bolsa de los pobres curas no la hubieran salvado. Ahora han pasado los tiempos de esa gran tristeza; ahora esta iglesia es Monumento Histórico, y apenas aparece una ligera grieta, nos sobra el dinero para repararla”.

Mientras oía hablar a ese cura de una fisonomía espiritual y bondadosa, asomaba sonriendo en mi memoria el recuerdo de una traviesa observación de Jorge Sand. “Cuando se encuentra un sacerdote—decía en una de sus novelas—en una de semejantes Tebaidas, si es joven se puede estar seguro que es un heresiarca inteligente desgraciado por **el ordinario**, si es viejo es un ateo de costumbres escandalosas que sufre una expiación.

“Hay en estos dos casos una segunda hipótesis: es que su incapacidad no le permite intrigar en el mundo en provecho del clero. El hombre que Guillermo tenía a la vista no era sin embargo nada de eso. Era una naturaleza distinguida, un espíritu bastante cultivado, pero no había nacido intrigante y lo olvidaban en su destierro sin que él pensara en solicitar un clima más sano y una residencia menos salvaje.”

Tal vez el cura que hablaba con nosotros era como el cura que hablaba con Guillermo.

Hay en esa iglesia un relicario de la Preciosa Sangre, que contiene dos gotas de la sangre que derramó el Cristo en la Cruz. Ese relicario es objeto de grandes peregrinaciones religiosas.

¡Qué léjos estamos dentro de esta iglesia de la vida que nos rodea; nos sentimos al día siguiente de las Cruzadas!

Siguiendo nuestro camino en medio de colinas bajas y pequeños valles divisamos a lo léjos el soberbio Castillo de Sarzay. La distancia disimula los estragos del abandono y de los años, y desde léjos conserva su aspecto imponente y magnífico con sus cinco enormes torres rodeadas de murallas almenadas y sus anchos fosos. Pero acercándonos, ese Castillo formidable es un montón de ruinas y de escombros en que sólo queda la corteza de la antigua construcción.

Vamos por grandes campos cultivados en que el terreno ondea suavemente. Es una gran llanura verde en que la vida va a perderse en una línea oscura y lejana que cierra el horizonte.

Encontramos por el camino una carreta tirada por dos bueyes. Es una carreta tosca y pesada, con gruesas ruedas de madera como las que solíamos encontrar en los caminos de Chile.

Los chirridos que producen esas ruedas al girar por sobre el camino acompañan como música triste la marcha pesada del carretero que guía los bueyes con una larga picana. Los campesinos del Berry, que tienen el don de las expresiones pintorescas llaman a esos bueyes que envejecen juntos en el mismo trabajo, **los hermanos**.

“Les gens qui ne connaissent pas la campagne

taxaient de fable l'amitié du boeuf pour son camarade d'attelage. Qu'ils viennent voir—dirá Jorge Sand—au fond de l'étable un pauvre animal maigre, extenué, battant de sa queue inquiète ses flancs décharnés, soufflant avec effroi et dédain sur la nourriture qu'on lui présente; les yeux toujours tournés vers la porte, en grattant du pied la place vide a ses côtés; fleurant le joug et la chaîne que son compagnon a portées, et l'appellant sans cesse avec des déplorables mugissements. Le bouvier dira: "C'est une paire de boeufs perdue; son frère est mort et celui-la ne travaillera plus. Il faudrait pouvoir l'engraisser pour l'abattre, mais il ne veut plus manger et bientôt il sera mort de faim".

Comentando esa historia de los bueyes hermanos que nos ha contado Jorge Sand con tan conmovedora y viva sencillez nos encontramos en el pequeño y triste caserío de Nohant.

Nohant es menos que una aldea: unas cuantas viviendas, y una hermosa casa señorial que llaman "el Castillo"; pero a todo eso le da interés y lo ennoblece el recuerdo de Jorge Sand que ha vivido una gran parte de su vida, que ahí murió el 8 de Junio de 1876 y que ahí tiene su tumba.

La entrada del "Castillo" es noble y magestuosa. Detrás de la reja de la entrada se extiende una gran terraza cubierta de jardines y rodeada de árboles. Entre esos árboles hay dos grandes cedros que plantó Jorge Sand cuando nacieron sus hijos Mauricio y Solange.

En medio de esos jardines una fuente circular rodeada de flores y al fondo la Casa Señorial correcta y fría, con esa solemnidad tranquila y sobria de los tiempos de Luis XVI. Es un edificio de dos pisos con desvanes, sin más ornamentación que una cornisa arriba de la muralla y una ancha moldura que señala la separación de los dos

pisos. Las ventanas sin relieve tienen celosías verdes de madera. Una escalinata de anchas gradas da cierta dignidad ceremoniosa a la entrada de la casa.

Nos esperaba a la llegada una escena que puso en nuestra visita una nota de emoción y de ternura. Un grupo de músicos de aldea, de "Maîtres Sonneurs" como ella los llamaba, viene todos los años en el aniversario del día de su entierro a tocar al borde de su tumba las viejas canciones que en otro tiempo la encantaban. Es una conmovedora ceremonia que desde hace más de 50 años se viene repitiendo y que se inspira en un sentimiento de gratitud a la que había ennoblecido su arte ingenuo con el esplendor y la poesía de su pluma, y en un sentimiento de gratitud humilde y profunda a la "Bonne Dame de Nohant", que había sido el generoso amparo de toda la comarca.

El día en que llegamos a Nohant era el 9 de Junio, el aniversario del día en que Jorge Sand fué llevado al cementerio, y a la hora misma de la triste ceremonia los Maîtres Sonneurs habían tocado al borde de su tumba sus melancólicas y tiernas melodías. Hay en ese culto del recuerdo algo profundo y misterioso. ¿Quién va a oír en el campo de los muertos esas melodías desoladas? "Aux fêtes de son centenaire en 1904 - decía Jacques Lorrain en un artículo del Temps. - le ferblantier qui souda son cercueil vivait encore. Il lui envoya dans "la vie incon nue" une dizaine de vers d'une naïveté touchante". En el fondo del alma del pueblo está la creencia de que las sombras de los muertos nos ven, nos oyen, nos manifiestan a veces su presencia y que una cadena misteriosa y palpitable liga a los vivos con los muertos. . . ."

Cuenta Claudio Farrère que en Constantinopla todos los años celebraban los polacos una misa por el alma de Polonia asesinada por Rusia, Prusia y Europa y agrega

con un risueño escepticismo: "Nos parece que después de tantas plegarias la Polonia debía haber resucitado."

Y pocos años después la Polonia salía de su tumba. Si, hay algo misterioso y profundo en esa hermosa religión de los recuerdos.

A la entrada del Castillo los Maîtres Sonneurs nos esperaban para darnos el saludo de su aldea. Vestían su traje tradicional: una chaqueta de tela azul adornada con un gran lazo de cintas largas, flotantes, de colores vivos, prendido sobre el pecho, con un sombrero de fieltro negro, de anchas alas aplastadas. Tenían como instrumento la **vielle**, que es una especie de acordeón que hace funcionar un manubrio de organillo, y la cornamusa. El arte de esos músicos consiste en saber dar a las notas de esos instrumentos una suavidad y una dulzura delicada y en fundir esas notas en una melodía de una tristeza infinita.

Después de escuchar algunas de esas viejas canciones, bajo la impresión de esa música cargada de emoción y de recuerdos, entramos en la gran sala del vestíbulo de Nohant. En el fondo de esa sala una escalera de mármol lleva al piso superior. A la derecha del vestíbulo una puerta da entrada al salón que es una pieza espaciosa con veranas al jardín.

Desde que entramos en esa pieza nos sentimos envueltos en una atmósfera de recuerdos. Sobre la puerta de entrada está el retrato de Mauricio Dupin — el padre de Jorge Sand — con el fastuoso traje de ayudante de Murat: dolman blanco, galoneado, con botones dorados; pelliza blanca de terciopelo con piel negra.

En la misma muralla, haciendo juego, el retrato de Aurora de Saxe en traje de Diana. Entre esos dos retratos una escultura de marmol blanco representa a la hermosa Aurora de Kœnigsmark, madre del célebre Mariscal de

Saxe. Ese busto de líneas delicadas, de una deliciosa suavidad es una encantadora evocación.

En la muralla que da frente al jardín el retrato de Mauricio Sand cuando tenía 11 años. Encima de la chimenea el retrato del Mariscal de Saxe. A la derecha el retrato de Solange Sand. Adornan todavía las paredes de esa sala pequeños retratos de familia, algunas reproducciones de retratos al pastel de Jorge Sand, un grabado de Calamatta reproduciendo el retrato de Jorge Sand pintado por Delacroix.

En el salón todo el amoblado ha pertenecido a Jorge Sand. Un **chiffonnier**, un **cartonnier** llaman la atención por sus incrustaciones de nácar y marfil. Una arpa dorada en que han tocado la abuela Aurora de Saxe y ella misma cuando era niña. Un piano en que han tocado Listz y Chopín.

En medio de la sala está la gran mesa que ha pasado a ser un mueble histórico. Lo cubre la misma carpeta con que la cubría Jorge Sand que ha descrito esa mesa con una pluma encantadora y picante. "Es una mesa grande y fea. La fabricó Pierre Bonnier, el carpintero de la aldea hace unos veinte años - (escribo esto en 1850) - la hizo con un merisier del jardín. Es larga, oval, y tiene espacio para mucha gente. Tiene patas que dan risa y que solo podían salir de la cabeza de Pierre Bonnier, gran inventor de formas incómodas y escéntricas. Es una mesa que no seduce con sus apariencias, pero es una mesa sólida, fiel y honrada, que no ha querido ser "mesa giratoria", no habla, no escribe, pero no por eso deja de pensar; nos da a conocer el espíritu que la inspira y oculta su opinión. Si es un ser es un ser pasivo, una buena bestia de carga. Ha prestado pacientemente sus espaldas para muchas cosas, para escrituras locas o sátiras ingeniosas, para dibujos encantadores y caricaturas descabelladas, para copias de música, prosa

epistolar, versos burlescos, pelotas de lana y seda de todos colores para hacer bordados, decoraciones para un teatro de **marionnettes**, trajes **ad hoc**, partidas de ajedrez y.... qué sé yo!... para todo lo que se puede hacer en el campo, en familia, en medio de la charla durante las largas veladas del otoño y del invierno."

Al rededor de esa mesa se han sentado casi todas las personalidades más notables de las letras y el arte de ese tiempo y de casi todas nos ha dejado expresivas miniaturas bosquejadas con un pincel rápido y amable.

Balzac era un comensal frecuente de Nohant. "Il a passé—decía Jorge Sand—des semaines, des mois, des saisons a Yssoudun en Touraine ou chez moi en Berry". Discutía todas las cuestiones en medio de carcajadas de Titan en una perpetua improvisación de sus ideas. "Attaché je ne sais pourquoi a la cause du passé, il avait des goûts d'artiste et aimait les curiosités bien plus que le luxe...." Il avait pris un sobriquet dont il signait ses lettres et qui pour moi était passé en habitude: **Dorn Mar**.

Béranger, el alegre cancionero, que cubría todas sus tristezas con una máscara risueña. "Il paraît toujours gai... mais on le sent malheureux, roidi contre le temps qui marche et l'humanité qui avance... et c'est alors surtout qu'il me paraît très grand, car au sein de cette lutte contre toutes ses croyances perdues et toutes ses vives émotions il se cramponne á l'honneur, au désintéressement.

"Comprenez-vous, me disait-il un jour, le supplice d'un homme qui éprouve toujours le besoin de produire et qui ne produit plus rien qui le satisfasse?" Je lui parlais de l'ineffable jouissance d'abandonner sa personnalité et de s'oublier entièrement pour regarder la vie autour de soi, dans la nature expliquée par la science ou idéalisée dans les chefs-d'oeuvre d'art, et la suave récompense du poète

qui a beaucoup produit.—Pour savourer tout cela, répondit-il, il faut être poète encore et je ne le suis plus!”. Esa respuesta nos deja ver toda la amargura que había en el que daba tanto interés a sus divagaciones en el aire sobre materias que nunca había conocido, como una alegre mariposa rozaba la superficie de todas las cuestiones con sus alas ligeras, voltejeando en una improvisación espiritual.

Ahí comentaba Alfonso Karr los incidentes de la vida que pasa con la espiritualidad mordaz de sus “Guêpes” y la suave melancolía de la “Sombra de los tilos”. Jorge Sand decía de él “qu’il avait la poésie toute faite dans les yeux.”

Edmundo About que no podía ver más que el lado alegre y grotesco de las cosas. Ese hijo de Aristófanes oía sonar por todas partes los cascabeles de un loco Carnaval.

Teófilo Gautier, apasionado y entusiasta, escéptico y sensual, tejía en sus charlas ligeras una filigrana delicada, y deshojaba con una indiferencia de gran señor las más hermosas flores de su ingenio.

Dumas hijo, que llevó al Teatro con una audacia afortunada la discusión de las más ardientes cuestiones morales de su tiempo y purificó una atmósfera malsana con perfume de una inmensa piedad.

Gustavo Planche, espíritu fino, de una delicadeza exquisita, de un buen gusto literario esencialmente aristocrático era un hombre personalmente pesado, grosero, (mal traído) descuidado en su traje y en su higiene. Ese descuido había dado origen a anécdotas mordaces. Contaban que para darle las gracias por un artículo amable en que estudiaba una de las novelas de Jorge Sand ella le había mandado un paquete coquetamente envuelto en papeles de seda. Planche invitó a uno de sus amigos para comer juntos el dulce que le había obsequiado Jorge Sand. Cuando llegó la hora de los postres el invitado vió apare-

cer un hermoso pan de jabón que Gustavo Planche había creído un dulce perfumado. Gustavo tuvo el gusto de recibir esa broma alegremente y se contentó con decir sonriendo - "Ah! la gamine!".

El gran escritor ruso Tourguenef era otro de los comensales ilustres de Nohant, derramaba en sus escritos una poesía pálida y pavorosa, en que vagan los fantasmas de las estepas desoladas de su patria.

Fromentin, que a sus brillantes aptitudes de pintor unía escepcionales condiciones literarias, frecuentaba agradecido ese salón de Jorge Sand en que se había consagrado su fortuna de escritor. Fromentin era "l'homme errant qui aime passionnément le bleu" y que "va buscando por el mundo un cielo sin nubes y un desierto sin sombras". En Fromentin el talento del escritor y del pintor estaban a igual altura en un nivel muy elevado. En Jorge Sand como en Víctor Hugo, en Musset y en Loti también, esos dos talentos iban juntos, pero en condiciones muy diversas.

Frecuentaban tambien los salones de Nohant un grupo de pintores distinguidos. Encabezaba ese grupo Delacroix con su "masque orgueilleux et amer". Un gran crítico decía: "Nous devons a Delacroix les plus beaux tableaux de fleurs du XX siècle" y ese talento para pintar las flores lo había adquirido en Nohant. En una de las **Lettres d'un voyageur** dice Jorge Sand: "J'ai vu Delacroix essayer pour la première fois de peindre des fleurs".

Delacroix lo mismo que Charpentier nos ha dejado hermosos retratos de Jorge Sand. No discutimos el mérito de esas dos telas admirables, pero responden más a nuestra visión interior de la gran escritora el retrato de Bollach que la ha representado en plena juventud y el de Couture que la ha representado en plena gloria. En el del primero vemos una mujer hermosa y joven, de grandes ojos ne-

gros que derraman una llamarada ardiente sobre su figura morena.

En el retrato de Couture se siente la serenidad tranquila de la tarde. El tiempo ha suavizado los contornos, los años han blanqueado los cabellos y derramado sobre la fisonomía el velo de una inmensa bondad.

Delacroix nos ha dejado como recuerdo de sus visitas a Nohant el retrato de Jorge Sand, un soberbio retrato de Chopín, pálido, demacrado, destruido como un escuálido Cristo de Ribera, y un encantador paisaje del bosquecillo de Nohant.

Y entre esos artistas y escritores un grupo de músicos que han derramado por el mundo sus armonías: Meyerbeer, Chopín, Listz - y un grupo encantador de mujeres que ha embellecido el arte y la vida de su tiempo: la espléndida y soberbia Malibran; la suave María Dorval que fué "el árbitro de la elegancia" de su tiempo; la deliciosa Mme de Girardin, que era en el mundo literario el Vizconde de Delaunay y era en su vida una amable encarnación de la espontaneidad, la viveza y la alegría, que derramaba sobre su charla el encanto de su sonrisa y el perfume de su gracia.

En ese grupo aparecía la Comtèsse d'Agoult, figura hermosa y noble que nos ha dejado en sus **Souvenirs** un retrato de Jorge Sand como ella la conoció, cuando no había sido transfigurada todavía por el prestigio de sus grandes triunfos literarios, cuando vivía en una oscura buhardilla y se vestía como hombre para tener más libertad y menores gastos. "Mme Sand—decía en sus Souvenirs—était d'une très petite taille et paraissait plus petite encore sous les vêtements d'homme qu'elle portait avec aisance et non sans une certaine grâce de jeunesse virile. Ni le développement du buste, ni la saillie des hanches ne trahissaient en elle le sexe féminin. La redingote de ve-

lours noir, qui lui serrait la taille, les bottes a talons qui chaussaient son petit pied très cambré, la cravate qui serrait son cou rond et plein, son chapeau masculin, quand elle le portait cavalièrement sur les touffes épaisses de sa chevelure courte, ondulée ne genaient en rien ni la liberté de son allure, ni la franchise de son maintien qui donnait l'idée d'une force tranquille. Sa tête d'un galbe très pur était de proportion plus grande, plus belle, plus noble que son corps. Son oeil, noir come sa chevelure, avait dans sa beauté quelque chose de très puissant ne laissait rien pénétrer, un calme qu'inquiétait. Le front était bien modelé, ni trop haut ni trop bas. Le bas du visage ne correspondait pas a la noblesse du haut".

Al rededor de esa mesa se han sentado Buloz y todos sus compañeros de la **Revue des Deux Mondes** todos sus amigos de la prensa parisina, todos menos uno, menos Latouche el desinteresado y noble apoyo de los difíciles comienzos de su vida de escritor. Fué su primer guía literario, y espiritualmente ella decía que "Latouche enseignait tout ce qu'il ne faut pas faire, sans arriver a dire ce qu'il faut faire". El festivo y ligero fundador del **Figaro** había caído en la más feroz misantropía y a las invitaciones afectuosas de Jorge Sand contestaba siempre con una excusa risueña. "Allez profaner—le decía en una de esas cartas evasivas—allez discuter sur l'esthétique. Vous dispersez les oiseaux, vous faites envoler les amours, vous attachez le plomb de la douane littéraire aux dentelles de la fantaisie." Y se quedaba triste y sombrío en su rincón solitario.

Al lado de ese salón está el **boudoir** con los muebles y los cuadros del tiempo de Jorge Sand. Las ventanas que se abren al jardín son el lujo de esa sala a que grandes árboles dan su sombra trémula. En las noches de verano se oye desde esas ventanas el canto del ruiseñor en el bos-

quecillo y en el día reina el vuelo alegre de los pájaros que tienen sus nidos en la enramada. En esta sala y delante de esas ventanas escribió Jorge Sand sus primeros ensayos literarios.

Volviendo al vestíbulo, por una puerta que está frente a la entrada del salón, penetramos en un pasadizo oscuro, que tiene el piso y las paredes imitando mármol gris.

Por ese pasadizo sombrío vamos a una gran sala luminosa. Es el Teatro de Nohant. En el fondo de la sala está el proscenio, adornado todavía con las decoraciones que sirvieron en la última representación. En ese pequeño escenario ha cantado la Malibran, ha representado María Dorval y ha representado Jorge Sand sus propias comedias.

Delante de ese proscenio algunas sillas que ocupaba el auditorio de esas fiestas regias.

En un costado de la sala hay un pequeño escenario de **Marionnettes** y al fondo de ese Teatro Guignol en un armario se guardan centenares de muñecas esculpidas y pintadas por Mauricio Sand y muchas vestidas por la misma Jorge Sand.

Al lado del Teatro se encuentra la cocina, espaciosa, con las vigas salientes ennegrecidas por el humo. Una gran mesa de cocina rodeada de bancos. Adornan las paredes una reluciente batería de cobre y domina la sala una enorme cocina de fierro. En la despensa están todavía los tarros y canastos que se usaban para guardar las provisiones de la casa.

Volviendo al vestíbulo subimos por la escalera de mármol que adorna una elegante balaustrada de fierro forjado. En los descansos de esa escalera hay dos hermosos bustos de mármol: de la Malibran y de Jorge Sand.

En el primer piso nos encontramos en un largo corredor en que se abren las habitaciones a ambos lados.

Entramos en el departamento que ocupaba Jorge Sand en los últimos años de su vida y en que todo se conserva con el respeto más escrupuloso. El departamento se componía de una piecesita de entrada, una biblioteca, un escritorio, un dormitorio y una pieza de toilette. Las piezas son pequeñas, alegres, llenas de luz con ventanas que se abren al jardín.

El dormitorio tiene las paredes cubiertas con un em-papelado azul con grandes flores blancas. Las colgaduras de la cama, las cortinas de las ventanas y una portière de la pieza de toilette son de una cretona que tiene el mismo fondo azul y las mismas flores blancas. Adornan las paredes pequeños cuadros y retratos de familia. La cama tiene la forma de una **cuja** antigua. Las sábanas, los cobertores, los almohadones todo en esa cama está arreglado como ella lo tenía. Un pequeño velador, una cómoda con un florero de porcelana de la China, una chimenea de mármol algunas sillas y pequeños tapices del Oriente forman el mobiliario artístico y sencillo de esa pieza.

La biblioteca es una sala pequeña, rodeada de una estantería baja, llena de libros cuidadosamente ordenados con esa escrupulosidad meticulosa de una biblioteca de mujer. Asoman en los libros las pequeñas señales de papel con que ella marcaba sus lecturas. En algunos estantes hay una colección de minerales y de piedras para estudiar la geología que fué un estudio de moda en aquel tiempo. En medio de la pieza hay una mesa larga cubierta por una alfombra oscura sobre la que han quedado algunos libros.

El escritorio es la más pequeña, la más íntima de las tres piezas. Un pequeño escritorio apoyado en la pared, algunas sillas ligeras y una mesita pequeña frente a la ventana. En esa mesa escribía Jorge Sand, es ahí donde hacía su trabajo incesante, infatigable, mirando desde esa ventana un cielo luminoso y un paisaje de líneas suaves, que

como ella decía es el rincón más hermoso, más triste y más desierto de su tierra.

Frente al departamento que ocupaba Jorge Sand está la puerta del "Cuarto de las Mariposas", donde Mauricio Sand había reunido su enorme colección.

En los desvanes estaba el taller de pintura donde Mauricio fabricaba las decoraciones del Teatro y los muñecos del Guignol.

La impresión con que salimos no era la de haber visitado una casa abandonada, sino una casa que espera, que se prepara para recibir al que ha salido y va a volver, pero..... el agua que ha pasado no vuelve nunca al molino!

Cuando bajamos al jardín que hay a espaldas del "Château", nos sorprenden dos cascadas de hojas verdes que desde mucha altura caen hasta el suelo; son dos fresnos llorones - *hêtres* - parecidos a los sauces, pero de ramas más largas y hojas más grandes.

Penetrando en ese bosquecillo seguimos un camino que árboles muy grandes cubren con la sombra del follaje. Llegamos a un rincón solitario paisaje de amable intimidad en que nos dice: "este es el camino en que Jorge Sand venía a pasearse en los días tristes, oscuros, inciertos en que se resolvió a salir de Nohant para ir a París." Hay una armonía entre ese sitio y el dolor mudo que se encierra en el noble orgullo del silencio; ese dolor que ignora—como ella ha dicho—"el arte ridículo de lamentarse". La soledad de ese sitio se armoniza con la soledad del que siente que su vida se apaga estérilmente por la falta de un alimento noble. En esa hora de incertidumbre ella se siente como una hoja en la tempestad.

En el cuadrito de Delacroix reconocemos ese rincón del bosque de Nohant que ha tenido tanta influencia en el destino de una mujer y en la literatura del siglo XIX.

En un artículo que ella ha consagrado al recuerdo agradecido de Latouche, nos descubre el fondo oscuro, amargo y triste de esas horas de su vida. "Poco después de la revolución de 1830 vine a París en busca de una ocupación, no lucrativa sino suficiente. Quería un trabajo que me permitiera quedarme en casa y vacilaba entre la pintura de flores en abanicos, o hacer retratos de 15 francos y las ocupaciones literarias. Mis pinturas exigían mucho tiempo y no tenían tanto éxito como las **calcomanías**; por 5 francos hacían retratos más parecidos que los míos. Habría podido—como tantos otros—dar lecciones para enseñar lo que no sabía. Me decidí por las letras y fui a pedir consejo a mi compatrota Mr. Latouche."

Una mañana fría y brumosa salió Jorge Sand de ese rincón tranquilo y sombrío para seguir por el camino hermoso y triste que la llevó a la gloria.

En el fondo del bosquecillo está el Cementerio del Castillo que una muralla baja apenas separa del Cementerio de la aldea.

Dos estelas de marmol blanco señalan el sitio en que fueron sepultados el padre y la abuela de Jorge Sand. Al lado está la tumba de Jorge Sand. Es un grande y severo féretro de piedra gris de Auvèrnia. El musgo ha estendido sobre ese féretro su manto de terciopelo verde. La tumba de su madre, Sofía Delaborde, que había sido sepultada en París vino a dormir su sueño eterno al lado de la irreconciliable y orgullosa Aurora de Saxe.

Sobre todas esas tumbas extiende su sombra trémula y ligera una haya enorme.

Una emoción profunda y melancólica nos dominaba al salir de ese fúnebre rincón y esa emoción se acentúa más todavía cuando oímos a los "Maîtres Sonneurs" que nos tocaban la Canción de Adios, de sus montañas, tan triste, tan sombría y tan salvaje como sus bosques y como sus

quebradas. El eco de esas notas tan llenas de ternura y de tristeza fué la última impresión de esa visita a la casa en que había vivido Jorge Sand.

Al lado del Castillo está la Iglesia de la aldea. Es una capilla triste y pobre, que en su pobreza misma tiene algo de original e interesante.

El pórtico es un galpón con un techo muy inclinado, cerrado por los lados y casi completamente abierto por el frente. En el fondo se abre la puerta que dá entrada a la capilla.

La muralla exterior está blanqueada y a cierta altura se abren ventanas pequeñas. El campanario es una pequeña torre cuadrada, baja, cubierta con un techo cónico.

Pasando el umbral nos sorprende encontrar en el interior de esa capilla una ornamentación inesperada. En la muralla del fondo hay una gran arcada baja y profunda. Debajo de esa arcada está la mesa de un altar. La luz se concentra debajo de esa arcada y envuelve en un resplandor fantástico y extraño la imagen que está sobre el altar. A los lados de esa gran arcada hay dos altares con imágenes que se destacan sobre un fondo oscuro. Encima de la gran arcada y de los altares laterales cubren la muralla curiosos frescos del siglo XII maltratados por los años. En un costado de la capilla hay un púlpito de madera ricamente tallado. El techo es plano y el piso está cubierto con grandes baldosas de piedra.

Esa pobre capilla llena de vejez y de pasado despierta una emoción indefinible de tristeza y soledad.

A pocos kilómetros de Nohant, por un camino suave y pintoresco llegamos a la pequeña población de La Châtre "ou le public est plus malin et plus flanneur que partout ailleurs". Al pasar divisamos entre el follaje verde de un parquecito, el mármol blanco en que el escultor Aimé Nullet ha representado a Jorge Sand dominadora y pen-

sativa, en la misma actitud que tiene en el foyer de la Comedia Francesa, donde ha sido colocada frente a frente de la estatua de Voltaire que es el más alto representante de la literatura del siglo XVIII y Jorge Sand que es la más hermosa encarnación de la literarura poderosa y noble de su tiempo.

Hacia contraste con la melancolía de Nohant la alegría de las fiestas berrichonas que volvemos a encontrar en La Châtre. Anuncios ruidosos en las calles de la pequeña población, bocinas de los autos, gritos de los vendedores, vocerío de una multitud en que a los habitantes engalanados de la aldea se mezclaban los que de todas las regiones vecinas venían a la feria.

Cuando llegamos al hotel concluía un banquete de los delegados bretones que vestían su pintoresco traje regional. Los invitamos a beber por la prosperidad y el porvenir de la Bretaña y para contestar esa amable invitación una viejecita que parecía presidirlos, les pidió que nos cantaran una de las canciones bretonas. Un grupo de hombres se puso de pié formando círculo y cantó en coro con voz sonora y vibrante en armonía con el eterno rumor de las orillas del mar. Esa canción bretona tenía como casi todas ellas el ritmo cadencioso de las olas.

Después de almorzar en La Châtre tomamos el camino de la vuelta a París pasando por Bourges.

Nos atraía su fisonomía histórica tan austera, tan silenciosa y somnolienta, con sus magníficos monumentos, sus grandes jardines desiertos y su soberbia Catedral que se levanta en el centro de la ciudad, a donde nos lleva cualquier calle que tomemos. Esa Catedral es en su género una maravilla, construída en el siglo XIV, en los días del mayor esplendor del arte gótico. Es más grande que Nôtre Dame de París y su torre se divisa a 40 kilómetros

de distancia sobre la colina boscosa en que se encuentra la ciudad.

La Catedral es considerada como el más hermoso monumento gótico de Francia.

El pórtico es grandioso. Tiene cinco entradas ogivales profundas, que corresponden a las cinco naves interiores de la Iglesia. La entrada central tiene en su tímpano una escultura de piedra de una extraordinaria delicadeza de ejecución en los detalles. Simboliza el "Juicio Final". A un lado de Jesús—que ocupa el centro—se vé el sereno desfile de los buenos que van al Paraíso, y al otro lado los condenados van cayendo precipitadamente al Infierno, donde los demonios los arrojan en grandes calderas de donde los sacan con largos tridentes para entregarlos a una enorme rana que los devora. Hay lujo de verdad en las actitudes de todas las figuras y en el estudio con que han sido tratados todos los detalles.

Las arcadas de esos pórticos estaban adornadas con estatuas de piedra colocadas en los nichos; muchas han desaparecido dejando los nichos vacíos, y alguna de las que quedan han sido brutalmente decapitadas.

A los lados de ese pórtico suntuoso se levantan dos torres. La de la derecha, que amenazaba caer en ruinas ha sido flanqueada por una construcción cuadrada que no tiene la gracia elegante de la otra torre que sube a la altura de 68 metros.

El interior es de una grandiosidad imponente y majestuosa. En medio de ese bosque de columnas, que forman las cinco naves de la Iglesia, llega necesariamente apagada la luz que pasa por los grandes vitraux de las ventanas y el templo queda envuelto en esa suave penumbra de ensueño, de recogimiento y de misterio, que es el encanto de los templos góticos. La altura enorme de la bóveda hace más viva la impresión de esa penumbra. En la

nave central la bóveda se pierde en la oscuridad y las columnas que la sostienen parecen subir indefinidamente en el espacio.

Las naves laterales que son las partes más alumbradas de la Iglesia, están rodeadas de capillas en que hay imágenes esculpidas y grandes telas de valor. En una de esas capillas—la del Sacré Cœur—hay dos famosos gobelinos: la “Curación del Leproso” y la “Muerte de Ananias”, que todavía conservan un colorido de una frescura admirable. Está también en esa Iglesia la tumba del duque Juan, que es una obra maestra de escultura.

En las calles de Bourges a cada paso encontramos edificios de una hermosa y noble arquitectura que dan a esas calles silenciosas y dormidas el interés pintoresco de un cuadro de la Edad Media.

En esa ciudad mística, en que se respira una atmósfera medio-eval, supersticiosa y magnífica, que todo lo cubría con el manto de una piadosa devoción, en esa ciudad han nacido Bourdaloue, Luis XI y Jacques Goeur, cuyo recuerdo palpita en toda la ciudad.

Jacques Goeur es una de las figuras más notables y representativas de su tiempo. Era hijo de un honrado peletero, que no tardó mucho en sentirse estrecho y comprimido en el pequeño negocio de su padre y siguiendo los impulsos de su poderosa iniciativa fué a buscar fortuna en el comercio del Oriente. Abrió **Comptoirs**, armó una flota de buques mercantes, organizó en una escala tan vasta sus negocios que ese hombre solo llegó a ser un poderoso rival de Génova y Venecia.

Carlos VII que se veía arrastrado al abismo por una desastrosa crisis económica recurrió a la experiencia afortunada de Jacques Goeur. Lo nombró Maitre des Monnaies y puso en sus manos el tesoro real. Jacques Goeur correspondió a las esperanzas que había despertado y consiguió

poner a flote las finanzas del Estado y salvar a la Francia de un desastre.

Pero a la sombra de una gran fortuna brotan las rivalidades y los odios envidiosos. Sus enemigos lo acusaron de haber envenenado a la hermosa Inés Sorel. En 1450 lo tomaron preso y lo hicieron condenar por el crimen de lesa - majestad, fueron confiscados sus bienes que alcanzaban a 7 millones de nuestra moneda y seis años después - en 1456 -- fué a morir a la isla de Ohio desterrado.

Carlos VII en la desleal pusilanimidad de carácter que había permitido que Juana de Arco fuese arrojada en una hoguera dejó también que fuera envuelto en una infame acusación el que había salvado a la Francia de un desastre. Luis XI reabrió el proceso y rehabilitó más tarde su memoria.

En una plazoleta encontramos una hermosa estatua de Jacques Goeur, en cuyo pedestal se leen inesperadas inscripciones: "En bouche close n'entre mouche"—"Dire, faire de même"—"A vaillants cœurs rien d'impossible". Esos aforismos de honradez y buen sentido son un reflejo del hermoso carácter de Jacques Goeur.

En otra plaza está la sombría figura de Luis XI, que ha vulgarizado el vivo contraste de las pequeñeces y grandezas que formaron su carácter. La atmósfera de superstición y de silencio que se respira en Bourges es singularmente apropiada para un monumento de Luis XI.

Bourdaloue ha pasado sin dejar ningún recuerdo en su ciudad natal; ha desaparecido junto con el eco de su voz poderosa y elocuente.

Bourges es una de las ciudades más evocadoras del pasado que hay en Francia. Recorriendo sus calles de un aspecto tan noble y tan severo nos sentíamos transportados a un pintoresco rincón de la Edad Media. Los anchos boulevares de la nueva población que rodea a Bourges la

envuelve en una cintura de renovación y de progreso, que hace más viva la impresión de una época lejana que despierta la vieja población.

Jorge Sand en su expresivo lenguaje decía que Bourges es "la más olvidada y la más aristocrática de las ciudades muertas."

En el camino de la vuelta el automóvil devoraba de prisa las distancias. Llegamos a Orleans a la hora de comer y en seguida llegamos a París cuando ya la media noche había pasado.

BIARRITZ

Biarritz, que según algunos significa en lengua vasca "las dos rocas" y según otros "lugar de roca", es ahora uno de los balnearios europeos más concurridos y brillantes.

Está en el fondo del tempestuoso golfo de Gascuña, en el ángulo que forman las costas de España y las de Francia.

La situación es soberbia; el paisaje tiene la magnificencia del mar y las montañas; el clima de una inalterable suavidad; en los meses de verano el agua del mar es excepcionalmente templada en esas costas, que cubre un cielo azul, luminoso y risueño. Biarritz reunía las condiciones ideales de un balneario y sin embargo durante muchos siglos solo fué una aldehuela desconocida y oscura de la tierra vasca.

Solo había casas de pescadores en la orilla del mar. Las colinas boscosas estaban desiertas. Las incursiones de los piratas y la situación fronteriza de Biarritz hicieron construir sobre una de esas alturas en el siglo XIII el castillo de **Terragus** que dominaba y protegía la comarca.

Todavía vemos sobre esa colina del **Atalaya** las ruinas del torreón feudal.

En el siglo XIV bruscamente la oscura aldehuela se transforma en una población activa y rica. Aparecen entonces las ballenas que buscan un suave refugio en las aguas tibias de su mar. Los pescadores emprenden las peligrosas excursiones de la caza de ballenas. Principian entonces los días de esplendor y de fortuna que transforman la aldehuela en un emporio comercial. Después pasaron esos días de la fortuna alegre. Las ballenas no volvieron a las costas peligrosas del Golfo de Gascuña, y con ellas se alejaron las grandes esperanzas.

Biarritz, hermosa y triste, ve pasar su vida en una silenciosa, en una creciente oscuridad. Durante cuatro siglos ve avanzar paso a paso, su desesperante decadencia.

Pero en el alma de esa raza vasca hay un sentimiento fatalista lleno de resignación y de esperanza. En las leyendas de las orillas del Golfo de Gascuña aparece siempre un hechicero que pronuncia al pasar conjuros misteriosos que deciden del porvenir de una comarca, o hadas que dejan caer flores que embellecen los campos, joyas que enriquecen los pueblos. El hechicero va a venir, el hada va a pasar.

Y en efecto, en 1807 vino a Biarritz la reina Hortensia la hija de la hermosa Josefina, que atravesaba entonces horas de un profundo desencanto, las horas más amargas de su vida apasionada. Venía a buscar en los Bajos Pirineos la soledad y el silencio de las montañas. En Cauterets encontró un rincón desolado y salvaje en armonía con su angustiosa situación moral, y en Biarritz la atrajo el espectáculo de ese mar sobrio y tempestuoso cuyas olas soberbias se iban a despedazar entre las rocas. El aire siempre tibio de ese clima suave, la soledad, el silencio, la atmósfera sedante de Biarritz desvanecieron las sombras

que oscurecían su vida y volvió a renacer para ella una nueva primavera con nuevas ilusiones, nuevas flores y nuevas mariposas. Volvió de Biarritz envuelta en el perfume de esa nueva primavera y agradecida de esa población hermosa y triste que la había salvado del naufragio.

En esa excursión a los Bajos Pirineos acompañó a la reina Hortensia su hijo Luis Napoleón Bonaparte, que fué después Emperador de Francia y recordó siempre la hospitalidad amable con que Biarritz salvó a su madre.

En 1838 sofocada en España la insurrección Carlista, entre los proscritos de la nobleza española, vino a Biarritz la condesa de Montijo acompañada de su hija Eugenia que entonces estaba en la alborada de su alegre y encantadora juventud. Los proscritos españoles en Biarritz llevaron una vida de fiestas, de bailes, de excursiones. La encantadora condesita fué la reina de esos días alegres. Ahí vió nacer las primeras ilusiones y los primeros sueños de su vida.

Pasan los años. Napoleón III se apodera del trono Imperial. El matrimonio del joven Emperador había preocupado a los hombres políticos de Francia. Los diplomáticos principiaron por negociar su enlace con una princesa de las cortes europeas. Las negociaciones fracasaron en Austria y Alemania. Napoleón III no creyó prudente exponerse a recibir otro rechazo.

Mientras se desarrollaban esas desgraciadas negociaciones diplomáticas, había despertado un interés curioso la aparición de dos señoras extranjeras en un palco de la Opera. Una era la famosa condesa de Montijo y la otra su hija Eugenia la condesita de Teba, entonces en todo el apogeo de su fascinadora juventud. Ese interés curioso seguía en todas partes a esas dos mujeres en quienes la belleza daba realce a una nobleza elegante y graciosa. La

joven Eugenia era andaluza, había nacido en Granada y tenía la alegría embriagadora y picante de su tierra.

No tardaron en hacer su aparición triunfal en el gran mundo y en figurar en las fiestas imperiales. Asistían a los banquetes de la corte, a las grandes cacerías de Compiègne y Fontainebleau.

Luego observaron los cortesanos las atenciones delicadas del Emperador a la hermosa española y se comenzó a comentar la posibilidad de un matrimonio que burlaba otras posibilidades y esperanzas.

Una guerra sorda de intrigas y calumnias se desató entonces en contra de "la intrusa" que desvanecía tantas ilusiones. La exasperación de esas expectativas burladas llegó a su colmo cuando en una de esas grandes cacerías se produjo un incidente extraño y decisivo. La hermosa Eugenia se presentó en esa cacería con el traje elegante y gracioso de las grandes damas del siglo XVIII. El traje daba un picante relieve a su belleza. Napoleón se acercó galantemente cuando la joven amazona iba a subir sobre el caballo; él debía tomarle el pie y colocarlo en la estribera; pero al ejecutar el movimiento deslizó la mano y le tocó la pierna. Al sentir la joven amazona esa irrespetuosa inconveniencia del aturdido Emperador le cruzó la cara con su látigo. Napoleón recibió con una sonrisa el latigazo y siguió a su lado los incidentes de la animada cacería. Ya no hubo duda para nadie. El Emperador estaba decidido y no tardó mucho el Monitor en dar oficialmente la noticia.

El 29 de Enero de 1853 se celebró en las Tullerías el matrimonio civil de Napoleón III y Eugenia de Montijo, condesa de Teba. Al día siguiente tuvo lugar la ceremonia nupcial en Nôtre Dame.

Entre los detalles de esas fiestas que la prensa comentaba alegremente, hubo uno que queremos recordar por-

que nos refleja el fondo sagaz y generoso del carácter español. La ciudad de París reunió 100.000 francos para obsequiarle un regalo de bodas. La joven Emperatriz pidió que se destinara esa suma a obras de beneficencia que ella miraría como su mejor regalo.

Al año siguiente de su fastuoso matrimonio Napoleón y Eugenia quisieron volver a ese rincón de la tierra vasca, que tenía para los dos gratos recuerdos de su alegre juventud. Esos recuerdos fueron la espléndida fortuna de aquella población abandonada que se hundía en el olvido.

En 1855 Napoleón hizo construir en un promontorio que domina el mar la villa Eugenia, suntuosa residencia imperial, rodeada de jardines y de un enorme parque. Había en esa Villa una hermosa galería en rotonda desde donde la vista se extendía sobre el mar hasta la costa española. Desde esa gran ventana la Emperatriz alcanzaba a divisar la tierra de su patria envuelta en la bruma de la distancia y los recuerdos.

No tardó en descubrir la diplomacia europea las facilidades que le podía ofrecer la vida veraniega de ese balneario. La reina Victoria también hizo construir una suntuosa residencia a la orilla del mar. La Emperatriz de Austria y la de Rusia, el Rey de Bélgica y Eduardo VII también tuvieron residencias de verano en esa costa. Los diplomáticos de todos los países europeos se vieron arrastrados a Biarritz por los soberanos y la corte que le daban un esplendor soberbio a la vida del balneario. La consagración definitiva del valor de Biarritz en las gestiones diplomáticas fué la visita de Bismark a Napoleón en 1865.

La Emperatriz Eugenia envuelta en la elegancia graciosa y ligera del gran mundo de Francia y en la elegancia devota de las mujeres de España se presentaba rodeada

de mujeres hermosas y de prelados romanos. Era el árbitro de la elegancia en ese mundo brillante.

Después vino el desastre, vino la humillación y la derrota; vino Sedan. Napoleón entregó su espada y se fué a morir en un rincón oscuro de Inglaterra; la Emperatriz Eugenia pasó en silencio por una larga vida envuelta en su velo negro.

Vino después la larga conspiración del silencio..... Nadie hablaba de Napoleón en Biarritz y el nombre de la Emperatriz Eugenia desaparecía de todos los sitios en que había dejado un recuerdo. A la **Villa Eugenia** la llamaron luego el "Gran Hotel"; al paseo de la Emperatriz, lo llamaron la "Gran Playa"; solo la Iglesia de Santa Eugenia conservó su nombre.....

Llegamos a Biarritz entrada ya la noche y la primera impresión que nos produjo fué esa impresión confusa de una ciudad que se ve a oscuras. Al día siguiente por la mañana, nos sorprendió la claridad luminosa y risueña de un cielo español, esa claridad que da a los colores tanta animación y derrama una alegría irresistible sobre todo.

Salíamos de la **Villa Constance**, de un Chalet elegante rodeado de jardines y de grandes árboles, al borde de la Avenida de Verdun, que es ahora una de las grandes arterias comerciales y fué en otro tiempo el camino real que atravesaba la antigua población. Vamos encontrando en la avenida hermosas **villas**, lujosas residencias, tiendas, almacenes, restaurants, bares, edificios de dos y de tres pisos con grandes árboles que parecen los restos de antiguos jardines, las huellas de una población que se transforma.

Llegamos a la plaza de Verdun, plaza enorme, irregular, cerrada por tres de sus costados y abierta por el costado que da al mar. En uno de los costados de esa plaza

hay una estación, construcción graciosa y ligera, con sus arcadas de fierro y una majestuosa escalinata.

Siguiendo por otro costado de la plaza pasamos debajo de las arcadas de largos y suntuosos portales en que se abren las grandes vidrieras de tiendas de lujo, joyería, perfumería, ese comercio de la moda y la frivolidad elegante.

Siguiendo derecho llegamos al borde de la gran terraza de donde una rambla muy pendiente nos lleva a la plazoleta en que se levanta el enorme edificio del **Casino**, en cuyo fondo abre sus arcadas otra larga galería que va al borde del hermoso paseo del balneario.

En esas galerías volvemos a encontrarnos con tiendas de lujo, joyerías, restaurants, un establecimiento de baños, arriendo de sillas ligeras, pisos de lona, trajes de baño, con todo lo que puede inventar una fantasía caprichosa.

Desde las arcadas de esos portales se ve extenderse la soberbia perspectiva del tempestuoso Golfo de Gascuña. Rocas enormes asoman sobre el mar. Grandes olas con un ruido alegre se precipitan al asalto de esas rocas y van a caer despedazadas, convertidas en una blanca sábana de espuma. Los rumores del mar, el movimiento de las olas que vienen a estrellarse y a morir sobre la arena; las embarcaciones de pescadores que cruzan a la vela, los vapores que pasan a lo lejos le dan a esas marinas de Biarritz una pintoresca animación. Es un espectáculo que siempre nos fascina y que nunca nos fatiga.

El camino que siguen los carruajes y que de ordinario siguen los viajeros es una hermosa avenida que sale de la plaza de Verdún y va por la colina a media falda. En esa avenida vamos encontrando bancos, casas de cambio, agencias de vapores, oficinas de turismo, todo el alto comercio monetario de esa población cosmopolita.

Pasamos delante del palacio de los antiguos duques de Osuna, que ocupa ahora la **Mairie**. Es un palacio del Renacimiento español, arrogante, suntuoso y pesado.

Más allá encontramos un elegante pabellón en que se hospedaba en otro tiempo la guardia imperial que vigilaba la entrada del parque de la Villa Eugenia. Ahora el enorme parque está reducido al jardín de un hotel, y en el pabellón hay ahora una vendedora de flores y una vendedora de pieles y de abrigos.

Siguiendo la Avenida la línea de los edificios se interrumpe por el lado del mar y sólo continúa por la acera opuesta en que se suceden suntuosas residencias de la nobleza de Inglaterra. Ahí encontramos el palacio que ocupaba la Reina Victoria, palacio de una construcción severa y noble, que ahora ocupa el "Hotel Victoria"; cerca está el palacio que ocupaba uno de sus hijos. Al frente de esos palacios, donde la línea de los edificios se interrumpe para dejar abierta y libre la perspectiva del océano, vemos la falda escarpada de la colina cubierta con el follaje de un bosquecillo y con jardines que ponen una nota alegre en el follaje obscuro. Esa falda boscosa es propiedad privada del hotel. Con un profundo sentimiento del arte y la belleza los ingleses han sacrificado la utilidad que podría producirles la edificación de esos terrenos a la hermosa perspectiva del horizonte abierto a sus ventanas.

Más allá vuelve a seguir a los dos lados la línea de las grandes construcciones ocupadas por hoteles y casas de comercio que se prolonga hasta llegar a los jardines de la Villa Eugenia que ahora ocupa el Gran Hotel de Biarritz.

Bajamos una calle pendiente que nos lleva al paseo de la orilla del mar.

El fondo de los edificios que hemos visto en la Avenida viene a abrirse delante de una ancha explanada cu-

bierta de jardines con grandes árboles, que llega hasta la calzada que va al borde del paseo. Por todas partes se ven en esa explanada cómodos bancos que en los días de verano cubre la sombra de los árboles y en los días de invierno baña el sol.

El paseo es una cornisa ancha, suave, con un pavimento de ladrillos esmaltados, cuidado con una atención escrupulosa. La cornisa, que se levanta a una pequeña altura sobre la arena de la playa sigue la curva sinuosa de la orilla del mar.

El paseo de esa cornisa es delicioso. El aire puro y tibio, el cielo azul, el mar de grandes olas, tienen esa belleza fascinadora de los mares agitados. Es soberbio el espectáculo de esa larga costa desgarrada, en que se ven asomar sobre las olas las puntas de las rocas de su orilla.

Los pescadores llamaban esa playa "Playa de los locos" **des Fous**—después la llamaron los viajeros la "Playa de la Emperatriz", y desde que quisieron cubrir con el olvido los recuerdos del Imperio, la llamaron simplemente la "Gran Playa".

Es enorme la concurrencia que viene todos los años a pasearse en esta deliciosa cornisa de Biarritz. Pasan de cien mil los viajeros que vienen aquí de todos los países europeos, y en los días del Imperio esa afluencia era más considerable todavía.

Esa concurrencia le da una animación pintoresca a la Gran Playa, cuya curva se extiende desde el pie del Faro hasta las Rocas de la Virgen. En el verano, mujeres jóvenes, vestidas con los trajes vaporosos, de colores claros, vienen a dejarnos ver las "últimas creaciones" de las grandes casas de París, todo el lujo y los caprichos costosos de la moda. El paseo de Biarritz en el verano disputa la palma de la suprema elegancia a los más suntuosos balnearios de Deauville, de Dieppe y de Boulogne.

En el invierno esa banda elegante y alegre desaparece; se va la juventud y se lleva sus colores risueños. Vienen los viejos, huyendo de los climas fríos, vienen a buscar el aire tibio, el sol que da con su calor la ilusión de que va a volver una nueva juventud. Desaparecen los trajes vaporosos, las mujeres se presentan envueltas en suntuosos abrigos de pieles; los hombres con sus espesos y oscuros abrigos de invierno.

En los meses de verano la concurrencia no desaparece en todo el día. La cornisa, los bancos, están constantemente llenos de gente. Y entre el rumor de las conversaciones de esa muchedumbre se siente resonar en los jardines la música animada de las murgas y el eco lejano de los **dancings**. En la noche los focos luminosos alumbran el paseo, y entre las ramas de los árboles se suspenden faroles chinoscos que iluminan las ventas de bebidas ligeras, de pasteles, caramelos y confites que se vienen a instalar en los jardines. Después, las noches de luna siempre deliciosas, con su luz suave, con su luz de ensueño.

En los meses de invierno sólo hay concurrencia en el paseo del medio día y la mañana. Cuando el sol declina el paseo queda desierto. En la noche, en la cornisa oscura y silenciosa las lámparas derraman una luz mortecina entre las sombras. Sólo se oye en ese paseo solitario el rumor sordo de las olas. No hay en los jardines ni luces, ni canciones.

Siguiendo la cornisa que rodea el pie del promontorio en que se levanta la hermosa Villa Imperial pasamos un estrecho desfiladero que nos lleva a una pequeña ensenada sombría y siniestra, con rocas monstruosas y olas enormes. En esa ensenada el ruido del mar tiene rugidos de fiera.

Esa ensenada dantesca fué teatro de una tragedia cuando permanecíamos en Biarritz.

Una noche de invierno oscura y lluviosa, una tempestad vino a interrumpir el tranquilo sueño del balneario. La luz de los relámpagos derramaba su amarillento resplandor; los truenos resonaban en la bóveda del cielo. Cayeron algunos rayos en las vecindades de Biarritz. Y en medio de esa oscuridad y de esos ruidos circuló rápidamente por Biarritz el rumor de un naufragio en la bahía. Luego se supo que un vapor que navegaba hacia Bayona había sido sorprendido por la tempestad; que las olas lo envolvían y arrastraban hacia el cabo San Martín; que ya se oían desde tierra los clamores de los náufragos que imploraban socorro. Principiaron horas de angustia para todo el vecindario de Biarritz, las bocinas de los automóviles que pasaban a toda prisa llevando los elementos de salvataje al sitio del siniestro abrían la puerta a la posibilidad de una esperanza. Luego principió a circular la noticia que dos náufragos habían sido ya salvados. Después de una lucha desesperada con las olas, cuando ya clareaba el día se supo en Biarritz que toda la tripulación había sido ya salvada. La angustia de esa noche triste había terminado con fortuna.

Al día siguiente todo el paseo estaba cubierto con una gruesa capa de arena, sobre las olas flotaban los despojos del naufragio y entre las rocas, al pie del Faro, estaba el casco despedazado del vapor.

El cabo San Martín cierra por el norte la costa de Biarritz. Es una escarpada lengua de rocas que va a hundirse, mar adentro entre las olas. En la cresta de esa pendiente inclinada hay una esplanada que está a 74 metros de altura sobre el nivel del mar y sobre esa esplanada está el Faro cuya linterna gira cerca de cincuenta metros más arriba.

Desde ese sitio el espectáculo del mar siempre agitado es de una magnificencia grandiosa y salvaje.

En esa misma meseta solitaria encontramos algunas **villas** rodeadas de árboles y flores. Al lado de la entrada de una de esas quintas leemos en una pequeña plancha de mármol: **Echepharre** que significa en vasco "la Casa del Faro". Siguiendo la tradicional costumbre de la tierra, la casa le ha dado su nombre a la familia que la habita.

Al pie de esa meseta del Faro, se abre en los farellos de la costa una enorme gruta, cuyo piso inclinado va subiendo hacia su fondo oscuro. Esa gruta es la "Chambre d'Amour", que un trágico recuerdo ha consagrado. Cuenta la leyenda que dos amantes contrariados en su amor fueron a buscar un refugio en esa gruta con tan mala suerte, que mientras dormían subió la marea y cerró la boca de la gruta. Murieron ahogados y al día siguiente encontraron en la gruta sus cadáveres.

Siguiendo la cornisa que va a orillas del mar en dirección a las Rocas de la Virgen, pasamos delante de la ancha esplanada del Casino, de los portales y los grandes ventanales que adornan la fachada que da al mar.

Luego ese hermoso camino sombreado por **tamaris**, de copa redonda y de follaje vaporoso que se cubre en la primavera con sus ramos de flores rosadas, nos hace atravesar la plaza de Santa Eugenia.

Esa plaza es muy grande y muy hermosa. Está rodeada de soberbios edificios, casi todos hoteles, pensiones, y comercio de lujo. En un rincón de esa plaza, frente al mar está el elegante hotel de **Mira-Mar**.

Frente a ese hotel, en la antigua población de Biarritz había una capilla de aldea, una capilla de pescadores, consagrada a Nuestra Señora del Buen Socorro—a Nôtre Dame du Bon Secours. En el sitio que ocupaba esa capilla oscura y pobre, la Emperatriz hizo construir la magnífica iglesia consagrada a Santa Eugenia. Es un edificio sun-

tuoso del Renacimiento italiano, cuyas blancas torres se destacan sobre el fondo azul del cielo.

El interior de la iglesia está bañado con la claridad de una luz pura, que se refleja en las murallas blancas, las columnas de mármol y los relieves dorados de las molduras. Es una iglesia italiana, de un culto espléndido y risueño.

La cornisa va siguiendo las sinuosidades de la orilla del mar haciéndonos ver a cada paso una nueva perspectiva.

Llegamos a la **Dársena**. Al pie de la colina se agrupan las casitas de los pescadores. Se ven las redes colgadas al sol; el humo que sale de las chimeneas, los ladridos de los perros que cuidan la cerca.

Frente a esas casitas en que se siente la vida humilde y alegre de los trabajadores del mar se ven las dársenas en que buscan un abrigo seguro las embarcaciones ligeras, las lanchas salva-vidas y los botes del resguardo. Las dársenas, con sus gruesas murallas de cemento y de piedra le dan a ese rincón de la bahía el aspecto extraño de un mar preso, encerrado en un calabozo y reducido a una tranquilidad forzada y silenciosa.

Más allá las olas vuelven a jugar sobre la arena, y la cornisa sigue su camino alegre, a la sombra de los coposos tamaris.

Llegamos a la entrada oscura de un largo túnel. Lamparillas eléctricas alumbran el camino. Una veredita estrecha sirve de refugio en ese trayecto peligroso cuando un automóvil entra al túnel. Es un trayecto que no se puede recorrer sin sentir un desahogo a la salida.

Al salir del túnel nos encontramos delante de una explanada abierta. En el fondo, al pie de la colina cortada a pico, hay un edificio que en otro tiempo fué cuartel de artillería y que ahora sirve de habitación a los guardianes

del puerto. Al lado de ese edificio hay un palo de señales, y encima, sobre la colina, que conserva todavía su nombre medio-eval de "el Atalaya", se ven las ruinas del **Castillo de Ferragus**. Esas ruinas en ese rincón abandonado y solitario tienen la melancolía indecible de las grandezas pasadas.

Rodea la esplanada un pretil, de cuyos bordes bajan los escarpados farellones de los lados. Grandes árboles y pequeños jardincitos dan sombra y ponen una nota de ternura a ese recinto solitario.

Ese sitio agreste, silencioso y apartado, que cubre un cielo luminoso y puro, fué elegido para la colocación del monumento a los muertos de la gran guerra nacidos en Biarritz. Es un monumento de una sencillez elegante y conmovedora. Es una ancha estela de mármol en que con letras de oro están grabados los nombres gloriosos de los que dieron la vida por la patria. En un lado de la estela se ve la figura de un viejo, figura triste que trae orgulloso una corona de siempre-vivas para cubrir la tumba de su hijo; y al otro lado de la estela asoman la figura de una mujer que llora en silencio, que trae un niño en sus brazos y una muchachita que oculta la cabeza entre las faldas de su madre para no ver el nombre de su padre escrito en esa estela. El padre trae sus flores, la mujer trae sus hijos y sus lágrimas.

Siguiendo hacia la extremidad de esa explanada cuyo extremo va a hundirse entre las olas, pasamos por un puentecito de fierro que atraviesa una hendidura en cuyo fondo chocan las olas. Más allá del puente sólo hay un camino entre las grandes rocas batidas por el mar. Sobre las últimas rocas se levanta en medio de las olas una imagen de María, la piadosa Estrella de los Mares, — **Maris Stella**.

Al otro lado del espolón del **Rocher de la Vierge** se

abre una caleta estrecha, larga y suave. Grandes rocas rompen las olas en la entrada de esa caleta de aguas tranquilas y poco profundas.

Esa caleta que abriga montañas escarpadas y boscosas, fué en otro tiempo el **Puerto Viejo** de Biarritz y es ahora el balneario. Ahí está el gran establecimiento que frecuentan todos los años millones de viajeros. El establecimiento es una larga fila de camarotes cuyas puertas se abren en un balcón corrido de donde bajan los bañistas a la playa o saltan sobre el mar desde un largo trampolín. Alcanzan a ciento los camarotes en que se desvisten los bañistas.

En esa caleta de aguas poco profundas y casi inmóviles el agua del mar es de una temperatura de una suavidad escepcional. El baño es delicioso. Tiene la reputación de ser el baño incomparable de esas costas.

Después de jugar entre las olas o nadar en esa caleta sin peligro, los bañistas, con sus trajes indiscretos y ligeros se van a tender sobre la arena. En los caminitos que rodean el balneario hay siempre espectadores que vienen a admirar las formas graciosas de esas muchachas desnudas lánguidamente recostadas en la playa; es una evocación viva de los voluptuosos frisos griegos.

Es para muchos el último recuerdo de esas mañanas de verano en el balneario.

DE BIARRITZ A HENDAYE

Mañana de fines de Febrero de 1930, mañana alegre y llena de sol.

Salimos de Biarritz subiendo una pendiente suave a lo largo de una hermosa avenida de villas, de jardines y de huertos. Pasada la "aduanilla" - el octroy de Biarritz - el camino sigue en campo abierto, en medio de un paisaje de montaña.

Llegamos a una planicie alta, cubierta con un manto de verdura. A un lado del camino divisamos la pintoresca aldea de Bidart. Tiene esa fisonomía tan característica de las aldeas vascas, en que el pequeño caserío se amontona en torno de la iglesia. La iglesia es grande y aparece más grande todavía por el contraste con las casitas bajas que la envuelven.

Seguimos por el camino de la costa mirando desde la altura la costa rocallosa que el mar cubre con su sábana de espuma. El camino es una ancha avenida sombreada por los árboles.

Atravesamos el "Ourabia", riachuelo que serpentea

en un vallecito cultivado, en que vemos por todas partes árboles frutales cubiertos con flores blancas y rosadas.

Seguimos a la orilla del mar por la meseta que atraviesa el camino de la costa hasta llegar a "Guethary", pequeña aldea en que las casas están desparramadas en la falda de las colinas que rodean una pintoresca ensenada.

Desde ahí el camino es una cornisa sobre una costa brava, que tiene la belleza de los mares agitados. Hay por toda la orilla grandes rocas, que el eterno movimiento de las olas cubre y descubre con su espuma.

Divisamos a la distancia un largo espolón de la montaña que avanza sobre el mar. Ese espolón protege la ensenada en que va a desembocar el río Neville. En esa ensenada, a orillas del río está el alegre balneario de San Juan de Luz.

Es un hermoso rincón, con una playa ancha, de una arena fina y suave. A lo largo de la curva suave de la orilla sigue una ancha terraza que domina como un balcón suspendido toda la playa del balneario. Esa terraza es un paseo delicioso en las mañanas y las tardes de verano. Todo el mundo cosmopolita, elegante y vagabundo de San Juan de Luz viene a ese paseo en que se teje la trama ligera de las intrigas y las aventuras galantes del balneario.

En las mañanas de verano la playa se cubre de pequeñas carpas. Desde la orilla muchos se entretienen divisiendo el espectáculo animado y alegre de los baños.

Cuando pasamos por ahí, la playa estaba desierta y nadie se veía en el paseo solitario, y sin embargo era hermoso el espectáculo de ese mar tranquilo que cruzaban botes de pescadores, a la vela. Da cierto encanto a este mar tranquilo y dormido el contraste con la bahía agitada y tumultuosa de Biarritz que acabamos de ver.

Son anchas casi todas las calles que suben suavemen-

te la colina. Los hoteles, los dancings, el Casino, son construcciones recientes que no alcanzan a destruir el carácter tan acentuadamente vasco de la antigua población. Hay calles enteras que conservan intacto el melancólico encanto del pasado.

La iglesia es una de las joyas del balneario; el frente y la torre son del siglo XIII. En una callejuela estrecha y sombría se encuentra la casa que habitó Mazarino. Nos muestran el palacio en que estuvo Luis XIV y el castillo de la infanta María Teresa. Todos los recuerdos de ese fastuoso matrimonio han salvado del tiempo y de la ruina. A esos viejos recuerdos se añade todavía otro que apenas tiene más de un siglo. Al pasar nos señalan la casa que habitó Wellington en su campaña española en 1813.

La iglesia, con su enorme mole que domina todo el pueblo, es una vieja construcción de piedra, con una torre cuadrada y una gran cúpula. Murallas altas, desnudas, en que se abren a cierta altura las ventanas. Pasando por el costado de la iglesia, que da a una plazoleta, se ve claramente que a pocos pasos de la puerta lateral están visibles las señales de una gran abertura practicada en la muralla, que después se ha vuelto a rellenar. Una plancha de mármol oscura con letras doradas nos recuerda que en ese sitio se practicó una abertura para que pudieran entrar directamente al coro de la iglesia Luis XIV y la Infanta María Teresa, el día de su matrimonio el 9 de Junio de 1660.

En el interior de la iglesia, la ancha nave, llena de luz tiene a sus dos lados una doble fila de galerías, sostenidas por pilares cuadrados. Toda esa construcción es de madera tallada, de una elegante y graciosa ligereza.

El coro, en el fondo de la nave, tiene una suave curva circular. Está rodeado de un zócalo muy alto, con nichos en que aparecen imágenes de santos. Sobre ese zócalo se

abren dos ventanas a los lados y entre ellas un hermoso retablo con dos filas de figuras religiosas. El oro de todas las molduras y relieves, la finura del tallado y el vivo color de las pinturas le dan a ese coro una suntuosidad imponente.

La muralla de la nave transversal está ricamente decorada y tiene a cada lado un gran altar.

La casa que habitó Luis XIV en el "camino de España", durante las fiestas nupciales, es un **palacete** italiano, una construcción de ladrillo con encuadrado de piedra. En el piso principal se abren grandes ventanas con vidrios pequeños, y en los ángulos del frente dos torres cuadradas que le dan al edificio un aire señorial. El entre-suelo es banal y el **rez de chaussée** está ocupado por tiendas que abren sus vidrieras en la muralla y por un **Café** que cubre con sus mesitas la vereda.

La casa que habitó María Teresa está a la orilla del malecón, dando frente a la ensenada apacible y tranquila. Es un edificio de ladrillo rojo, encuadrado piedra blanca, que presenta dos órdenes de galerías superpuestas, desde donde se divisa toda la bahía. En los ángulos del frente hay también dos torres cuadradas que le dan al edificio todo su carácter.

Desde las galerías de ese castillo de la Infanta era soberbia la vista que contemplábamos esa hermosa mañana de invierno en el sur de Francia. El cielo gris extendía sobre el paisaje un velo ligero y pavoroso, divisábamos a lo lejos los farellones abruptos de la orilla, y allá lejos, muy lejos, el cabo Figuiet, que avanzaba arrogante y soberbio a hundirse entre las olas, marcando la frontera de España. Es un paisaje magnífico y salvaje.

Más cerca en la extremidad de la ensenada en que está San Juan de Luz vemos un cabo que avanza sobre el

mar. Son altos farellones escarpados y siniestros, rodeados de arrecifes que asoman entre las olas sus picachos agudos. Sobre ese cabo sombrío se levanta la fortaleza de Socoa; un torreón almenado, grueso, bajo, con una ancha terraza en que los cañones pueden hacer fuego en todas direcciones. Al pie de esos siniestros farellones, en una pequeña caleta está el animado y tranquilo caserío de Socoa que es sobre todo una población de pescadores.

Saliendo de San Juan de Luz nos dirigimos hacia la desembocadura del Nivelles, donde nos encontramos con un espectáculo curioso. Dos puentes atraviesan el río: uno recto, elegante, fino, sostenido por delgados postes de fierro por donde pasa el ferrocarril, y otro pesado, macizo, con grandes arcadas sostenidas por machones formidables, es el puente viejo por donde se hace todo el tráfico.

Más allá del puente del terreno ondea suavemente en el vallecito de "Cibourne" en que se ven esparcidas casitas pintorescas. Sobre una de esas ondulaciones vemos la sombría silueta de las ruinas de "Notre Dame de la Mer", antiguo convento de Cartujos, la iglesia está en ruinas, solo queda el Claustro. Sirve de fondo al suave y triste paisaje de Cibourne la masa sombría de la montaña del Rhune.

Sigue el camino en medio de la deliciosa tranquilidad de un campo aislado. Divisamos a lo lejos la plaza fuerte en que Luis XI se vino a refugiar cuando servía de árbitro entre los reyes de Castilla y de Navarra. Solo dentro de las murallas formidables de ese Castillo aislado y solitario el desconfiado monarca vivía sin recelos.

Pasamos el río "Urrugue" y su pequeña población y por un camino de subida llegamos a la altiplanicie de "la Croix de Bousquet", desde esa altura se domina el espectáculo grandioso de la costa vasca desde el Cabo de Fi-

guier hasta el Cabo Berton, desde el estuario del Bidasoa hasta el estuario del Adour, desde Fuenterrabia hasta Bayona.

Bajando de esa altura nos dirigimos hacia el mar, y por un camino muy pendiente no tardamos en llegar a la nueva población de Hendaye a "Hendaye Plage". Es el balneario improvisado, la ciudad moderna, frívola, ligera y sin carácter, apesar de que se ve por todas partes el empeño en dar a los edificios y las calles un aire vasco.

Vamos por el "Boulevard de la Plage", espléndida calzada, grandes villas de un estilo vasco, suntuosos edificios modernos, **El Casino. el Hotel de la Playa, el Hotel Eskualduna**, son espléndidos y grandes edificios de que apartamos la vista sin esfuerzo para mirar desde esa terraza de 5 kilómetros de largo la ancha playa de una arena amarillenta con reflejos dorados. El mar tranquilo extiende sobre esa playa en silencio, voluptuosamente su sábana de espuma.

Desde el ancho pretil que borda esa terraza, suavemente sombreada por los árboles, divisamos la extremidad del promontorio que cierra la playa por el Norte. Divisamos las dos rocas sombrías, enormes, separadas de la orilla, son "los Jemelos" - les "deux Jumeaux" - dos monstruos de piedra que el mar está devorando lentamente.

Sobre ese promontorio escarpado y rocalloso se levanta completamente aislado el Castillo de Abadie. Los dos cuerpos de esa residencia señorial de la Edad Media, se cruzan como las dos ramas de una escuadra. En los extremos dos grandes torrecillas redondas acentúan la fisonomía feudal de ese Castillo que legó Abadie (Antonio) a la "Academie des Sciences". Ahora es un observatorio Astronómico en que algunos sabios abrigan su vejez; ha

continuado siendo como en el siglo XVIII un lugar de estudio y de placer.

Loti dedicó su Ramuntcho "a la Sra. V. d'Abadie, que como el dice, comenzó a "m'interesar au pays basque", despertó su interés por la tierra vasca en el otoño de 1891.

Más allá de ese Castillo la ciudad de París ha hecho construir un **Sanatorio** para los niños que sufren de una afección tuberculosa en el período en que la curación es probable todavía. Hay más de 400 niños albergados en ese sanatorio que se encuentra en las más favorables condiciones que puede ofrecer el amable y hermoso Sur de Francia.

Nos alejamos de Hendaye-Plage, de ese balneario improvisado a que sonríe un porvenir de grandes esperanzas, para dirigirnos a Hendaye - Ville, la ciudad vieja, que vive envuelta en la bruma sentimental de sus recuerdos.

Un corto camino, trasmontando una colina nos lleva al valle del Bidasoa en cuyas orillas pintorescas la ciudad está lánguidamente recostada.

Desde que entramos en las calles estrechas de esa vieja población principiamos a sentir la impresión extraña del silencio que es la nota más característica de Hendaye "la silenciosa".

Los edificios que vamos encontrando en esas calles son todos casas antiguas, del más puro estilo vasco, casas angostas, altas, de 3 y 4 pisos, con balcones suspendidos de fierro forjado graciosos, elegantes, abombados; ventanas con rejas de fierro, puertas altas y estrechas.

Nos sorprende encontrar en la calle tanta jente y oír por todas partes hablar en español. Nos dicen que muchas de esas jentes son proscritos y que muchos vienen de Es-

pañá en busca de trabajo. Encontramos muchos de esos grupos de emigrados en las orillas del río a donde no los lleva el espectáculo encantador del Bidasoa, tan ancho, tan tranquilo, que desliza tan lánguidamente sus aguas hacia el mar. Van siguiendo la fascinación de la nostalgia, a mirar desde la orilla francesa la tierra española que se extiende al otro lado del río, la tierra de la patria que aparece siempre tan hermosa en los recuerdos brumosos del proscrito. En la mañana y sobre todo en la tarde vienen a divisar desde el malecón la silueta guerrera y bravía de Fuenterrabia y a oír las campanas de los monasterios que tocan el Angelus en la orilla española. Cuando al caer la tarde se forman esos grupos de españoles, pasa sobre el malecón una sombra de tristeza y de resignación desesperada y muda.

Nos dicen que a ese malecón venía todas las tardes Unamuno. Llevaba siempre un sombrero negro de artista con las alas levantadas, un chaleco negro muy subido, sobre el cual se doblaban las puntas blancas de su cuello blando sin corbata. La figura tiene cierta analogía con la que ha pintado el Greco en el "Entierro del Conde de Ogaz" a la izquierda, al lado de un monje. La misma barba, la misma boca delgada como un tajo. Pero su causticidad picaresca brilla en su mirada de una asombrosa juventud.

Vamos por una calle estrecha, con un aspecto noble y sombrío; fachadas estrechas con pequeñas puertas, galerías suspendidas como grandes balcones, todo severo, todo viejo.

Nos dirigimos a la Iglesia, que es una de las curiosidades de Hendaye. Es una Iglesia del siglo XI, de un aspecto frío y duro. Una gran torre de piedra, cuadrada, alta, atravesada al pie por el pórtico de entrada. A cada

lado del pórtico una escalera de piedra para subir a las galerías interiores.

Entramos en la Iglesia. Es espaciosa, de tres naves, bóveda muy alta, sumergida en una penumbra suave en que brillan las pequeñas luces azules suspendidas en el coro.

Grandes arcadas sostenidas por columnas separan las naves. En el fondo de la nave central está el coro semicircular que tiene a los lados una columna plana. En la columna de la derecha, sobre una plancha de mármol está escrito en letras de oro el "Padre Nuestro" en francés y en la columna de la izquierda está escrita en otra plancha la Santa Oración en lengua vasca. Debajo de esas planchas está a un lado Juana de Arco de tamaño natural y en la otra Nuestra Señora de Lourdes. En el altar de una nave lateral está San José y en la otra está María.

Lo que da su fisonomía tan peculiar a estas iglesias vascas son sus galerías. Aquí hay de tres órdenes, superpuestas, siguiendo todo el contorno de la iglesia. Son galerías de madera oscura, galerías vascas, ligeras, llenas de aire, son balcones suspendidos reservados exclusivamente a las mujeres.

La puerta principal se abre a un costado de la Iglesia frente a una pobre plazoleta. Hay algunos árboles desparrramados. A un lado el misterioso "Calvario de Hendaye". Es una enorme Cruz de piedra, con una base cuadrada. En un costado de esa base se ve el Sol con una cara humana, en otro está la Luna también con figura humana, en otro una estrella solitaria, y en el otro dos filas de A, emblema enigmático. Sobre los brazos de esa Cruz de piedra una inscripción de letras en relieve: "**Spes Unica**". ¡Qué impresión de abandono, de tristeza hay en esa Iglesia oscura y desierta, en esa plazoleta solitaria!

La antigua fortaleza que era otro de los monumentos históricos de Hendaye está ahora en escombros. Solo queda en pie un torreón abandonado, en ruinas, que ya no despierta la curiosidad de los viajeros. Más que ese torreón vacío y peligroso nos atrae la Casa en que vivió Loti.

Vamos por la "Avenida Central" hasta llegar a una estrecha callejuela que tiene el nombre de Pierre Loti. Seguimos por esa callejuela silenciosa y solitaria, callejuela sin veredas, la calzada es un camino cubierto de ripio. A los dos lados de esa callejuela murallas bajas de mortero cierran los huertos. Al fondo de esa callejuela encontramos una puerta ancha y baja que se abre en la muralla de un jardín. Por encima de esa murallita asoman las copas y las ramas de los árboles. Al lado de la puerta una palmera en cuyo tronco se enreda un rosal, de ramas trepadoras con flores color de rosa te. El follaje desgarrado y trémulo cubre con su sombra fresca la entrada de los que golpean a esa puerta. En una planchita blanca esmaltada se lee: Bakharatahia. "La Casa del Solitario". Es la casa de Loti.

Detrás de esa murallita hay un jardín boscoso lleno de árboles y flores.

En el fondo del jardín una casita vasca de tres pisos, de murallas lisas, blanqueadas, con ventanas que rodea un marco verde y balcones salientes también de color verde. El frente que da al jardín tiene un recogimiento, una tranquilidad de una profunda armonía con la soledad y el silencio del jardín.

El frente más interesante y pintoresco de esa casa es el que da al río; es el frente de la casa de un artista, de un soñador y de un poeta. Sobre el malecón de la orilla suben los tres pisos de la casa. El primero es una simple prolongación de la muralla de piedra que da al río y que en una

extremidad se redondea formando una especie de torreón, que tiene salida a una pequeña ensenada, de donde baja una escalera de piedra cuyas últimas gradas se hunden en el Bidasoa.

En el segundo piso se abren dos grandes ventanas que dan a un angosto corredor que encierra una baranda sencilla y ligera.

En el tercer piso, una ventana y una pequeña puerta se abren en una larga galería que se extiende como un balcón corrido con una reja de madera.

Muchas veces ha hablado Loti con entusiasmo de la vista soberbia de ese balcón suspendido sobre el río frente a España, nos ha hablado de "la fiesta de luz a que asistía bajo un cielo idealmente puro". Al frente la antigua Fuenterrabía con sus reflejos de cobre sobre su roca en que vienen a morir las montañas de Cantabria, y más allá la vista va a perderse en el horizonte tranquilo de las olas. Y al pie de ese balcón pasa el Bidasoa con una majestuosa lentitud, arrastrando pesadamente sus pequeñas olas que parecen sentir el peso de su larga historia.

El Bidasoa baja alegremente de la montaña buscando a ciegas su camino; pasa corriendo entre las colinas. Es un río español en la primera parte de su trayecto, hasta llegar al puente de Eudolorosa, desde ahí es la frontera viva que separa la Francia de la España, desde ahí la orilla derecha es francesa y la orilla izquierda es española.

En medio de ese río, frente a Hendaye, está la "Isla de los Faisanes" pequeño escenario de muchos dramas de política y de amor. La corriente del río ha ido devorando lentamente las orillas boscosas de esa isla. Ahora es más pequeña que cuando Francisco I entregó sus dos hijos como rehenes para recobrar su libertad después de la derrota de Pavia, en que fué tomado prisionero. La

sombra de ese rey caballeresco y galante, atraviesa tristemente la historia de esa isla. Luis XI tuvo en esta isla una entrevista con el rey de Castilla en 1469. En 1618 aquí se negociaron los famosos "matrimonios españoles": Isabel, hija de Enrique IV con Felipe IV rey de España y la Infanta Ana de Austria con Luis XIII de Francia. Aquí el Cardenal Mazarino y D. Pedro de Haro negociaron el tratado de los Pirineos que fijó las fronteras entre la España y la Francia. Un monumento consagra en la frontera española los recuerdos históricos de esa isla. En un muro coronado por un faisán enorme están escritos los nombres de los que intervinieron en esos acuerdos diplomáticos.

No pudimos visitar el interior de la Casa de Loti que se muestra solamente a los que tienen una autorización personal de la familia. Es singular que en todo lo que concierne a un escritor cuya vida literaria hemos seguido con una encantada admiración siempre queda para nosotros un lado invisible, en que solo sabemos vagamente que es lo que se mueve entre las sombras.

Pero hay siquiera un triste consuelo en pensar que lo que ahora pueden mostrarnos de esa casa es solamente la distribución interior de las habitaciones, el marco vacío. Todo el mobiliario, después de la muerte de Loti ha sido dispersado por los golpes de un martillero.

En sus encantadores recuerdos de Loti, la escritora que se oculta con el pseudónimo de Odette V... nos cuenta una de sus últimas visitas a esa casa y nos describe el comedor en que la recibió Loti. Una sala grande y baja, con las gruesas vigas desnudas y salientes, las paredes blanqueadas están adornadas con los pequeños recuerdos de sus largos viajes. Un mobiliario de comedor vasco y entre esos muebles de un estilo arcaico un hermoso piano

de una marca francesa. Es el comedor de un marino y de un poeta, que adora sus recuerdos.

La conversación que ella nos recuerda es también la de un hombre de mar y de un poeta que siente la embriaguez de las aventuras y del misterio. Servía a la mesa "Isidorio".—"Es contrabandista notable, me dice Loti—el rey de los contrabandistas. --Mi jardín siempre está lleno de contrabandistas, de aduaneros, de jente del resguardo. Soy un encubridor—un "receleur". Toda su mercadería se guarda en la torrecilla. Por lo demás yo mismo he hecho el contrabando. Una noche he traído cargado sobre mis espaldas un gran bulto de seda y gané 5 francos. . . .". Después de comer, el mar azota la muralla de la torrecilla. Oigo pasos en el jardín y pienso en contrabandistas que en la noche húmeda y callada dejan su embarcación al pie de la escalera cuyas últimas gradas se hunden en el agua, y atraviesan furtivamente ese jardín que es un cómplice. Loti entre tanto toca el "Largo de Haendel" y saca del piano las profundas resonancias de un órgano."

Conocimos a Pierre Loti en una conferencia que dió en "Les Annales" en favor de la Turquía envuelta entonces en la guerra atroz de los Balkanes.

Loti irreprochablemente vestido de negro, parecía representar en aquella época poco más de cuarenta años, pero debía tener mucho más porque había nacido a mediados del siglo XIX. La figura admirablemente conservada en todos sus detalles tenía toda la soltura de la edad viril. Era completamente exacto lo que dice Claudio Farrère, que "toda su vida había tenido una verdadera coquetería de vigor y de soltura. "Su fisonomía era pálida, el pelo rubio, los bigotes también rubios y un poco caídos, sus ojos claros, el óvalo alargado. . . y empero, el rubio de sus cabellos, el rosado de sus mejillas, el carmín de sus

labios, toda esa ilusión de juventud, "le había costado su dinero."

Pero, apesar de ese detalle desgraciado había en la fisonomía de Loti algo que hacía recordar una lámpara de alabastro en que ardía una luz misteriosa, una lámpara de santuario y de recuerdos. Detrás de esa figura pálida, tan correcta, casi fría, veíamos la sombra amable de la hermosa Aziyadé.

Fué pobre y débil su fría defensa de Turquía, en que no tuvo ni un solo arranque de pasión y parecía decirnos entre líneas: No olviden Uds. que cumplo un voto de piedad filial viniendo a defender a Turquía. La Turquía es la tierra de Aziyadé, es la tierra de nuestro amor. Y en frases breves, cortas, delicadamente suaves nos hablaba de la belleza oriental de la Turquía, de las noches azules de Stamboul. Hizo cantar melodías turcas de una melancolía llena de ensueños, de una tristeza infinita y haciendo contraste con ese mundo de poesía delicada nos hizo una pintura de la ferocidad salvaje y las horribles crueldades con que le hacían la guerra sus enemigos implacables. Y en medio del horror de ese espectáculo volvía a pasar la sombra desolada de la pobre Aziyadé.

¿Qué hay en el fondo de ese amor, que ha sido el drama delicioso de Loti? ¿Fué el Dios grande, el Dios único, que atraviesa inalterable una vida entera, sin que nada consiga perturbarlo, o fué uno de esos pequeños Dioses encantadores y ligeros de los altares paganos?

Uds. conocen esa historia desgarradora y sencilla. Uds. recuerdan la separación, el desgarramiento supremo, y después la muerte. De todo eso ha guardado Loti una sombra en su memoria, algunas notas en un cuaderno. Esa sombra oscurece la fantasía pero no la vida del joven marino. Vuelve a Francia y continúa su vida frívola y ligera,

la vida extravagante y loca de los tiempos en que la juventud devoraba "Los Misterios de París" de Eugenio Sue, la "Graziella" de Lamartine, la "Bohème" de Enrique Murger, "Notre Dame" de Víctor Hugo, todo ese mundo encantado y absurdo de la fantasía romántica. El mismo nos cuenta en su **Diario Intimo**, que en Burdeos se vestía de marinero, e iba a comer en las cocinerías guisos groseros, con mujeres ordinarias. En Tolon formaba parte de una "banda lírica", que daba conciertos en las aldeas vecinas.

Esa vida nocturna de alegría ruidosa sigue todavía hasta 1876 - nótese la fecha. - Encontramos en su **Diario** que en esa época se había hecho amigo en Tolon de los payasos del Circo Fabrè. Una tarde por despecho o por apuesta de amor tuvo la fantasía de presentarse con ellos en público. Vestido de una malla amarilla y verde, con un calzoncillo de baño de terciopelo negro, con un antifaz sobre la cara, hizo los ejercicios en que podía lucir más su talento: las vueltas en el aire, la pirámide humana, el equilibrio vertiginoso. Fué un éxito que entusiasmó a la concurrencia en que había mujeres de mundo y las equitadoras, Madame Hortense y la bella Pasqualina. El director del Circo le hizo un elogio que recordaba con satisfacción: "Es lástima que su educación haya principiado tan tarde!"

En las horas perdidas de esa vida alegre pasó el fantasma de la hermosa y triste Aziyadé, pasó toda su historia embellecida con la magia del recuerdo; las notas de sus cuadernos levocaron los detalles y le volvieron a esa historia la vida y el calor de la emoción. Y en 1876 hizo Aziyadé su aparición triunfal en el mundo literario. Apareció sin nombre de autor, y esa sombra con que se cubría el escritor contribuyó al éxito del libro dándole un interés picante. Es el gran éxito a cuya embriaguez el joven ma-

rino no sabe resistir y deja caer la careta de su anónimo. La sociedad le abre sus puertas. Llueven las invitaciones. Anota en su **Diario Intimo** el Lunes 12 de Mayo. "He comido en una mesa que desaparecía cubierta de flores blancas, teniendo a mi derecha a **Ouida** (Lea Childe) a mi izquierda la joven duquesa de Richelieu vestida como una hada, cubierta de brillantes. Estaba la duquesa de Gramont, la condesa de La Rochefoucauld, la marquesa de Espadrilles. Después de la comida baile. La joven duquesa rubia y yo hacemos un **a parte** perdido en una larga charla íntima. Al separarnos promesas de amistad duradera, de volvernos a ver."

En esa atmósfera aristocrática el recuerdo de la pobre Aziyadé se oscurece y pasa como las sombras efímeras de un ensueño.

El día 11 de Mayo de 1876, la víspera de esa comida en el gran mundo, anotaba Loti en su **Diario**: "He rodado toda la noche en el bajo fondo parisiense en compañía de dos hermanos Napoleoni, mis marineros de otro tiempo, ahora dos "forte" - dos veteranos - de Belleville; hemos recorrido el Baile Kolbas, el baile Sauvage, las Brujas d'Auvergnats, en que se baila al son de la cornamusa, botando las mesas, cantando por las calles hasta la mañana. Los hermanos Napoleoni, sus queridas, sus amigos forman una banda muy unida en que todos se **tutean**. Nos separamos en el Mercado abrazándonos "**ils me sont devoués jusqu'a la mort**", juramento de amistad eterna, juramento de volvernos ver"..... Y sigue la farándula loca y ruidosa pasando por su vida.

Es entonces cuando Alfonso Daudet lo califica como una "deliciosa podredumbre". "No es posible—agrega—tener ese sabor blando de plátano y esa exquisita fragan-

cia de flor del sol, no se puede ser abierto, encantador, sin haber sido lo que llaman los **filisteos** un pedulario.”

Todavía no aparece Pierre Loti; no aparece su tristeza inconsolable, su avidez de aislamiento, de soledad y de silencio, todavía no comienza su vida solitaria a la sombra de un recuerdo. Pero ya no se siente en su **Diario** el ruido de la farándula nocturna y casi bruscamente “La Trappe” hace en su **Diario** su súbita aparición. En Febrero de 1878 leemos: “Hoy después de medio día he venido a pedir la hospitalidad en este extraño asilo. El Superior del Convento vino en persona a llevarme a la celda que me había sido destinada.”

No dice en su **Diario** cuando salió de la Cartuja. Pero dos meses después, en Mayo de 1878 - en otro arranque de angustiosa desesperación escribe: “Si me es imposible volver a Turquía como oficial francés, me haré turco.”

Pasan esas horas de las resoluciones desesperadas. La sombra de Aziyadé se va perdiendo en un horizonte brumoso y lejano, pero la figura entristecida de Loti se va acentuando, se va envolviendo en un manto de silencio y de misterio.

En una página inesperada de su **Diario** nos sorprende con una anotación reveladora: 21 de Diciembre 1882. Una mujer joven había venido en Brest a visitar en el “Surveillant” a su hermano. Era notablemente hermosa y de una belleza antigua, escultural, que me había encantado con sus grandes ojos desdeñosos. Arreglé un viaje para poderla encontrar en su aldea. Fracase delante de una nobleza de sentimientos y un desden que yo no había sospechado. En un momento formé mi resolución. Me decidí a casarme con esa muchacha del pueblo. Y ahí, delante de su hermano, en presencia de su padre, dije: “Les pido que me la den como esposa, porque la quiero como no podré

querer nunca a una joven del mundo en que yo vivo." La sorpresa fué grande pero ella contestó: "No", sin cólera, sorprendida ella misma, talvez enamorada, pero ya era la novia de un joven pescador de Islandia y repitió su "No".

Y esa obstinada negativa hizo imposible el proyecto de matrimonio con la hija de un pescador.

Estamos ya muy lejos de los días de la tristeza incurable de Loti. Pero hay algo más revelador y más penoso todavía. Es una carta de Emilio Porville que transcribe él mismo en su **Journal**. Iba en viaje a Cochinchina en Junio de 1883, anclado cerca de Suez en "Lagos Amargos", conversa con un pobre chauffeur que había conocido en Stamboul. "Me preguntó que había sido de una muchacha que paseaba conmigo en Stamboul. "Tout cela est bizarre et me fait tout le mal que vous pensez mêlé d'un plaisir indicible". Y en seguida agrega con una crueldad fría y ligera: "Tengo la cabeza llena con el recuerdo de una **mujer fellah** de Port Said. Hacía tiempo que deseaba una y era difícil conseguir una verdadera muchacha del Sahara. Ud. no se puede imaginar la manera de entregarse, cuanta nobleza y soberbia hay en su abandono!

Después de esa carta el fantasma de Aziyadé desaparece con una sonrisa llena de tristeza.

Ese Loti—"ce bon grand Loti"—tenía una pasión infantil por los disfraces, las mistificaciones y las bromas. "Loti se encantaba con sus mistificaciones; dice Odette V... sabía que así se formaba la reputación de un ser original, pero eso no le importaba. Las personas inteligentes se reían cuando habían sido mistificadas por él, y las otras a veces se fastidiaban. Sus mistificaciones han llegado a ser célebres. Es sabido que habiendo caído en sus manos algunas tarjetas de Mr. Lepine, cuando era prefecto de

policía, se divirtió mandándoselas a algunos de sus amigos diciéndoles: "Lo sigo con la vista y le aconsejo que ande derecho". Ella misma nos cuenta que disfrazada de turca, figuró como fantasma en una de esas mistificaciones de Loti. En su misteriosa mezquita "pasaban" los fantasmas.

"Un día en que una multitud curiosa esperaba su carruaje—dice Odette—tuvo la ocurrencia de disfrazar a su sirviente con su propio traje, instalarlo en su lugar y deslizarlo entre la multitud para ver funcionar los "Kodaks" de los turistas."

El mismo fué víctima de ese amor por los disfraces y las bromas y nos ha contado con una deliciosa ingenuidad en sus "Desencantadas" la enorme mistificación en que cayó.

Conocimos en París la joven encantadora que le inspiró ese libro. Hemos visto sin que la cubriera el velo del oriente su fisonomía llena de animación y de frescura, su boca llena de alegría, él solo pudo ver la suave expresión de la mirada de esa joven que no se descubrió nunca en su presencia. Le hemos oído a ella misma contar la historia de esa mistificación, que se tegió sola, que brotó sin que nadie la sembrara, como una deliciosa flor del aire. Principió con la coquetería inocente y ligera de dos miradas que se cruzan sin intención entre dos embarcaciones que pasan sobre las aguas tranquilas del Cuerno de Oro.

Después de un encuentro casual en un paseo; se creen reconocer pero ella solo ve a un joven cubierto con el traje de un marino y él sólo ve una mujer envuelta en un velo de misterio. Vuelven los dos al mismo sitio atraídos por la belleza del lugar, arrastrados por esa fuerza inconsciente en que se mezclan la curiosidad y la secreta esperanza de algo vago, inesperado y nuevo. En la ronda que las embarcaciones van siguiendo en el paseo se vuelven

a encontrar. Ya vienen las citas sin palabras. Ellas no tardan en saber que ese joven marino es Pierre Loti y él luego descubre viendo a las tres amigas salir juntas de una mezquita a que solo puede entrar la alta aristocracia musulmana que sus desconocidas figuraban en la sociedad más distinguida de Stamboul.

Se encuentran muchas veces al pasar y la pequeña intriga sigue su camino valiéndose de todos los recursos que ha inventado el amor en el oriente para permitir que se escriban dos amantes. Esos amores epistolares tienen un brusco desenlace. Loti recibe la última carta escrita cuando ya ha tomado la resolución suprema del suicidio.....

Hay cómicos detalles en la historia verdadera que Loti no conoció y talvez el más cómico fué el que pudimos presenciar en una conferencia que dió el mismo Loti en el salón de "Les Annales" sobre las mujeres del oriente.

Asistió a esa conferencia Inés Echeverría de Larraín, en compañía de la interesante señora que había inspirado el fantástico amor de las "Desencantadas".

A unos pocos pasos de la verdadera Desencantada de su historia habló Loti de la carta que una de ellas le había escrito antes de poner término a su vida. "Yo les juro, dijo con una voz solemne y triste que no he cambiado una sola palabra de esa carta." Y desdoblando un papel a que el tiempo ya había dado el color amarillento de las hojas marchitas. "Esta es la carta." Y la leyó.

Claudio Farrère recordando esa enorme broma fulmina con la más indignada execración a la que había envuelto a su genial amigo con el velo ligero de una burla. Odette V.... que ha leído seguramente la "Verdadera Historia de las Desencantadas", pasa en silencio sobre esas revelaciones en el libro que ha consagrado al recuer-

do de Loti. Y Loti mismo habría tenido seguramente una sonrisa para celebrar esa aventura del "burlador burlado".

Como ya hemos anotado por todas partes en la vida de Loti, encontramos siempre un lado oscuro y lleno de misterio. En su **Diario Intimo** comenta largamente todos los incidentes de su vida, muchas veces nos habla de su hijo, pero no nos habla nunca de su mujer, no nos habla de su matrimonio. Y ese obstinado silencio del **Diario Intimo** parece un silencio convenido. Odette V.... que recuerda tantos pequeños incidentes de la vida de Loti no recuerda su matrimonio. Claudio Farrère que ha seguido tan de cerca la vida de Loti pasa en silencio sobre su matrimonio. Bernard en su discurso de incorporación en la Academia, donde entraba a ocupar el asiento de Loti, dice en frases visiblemente calculadas: "Antes de ocuparnos de sus antepasados, mencionaré su matrimonio con Mlle Blanche Ferrière y el nacimiento de su hijo Samuel, que él llamara más tarde su pequeño Samuel y que amara tiernamente." Y porque en una nota agrega Bernard: "Elle me pardonnera de la nommer"? —Ella me perdonará que la haya nombrado,—que de sombras vagas se mueven en ese fondo oscuro!

Y tal vez Loti mismo ha contribuido a crear esa atmósfera llena de dudas y sospechas. Claudio Farrère después de recordar una página en que Odette V.... habla de la pasión de Loti por los disfraces y las mistificaciones dice: "Lo que Ud. ha dicho de Loti nadie lo había dicho. Tal vez porque Loti no se había mostrado a nadie como Ud. lo ha visto. es algo extraordinario, Loti se ha mostrado tal como era. Y Ud. es talvez la única persona en el mundo que ha tenido esa fortuna inverosímil. Creo que nunca se ha cubierto con una máscara delante de Ud. Eso le ha

dejado ver lo que yo en su intimidad solo he podido adivinar o presumir.”

Lo que Loti mismo nos cuenta en las confidencias involuntarias de su **Diario**, nos confirma esa extraña pasión por los disfraces.

La viva impresión que le producían sus lecturas hacía que Loti se imaginara reproducir en la vida real los personajes imaginarios de sus libros. Después de leer los “Misterios de París”, reproduce en su vida las excentricidades románticas del Príncipe Rodolfo y como él alternan en su vida y sus amores las grandes damas de la aristocracia y las loretas de los barrios bajos. Esa insolente y caprichosa mescolanza de las clases sociales se armonizaba con la profunda intimidad del alma de Loti, que como hemos visto estuvo a punto de casarse con la hija de un pescador.

En sus lecturas de Alfredo de Musset encontró a “Rolla”, que por algún tiempo fué el molde en que calcó su vida. Su traje, su aire, su lenguaje eran una reproducción escrupulosa de Rolla. Después encontró en esos mismos poemas de Musset, el “Namouna” en que aparece la figura fascinadora de Hassan, con quien nos dice Barthou que “se encontró un perecido físico y moral: indolente y muy tenaz, elegante y muy cuidado, alegre y displicente, ingenuo y hastiado, sincero y astuto.”

“Des mains de patricien, l'esprit fier et nerveux
Ce qu'il avait de beau surtout, c'étaient les yeux.”

Y por algún tiempo Loti fué en su vida una parodia del héroe de Musset.

Como algunos escritores Loti puso empeño en disimular sus lecturas, sobre todo las que habían tenido más influencia en sus concepciones y sus forma literarias, cre-

yendo acentuar con ese silencio su propia originalidad, Loti no nombra a Lamartine, y si lo nombra es para mostrarle una afectada antipatía y sin embargo... En sus páginas de juventud, cuando era más espontáneo y más sincero, escribe Loti esta página reveladora y deliciosa:

“Siempre que recuerdo esas tardes conmovedoras de otro tiempo, vuelvo a oír la voz tan pura de mi hermana, que canta talvez de una manera ingenua, esos versos magníficamente siniestros:

“Dans la vie eternelle emportés sans retour
Ne pourrions nous jamais sur l’Ocean des âges
Jeter l’ancre un seul jour?”

Es que ese “Lago”, música de Niedermayer, fue durante dos años lo que más le pedía que cantara su auditorio. Tanto se la pidieron que Lucette había definido nuestras tardes con la pequeña ironía impagable de esta frase lapidaria: “el lago, el té y las tostadas”. Pobre lago ¡Ahora tan **rocoso** pero no carece de belleza! Me atreveré a decir que Lamartine ya me era antipático desde el colegio, por sus actitudes y su gran perfil pomposo, sin embargo el comienzo indiscutiblemente espléndido de ese poema, que me había hastiado de acompañar al piano, había despertado talvez en mí la primera emoción de mis terrores delante de nuestra marcha hacia la nada.”

Y resumiendo más tarde toda la filosofía de su vida dirá Loti: “La estrofa tan lapidaria del “Lago” que me volvía incesantemente grabada en la cabeza, por la belleza de su forma había despertado mis primeros terrores delante de la posibilidad de una Nada final.”

Esa influencia honda y tenaz de Lamartine no se siente solamente en la superficie sentimental del escritor, no

solo se siente palpar en esa "Gracieuse" que es un hermoso y pálido reflejo de "Graziella", sino también en la intimidad más profunda del alma de Loti. Es Lamartine quien le ha enseñado el arte sutil de exprimir, de extraer toda la tristeza de las cosas, toda esa suave melancolía de lo que pasa para no volver.

Y ese arte delicado y triste es el encanto del genio de Loti.

Cuando sintió Loti que el término de su vida se acercaba quiso volver a ver ese rincón de tierra vasca tan hermoso y tan lleno de recuerdos, volver a esa casita de Hendaye desde cuyas ventanas él divisaba las sombrías montañas españolas, las cimas oscuras del Jean-Guibel y la antigua Fuenterrabía que como en otro tiempo se recuesta sobre sus rocas al pie de las montañas de Cantabria, y más lejos la inmensidad del mar, volver a oír el suave rumor del Bidasoa que pasa acariciando el pie de su ventana. Quiso ir a la suprema despedida de la tierra vasca, ir a dar su último "Adios, Euskuallería" su último adios a la tierra vasca. Soportó mal las fatigas de ese viaje tan penoso en la situación en que se hallaba. Y "desde su llegada hasta su muerte no pudo ver nada de lo que lo había decidido a hacer su viaje, no pudo dejar el lecho de su cuartito con las ventanas cerradas". Murió en Hendaye el 10 de Junio de 1923. "Era una tarde de verano, una tarde espléndida —dice Barthou— las languideces y las claridades de España llenaban la atmósfera pura y nítida. Las campanas de Hendaye y de Fuenterrabía mezclaban por encima de las fronteras sus vibraciones religiosas. Una procesión dominical recorría las calles de la pequeña población. El ruido suavizado como un murmullo de plegarias y cánticos llegaba hasta la puerta de la casita en que el gran via-

jero que había visto tantas fiestas misteriosas y tantos cortejos triunfales, entraba en el reposo eterno."

Saliendo de la Casa del Solitario pensábamos atravesar en un bote del Bidasoa. Llegamos al desembarcadero de la orilla y nos vimos en la necesidad de renunciar a esa pintoresca travesía.

La marea baja hacía la travesía penosa y llena de peligros. En la marea alta del río se extiende con la tranquilidad de un lago de aguas profundas. El estuario del Bidasoa es como decía Loti "une charmante petite mer". Las embarcaciones van de prisa sobre esas aguas profundas. Los marineros van cantando al compás cadencioso de sus remos.

Pero cuando la marea baja, queda entre las dos orillas un mar muerto, en que van asomando grandes manchas de arena que cruzan hilos de agua sin fondo, grandes charcos, grandes lodazales de arena. El paisaje amable, tranquilo y risueño de la alta marea, se transforma en un paisaje pesado de una tristeza repulsiva y siniestra cuando la marea baja. La navegación siempre peligrosa y dura en esas condiciones llega a ser a veces imposible.

Saliendo de Hendaye seguimos por la orilla de la ensenada que en esta hora de marea baja presenta un espectáculo desolado, casi siniestro, y al frente brilla un sol resplandeciente en los altos farellones de la ribera española.

Vamos viendo las pequeñas islas que han ido formando con el transcurso de los siglos los sedimentos que arrastra el Bidasoa. En algunos de esos islotes divisamos cabañas de pescadores, emparrados y pequeños huertos.

En el fondo de la ensenada encontramos la pequeña Behobie, población de frontera a que da vida un gran tráfico comercial.

Ahí tomamos el camino de la vuelta. Subimos a la altura de la Croix des Bousquets y en medio de un paisaje de montaña nos dirigimos hacia el mar, hacia San Juan de Luz y volvemos a recorrer el camino por Guethary y por Bidart hacia Biarritz. Pero esos paisajes que habíamos visto en la mañana profusamente iluminados por una luz rosada los volvemos a ver envueltos en la oscuridad y la melancolía del crepúsculo.

Cuando llegamos a Biarritz brillaban las primeras estrellas.

EN LA TIERRA VASCA

Salimos de Biarritz una mañana de invierno en que el sol brillaba en un cielo sin nubes y se sentía ese aire tibio y suave de los días en que el viento del desierto, después de atravesar el Sur de España pasa como un soplo cariñoso sobre la tierra vasca.

Ese camino va subiendo para seguir luego por la altura. Principian ya a asomar las flores a los lados del camino. Vemos los primeros brotes de las hortensias, el primer anuncio de la primavera.

Vamos dominando el hermoso valle del río Nive que se estrecha y luego se extiende entre colinas graciosas, cubiertas de sembrados verdes.

El río, de aguas transparentes sigue su camino lentamente bordeado de árboles y plantas de laurel. En el horizonte, muy lejos, se divisa la silueta sombría de las montañas españolas.

Atravesamos un bosque y luego divisamos a Bayona, que los romanos llamaban **Liburdun**. Aquí tuvieron un campamento militar y un centro de comercio en el siglo III. Muchos siglos después Guillermo de Aquitania le dió

el nombre de Baiona, (1132). Una mujer llevó la soberanía de esa tierra como dote y pasó junto con toda la Aquitania al poder de la Inglaterra, y más tarde otra mujer, Juana de Arco, la trajo de nuevo al dominio de la Francia como botín de sus victorias.

La vieja población está lejos del mar, en una situación muy pintoresca en la confluencia del Nive y el Adour, rodeada de murallas fortificadas por Vauban. La ciudad nueva, donde se encuentra la Estación y un Museo de la tierra vasca, está en la orilla derecha del Adour.

Un hermoso puente une la población nueva con la vieja. Desde el puente la perspectiva se extiende hasta la ancha desembocadura del río en el tempestuoso golfo de Gascuña. El choque de la corriente del río con las olas del mar ha formado una barra peligrosa en la entrada del Adour.

Volvemos a recorrer las calles estrechas de la Ciudad Vieja; a pasar por las galerías bajas, por esos portales en que casi se toca el techo con la mano y que nos hacen recordar los pintorescos **porches** de la Rochela. Nos paseamos por la larga avenida que sombrean dos filas de árboles, en los malecones de las orillas del río, en donde presenciarnos un animado movimiento de embarque y desembarque.

Siguiendo por esos malecones llegamos a la plaza en que se encuentra la **Mairie**. Hermoso edificio de cinco pisos que conocen todos los viajeros de la América del Sur, porque en el último piso está instalado el Consulado General de España donde tienen que hacer visar su pasaporte para poder visitar la "Madre Patria". Hay algo paradójal en estas inútiles molestias diplomáticas. No necesitan de ese visa los viajeros de cualquiera de las naciones de Europa o de la América del Norte; pero la Madre Pa-

tria lo exige a los que han nacido en cualquiera de sus hijas de la América española. Y ese visa no es solamente de un precio exagerado (120 frs. por persona) sino que hay que trepar cuatro interminables y fatigosas escaleras para llegar a la oficina en que funciona el Consulado.

En los jardines que adornan esa plaza está la estatua del pintor Bonnat, que nació en Bayona.

Por una callejuela que sale de esa plaza y sube por la falda de la colina en que la Ciudad Vieja ha sido edificada, llegamos a una plazoleta pequeña y desamparada en que está la Catedral.

En un rincón de esa plazoleta, al lado derecho de la iglesia hay una pila en que un hilo de agua se desborda de la tasa y cae con un ruido de una monotonía triste y sorda. Esa pila está en el sitio que el **pilori** ocupaba en otro tiempo.

La Catedral es una construcción severa y sombría, dominada por una flecha del siglo XIII. Muestran con una satisfacción orgullosa las esculturas que adornan el frente y los **vitraux** de las ventanas de la iglesia. Uno de esos **vitraux** fué obsequiado por Francisco I.

El altar mayor es de mármol de Carrara con incrustaciones de plata. El púlpito de madera es una obra maestra de la escultura antigua. El pavimento de la iglesia es de baldosas de mármol blanco y de colores. Los vascos lo consideran "como único en el mundo".

Hay aquí reliquias muy valiosas y entre ellas el solio de San León. Pero todas esas joyas y esas reliquias del arte religioso desaparecen en la oscuridad de esa iglesia sombría.

Al lado de la Catedral hay un hermoso Claustro del siglo XV con una arquería elegante en que asoma el arte risueño del Renacimiento.

Subiendo por una calle larga, muy pendiente, nos encontramos en lo alto de la colina con las formidables murallas del Castillo Viejo. Son murallas muy espesas, construidas en el siglo XII y reforzadas en el siglo XV. Una plancha de mármol clavada en la muralla recuerda que en ese Castillo ha residido D. Pedro el Cruel y Duguesclin. También estuvo ahí hospedado Francisco I a la vuelta de su cautiverio en Madrid, después de la derrota de Pavia.

Ahora la antigua residencia de esos reyes ha sido destinada para oficinas militares y cuarteles de la guarnición de Bayona.

Subiendo la pesada rambla que lleva a la esplanada de las fortificaciones nos encontramos delante del soberbio panorama del valle, del río, del mar y la montaña.

Había también en un sitio muy pintoresco de las afueras de Bayona otro Castillo de recuerdos interesantes para las naciones de la América del Sur, el Castillo de Marrasq en que tuvieron lugar las dramáticas conferencias de Napoleón I y Carlos IV. En una sala de ese Castillo en 1808 José Bonaparte fué proclamado Rey de España. Durante la restauración francesa - en 1825 - cuando se empeñaban en hacer desaparecer todos los recuerdos del Imperio y hacer olvidar una página que hacía tan poco honor a los Borbones, ese Castillo de Marrasq desapareció misteriosamente en un incendio, quedando ahora solamente sus escombros.

Ese Castillo hermoso y trágico, había sido construido por Ana María de Neubourg la viuda de Carlos II, el hechizado.

Al frente del Castillo Viejo hay una residencia interesante. Es una gran casa señorial, que tiene al frente un jardín boscoso, que encierran por tres de sus costados anchos corredores y tiene por el frente una gran reja. Esa hermo-

sa casa solariega está ahora ocupada por oficinas del Gobierno. Fué en otro tiempo la residencia del Gobernador de Bayona y tuvo cierto papel histórico cuando el Gobernador Adrián frustró la tentativa de una San Bartolomé. En esta casa se hospedaron el Rey de España Carlos IV, la Reina María Luisa y su favorito el Príncipe de la Paz.

En un sitio pintoresco que avanza sobre el río está la estatua triunfal del Cardenal Lavigerie, que ha tenido un papel tan importante y discutido en la conquista moral del Africa del Norte.

La orden de los "Padres Blancos", que él organizó, no era solamente una orden de Misioneros para difundir y propagar el cristianismo, sino también para difundir la cultura europea y estudiar en las ruinas de las antiguas ciudades africanas los vestigios que todavía quedan del pasado. Entre las ruinas del Byrsa los Padres Blancos han levantado una capilla consagrada a San Luis, en el sitio mismo en que suponen que murió. Esa capilla es un pequeño museo de las ruinas.

Ya hemos visto en la plaza de la **Mairie** la estatua de Bonnat que ha dado su nombre al Museo de Pintura de Bayona. Hay en ese Museo cuadros de Rafael, de Rubens, de Van Dyck, de Murillo, de Rivera, del Poussin, de Delacroix y algunas hermosas telas de Bonnat.

Lavigerie y Bonnat son los dos de origen vasco, fueron muchachos del mismo tiempo, nacidos en el campo cerca de Bayona y que habían estado juntos en la misma escuela. De ese modesto rincón de la tierra vasca fueron los dos a las más elevadas situaciones. Bonnat alcanzó a ser uno de los príncipes del arte del siglo XIX y Lavigerie uno de los príncipes de la Iglesia de Roma.

Nos alejamos de Bayona y nos vamos internando en el valle del Nive, en medio de prados boscosos, de grandes

sembrados y alegres praderas en que pastan los ganados. En el fondo montañas oscuras y más atrás montañas nevadas.

Atravesamos el espeso bosque de Biarritz y al salir de ese bosque nos sorprende la soberbia vista del "Rhunne" y de las "Tres Coronas".

Seguimos un camino pintoresco y animado a las orillas del Nive. Villas blancas, rodeadas de huertos y jardines. Son casas de antiguos emigrados que salieron de su tierra en busca de fortuna y que han vuelto de América enriquecidos a buscar el cielo y los recuerdos de su tierra y de su infancia. Hay ahí una pequeña colonia que se llaman "Los chilenos" como un recuerdo agradecido de la tierra lejana que les trajo la fortuna.

Todo eso es Ustaritz, la antigua capital de la Labourde, tierra de emigración, que tiene la poderosa atracción del viejo hogar y a cuyo llamado silencioso y dulce todos obedecen.

En el contorno de Ustaritz encontramos escrito en los cruces del camino nombres conocidos en América: Echeverría, Irisarri, Yrarrázabal, Yzarra, Yrigóyen, nombres todos de un origen vasco.

Atravesamos el delicioso vallecito de Ustaritz. Vemos en el campo grandes cuadros de un color oscuro y otros cuadros de un color más claro; largas alamedas, arbustos cubiertos de flores blancas, y por todas partes se ven flores silvestres. Divisamos casitas blancas desparramadas encima de las colinas y en los repliegues de la montaña.

En ese vallecito de Ustaritz pasa el camino al pie de una alta colina que avanza sobre el valle como un espolón de la montaña. Es una colina agreste, solitaria, de una calma adormecedora y suave. Sobre esa colina se divisa la "Villa Arnaga" en que vivió Edmundo Rostand. El mis-

mo eligió esa colina selvática y ese sitio apartado y silencioso para construir esa casa, que pasó toda su vida transformando.

La "Villa Arnaga" es una casa de campo en la montaña, de una sobria sencillez. Un edificio de dos pisos altos y un desván, en que nos sorprenden las grandes ventanas y las galerías cerradas, que no son habituales en las casas vascas. A lo largo de un costado de la casa se extiende un hermoso parrón. Las murallas blancas no tienen más adorno que las celosías verdes de las ventanas.

Desde las grandes ventanas del frente se domina por un lado el paisaje delicioso, risueño y suave del vallecito de Ustaritz y por el otro lado se domina una quebrada sombría y salvaje, y un áspero rincón de la montaña. Y sobre todo eso flota una tranquilidad, un silencio y una inmensa soledad.

Se comprende la fascinación de ese sitio para un poeta ávido de silencio, y sobretodo, en que pudiera consagrarse a su trabajo sin que nada lo viniera a perturbar. Se comprende la armonía de su espíritu con ese rincón de los Altos Pirineos en que la Francia se enlaza con la España, "dont je suis un peu"—como el solía decir—que por un lado conducen a las llanuras desoladas de Castilla "en que Don Quijote perfila la silueta austera de su locura heroica" y por otro lado ese camino va a los hermosos campos provenzales. Había una singular armonía entre el carácter enfermizo de Rostand, con sus alternativas de expansión alegre y depresión sombría y esa naturaleza, en que unos al lado de otros se suceden los paisajes de una alegría deliciosa y de una tristeza desgarradora y salvaje.

Fué un accidente desgraciado lo que lo llevó a ese rincón de la tierra vasca. Cuando asistía a los ensayos de uno de sus dramas contrajo una bronquitis. La convalec-

cencia se arrastraba penosamente. Los médicos creyeron necesario hacerlo salir del duro invierno de París, a un clima suave de la región del Sur. El Doctor Gaucher lo llevó a su casa en Cambo, donde el clima suave, el aire puro y tibio, una naturaleza llena de vida, no tardaron en devolverle la salud. Ahí sintió la embriaguez de la soledad y del silencio; y sintió también que la inspiración extendía sus alas suavemente en esa atmósfera de ensueño. Ahí siguió trabajando mucho tiempo, hasta la muerte del Doctor Gaucher.

En sus excursiones había ido muchas veces hasta esa colina que dominaba el vallecito de Ustaritz, y había sentido todo el encanto de esa colina tan apartada, tan solitaria, tan magníficamente silenciosa.

La soledad de ese sitio, su aislamiento y su silencio lo decidieron a fijar ahí su residencia.

“Es una casa—me decía un compañero de excursión—construída por él y para él.” Y en efecto, Rostand era un hombre de teatro que no tenía nada de teatral. Era muy sencillo, de exterioridades modestas, tenía horror de las escenas, de las actitudes, de todo lo que llama la atención. Se empeñaba por el contrario en pasar inadvertido y desaparecer en silencio. Su casa lo mismo que él es de exterioridades silenciosas y modestas.

Pero detrás de su casa, en lo alto de la colina, hay un jardín cubierto de flores; caminitos a la sombra de los árboles, anchas avenidas. En el fondo de una de esas avenidas transversales se divisa un pórtico de construcción griega, que adorna una guirnalda de rosas trepadoras. Es el pórtico de un templo en ruinas en que han quedado en pie solo tres bustos: Shakespeare, Víctor Hugo y Cervantes. En el zócalo de cada uno de esos bustos Rostand ha hecho grabar como inscripción palabras de ellos mismos.

En el de Shakespeare. "All elements so mixed in him". En el de Víctor Hugo, "Et tranquille il porte sa grande lyre." En el de Cervantes, "Dios sabe si hay en el mundo Dulcinea o no." Uno simbolizaba la imaginación inmensa y caótica; el otro la serenidad poderosa, y el otro, la razón suprema, que destila la verdad de los ensueños más locos.

Y en este jardín que iba a ser el marco de su vida de artista, en cuyas avenidas venía a pasear cuando meditaba el desarrollo de sus dramas, preparó el escenario apropiado para sus horas de alegría y sus días de tristeza; hizo plantar una avenida de naranjos que se cubría de azahares y lo envolvía en su perfume voluptuoso, y una lúgubre avenida de cipreses.

Saliendo de ese gran jardín el camino iba a perderse en la sombra boscosa de un pequeño parque.

Y esa casa de exterioridades de una austera sencillez era en su interior de un lujo suntuoso. El comedor tenía un pavimento de marmol; el gran salón una decoración de madera del Canadá; la biblioteca rodeada de una rica estantería, era una gran sala iluminada por ventanas redondas con vidrios de colores, que derramaba una luz suave y apagada. La luz, el tapiz espeso, el perfume de cera de las maderas, la puerta de fierro forjado imitando la reja de la Catedral de Sevilla, hasta la escala con la forma de un púlpito, todo le daba a esa biblioteca el aspecto de un templo de recogimiento y de meditación. En la decoración de esa sala dos magníficos **panneaux** de Elena Desforne. En uno vemos el esplendor voluptuoso de una ninfa en el baño, y en el otro una hermosa mujer dormida sobre un lecho de hojas muertas.

Rostand encontraba que para el trabajo esa sala era demasiado grande y lujosa; prefería un pequeño, un cuartito de estudiante que tenía la austeridad de una celda; y

sobretudo prefería su propio dormitorio, que era el rincón más silencioso y reservado de la casa.

Ese cuarto, que está en un ángulo del edificio, tiene ventanas que por un lado dan al jardín y por otro lado miran a la quebrada. Un largo corredor aislaba completamente el dormitorio y lo defendía de los ruidos.

Ahí Rostand entornaba las ventanas y se sentaba a escribir en una mesita ligera. Necesitaba todo eso para concentrar su espíritu en un trabajo literario. No aguardaba nada de la misteriosa revelación de la intuición, nada del soplo vagabundo de la inspiración; y lo esperaba todo de un esfuerzo perseverante y tranquilo. **“Un soir a Hernani”**, es un resumen conceptuoso de todo su arte literario y ahí le dice a Víctor Hugo en el tono suave de una súplica:

“Persuade nous bien

Que le travail est triste, que nous ne sommes rien.”

Rostand se inclina respetuosamente ante la vieja fórmula:

“El genio es la paciencia!”, es el trabajo perseverante y sostenido que nada interrumpe, que nada perturba y que mira el tiempo como un factor indispensable y precioso.

Esa necesidad de aislamiento y soledad lo iba arrastrando a una misantropía, que acentuó más un accidente material, “un envenenamiento lento de la sangre producido por una infección del intestino.”

Ese mismo malestar físico le impuso una vida sedentaria y le hacía mirar los viajes con horror. Sarah Bernhard tuvo que hacer esfuerzos muy largos para conseguir que fuera a Viena cuando preparaba su “Aiglon”, lo

convenció que necesitaba ver la realidad del escenario que él sólo debía imaginar. Fué a Viena, y ese viaje fué para él un desencanto. Decía a su vuelta que en toda su vida no podría perdonar a los Capuchinos, que velan la tumba del duque de Reichstadt, la manera irrespetuosa con que muestran las maravillas que están encargados de cuidar. Este viaje casi había empañado la impresión de sus lecturas que son las únicas que dan la realidad profunda de la historia.

Cuando se iba a conmemorar la primera gran victoria del romanticismo, Gastón París, consiguió llevarlo en peregrinación a Hernani y después al Monasterio de Roncesvalles y al pueblecito de Victoria. Ese fué todo el mundo que ese gran sedentario conoció en sus viajes.

En esa vida inmóvil y uniforme fué viendo pasar los años en una monótona consagración al arte. El incidente que ha dejado una huella más dramática en esa vida de Arnaga fué la inesperada y fantástica aparición de un aeroplano.

Un día de verano, a eso de las 4 de la tarde, vieron aparecer en el cielo un punto negro que acompañaba un ruido extraño; el punto fué creciendo y acercándose y el ruido fué llenando el espacio. Era el primer aeroplano que volaba sobre Arnago.

El aviador Fabuteau, en su primer vuelo había querido ir a saludar al poeta.

Para Rostand la aparición del avión fué la aparición de la Poesía viva; porque para él la poesía era la fusión de la verdad y de la quimera, de la realidad y del ensueño. El sueño de Ycaro lo había realizado Santos Dumont. De la impresión que le produjo esa visión del aeroplano vo-

lando sobre Arnaga brotó el himno triunfal que él tituló: **“El Cántico del Ala”**.

Antes de alejarnos de la Casa del Poeta, quisiera anotar un detalle. Como no es raro en las antiguas casas vascas, encontramos en una de las paredes un cuadrante solar, Rostand había escrito sobre ese cuadrante una inscripción **“Je ne signale que les beaux jours”**; Sólo marco las horas de los días hermosos”. Todos sabemos que cuando las nubes ocultan el sol el cielo se oscurece y el cuadrante no puede señalar las horas, y sin embargo esa inscripción de Rostand nos sorprende y nos hace pensar por un momento. Mostrar, lo que todos ven sin darse cuenta, es un rasgo que caracteriza a los poetas.

Siguiendo por un camino de montaña no tardamos en divisar a la distancia la hermosa aldea—Cambi Viejo—está a la orilla del río, es la “Perla del Nive”, por la poética suavidad de su paisaje. Los baños termales, con sus fuentes sulfurosas, y ferruginosas atraen una grande afluencia de extranjeros, y a esas virtudes del balneario se agrega el atractivo de los juegos de pelota que tuvieron su cuna en esta aldea.

“Cambo Alto está sobre una meseta en la falda de la montaña, a más de ochenta metros sobre el nivel del río. Una avenida de plátanos une los dos Cambos.

Desde esa meseta hay vistas encantadoras sobre el valle del Nive y la montaña. Hay en los barrios cosmopolitas los hoteles, dancings y casinos, la alegre animación de los balnearios, la fiebre de placer y distracciones.

Hace un vivo contraste esa frívola población cosmopolita que vive de paso una temporada en la meseta y la tranquila población de las orillas del río.

El camino se va internando en la montaña. Luego atravesamos el Nive sobre un puente de madera, y se-

guimos por un camino estrecho a media falda, teniendo por un lado el río, las campiñas cubiertas de ganado, grandes sembrados, huertos, alamedas que nos hacen recordar paisajes de la tierra, y al otro lado del camino vemos la majestad sombría y salvaje de esas montañas, cubiertas de vegetación, arbustos, matorrales espesos.

El camino va siguiendo el contorno de la montaña, describiendo largas curvas. Por momentos, entre las montañas que nos cierran el horizonte, divisamos las cumbres nevadas, de una blancura virginal.

Legamos a la "Garganta de Lambrocoa", de altos farellones. Es una garganta larga, sinuosa, interminable y sombría. La fatigosa subida de ese triste desfiladero se prolonga. Cuando nos parece que ya vamos a llegar nos encontramos todavía delante de una cuesta que tenemos que escalar.

Arriba llegamos a la pequeña aldea de Lambrocoa que es triste y pobre caserío.

Luego atravesamos entre dos elevados picos de montaña y volvemos a encontrarnos en el valle del Nive, que en esta región está considerablemente cultivado. Los sembrados cubren las faldas y llegan hasta la cumbre de la montaña.

Llegamos a Bidarraz, pequeña y vieja población en que se entra por un soberbio puente de la Edad Media. Vemos al pasar por esta población de pescadores, una iglesia de piedra con un pórtico ojival, restos sombríos de una fortuna que ha pasado.

Hay en estas montañas una "Gruta Santa", en que la piedad cristiana cree haber descubierto la imagen de un santo, incrustada en las paredes. Grandes romerías visitan todos los años esa Gruta.

Siguen las grandes ondulaciones de un camino en que alternan las subidas muy pendientes con las bajadas vio-

lentas, hasta que llegamos a un circo de montañas muy altas, en cuyo seno está anidado "Saint Jean Pied de Port".

Desde lejos la pequeña población conserva su aspecto formidable. Está rodeada de altas y espesas murallas de defensa, con sus almenas y torreones.

Nos vamos acercando a la ciudad por un buen camino de montaña. Pasamos sobre un puente de piedra formado por una gran arcada que une los malecones que encajonan el río.

Desde ese puente se divisa a los dos lados un largo canal interrumpido en su trayecto por la gran arcada de otro puente. A los lados de ese canal se levantan antiguos edificios construídos con ladrillos de una greda roja. Esa singular perspectiva en la montaña nos trae un vago recuerdo de los barrios bajos de Venecia.

Pasando el puente nos vamos a detener en una pequeña esplanada muy pendiente al pie de la muralla de contorno, delante de una de las puertas de la antigua población.

El automóvil sólo puede llegar hasta la entrada de esa puerta, que es una enorme arcada, de grandes piedras, que atraviesa la base de una formidable torre cuadrada que se eleva a gran altura, con dos ventanas muy altas, muy largas, superpuestas y sobre esas ventanas la gran esfera de un reloj que señala la hora desde hace muchos siglos. Esa gran torre de piedra tiene como coronación una pirámide cuadrada.

Detrás de la arcada de la puerta pasamos por un largo corredor que atraviesa todo el espesor de la muralla y de la torre. Nos encontramos dentro de la ciudad en la calle de la Iglesia, calle estrecha, sinuosa, con edificios de piedra a sus dos lados. Construcciones de piedra de tres y cuatro pisos, de murallas desnudas, lisas, sin ador-

nos, en que se abren ventanas con anchas celosías. Algunas tienen por fuera escaleras de piedra. En el piso inferior las ventanas están cerradas con rejas de fierro.

Esa calle solitaria, con su áspera pendiente, sus edificios sombríos, sus murallas de piedra, sus puertas solemnes y sus ventanas con rejas, tienen un aire español de la Edad Media.

Subiendo por esa calle estrecha, mal pavimentada, sin veredas, llegamos a una pequeña plazoleta que está delante de la Iglesia. Unas cuantas gradas de piedra nos llevan a un pórtico ojival del siglo XIII que ha sufrido reparaciones desgraciadas. La torre primitiva se conserva intacta. Está a un lado de la Iglesia completamente aislada. Es una construcción cuadrada, de grandes piedras grises, que sube a mucha altura y tiene como coronación una pirámide y en su base la atraviesa un pasaje.

El interior de la Iglesia es de tres naves, separadas por dos gruesas columnas fasciculadas y por una columna circular. En el fondo de las naves laterales hay grandes altares de madera dorada y en el fondo de la nave central vemos el Coro rodeado de un alto zócalo de cedro. Tres grandes ventanas iluminan el Coro haciendo resaltar la oscura penumbra del resto de la Iglesia. En medio del Coro se veía brillar sobre el altar un relicario de oro violentamente iluminado.

Rodeando una de las columnas sube una escalera que vá al púlpito. En toda la nave central hay un gran número de asientos, quedando vacías las naves laterales en que sólo se ven confesionarios, pequeños altares y columnas en que se levanta la imagen de algún santo.

Las murallas de piedra sin ningún adorno, con su austera desnudez, con su aire severo y su penumbra oscura le imprimen a esta Iglesia el sello inconfundible de la devoción española.

Esta ciudad, fundada por García Jiménez, en el siglo XV, ha conservado su carácter español. La importancia militar de "Saint Jean Pied de Port" es lo que ha ocasionado el trazado tan irregular de la frontera española. La población está situada en un punto que domina los caminos que van a atravesar los Pirineos; por eso los españoles la fortificaron cuando estuvo en su poder y más tarde los franceses encargaron al más hábil de sus ingenieros militares que hiciera más formidable todavía el poder de su defensa. Vauban construyó la ciudadela, que él llamaba cariñosamente "Mon Bijou".

Al salir de esa pintoresca y evocadera población de la Edad Media nos detuvimos sobre el puente a contemplar ese romántico paisaje de otro tiempo: el canal ancho, de aguas tranquilas, que pasan rozando las murallas de piedra con un murmullo suave, el fondo de las casas con sus balcones corridos y sus murallas blanqueadas, que se reflejan sobre el agua como una visión misteriosa; en el fondo de la montaña oscura y boscosa, y arriba, muy arriba, un cielo azul con esa impresionante profundidad de las alturas.

Saliendo de la población, atravesamos un vallecito cultivado con esmero, grandes sembrados y escasas arboledas. Colinas altas y boscosas y detrás de esas colinas, la línea sombría de la montaña que parece levantarse como una barrera eterna.

Un recuerdo nos hizo sonreír cuando salíamos de Saint Jean Pied de Port. Don Juan Cumpestequí, Presidente del Uruguay en aquella época, era hijo de un emigrado nacido en ese rincón de tierra vasca, y el Presidente de la República Argentina, Don Hipólito Irigóyen, es hijo de otro emigrado también de origen vasco.

Vamos por un camino de montaña. El paisaje es sombrío y desolado. Sólo hay en esas áridas montañas

matorrales bajos que forman pequeñas manchas verdes, pero el cielo que cubre ese paisaje es de una hermosa y suave languidez que se acentúa cuando el sol declina.

Nos vamos internando en la montaña. En un vallecito estrecho, encerrado entre las cumbres, nos encontramos con el caserío de Arreguy. Una iglesia, una aduana, las oficinas del resguardo, el cuartel de la guarnición, algunas casas y la inevitable posada de montaña. Todo eso en desorden, agrupado al acaso en un recinto estrecho. Todo eso es solitario, desierto, envuelto en un silencio extraño y en medio de un paisaje árido y triste. Sólo la llegada de viajeros sacude un poco ese rincón dormido.

Cuando llegamos al resguardo nos rodea un grupo de oficiales y soldados que vienen a examinar los pasaportes para dejarnos pisar tierra española. No hay equipajes, lo que nos libra de la desagradable exhibición de ropas sucias. Nos dicen que son necesarias esas formalidades del resguardo y de la Aduana los que no han descubierto todavía que los que viajan con sus papeles más correctos son, precisamente, los que se quisiera perseguir y que los contrabandistas atraviesan todas las noches la frontera por caminos en que no los puede sorprender la policía.

Cuando pasamos por Arreguy el camino estaba desierto, pero veíamos asomar a las ventanas cabezas curiosas y risueñas de mujeres y de niños.

Seguimos un camino que subía en la montaña en medio de un paisaje agrio y salvaje, y no tardamos en llegar al desfiladero de Valcorbos, donde se extiende delante de nosotros una de las visiones trágicas del Dante. A los lados del desfiladero dos enormes farellones sombríos, desnudos, en que se ven solamente grandes rocas suspendidas sobre el camino. Nada más siniestro que esas rocas que de un momento a otro puede

hacer rodar cualquier sacudimiento en esta tierra de temblores. Y el siniestro desfiladero se prolonga; cuando creemos que ya va a terminar, principian a prolongarlo nuevas vueltas. Y lo que hace más inquieta la prolongación de ese desfiladero es que está a una altura de 2.800 metros, y que a esa altura, como en todos los cajones de la cordillera, sopla siempre un viento helado que trasmite y se hacen sentir con toda su crueldad el viento y el frío de la altura.

Por fin llegamos al “Paso de Ibañeta”, desde donde se divisa abajo, en la profundidad del valle una llanura árida y gris.

Bajamos por un camino muy pendiente, siguiendo las largas lazadas de una cuesta, que nos lleva a una gran llanura árida y triste. Un riachuelo se desliza en silencio por uno de los lados de ese valle solitario y siguiendo las orillas del riachuelo se dibuja una línea de verdura en que asoman largas ramas de laurel.

Esa llanura desolada, silenciosa y triste, oscurecida por la sombra de las grandes montañas, es el campo de batalla de “Roncesvalles”.

Aquí fué derrotado Carlo Magno y aquí murió Rolando, el 13 de Agosto de 778. Se ponía el sol de aquella tarde de verano cuando se recostó Rolando para dormir su último sueño.

Aquí también Wellington derrotó a Soult. Grandes recuerdos sirvieron de fondo a los últimos combates de la invasión imperial de España.

En el sitio de su muerte se levanta ahora el Monasterio de Roncesvalles como un monumento a la memoria del héroe de la gran leyenda.

El Monasterio es un gran muro de piedra, informe, sombrío. En esa gran muralla oscurecida por los años, se ven grandes manchas de ese musgo oscuro, suave, ater-

ciopelado, que demora siglos en formarse. En el recinto que rodea esa vieja muralla sólo se abre una puerta estrecha, como la puerta de una tumba que se cierra sobre los monjes y los muertos.

Desde hace algunos siglos todos los años, en la mañana del Miércoles que precede al Domingo de Pentecostes, tiene lugar en Roncesvalles una ceremonia de un acentuado carácter medioeval.

Ese día vienen de todas las aldeas de los Altos Pirineos en peregrinación a Roncesvalles para ver pasar la procesión de "Los Penitentes", que se dirige al sombrío Monasterio.

Los Penitentes vienen vestidos con un largo traje negro, con un capuchón que les cubre la cabeza y la cara, con dos aberturas que les permiten ver, van con los pies desnudos, caminando de prisa, separados, llevando sobre sus espaldas una Cruz.

Se dirige al Monasterio y va a hospedarse bajo las arcadas ruinosas del claustro desolado. Ahí pasa la noche en oración; al día siguiente los Penitentes se confiesan y pasan en un piadoso retiro devotamente consagrado a la expiación de sus pecados hasta el Domingo en que comulgan todos en la Iglesia en que se presentan despojados de su lúgubre antifaz y su negro **dominó** vistiendo el traje pintoresco y vivo de la tierra vasca.

Y los Penitentes vuelven cantando al son de sus alegres panderetas las amorosas canciones de su tierra, las mismas canciones que se oyen en las calles de Granada y de Sevilla, en que palpita el alma ardiente y soñadora de los Moros.

El Monasterio del Escorial también es una tumba y también se levanta en medio de un paisaje desolado; pero el Escorial tiene la monotonía lúgubre de una prisión,

de un hospital o de un convento, de un lugar de expiación y sufrimiento.

El Monasterio de Roncesvalles parece un cementerio, un refugio en que vienen a desaparecer los abandonados de la vida, los monjes y los muertos.

El Escorial nos deja la impresión de algo siniestro y este Monasterio tiene un aire humilde y abatido.

En la Iglesia del Monasterio, contruida el siglo X, se celebra con gran solemnidad todos los años, una misa por el alma de Rolando y de los doce pares de Francia. Hace ya cerca de mil años que la ceremonia piadosa se repite y hace florecer por un momento el recuerdo de la caballería heroica de aquel tiempo.

En el tesoro del Monasterio se guardan todas las reliquias de Rolando, todos sus recuerdos, su casco, su coraza, su espada de combate, su rosario, su libro de oración y el escapulario que llevaba siempre junto con los colores de su dama. Todos esos objetos inertes, fríos, le comunican, sin embargo, el calor de la realidad a las leyendas de la caballería heroica de aquel tiempo.

La impresión que nos deja ese Monasterio aislado en medio de un paisaje silencioso y desierto es de una tristeza infinita.

A la vuelta volvemos a pasar por los caminos que habíamos seguido en nuestra excursión al Monasterio; volvemos al "Paso de Ibañeta", al desfiladero sombrío, a "Saint Jean Pied de Port", y seguimos de prisa; habíamos ya pasado la pequeña aldea de Ossis, cuando un accidente nos vino a detener en esos caminos solitarios en que no hay ningún movimiento de automóviles, y ninguna esperanza de recursos. El automóvil no podía continuar sin exponernos seriamente a un gran peligro. Lentamente, con grandes precauciones, como un ave herida, "tirant de l'aile", como decía Lafontaine, volvimos a la

vieja aldea vasca, pasamos delante de la Iglesia, envuelta en su manto de cal blanca, con su pobre campanario. En la calle, la única, la única calle de la aldea, vemos sobre las puertas de las casas la fecha en que han sido construídas, 1600, 1700 las más nuevas. Esas casas tan viejas, con sus tejados angulosos y oscuros, sus murallas de mortero y sus rejas de fierro, tenían todo el encanto de las casas que nos hablan de un pasado misterioso y lejano, pero no podían prestarnos los auxilios necesarios. No había ningún teléfono en la aldea, no había tampoco comunicaciones telegráficas. La poesía del pasado no bastaba para satisfacer las exigencias de la vida. El **chauffeur** fué a una granja vecina y ahí se puso en comunicación telefónica con la Agencia de Biarritz. Una hora más tarde llegaba a buscarnos otro automóvil de excursión que venía en nuestro auxilio.

Pasada la media noche estábamos de vuelta en las accidentadas calles de Biarritz.

Biarritz, 14 de Febrero de 1930.

EXCURSION A LOYOLA

Marzo 5 de 1930.

Salimos de Biarritz a las 9 1/2 de una mañana de primavera. El cielo de un azul sin nubes. El aire deliciosamente suave.

Seguimos el camino que ya hemos recorrido tantas veces desde Biarritz hasta San Juan de Luz. Ahí abandonamos la espléndida cornisa de las orillas del mar para seguir por un silencioso camino de montañas que va subiendo por una falda escarpada. El camino es boscoso. Pasamos por **Urrugue**, pequeña aldea con casitas de piedra que se agrupan al borde del camino. Es un rincón triste y pobre. Desde esa aldea divisamos el Castillo sombrío y solitario en que residió Luis XI largas temporadas.

Subimos a la ancha meseta de las "Croix des Bosquets", donde se domina una perspectiva inmensa sobre el mar y desde donde la vista puede pasearse al mismo tiempo sobre un grandioso paisaje de montañas.

Bajando de esa altura llegamos en el valle a la pequeña Behobia, en la desembocadura del Bidasoa. Es una

aldea fronteriza en que los viajeros tienen que exhibir sus pasaportes. Todo lo que hay de grotesco en esta mascarada de la defensa de las fronteras con que se trata de encubrir una simple estorsión a los viajeros, ha quedado en una transparente desnudez en estos días. Toda la prensa ha comentado las negociaciones norteamericanas a que ha dado margen la tranquilidad con que Jack Daintier, el Rey de los **Bootlgeros** de Chicago, recorrió la Alemania, con pasaportes y visas consulares, a cara descubierta, sin que ningún cónsul le hiciera la menor dificultad al que pagaba en buenos **dólares** todos los derechos.

Después de esa inútil y molesta tramitación de pasaportes atravesamos el ancho y tumultuoso Bidasoa por el puente **Internacional**.

Seguimos por la orilla española de ese río, cuyas aguas se van tranquilizando a medida que avanzan hacia el mar. Es la hora de la marea alta en que es más fuerte la resistencia del mar a la corriente del río. Al llegar a su desembocadura, el río se presenta como un lago tranquilo de aguas inmóviles.

Siguiendo por la orilla pasamos delante de la pintoresca población de Hendaye.

Seguimos un camino sombreado por los árboles, con un pretil elegante y un suave pavimento de **macadán** alquitranado. Por todo un costado del camino va una cerca de enrejado ligero, sostenida por postes bajos de madera, pintados a listas blanco y rojo. Ese camino tan coqueto y cuidado es una de las transformaciones con que Primo de Rivera ha querido sorprender a los viajeros y cubrir los abusos de una dictadura militar.

En la orilla del río divisamos alegres bosquecillos de laurel-rosa y espesos matorrales que sirven de guarida a los contrabandistas.

Sigue el camino, cuidado con un esmero que supera a los más cuidados caminos extranjeros, teniendo a la vista la hermosa perspectiva que va desarrollando la orilla de Francia.

Pasamos por Irún que es una larga calle de vieja construcción, con murallas de mortero y tejados rojos. Nos señalan al pasar la "Casa de los Gitanos", al lado la "Casa de los Gendarmes". La calle es silenciosa y desierta. Sólo hay animación el 30 de Junio en que se celebra aquí una procesión religiosa-militar, que es la gran fiesta de toda la comarca.

El camino sigue subiendo, ancho, suave y fácil. A lo lejos la perspectiva del mar se va ensanchando.

Nos acercamos a **Fuenterrabía**, la ciudad guerrera, rodeada de murallas, y suspendida sobre el espolón rocalloso que avanza sobre el mar formando el Cabo de Figuer.

Frente, en el mar, está la isla de Santa Clara, sombría y salvaje, envuelta siempre en una sábana de espuma, y allá lejos, en la inmensa soledad del mar, se extiende la tranquila línea del horizonte.

Entramos en la antigua Fuenterrabía por la **Puerta Principal**. En la muralla de piedra, que encierra la ciudad, se abre una gran arcada sobre la cual hay un escudo español tallado en piedra; y debajo de ese escudo se lee, en un cartel, una inscripción tallada de relieve: "La muy noble y muy leal ciudad de Fuenterrabía, provincia de Guipúzcoa". Y encima del escudo, resguardada en un nicho, una imagen de María.

Por el claro de esa vieja arcada se divisa la calle Mayor, calle angosta, corta, severa y sombría; con edificios altos, de tres y cuatro pisos, balcones salientes, con rejas de fierro forjado. El primer piso de esas casas está ocupa-

do por el comercio, por almacenes y por tiendas. La vereda cubierta con grandes baldosas y la calzada adoquinada: se encuentran cubiertas todavía con los **confetti** del carnaval.

La pendiente muy fuerte de esa calle hace penosa la subida. En el fondo de la calle está la Iglesia.

El pórtico está en la base de una gran torre de piedra, cuadrada, desnuda, que sube a mucha altura, sosteniendo un campanario clavado, elegante y gracioso.

En el interior nos encontramos con una basílica suntuosa, de bóvedas muy altas, con arcadas ojivales sostenidas por gruesas columnas.

La nave central es imponente.

En el fondo está el altar mayor, de madera dorada, y forma triangular, que sube desde el piso hasta la bóveda como una inmensa llama de oro.

En las naves laterales hay otros dos altares de madera dorada, tallados con un arte primoroso y un lujo de ornamentación extraordinario. Son los altares de San José y de María; el de San José más fastuoso y recargado en sus adornos y el de María más discreto y más retenido en su esplendor.

A la entrada hay un crucifijo de madera, pintado de colores, más que de tamaño natural, de un realismo impresionante. Ese crucifijo tiene como fondo un fresco de tempestad pintado en la muralla, encerrado entre dos columnas doradas que sostienen una cornisa sencilla. Al pie del crucifijo, una pila de agua bendita que tiene la forma de una gran copa de mármol.

Salimos de la Iglesia por una puerta lateral que se abre en una pequeña plazoleta, desierta, desolada, en que sólo se ve un banco de madera a la sombra de unos árboles. Es de una soledad tranquila.

Al frente de esa plazoleta hay una enorme construcción de piedra, de murallas muy altas, lisas, desnudas, oscurecidas por los años.

Esa construcción sombría, casi siniestra es el antiguo "Castillo de Carlos V", en que han instalado ahora el "Museo".

En el primer piso se abre solamente una pequeña puerta de entrada, estrecha y sencilla. Sobre la puerta hay una inscripción que tal vez hemos leído mal porque atribuye a Carlos V la construcción de ese Castillo, que fué construido en realidad por don Sancho de Navarra. En ese Castillo murió Doña Juana la Loca, dejando aquí el lúgubre recuerdo de su amor y su desgracia.

Entramos en un largo pasadizo sombrío, oscuro, con una bóveda muy baja.

Nos encontramos en un pequeño patio, rodeado de murallas de piedra muy altas. El pavimento es tosco. Dos arcadas laterales comunican con otros patiecitos.

En el fondo, unas cuantas gradas de piedra nos llevan a otro pasadizo oscuro, en que se abren dos arcadas ojivales por donde se entra a otro pequeño patio en que nos encontramos con una indecible impresión de sorpresa. Un bosque de grandes plantas parásitas arborescentes cubre con su follaje las cuatro murallas de piedra que rodean ese patio. Ese bosque suspendido hasta lo más alto de esas murallas es de un efecto fantástico de que no podemos formarnos una idea. Todos nos decían que en este museo lleno de cosas curiosas, la más curiosa que hay es este patio, este bosque alegre y ligero sobre esas viejas murallas.

Un ascensor lleva a la terraza que domina el Castillo. La vista es soberbia desde esa altura que nos deja ver la desembocadura del Bidasoa, ancho y tranquilo, las olas

tempestuosas que vienen a azotarse en las rocas y los escarpados farellones de la costa; las altas montañas inmóviles y sombrias, la extensión inmensa de ese mar siempre agitado, la línea oscura del horizonte y más arriba, un cielo azul.

Ese Castillo era un escenario apropiado para la pobre reina en sus días de locura, con sus corredores oscuros, sus patios tenebrosos, sus pasadizos que se entrelazan como los caminos de un laberinto. Cuenta la leyenda que la reina loca después de tantos siglos rondaba todavía por esos pasadizos misteriosos.

El Castillo ha sido sitiado muchas veces. Francisco I logró apoderarse de él en 1521. Condé y Saint-Simon no fueron igualmente afortunados en sus 20 asaltos. Dirigía la defensa el alcalde Don Diego Butrón cuya estatua de bronce, en actitud de mando, adorna uno de los patios del Castillo.

En un costado de esa severa y noble construcción hay una plazoleta triangular, pavimentada de ripio, rodeada de edificios vulgares, viejos, que tienen con sus balcones corridos, sus rejas de madera, y los colores vivos de sus murallas, un carácter muy acentuado de la España antigua. Por esas ruinas, silenciosas y desiertas atravesaban dos muchachas vendedoras de pescado. Lo llevaban en una canasta plana, como una bandeja de mimbre, con dos agarraderos a los lados, que tomaban las dos muchachas. Las dos iban cantando alegremente la venta. Llevaban las dos el cuerpo ceñido con un **fichú** negro, un corpiño rojo y una falda suelta; andaban con alpargatas y la cabeza sin más adorno que sus cabellos. Las voces frescas y la boca risueña de esas muchachas completaban un delicioso cuadrito de costumbres lugareñas.

La gran arteria de Fuenterrabía es la calle mayor; veredas cubiertas con grandes baldosas; calzada con un

pavimento de adoquines, edificios de un aspecto noble y severo. Ahí está la casa del Ayuntamiento con su gran fachada, una residencia conal del Renacimiento. En esa calle larga y angosta vemos pasar una carreta tirada por bueyes, y burros cargados con grandes bultos. Ese tráfico se hacía en medio de una enorme gritería de carreteros y gañanes y de los pocos transeúntes que buscaban precipitadamente donde refugiarse para dejar libre el paso.

Otra calle interesante es la de "Pampinol", de grandes casas señoriales. Es el barrio aristocrático, solemne y silencioso.

Como en todas las viejas poblaciones hay pintorescos barrios populares, animados y curiosos. El barrio de "la Marina" es uno de esos barrios pobres. Ahí vemos casas bajas, con balcones salientes, rejas de madera, y por todas partes se ve ropa tendida al sol para secarse. También se ven cordeles que atraviesan la calle con ropa suspendida que le da un aire de conventillo. Mujeres sentadas, trabajando en la puerta de sus casas, y cuidando a los chiquillos, que juegan en la calle.

En esa ciudad, guerrera y devota, tranquila y silenciosa hay días de gran animación, en las procesiones de Semana Santa y las fiestas del 8 de Septiembre.

Saliendo de Fuenterrabía vamos por un camino ancho que pasa entre dos montañas, la de Juzquivel que queda hacia la costa y la de Hayen que sube al interior. Atravesamos el valle siguiendo ese camino, divisamos a los lados anchas avenidas de árboles, torres feudales, conventos, capillas de campo, granjas, huertos en que ya se ven almendros cubiertos con sus flores blancas.

Llegamos a la pequeña población de Rentería.

El camino nos lleva hacia la costa donde encontramos el puerto de Pasajes, en el fondo de una bahía profunda y tranquila, que los viajeros comparan con los famosos

“fjord” de la Noruega. En esa enorme entrada del mar hay en las dos orillas, frente a frente, dos pueblecitos de pescadores: San Juan y San Pedro.

Pasajes, que es ahora una pequeña población, ha sido en otro tiempo un gran puerto, rodeado de astilleros de construcciones navales. En los tiempos de la Gran Armada, Pasajes tuvo días de esplendor, la vida y la animación del más grande de los puertos de España. Pero esos días de grandeza ya han pasado y ahora sólo encontramos un pequeño puerto a la orilla de una gran bahía silenciosa y tranquila. Pero sobre la decadencia y la ruina de todas las grandezas queda siempre flotando la suave melancolía del recuerdo.

Víctor Hugo, que vivió cuando era niño en este rincón de España no olvidó nunca su tristeza y su poesía melancólica, y después, cuando era un hombre venía aquí a buscar un refugio en sus días de expatriación y de tristeza.

Volvemos a alejarnos a la costa. El camino sigue entre montañas que cierran el horizonte, que sólo se vuelve a abrir cuando hemos llegado a San Sebastián.

Vemos bruscamente aparecer el puerto, con su largo espigón, sus dársenas, su enorme actividad comercial y su trabajo incesante. Ese rincón de las dársenas laborioso y afiebrado, está completamente separado de la bahía tranquila, indolente y silenciosa del balneario.

A medida que nos vamos acercando se acentúa el contraste con la antigua población de Fuenterrabía, que nos ha dado la viva impresión de una ciudad medioeval. San Sebastián es una ciudad moderna, tal vez exagerada en su modernismo. La ciudad antigua fué incendiada por Graham en 1813. El Castillo en que Francisco I estuvo prisionero ha sido arrasado. La población que vemos aho-

ra es toda nueva, no tiene pasado, no tiene recuerdos. Es una población de ayer, cosmopolita, sin ningún carácter.

La primera impresión que nos produce es la de una población hermosa y fría.

“La Concha” es la bahía del balneario. El nombre es apropiado a la curva deliciosamente suave que tiene la bahía. Una isla se extiende como rompe-olas delante de ella.

En todo el contorno de la Concha, va el paseo “Príncipe de Asturias”, ancho, con un suave pavimento de cemento, que figura grandes baldosas; una elegante reja de fierro sirve de balaustrada por el lado del mar a ese paseo. Vemos pequeñas embarcaciones que cruzan a la vela. Hay cómodos bancos a lo largo del paseo desde donde se puede contemplar tranquilamente el hermoso espectáculo del mar azul, bajo un cielo hermoso y sereno.

Al lado de esa ancha avenida, se extiende una calzada muy cuidada, de una irreprochable suavidad para la circulación de carruajes y automóviles. Detrás de la calzada divisamos en toda su extensión una línea de grandes edificios, de rasca-cielos con un lujo de altura y una deplorable economía de buen gusto.

En el rincón más abrigado de la **Concha** está la **Gran Playa**, que es el centro más animado del balneario.

La playa, de una arena fina y dorada, se extiende en un suave declive que permite entrar sin peligro hasta muy adentro en el mar.

La “Bajada” es una rampla que viene suavemente desde el paseo hasta la playa y tiene como baranda una reja lujosa. Todas las mañanas una muchedumbre de curiosos viene a divisar desde esa rampla a los bañistas.

Todos los veranos hasta la caída del otoño, la playa se cubre de carpas, cuyos toldos planos se juntan formando un telón inmenso. Las carpas corren sus cortinas cuan-

do se desnudan o se visten los bañistas. Después del baño las carpas se transforman, quedan completamente abiertas las cortinas, convertidas en pequeños tocadores, en **boudoirs**, con sillas y mesas que se cubren con pasteles, bebidas ligeras, té y café, que conservan en **thermos** su calor. Los bañistas invitan a sus carpas que al fin de la mañana hacen el efecto de la animada terraza de un restaurant de lujo.

En las noches de luna, en el verano, vuelve a animarse el paseo de la playa. Es el espectáculo del mar bañado por la luz plateada, es la bruma sentimental de esa inmensa soledad.

En el invierno las carpas desaparecen, se va el mundo elegante, la playa queda desierta, el sol brilla en la arena dorada y sólo se oye el rumor de las olas que se extienden en la playa con la lenta suavidad de una caricia.

Bordan la calzada, como ya hemos dicho, grandes construcciones, edificios enormes de una monotonía y un mal gusto deplorable. Es el triunfo del "modern style", con la monotonía fría de la línea recta, con sus ventanas, en filas simétricas, iguales, sin ningún relieve, sin nada que interrumpa la eterna monotonía de sus líneas sin vida. Y luego todas esas construcciones pintadas con el mismo color, de una uniformidad desesperante.

Dentro de esos enormes edificios vive una población en cada piso, vive en la promiscuidad de un conventillo, pero aquí las frotaciones inevitables de la vida común no tienen la compensación de los pequeños servicios que se prestan los vecinos. En esas grandes casas no hay vecindario. Una barrera de hielo separa a los que viven juntos. No hay entre ellos ningún lago. Es el mayor aislamiento en medio de la multitud.

Esas grandezas del "modern-style", frías e indiferentes, sin belleza y sin gracia nos hacen sentir el encanto

de las casitas bajas, de dos o tres pisos, con sus jardincitos, sus ventanas con flores y sus celosías discretas, de esas casitas amables que respiran un aire de mediocridad tranquila, la **aurea mediocritas** de Horacio, de esas casitas que despiertan un sueño vago y delicioso que duerme en el fondo todas las almas.

Nos detuvimos a almorzar en el "Hotel Biarritz", hotel de lujo; grandes salas, sirvientes de frac, generosas propinas y un precio de balneario que el **menú** no justifica.

Recorriendo al pasar la población vemos la "Casa Real", imponente, majestuosa en que se siente el severo gusto español. Un "Kursaal" de una fantasía extravagante, con dos torres que le dan un aire de Iglesia a esa sala de baile.

Pasamos por la "Alameda", hermoso paseo de dos millas de largo en las orillas del Uramea, paseo agreste, solitario y delicioso, con sus grandes palmeras y sus floridos tamarís.

Saliendo de San Sebastián nos alejamos un poco de la costa por un camino accidentado y pintoresco, que sigue las ondulaciones muy fuertes del terreno. Vemos al pasar la vieja población de **Usurbil**. Seguimos después la gran subida y llegando a la altura divisamos el pequeño puerto de **Orío**.

Desde la altura en que estamos una cuesta nos lleva todavía más arriba, desde donde divisamos al pasar el nuevo balneario de **Zaraun** con su hermosa playa que el mundo elegante principia a frecuentar. Domina ese pequeño puerto el Castillo del marqués de Navas, severa y sombria construcción del siglo XV.

Desde ahí va hasta Guetari la hermosa cornisa española siguiendo la orilla del mar por la montaña. La pers-

pectiva de esa cornisa tiene el encanto del movimiento eterno de las olas, que no cesa nunca, que no cansa nunca.

Mirando ese mar azul, que en esos momentos cruzaban a la vela barcos de pescadores, con el suave mareo que produce el vaivén cadencioso de las olas, llegamos a **Zurnaya**.

Más allá de Zurnaya abandonamos la cornisa para dirigirnos al interior de las montañas. Atravesamos el pequeño río Urola, que cruza un vallecito boscoso, y siguiendo por un camino de montaña, pasamos por la estación Termal de Cestona.

Más allá el camino parece terminar. Una montaña agria y sombría, el Ilzarrait se levanta delante de nosotros. Detrás de esa montaña está Loyola.

Por un camino escarpado, que va al borde de un torrente, salvamos la montaña. Desde una altura abrupta, cortada a pico, divisamos al pie el vallecito de Azpeitia, que se extiende alegre, risueño y humilde sumergido entre montañas ásperas.

Bajamos por un camino muy abrupto e inclinado que va describiendo grandes lazadas. Las curvas del camino nos van descubriendo, poco a poco, todo el valle, en que vemos aparecer a la distancia como puntos luminosos, los campanarios y las cúpulas de los cuatro conventos.

Llegando al valle nos dirigimos al pobre caserío de Azpeitia, que se agrupa alrededor de una capilla. Grandes árboles dan sombra a una plaza de aldea solitaria, que sólo se anima en las horas de baile y de fandango. Un banco de piedra es todo el adorno de esa plaza rústica, alrededor de ese banco, después del Angelus, se forma todas las tardes la "tertulia" que comenta alegremente la vida de la aldea.

En la humilde capilla de esa aldea nos muestran la pila bautismal en que fué bautizado San Ignacio. Es una

pobre pila, ahora engastada en una ornamentación suntuosa. Una hermosa mujer que iba en la excursión, junto con nosotros, besó emocionada los rústicos bordes de esa pila.

El camino va derecho por ese vallecito de Azpeitia, plano, agreste, cubierto de un ligero manto verde. Se ven a los lados del camino grandes grupos de árboles. En medio de esas montañas sombrías ese vallecito es un oasis de verdura, de soledad y de paz.

Pasamos delante de los Conventos de Jesús y de María, y de la gran Casa Central de las Damas Catequistas.

Los Conventos forman un grupo de edificios de estilos diversos, encerrados por murallas altas y almenadas. En medio de ese grupo se levanta una gran torre cuadrada y por encima de esa torre sube la aguja de un campanario.

Al lado de ese convento medioeval hay unas construcciones modernas, que nos muestran a la distancia una larga fila de ventanas con celosías verdes.

Subiendo un poco por la falda de la montaña está la Casa Central de las Damas Catequistas. Es un edificio de estilo italiano del Renacimiento, de una gracia alegre y lujosa. El edificio tiene dos pisos y un subterráneo. Vemos al centro un portal y a los lados dos alas que van a terminar en una cúpula elegante. Esa casa es una residencia aristocrática, que hace recordar los conventos nobles del siglo XVIII.

En medio del camino encontramos sobre un hermoso pedestal una imagen de María que marca la entrada del recinto del Monasterio de Loyola.

El camino va derecho por ese campo silencioso y solitario. Llegamos a la **Fonda**, a la vieja hospedería que ha conservado su aire medioeval. Un grupo de árboles forma a su rededor una gran sombra de hojas verdes.

Un ancho corredor mira al camino. Una escalera en

caracol con una balaustrada de fierro forjado sube a los altos.

Desde que se entra en la gran sala que sirve de comedor y de salón, se siente un olor de cocina, de aceite y sacristía. El amoblado es sencillo, todo de encina, las mesas, los asientos y las sillas. No se ve en la sala ninguna venta de licores.

Los cuartos de la Fonda son todos espaciosos, con paredes blanqueadas, desnudas, sin más adornos que la imagen del Santo y grandes carteles que hacen saber que allí "es prohibido jurar y blasfemar".

El torrente que atraviesa el valle se acerca al camino que seguimos, produciendo un ruido sordo y extraño, en medio del silencio.

A lo lejos ya divisamos claramente la masa inmensa del monasterio que dibuja su silueta sobre el fondo oscuro de la montaña.

El monasterio se levanta en el sitio mismo que ocupaba el Castillo feudal de los Loyola, señores de toda la comarca.

El Castillo fué arrasado en 1359 por Enrique III, como todos los castillos de Guipúzcoa, que él consideraba como "madrigueras de bandidos". Sólo quedó en pie un torreón que más tarde fué también arrasado hasta la altura del primer piso.

Los padres de San Ignacio restauraron el torreón y lo ensacharon con una construcción de ladrillo de dos pisos, que pasó a ser la casa solariega de Loyola.

Tenemos a la vista un cuadro de esa Casa Solariega. Un gran torreón cuadrado de piedra gris. En un costado se abre abajo una puerta ojival. Encima de la puerta los blasones de la Casa de Loyola. Y más arriba, en cada costado, una ventana. En la construcción de ladrillo rojo se abren las ventanas de las habitaciones de dos pisos. Los

ángulos de la muralla de cintura son torrecillas redondeadas. El único adorno de esas murallas desnudas es un ancho friso de mosaico. El interior de esa casa, que vamos luego a visitar, se conserva todavía engastado en el Monasterio, como una joya en un estuche.

Esa casa solariega, perdida en una serranía con el transcurso de los siglos y las evoluciones de la vida habría seguramente caído en ruinas y desaparecido en el abandono y el olvido. Pero un lance de guerra vino a decidir de su destino brillante.

Un día de primavera del año de gracia de 1521 un joven gentilhomme fué traído gravemente herido en una pierna en el combate de Pamplona. Ese joven guerrero era el Capitán D. Ignacio de Loyola, que había llevado hasta entonces la vida alegre de su tiempo. Para distraer las horas fastidiosas de la larga convalecencia de su herida se puso a leer los únicos libros que podía procurarse: las Vidas de los Santos, la Imitación de Cristo y algunas obras místicas. Esas lecturas despertaron las aspiraciones y los sueños de una nueva vida. En el temperamento apasionado y expansivo de ese joven guerrero no podía quedar en el silencio el trastorno moral que había sufrido. Habló con los amigos que lo venían a acompañar en su larga enfermedad y encontró entre ellos algunos que acogieron con entusiasmo sus ideas. La Orden de la Compañía de Jesús quedó formada.

Esta orden al través de los siglos debía conocer todas las grandezas y miserias de la vida de la Iglesia, que debió sentirse a veces dominadora y poderosa y a veces proscrita, vagabunda y perseguida, que debía a veces tener en sus manos el poder formidable de la iglesia, y a veces sentirse arrastrada al abismo; pero siempre, al través de esas alternativas de favor y de desgracia la Orden ha conservado inalterable su rasgo más característico, su

espíritu de lucha; ha luchado siempre, ha luchado hasta en los días de su mayor prosperidad.

La casa solariega en que nació Ignacio de Loyola y nació también la Compañía de Jesús, fué después adquirida por Ana de Austria, viuda de Felipe II y obsequiada a los jesuitas para que construyeran ahí su Monasterio.

Siguiendo los planos de Fontaun, se principió la construcción el 25 de Mayo de 1658. La proscripción de la Orden suspendió la construcción. Pasó un siglo antes de que pudiera continuar. La obra sigue lentamente y sólo se termina en 1882.

El Monasterio se nos presenta como una construcción monumental. En el cuerpo central del edificio avanza un pórtico en retonda, que conduce una ancha galería de mármol. A los lados de ese pórtico estiende el edificio sus dos alas. La severidad suntuosa de esa construcción no se altera ni siquiera con los jardincitos de crisantemos y claveles que la envuelven con su perfume y con sus flores.

Por una puerta lateral de la fachada entramos en la "Casa Santa". Nos sentimos desde el primer momento deslumbrados con el esplendor suntuoso que por todas partes nos rodea. El vestíbulo, la antigua sala de armas, todo está cubierto con planchas de mármol y alabastro. El pavimento es todo de mármol.

En el fondo se ve un manto de muralla de la propia casa de Loyola. La piedra groseramente tosca de esa muralla ha sido respetuosamente conservada. En esa muralla se abre la puerta de la Casa de Loyola, la entrada del antiguo castillo feudal de la familia.

Hay en ese vestíbulo suntuoso y sombrío dos grandes esculturas de mármol. Una representa a San Ignacio herido después del combate de Pamplona. La figura es de tamaño natural y aparece recostada sobre un canapé

y al lado se ve un soldado de pie, que está leyendo. Todo, las figuras, el canapé, los objetos, son de mármol coloreado con los colores mismos de la vida; pero sobre todo lo que da una impresión más extraordinaria y animada a ese realismo es la fisonomía emocionada de San Ignacio, con sus grandes ojos negros, fijos, perdidos en los esplendores del éxtasis.

Le sirve de fondo a esa escultura un magnífico cortinaje de brocato rojo.

El otro monumento es una escultura de bronce, que representa a San Ignacio vestido con su traje de guerrero, cubierto con toda su armadura y teniendo en la mano su espada de combate. En esa figura de bronce oscuro hay un detalle impresionante que la anima y la transforma: la visera del casco levantada, deja ver la cara que es de mármol rosado y tiene un aire de vida extraordinario.

A la derecha del vestíbulo una puerta cerrada. Es una puerta de caoba oscura, con vidrios empavonados que cubre una reja de bronce bruñido. Es la entrada de una capilla de mármol blanco. El altar, la bóveda, el piso todo es de mármol. Una lámpara de oro alumbra constantemente esa capilla.

Entramos por la puerta de la antigua torre. Subimos por una escalera de cedro con baranda de bronce. Vamos a las habitaciones que desgraciadamente encontramos transformadas en capillas, dejándonos ver sólo rincones, sólo detalles de la casa sombría en que ha vivido San Ignacio. El lujo suntuoso que cubre ahora esa casa no nos compensa la hermosa y desnuda realidad de ayer.

Entramos al comedor, que es ahora la Capilla de Purísima. La puerta es de plata macisa, el piso está cubierto con grandes láminas de plata, las murallas forradas en mármol. Un altar de mármol blanco, y sobre el al-

tar un bajo-relieve de oro y grandes candelabros cubiertos de pedrerías.

Y en medio de ese lujo fastuoso encontramos el techo de la sala solariega, con sus gruesas vigas salientes y desnudas. Las tablas del techo han sido bruñidas y suavemente barnizadas, conservando su color; las gruesas vigas han sido ligeramente decoradas con finos hilos de oro.

La Cocina también ha sido desfigurada por el lujo. También todo en esa pieza está cubierto de mármol, todo, hasta el fogón. Sólo ha escapado a esa profanación piadosa la ancha chimenea que daba salida al humo del hogar. Todavía podemos ver en esa chimenea la mancha que dejó el humo en la muralla.

En la suntuosa capilla de San Francisco de Borja, todo también desaparece envuelto en un manto de riqueza. Junto al altar vemos la mascarilla de San Francisco de Borja, el apasionado duque de Gandia, el romántico enamorado de la reina, que cuando la quiso ver por última vez descubrió su hermoso seno cubierto por una úlcera. Ese supremo desencanto de la vida lo llevó a un convento.

Vemos en la mascarilla una figura de líneas severas, de un óvalo ligeramente alargado, una frente amplia y terca; una boca de líneas delicadas y un dibujo correcto; un nariz apenas encorvada, ojos grandes profundos y párpados largos, que debieron dar a su mirada una expresión soñadora, velada y virginal.

Al lado de esa interesante mascarilla vemos en una vidriera la casulla de San Ignacio.

Entramos en la Capilla del "Relicario y de la Conversión de San Ignacio". Ese es el Santuario de la Casa Santa, esta es la sala en que nació San Ignacio. La suntuosidad es magnífica; por todas partes vemos mármol, columnas de alabastro, oro, piedras preciosas, un fantástico

derroche de tesoros; grandes cortinajes de felpa en las ventanas, y telas riquísimas cubriendo las paredes.

Encontramos en esa sala la estatua en bronce de San Ignacio que lo representa herido, sentado en una silla, leyendo un libro, que tiene abierto sobre sus rodillas. Es el momento en que lo sorprende la visión transformadora. San Ignacio ve pasar a su lado a San Pedro y a María que vienen a mostrarle el camino que va a seguir su vida. El contempla extasiado esa visión maravillosa.

Esa hermosa estatua es sin duda una obra maestra de la escultura española.

A un lado de la estatua se ve una ancha puerta de alabastro que cierra el retrete en que se guardan las grandes reliquias del santo, dos ángeles de mármol que sostienen grandes candelabros de oro están colocados a los lados de la puerta. Cortinas de felpa cubren la puerta del relicario. Lámparas de filigrana de oro derraman sobre la sala una luz suave y grandes pebeteros queman incesantemente sus perfumes.

Después de recorrer esa suntuosa galería en que se han derrochado los esplendores fastuosos del oriente, nos preguntamos, si no habríamos preferido ver la Casa Solariega, con sus paredes blanqueadas con cal, el piso enladrillado de las piezas que ocupaba la familia, los muebles mismos de que se sirvió en su vida, todo lo que ejerció sobre él la influencia muda de las cosas y en que queda flotando la sombra evocadora del recuerdo.

Saliendo de la "Casa Santa" vamos a la gran basílica.

Entramos por el suntuoso pórtico redondeado, de mármol blanco, que adornan las columnas de mármol negro con relieves de bronce.

Tres enormes arcadas forman ese pórtico y detrás de las arcadas hay una ancha galería en que se abren las puer-

tas de la Iglesia. Esas grandes puertas son de madera bruñida, esculpidas con un arte exquisito y adornadas con una brillante ornamentación de cobre.

Entrando al interior nos encontramos en una gran Iglesia redondeada. Grandes arcadas de mármol blanco formando círculo, sostienen una inmensa cúpula. Las arcadas se apoyan en columnas de un mármol muy oscuro, casi negro, y la cúpula es de un mármol gris de nube y de un mármol rosado. Sobre las columnas negras se levantan estatuas de personajes de la Compañía de Jesús en la devota actitud de la oración. Las grandes ventanas de esa cúpula derraman un torrente de luz en esa Iglesia. En el contorno de la cúpula una decoración de mármol blanco y rosa figura un espléndido cortinaje.

Una ancha galería rodea por fuera el suntuoso círculo de esas arcadas, que forman la rotonda. En esa galería están los pequeños altares, todos de mármol, y todos adornados con estatuas de santos, que son obras de arte.

Mirando desde la entrada se ve al frente en el fondo de la arcada, el soberbio altar mayor ligeramente velado por la sombra. Es de un esplendor magnífico. El altar es de ágata gris, adornado con columnas salomónicas también de ágata, en que se enrollan anchas cintas con incrustaciones de mosaico que sostienen la coronación del altar.

En medio del altar se levanta una imagen de San Ignacio de tamaño natural, toda de plata cincelada.

Delante del altar grandes candelabros de oro. Y a los lados del altar grandes lámparas suspendidas de la bóveda. En los días de fiesta, cuando esas lámparas se encienden, la iluminación del altar es del más fantástico efecto.

En las columnas que sostienen la gran arcada central están los púlpitos de madera tallada, que son uno de los

más costosos lujos de la Iglesia, por el arte exquisito de sus decoraciones.

El piso de la Iglesia está cubierto con baldosas de mármol blanco y negro.

Saliendo de esa espléndida basílica nos volvemos a encontrar en los jardines que sirven de adorno a su fachada. Es un jardín abierto. No tiene ninguna reja que lo encierre, ni siquiera una cerca ligera o una pequeña palizada. Sus caminitos van entre las flores a perderse en pleno campo. Es un jardín tranquilo y confiado ese hermoso jardín del Monasterio.

Volvemos a encontrarnos en la inmensa y apacible soledad del valle de Azpeitia. Por todas partes nos rodea un grandioso circo de montaña. A un lado del camino volvemos a ver los Conventos de Jesús y María, y la Casa de las Damas Catequistas y al otro lado la Estación y la gran Fonda.

Para salir del valle seguimos por un camino de montaña que va subiendo las largas lazadas de una cuesta que tiene 15 kilómetros de largo.

El camino atraviesa el pequeño caserío del **Regil**. Una capilla de campo, un frontón de pelota, algunas casas, y todo eso envuelto en la inmensa soledad del campo y la montaña.

Y más allá nos encontramos en la famosa Garganta del Regil. Larga, sinuosa, estrecha y sombria. El camino defendido por un fuerte parapeto va a la orilla profunda de un abismo. Un torrente se arrastra ruidosamente en el fondo de ese precipicio.

Llegamos al paso del Regil. Estamos a más de mil metros de altura sobre el nivel del mar.

Bajamos al pintoresco valle de Unamea y, siguiendo por el camino de Tolosa, atravesamos de prisa la antigua capital de **Guipúscoa**.

El camino se dirige hacia la costa. Pasamos delante Andosín, pequeña población en medio de un bosque.

Una curiosidad muy explicable hace que detengamos un poco la rápida marcha de la vuelta. Vamos recorriendo un vallecito a las orillas de un río. Es un vallecito boscoso, verde y risueño. En medio de ese valle está la pequeña población de **Hernani**.

La población romántica, que ha popularizado en todo el mundo Víctor Hugo, ha desaparecido. Sólo quedan ruinas informes del Castillo feudal de los señores de Hernani. Sólo queda el escenario inmóvil de la vida caballeresca de esos tiempos, las montañas escarpadas y sombrias, el vallecito risueño, el río con la eterna canción de su corriente y el cielo con la inmensidad misteriosa de su espacio.

Ahora Hernani es una población fabril. Se levantan por todas partes las enormes chimeneas de las fábricas. Se ven a los lados del camino casitas risueñas con pequeños jardines y con grandes huertos. Se siente en la pequeña población el rumor alegre de una vida de trabajo.

El Hernani romántico ha desaparecido y sobre su tumba crecen las flores. **Le Roi est mort! Vive le Roi!**

Volvemos a seguir de prisa por un sinuoso camino de montañas. Luego nos acercamos a la costa y volvemos a pasar por San Sebastián.

Tornamos al camino que habíamos seguido en la mañana, pero al salir de **Rentería** tomamos el camino viejo que rodea la fantástica montaña de las "Tres Coronas", que parece levantarse completamente aislada en medio de un gran valle. Pasamos por la pequeña aldea de Oyarzún.

Nos dirigimos a la orilla del Bidasoa y atravesando por el puente Internacional seguimos el camino de Biarritz.

Cae la tarde. Las sombras del crepúsculo se extendían lentamente. Las estrellas principiaban a asomar en el azul del cielo cuando llegamos a Biarritz.

P. S. Una grave amenaza se suspendió despues sobre ese apacible valle de Azpeitia. La Constituyente de la nueva república española ha establecido en su proyecto de Constitución la expulsión de los Jesuitas, que el misterioso 4.º voto coloca en una condición excepcional respecto de las demás congregaciones religiosas. Ese 4.º voto a que se han hecho en la Cámara misteriosas y siniestras alusiones, hace temerario extender sobre la incorregible Compañía el manto de la tolerancia religiosa. Los jesuitas de melodrama han vuelto a reaparecer en la política española y esa siniestra aparición ha inspirado a la Constituyente el artículo 24 de la Nueva Constitución que los expulsa. Los jesuitas españoles han recibido con un tranquilo orgullo esa amenaza. Recuerdan que en el transcurso de un siglo han sido tres veces expulsados de España y que han vuelto las tres veces. Ahora, como a todas las instituciones religiosas, les niegan el derecho de enseñar; y hace pocos años, cuando los jesuitas pensaron suprimir algunos colegios, la dictadura militar los obligó, con las más severas amenazas, a continuar en ellos su enseñanza". "Eso no es serio", decía con una sonrisa de ironía un joven jesuita que nos recordaba estos detalles.

Ese famoso 4.º voto de sumisión, y obediencia al Sumo Pontífice de Roma, ha sonado en los oídos de las Cámaras republicanas de España como un juramento de obediencia y sumisión a un Monarca extranjero y ha determinado la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles, condenándolos a buscar en tierra extraña un rincón en que puedan albergarse.

Fué triste para ellos la hora en que se vieron compelidos por la fuerza a abandonar su Monasterio; pero lo más amargo de su salida debió ser la fría indiferencia con que los aldeanos de ese valle de Azpeitia a que habían prodigado todo género de auxilios, los vieron encaminarse a la frontera. Ellos contaban con que su expulsión levantaría por lo menos un movimiento de indignación y de protesta.

Pero siempre un desengaño es lo primero que se encuentra en el camino de todas las salidas del poder, y rara vez podemos encontrar más adelante en ese camino solitario, una hermosa y noble gratitud.

POR LAS ORILLAS DEL LOIRA

A Luisa Pardo de Orrego

La excursión por las orillas del Loira es una de las que recuerdan con más entusiasmo los turistas de Francia. Y con razón, a nuestro juicio, le prodigan sus elogios, porque es en realidad un paseo delicioso por una ancha y admirable carretera, en que el automóvil se desliza bajo la bóveda majestuosa del follaje que cubre el camino con su sombra, atraviesa valles tranquilos y luminosos, bosques, gargantas agrestes de montañas, teniendo a la vista aldeas pintorescas que se acercan alegremente a la orilla del camino, se esconden entre el follaje del bosque, o rodean el viejo torreón que en otro tiempo les prestó su amparo; siguiendo siempre en medio de paisajes de una encantadora variedad.

Estos caminos de Francia producen la más viva impresión en el viajero por su cómodo trazado, por el esmero y el arte con que son cuidados. El pavimento es de **macadam** o de una pasta oscura y lisa como el asfalto de roca. A cada paso se va encontrando a los lados del cami-

no montones de ripio o de una tierra amarillenta arenisca y arcillosa con que se puede reparar inmediata y fácilmente cualquier descompostura.

En esos caminos sin tropiezos se arrastran sin esfuerzo carretillas que transportan una carga enorme.

Pero, más que el pavimento nos sorprende el cuidado de los árboles que hermosean y protegen el camino. Los podan de manera que sus ramas vayan a formar arcadas ojivales, una bóveda que se extiende en elegante y majestuosa perspectiva. El amor a la belleza, que es el genio de esta raza, se siente en la graciosa coquetería con que adornan esas largas y encantadoras avenidas.

Llevan ese culto del arte hasta abandonar a veces la línea más corta, para seguir la que tiene más interesantes perspectivas.

En medio de su inmensa variedad hay en la fisonomía de los paisajes del Loira acentuados rasgos de familia. Todos ellos tienen la misma expresión de suavidad melancólica; hay en todos ellos la misma ternura de color, vaga, soñadora, que no altera ni siquiera la luz cruda del medio día en el verano.

Los hemos visto bañados por la luz intensa de una mañana de Septiembre y conservaban sin embargo la suavidad delicada de sus tonos, a pesar de la violencia de esa luz. El cielo siempre gris en el Norte de la Francia es el secreto de esa coloración encantadora: ese cielo gris apaga las violencias brutales de la luz, suaviza los contrastes y lo envuelve todo en una gasa ligera, en una neblina sentimental y vaporosa.

Contribuye, también, a acentuar el parecido familiar de esos paisajes la nota dominante de su colorido, que recorre la gama riquísima del verde, desde el tono más intenso hasta el más claro. Todo es verde, el valle, el bosque, hasta el tronco de los árboles cubierto por el musgo,

hasta el agua de los ríos en que se refleja el follaje, y hasta el agua de las grandes charcas, de esos pintorescos **mares** en que flota la lama.

Por todas partes son también los mismos los accesorios del paisaje: un castillo en ruinas en la cumbre de una montaña escarpada, un molino de viento que voltea sus aspas lentamente en medio del llano; un caserío que rodea la torre de una Iglesia o la chimenea de una fábrica.

Algunas casas desparramadas en desorden, con sus techos puntiagudos, sus ventanas sin armonía, sus paredes bajas, hechas de mortero, todas con un aire de vejez; las construcciones recientes parecen una reproducción de las antiguas; una Iglesia pequeña que parece acurrucarse a la orilla del camino; un cementerio aislado en un rincón del valle; un sendero que trepa la colina y se va a perder entre las sombras del bosque.

Esas aldeas producen una impresión de conmovedora poesía en el espíritu de los que han vivido siempre en las ciudades; despiertan en el fondo del alma con su silencio, su quietud, con su pobreza misma, no sé qué indefinible y vaga aspiración.

Luego el río en todas las hondonadas; el gran río, ancho, bajo, lleno de islas cubiertas de árboles, el río de curso caprichoso que arrastra sus aguas lentamente.

Viendo esos paisajes es inevitable el recuerdo de los cuadros de Corot. Es el apasionado pintor de esta región. Aquí es también donde mejor se le comprende y se le siente. Nos sorprende su realismo y la escrupulosa fidelidad con que ha producido la delicada armonía que aquí todo lo domina. Lo que habíamos juzgado una creación de la fantasía del artista es la visión real y desnuda de la naturaleza que se mostraba a sus miradas. Aquí encontramos por todas partes esa armonía del cielo, del paisaje, de todos los detalles que es el encanto de las telas de Corot.

En las orillas del Loira el genio del gran pintor vino a buscar su delicada y soñadora inspiración, y será en sus cuadros en donde a nuestro turno iremos a buscar el recuerdo de las impresiones que nos ha producido la conmovedora visión de estos paisajes.

Hay un accesorio que no recordamos haber visto en ninguno de los cuadros de Corot, y de que talvez voluntaria y deliberadamente ha prescindido para que ninguna idea extraña viniera a perturbar la impresión que la naturaleza por si sola debía producir. Por todas partes a lo largo del camino íbamos encontrando grandes cruces de hierro o de madera colocadas sobre pequeños montículos de piedra, o pequeñas pirámides consagradas al recuerdo de un combate que había tenido lugar en ese sitio. Los muertos habían sido sepultados debajo de esas cruces.

Desde los tiempos de la conquista romana hasta la guerra de 1870 esas campiñas han sido el teatro de las grandes luchas de la Francia. Es la región en que el paso de los siglos ha impreso su huella con más fuerza. En cada uno de sus castillos vamos a encontrar una página ensangrentada de su historia y por todas partes se levantan en nuestro camino los recuerdos de la heroica epopeya nacional.

El Loira ha sido la barrera en que durante siglos han ido a estrellarse las grandes invasiones de los romanos, los ingleses y normandos. Católicos y Hugonotes muestran los sitios en que fueron alternativamente víctimas de las feroces matanzas religiosas. En uno de esos castillos muestran al viajero las jaulas de fierro en que encerraba Luis XI a los rebeldes vencidos; y está en todas las memorias el recuerdo de ese fúnebre convoy en que Richelieu moribundo arrastraba por ese río a Cinq Mars y su desgraciado compañero, para llevarlos a expiar en el patíbulo una conspiración desesperada. La mano de hierro del cardenal

concluyó de hacer pedazos en las orillas del Loira los restos del feudalismo que habían escapado a las jaulas de hierro de Luis XI. Las sublevaciones de los Vendeanos han desparramado en esos campos los recuerdos de la sangrienta y tenaz lucha de los azules y los rojos. Y todavía, casi en nuestro tiempo, a esa región, tan fuertemente adherida a las tradiciones del pasado, fué a donde vino la Duquesa de Berry a levantar esa revuelta en que tuvo como desenlace su prisión. En esa empresa temeraria se vió obligada a desplegar todo el coraje de su alma de princesa y en esa prisión se vió obligada a descubrir el secreto de su corazón de mujer. La historia y la leyenda envuelven esa región en su manto dramático, y agregan a la poesía delicada del paisaje la emoción conmovedora del pasado. En los castillos, en las ruinas, en todas partes se respira un aire que embalsaman los recuerdos de civilizaciones extinguidas.

Tienen, pues, razón los que nos hablan de esa excursión por las orillas del Loira como de una de las más interesantes que se puedan hacer al través de la Francia.

Salimos de París recorriendo los Campos Elíseos, la Avenida del Bosque de Boulogne, el Bosque mismo hasta la puerta que dá al camino de Versalles para dirigirnos en seguida por la soberbia carretera que va a Orleans.

El camino, sombreado en casi toda su extensión por los árboles plantados a su orilla o el follaje de los bosques que atraviesa, baja suavemente desde las alturas de Versalles hasta el llano de Beauce.

Va todavía en alguna elevación, cuando vemos, al través de las arcadas del acueducto monumental que lleva aguas del Sena a los jardines de Versalles, el valle de Chevreuse. Es maravilloso el efecto que produce desde la

altura en que la vemos, esa inmensa masa de verdura. El viento que mueve suavemente las copas de los árboles le da al valle las palpitaciones ondeantes de la vida. Ese valle parece sumergido en una voluptuosa embriaguez.

Divisamos al pasar una pequeña población—talvez Peray—y poco más allá entramos en la espesura del gran bosque que envuelve a Rambouillet.

Sobre una gran esplanada se levanta el castillo, edificio sin elevación y sin carácter. Sus dos alas se cruzan en el patio de honor formando un ángulo. En las paredes bajas y lisas se abren largas filas de ventanas cuadradas, uniformes, de una fatigosa simetría. Más bien que el patio de un palacio parece el patio monótono de un convento o de un cuartel. El torreón que se apoya en una de sus alas, lejos de darle interés, da más relieve a la banalidad de esa construcción disparatada.

Pero al frente de ese palacio insípido y vulgar se extienden espléndidos jardines, que algunos consideran más grandes y variados que los jardines de Versalles.

No pudimos visitar las salas que hay en el interior de ese Castillo, cuya elegante decoración hace contraste con la pobreza de las murallas exteriores. Tuvimos que alejarnos sin haber entrado en los salones en que la Marquesa de Rambouillet reunía a la **gente fina** para reformar el lenguaje y las maneras de su tiempo. Habríamos querido ver las salas en que conoció Molière a las **Preciosas ridículas**, que ha inmortalizado su picaresca y sonora carcajada.

Envuelve ese Castillo un bosque soberbio, en que hay una caza abundante, reservada en otro tiempo a los monarcas y ahora a los Presidentes de Francia, que van ahí todos los años a una ceremoniosa cacería que conserva las prerrogativas feudales del poder en medio de la vida democrática.

En el bosque se puede visitar la **Lechería** que dejó ahí

María Antonieta como recuerdo de su paso y testimonio de la secreta obsesión que dominó su vida. Aquí, como en Trianon, quiso la romántica soberana construir una aldea en donde pudiera escapar por un momento a la etiqueta ceremoniosa de la Corte y hacerse la ilusión de una vida sencilla, cubriéndose con el disfraz de una pastora. Las novelas de Rousseau estaban en todas las manos y los cuadros de Watteau en todos los salones.

De Rambouillet a Etampes el camino se extiende como una larga cinta blanca entre los **talus** que forman una franja verde a sus costados.

A lo largo del camino se ven casas aisladas, granjas, pequeñas aldeas, en que nos llama la atención ver cerradas todas las puertas y casi todas las ventanas.

Se creería que han sido abandonadas sino sintiésemos resonar el ladrido de los perros en esas habitaciones silenciosas. Los hombres salen a trabajar en el campo y dejan cerradas las casas en que quedan las mujeres que cuidan de los niños y preparan la cena de la tarde.

Una larga bajada nos llevó al valle de Juinne. Riachuelos corren por la hondonada moviendo enormes ruedas de molino; grandes sauces van siguiendo la orilla de los canales y álamos muy altos dibujan su esbelta silueta sobre el cielo gris.

En ese valle está Etampes. Domina la pequeña población la Iglesia de San Martín con su torre inclinada.

Divisamos al pasar el palacio de Diana de Poitiers, que solo conserva su carácter antiguo en la fachada. Todo el interior ha sido transformado para convertirlo en oficina de la Caja de Ahorros y galerías de museo.

Al lado del Hotel de Ville, que es una hermosa y sobria construcción del siglo XVI, se encuentra el antiguo palacio de Ana de Pisseleu, la imperiosa amante de Fran-

cisco I. Esa casa señorial ha sido transformada en un pro-saico almacén de provisiones.

Al salir de Etampes principiamos la larga subida que lleva al llano de Beauce. El horizonte se ensancha y la vista se pierde en esa planicie de proverbial feracidad, cultivada en toda su extensión con el esmero con que se cultivan los jardines. Los árboles se presentan en manchas aisladas y solo se agrupan a la orilla del camino. El campo, como un tablero de ajedrez, presenta grandes cuadrados en que forman contraste los colores de las diversas plantaciones.

Ya en ese llano principiamos a ver aparecer los molinos de vientos que raras veces se utilizan para levantar agua de las norias y casi siempre siguen volteando lentamente sus grandes aspas, sin objeto, como si obedecieran al impulso irresistible de un hábito adquirido y de que no pueden desprenderse.

Ese valle de Beauce nos deja la impresión de una quietud profunda, de un trabajo monótono y tranquilo. Los años, los acontecimientos parecen pasar sobre ese llano sin que nada cambie; todo sigue ahí su curso inalterable, como las aspas de los molinos.

Después de atravesar por encima de los tres brazos del Eure, divisamos los campanarios del Chartres; la vieja ciudad de los Druidas, azotada por las invasiones de los Normandos, la guerra de cien años y los sangrientos sitios de los Hugonotes y de Enrique IV.

La joya de Chartres es su catedral, considerada como uno de los más bellos monumentos del arte gótico francés. La fachada es de una grandiosidad soberbia. Sobre tres grandes portadas se abren tres ventanas coronadas por una admirable roseta. A los lados, dos torres monumentales que se elevan a más de cien metros de altura; una en forma de pirámide lisa; la otra cuadrada, ricamente orna-

j/ mentada, se lanza en el espacio con la elegancia esbelta y ligera de una aguda gótica. El interior de la Iglesia es de tres naves del estilo más puro. Debajo del altar mayor visitamos la cripta más grande que hay en Francia, edificada sobre la gruta en que los druidas adoraban a la "Virgen que iba a dar a luz".

En ese templo en que la arquitectura ha prodigado sus más grandiosos y solemnes esplendores, resalta la desnudez de las murallas, la pobreza y mezquindad de los altares y el lastimoso estado en que se encuentra el pavimento. Todo debiera guardar ahí armonía con la suntuosidad del edificio.

Ese templo inmenso había podido servir a una gran ciudad de adecuada catedral y sin embargo es el templo de una pequeña población. Ese contraste, ahora chocante, nos hace resaltar gráficamente el espacio enorme que ocupaba la Iglesia en la vida de otro tiempo, en que todo lo dominaba y absorbía.

La ciudad conserva todavía su carácter antiguo, sus calles estrechas y tortuosas, sus viejas construcciones, esa fisonomía interesante de las poblaciones que se adhieren al pasado y se resisten a aceptar innovaciones que amenazan perturbar la tranquilidad tradicional de sus costumbres. Parecen mirar al porvenir con una desconfianza recelosa, y que solo pueden descansar tranquilas sobre la almohada del pasado.

El camino de Chartres a Orleans va atravesando una serie de ondulaciones que parecen aumentar a medida que avanzamos. Algunas aldeas se acercan al camino y en todas encontramos la soledad, las puertas y las ventanas cerradas; ese silencio de la casa desierta.

Después de algunas horas de marcha rápida vimos aparecer la silueta monumental de la Catedral de Orleans; pero a medida que bajábamos la colina, veíamos que la

silueta de la catedral también bajaba, hasta ir desapareciendo poco a poco la aguja de su cúpula. Subiendo la otra colina volvía de nuevo la catedral a aparecer, y a medida que descendíamos volvía a hundirse lentamente, repitiéndose esas apariciones fantásticas hasta que llegamos al llano en que se extiende Orleans a las orillas del Loira.

Orleans es una ciudad de larga historia que viene desde los tiempos de Aureliano -que le dió su nombre- hasta la guerra de 1870 en que los alemanes la tomaron, la perdieron y la volvieron a ocupar. Pero en medio de esa accidentada historia, lo que tiene más relieve es el famoso sitio de los ingleses a que Juana de Arco puso término, sitio de una audacia temeraria a que la Francia debió su salvación. El recuerdo de la Doncella de Orleans domina todos los recuerdos y se conmemora aquí todos los años con grandes fiestas populares.

Nuestra primera salida fué para ir a la calle de labour al número 35. Hay ahí una casa vieja, de aspecto sencillo y casi humilde. Una plancha de mármol dice que en esa casa estuvo alojada Juana de Arco durante el sitio y que Carlos VII vino algún tiempo después a visitarla, en recuerdo de la pobre doncella. La ocupa ahora un monasterio de la orden de Santo Domingo. Las monjas que viven ahí se dedican a cuidar enfermos.

Una de las monjas nos mostró los cuartos en que vivió Juana de Arco. Casi todo ha sido destruido y transformado. Solo se conserva intacta la distribución del edificio, una chimenea, algunas puertas, el pavimento de una pieza, el techo de otra. El dormitorio sirve ahora de capilla.

Cerca de ahí, en la plaza de Martroi, se ve la estatua de Juana de Arco que, a pesar de sus proporciones y su mérito, no encontramos a la altura grandiosa de un mo-

numento que el arte de la Francia levanta en Orleans a su heroína.

La catedral tiene una fachada majestuosa, en que estilos diversos se confunden pero no se armonizan. Sobre tres grandes portadas, coronadas por tres grandes rosetas, corre una alta balaustrada a lo largo de todo el frente de la Iglesia. En los dos extremos se levantan torres cuadradas de tres cuerpos, rodeadas en los pisos superiores de una ligera y elegante columnata. Pero a pesar de eso la impresión general del frente de esa Iglesia es de una abrumadora pesadez. El interior es de cinco naves del estilo gótico, que hacen recordar a Notre Dame aun cuando esté lejos de tener sus grandiosas proporciones.

Más que los famosos vitraux que representan la vida legendaria de Juana de Arco, nos interesaba ver en esa Iglesia el monumento de Mgr. Dupanloup, que tiene tan gran reputación como obra de arte.

La estatua del célebre Obispo de Orleans está recostada sobre una urna funeraria; en un bajo relieve, que sirve de fondo al monumento, se ve un ángel que despliega sobre la cabeza del Obispo el estandarte de Juana de Arco, y al pié de la urna hay dos figuras: una representa un guerrero que apoya su mano en una espada que atraviesa la cabeza de una serpiente; la otra recuerda la figura de San Marcos con un libro en la mano. El monumento produce una impresión de recogimiento religioso, a pesar de que las dos figuras más importantes—el angel y el guerrero—no contribuyen a la impresión total y vienen más bien a despertarnos el recuerdo de las apasionadas luchas del Obispo.

Esta Iglesia tiene una historia accidentada. Fué teatro de escenas sangrientas en la época de las luchas religiosas y en la época del terror fué solemnemente consagrada al culto de la Diosa Razón.

Por uno de esos picantes contrastes que abundan en las correrías del viajero, después de visitar la catedral fuimos a ver el palacio de Diana de Poitiers. En realidad la hermosa Diana solo estuvo accidentalmente alojada en esa casa. Viniendo a Orleans se cayó del caballo y se quebró una pierna. La llevaron a la casa del notable que estaba más cerca, que era el Señor de Cabu y allí permaneció solamente mientras duraba su enfermedad. La leyenda se apoderó de ese recuerdo y ha atribuido a Diana de Poitiers la propiedad de ese palacio, que si no fué suyo mereció serlo por la elegancia esbelta de sus formas y la riqueza de su ornamentación arquitectónica. Es el estuche de una hermosa joya.

Por lo demás la ciudad de Orleans con sus avenidas, sus boulevares y sus anchas calles, en que circulan tranvías y automóviles, con la animación y el movimiento de sus barrios comerciales y la edificación reciente de sus barrios distinguidos, es una ciudad moderna en que la vida nueva va borrando las huellas de la vida de otro tiempo.

Salimos de la ciudad por una larga avenida de **villas** y **chalets**, para entrar en el gran bosque que corona a Orleans y seguir después a lo largo de las riberas del Loira. En ese trayecto el río es ancho y bajo. A cada paso vemos levantarse en su seno islotes en que grandes árboles y espesos matorrales forman una masa compacta de hojas verdes.

Vemos al pasar, aldeas en que casi todas las casas adornan su frente con plantas de parra que guían por la pared formando festones. Racimos de uvas se destacan sobre las hojas verdes de la parra. Es una pintoresca y alegre ornamentación pompeyana.

En una de esas aldeas pudimos divisar algunos habitantes. Un grupo de mujeres conversaban debajo de una enramada continuando sus costuras y tejidos. Un grupo

de niños se entretenía jugando en el suelo. La risa de los niños llegaba hasta nosotros mezclada con la risa de sus madres. Hacía más pintoresco ese cuadro el traje que vestían las aldeanas: el corpiño ceñido al cuerpo, la falda corta de grandes pliegues y el tocado blanco con una gran lazada que usan las bretonas.

El camino, en esta parte del trayecto, principia a tomar animación. Hay mucho tráfico a pie, en bicicletas y vehículos ligeros.

Distraídos con el movimiento y los accidentes del camino llegamos a la aldea de Chambord.

Desde una alta plataforma la domina uno de los más bellos castillos de Francia.

Después de subir una pendiente larga y dura llegamos a la verja de hierro que cierra el parque forestal. Seguimos por una avenida de castaños gigantesco; atravesamos la terraza, que cubre los jardines, y después dos puentes, que atraviesan fosos anchos y profundos antes de llegar a la puerta del castillo.

La construcción exterior es un cuadrado con cuatro torreones en sus ángulos. Esa construcción encierra otro cuadrado, también protegido por torreones, donde están las habitaciones del palacio.

En la soberbia fachada hace contraste la sencillez de la parte inferior y la profusa ornamentación de los pisos altos en que el gusto del Renacimiento ha prodigado sus más caprichosas fantasías.

Las grandes salas interiores están suntuosamente decoradas, y ese esplendor hace resaltar la pobreza de las paredes desnudas de las galerías que unen los diversos cuerpos del palacio.

Subimos al primer piso por una curiosa escalera en caracol, que se compone de dos rampas que dan vuelta en el mismo sentido, arregladas de manera que una misma

persona puede subir y otra bajar al mismo tiempo sin que se puedan ver en el camino. Esa escalera lleva a las enormes salas de los guardas. En una de ellos representó Molière por primera vez el "Bourgeois Gentilhomme" y "Monsieur de Pourceaugnac", en presencia del Rey y de la Corte.

De todas las salas que visitamos la más curiosa es un oratorio. En los vitraux de una de las ventanas fué donde escribió Francisco I, con el brillante de su anillo, el famoso dístico: "Souvent femme varie. Bien fol est qui s'y fie". El dístico ha desaparecido. En presencia de Mademoiselle de Lavallière, Luis XVI rompió galantemente los vidrios en que estaba escrito.

Hay en el Castillo cuadros notables, entre ellos un retrato de María Leczinska por Nattier, que nos muestra todo el partido que un artista puede sacar de su modelo.

Desde la terraza la vista domina un inmenso paisaje. No fué seguramente ese hermoso panorama, sino talvez las seguridades formidables que le da la altura, lo que hizo elegir ese sitio para construir en él la fortaleza. La situación parece inexpugnable.

Pero la alegre ornamentación de su fachada y la profusión de sus ventanas no deja en el espíritu la impresión severa y adusta de una plaza fuerte. Al alejarnos lo que sobre todo recordamos era la sala alegre en que Molière había representado sus comedias y el oratorio en que Mademoiselle de Lavallière había visto hacer pedazos los vitraux.

Desde Chambord el camino principió a tomar la animación de las rutas que frecuentan los turistas. Grandes carros llenos de viajeros, elegantes limousines, automóviles pequeños, carruajes ligeros se cruzan en opuestas direcciones.

Es tan considerable el número de los que van a visitar

esas regiones que cuando llegamos a la plazoleta, que está al pié del Castillo de Amboise, encontramos catorce automóviles y una victoria.

Esa estrecha plazoleta tiene a un costado un camino escarpado que lleva a la puerta del castillo. Esa puerta es una angosta galería abovedada que atraviesa la base de un torreón. Más allá sigue el camino en una pendiente agria y fatigosa hasta llegar a la esplanada en que se encuentra la famosa capilla de San Huberto, que es una de las joyas de la arquitectura gótica. El interior es notable por la delicadeza de su ornamentación que llaman de "los encajes de piedra".

En ese oratorio maravilloso debajo de una lápida, que hay a la izquierda de la entrada, se depositó en 1874 una osamenta encontrada en una antigua capilla en que los restos de Leonardo de Vinci fueron sepultados.

En el jardín hay un busto del gran pintor en el sitio mismo en que se encontraba la capilla demolida.

Desde la esplanada se divisa el viejo torreón de Clos-Lucé, ahora restaurado, en donde murió el pintor de la Gioconda.

Esa terraza con su capilla, dos torreones y un cuerpo de edificio es todo lo que queda de ese castillo de Amboise que suena tanto en la historia de la antigua monarquía.

Apoyados en una balaustrada de fierro contemplábamos el alegre paisaje de esas campiñas risueñas. "Esa balaustrada, nos dijo el guía, es el balcón de los conjurados". Estas palabras nos hicieron recordar que esa esplanada había sido teatro de una espantosa matanza. Descubierta la conspiración de Amboise, de mil doscientos a mil quinientos hombres fueron muertos en ese sitio. Los cadáveres de los caudillos colgados de esa verja de fierro. Centenares suspendidos a una horca. Condé, el gran Condé, que había sido el alma de esa conspiración, para desvane-

cer las sospechas que pesaban sobre él, se vió obligado a manchar su espada y su honor con la sangre de sus cómplices vencidos.

La Corte se vió obligada a abandonar el Castillo en que la infección repugnante de los cadáveres no le permitía respirar. Desde entonces los reyes de Francia no volvieron a Amboise. La fortaleza ha servido después como prisión de estado y ahora sirve como hospicio a los antiguos servidores de la familia de Orleans.

Por primera vez nos encontramos aquí con una de esas construcciones que se armonizan con la idea de lo que debió ser una fortaleza en la época feudal.

El edificio está colocado sobre una meseta rocallosa de enorme elevación, cortada a pico desde la altura hasta la base en todo su contorno.

El único camino que da acceso a la meseta sube en caracol, y solo después de atravesar dos puentes y trepar una pendiente escarpada se puede acercar al torreón que guarda la entrada; después hay que subir otra pendiente fatigosa para llegar a la esplanada en que se levanta la imponente fortaleza, sombría, severa, desnuda, en que todo revela el propósito de una resistencia formidable.

Al pié del Castillo hay una pequeña población que conserva su aspecto medioeval. Seguimos a lo largo del malecón, en que solo se ven construcciones viejas, muy viejas, con un aire de vetustez resignada al abandono. Después de pasar bajo la arcada de una puerta monumental salimos de la ciudad por el camino de Tours.

El camino que en casi toda su extensión va siguiendo las orillas del Loira, atraviesa una serie de paisajes cuya descripción sería tan monótona como es de encantadora su variedad para el viajero. En todos ellos encontramos los mismos elementos pintorescos, la misma vegetación, el mismo río, los mismos accidentes del terreno, y sin em-

bargo con asombrosa facilidad la naturaleza parece complacer en hacer variar todo el efecto de un paisaje con un ligero cambio de la luz.

Volvemos a encontrar en el camino las casas aisladas, las granjas y las aldeas, volvemos a mirar a lo lejos las pequeñas poblaciones y a seguir desde la altura el curso del río que atraviesa el valle.

A medida que nos acercamos a Tours vamos viendo crecer y multiplicarse los viñedos, que a veces cubren una considerable superficie.

El crepúsculo de la tarde principiaba ya a dar a las colinas y a los árboles esos contornos acentuados, esa extraña precisión que todo toma cuando va a ser envuelto por la sombra.

En medio de ese crepúsculo encontramos a Tours, la vieja ciudad devota y sombria, la residencia favorita de Luis XI.

Ahora Tours es una población considerable, es el centro de una gran actividad agrícola y fabril. Se siente ahí circular por todas partes las grandes corrientes de la vida moderna.

Pero la ciudad conserva todo su aspecto medioeval y hay barrios enteros en que no encontramos una sola construcción moderna. *Que bien!*

Hay un rasgo en la fisonomía moral de esta ciudad que nos deja entrever en la intimidad de su carácter. En Tours hay pocos monumentos, lo que es excepcional en las grandes poblaciones de Francia. Frente al palacio de Justicia vimos la estatua de Balzac, que nació en Tours. En una de las plazas se levanta el monumento de Bretonneau, Trousseau y Velpeau, tres glorias de la medicina francesa, nacidos los tres en Tours. En una plaza que está frente al malecón encontramos una hermosa estatua de Rabelais, que nació cerca de Tours, y en esa misma pla-

zoleta está también la estatua de Descartes. Sólo a sus glorias propias y a sus glorias intelectuales Tours ha levantado monumentos, dejándonos así entrever su orgullo provinciano—que es la última huella de la antigua independencia—y su veneración por la grandeza intelectual, que es una protesta silenciosa que arroja a la cara de un régimen social en que solo se venera el poder y la fortuna y solo se admira la grandeza material.

Hay mucho movimiento en las calles estrechas, accidentadas y tortuosas de la vieja ciudad. En los barrios comerciales se suceden las tiendas con grandes vidrieras arregladas en la misma forma y con el mismo gusto que en las calles de París.

La antigua Rue Royale, que es la arteria principal de ese comercio, construida en el siglo XVIII, tiene el aspecto monumental de las avenidas edificadas con fachadas uniformes. En el número 39 una plancha de mármol señala la casa en que nació Balzac.

Las mujeres, sobre todo las del pueblo, visten aquí la falda corta, el corpiño ajustado y el tocado pintoresco de las bretonas. (1)

El día Domingo vimos algunas muchachas que llevaban sobre la falda negra un delantal de terciopelo granate, que agregaba al efecto de su traje cierta viveza picante.

A la hora del paseo de la tarde vimos algunos grupos en que una señora de clase acomodada vestía el traje breton y daba la mano a un niño; una mujer joven, que parecía su hija o su nuera iba adelante dando el brazo a su marido y vestía a la moda de París. Varias veces vimos reproducirse el mismo grupo que refleja en sus trajes la tenaz resistencia de las tradiciones bretonas y la invasión de la vida moderna en las generaciones nuevas.

Pasamos delante del Hotel de Ville, que es de reciente

construcción; pero el elegante campanilo que lo adorna le da el aspecto de edificio antiguo.

Fuimos a visitar la Basílica de San Martín, edificada, según la tradición, en el mismo sitio en que se encontró la tumba del apóstol de las Galias. Tiene la grandiosidad del estilo romano. El interior ha sido trazado siguiendo el plan de las basílicas de los primeros cristianos; dos largas filas de ricas columnas grises, monolitas, lo dividen en tres naves. En cada una de las dos columnas de la entrada hay una enorme espada en bajo relieve, colocada de manera que hace completamente el efecto de estar suspendida en el aire.

Bajamos a la cripta en que está la tumba y el monumento del Cardenal Meignan que principió la construcción de la Iglesia.

En la vecindad de la Basílica nos mostraron la torre de Carlomagno, enorme y extraña construcción de piedra, que formaba parte del antiguo templo. Al pié de esa enorme torre fué sepultada una de las hijas de Carlomagno. Cerca hay otra torre que también formaba parte del antiguo templo.

Después de recorrer los barrios viejos que se estrechan entre la Basílica y el Loira, atravesamos un puente que extiende sus enormes arcos de piedra sobre el río y seguimos la carretera que va al Castillo de Chinón.

El camino es una cornisa cortada a cierta altura en colinas rocallosas. Dominábamos un valle pintoresco, que en gran parte cubría matorrales y manchas de árboles de poca elevación. No eran esos los campos que esperábamos ver en la Turena, en el jardín de la Francia; no eran esas las tierras opulentas que han cantado los antiguos trovadores.

En la pared de la cornisa principiamos a encontrar habitaciones cavadas en la roca. Más adelante esas curio-

sas viviendas se fueron multiplicando a lo largo del camino. Encontramos algunas de dos pisos y muchas tenían un pequeño jardín delante de su frente.

Bajando de la cornisa, en un recodo del camino, nos encontramos bruscamente delante de uno de los paisajes más delicados y poéticos que hemos encontrado en nuestros viajes. El recuerdo de ese delicioso paisaje no se borra fácilmente: todavía nos parece ver en el fondo el viejo molino, cuya enorme rueda mueve el agua de un canal; a los dos lados del canal pendientes altas y boscosas; todo el cuadro envuelto en la luz risueña de una mañana de Septiembre, que hacía brillar las gotas de agua que caían de la rueda, acariciaba la tersa superficie del canal y daba al follaje un color fresco, vivo y radiante, haciendo resaltar las sombras del fondo y la espesura.

Dando una vuelta llegamos al Castillo de Azay-le-Rideau que se encuentra en medio de otro paisaje delicioso. Una avenida de árboles, una esplanada cubierta de jardines, un ancho y largo puente; más allá la soberbia fachada del Castillo y en el fondo el bosque. La elegante y hermosa construcción se refleja por tres de sus costados en las aguas tranquilas del Indre.

Es un Castillo del siglo XVI en que el arte del renacimiento brilla con todo su esplendor. A pesar de sus torreonnes almenados hace la impresión de una residencia de placer más bien que la de una fortaleza.

En el interior del Castillo solo pudimos visitar grandes salas en que algunos muebles curiosos, algunos cuadros, tapicerías y objetos de la época del renacimiento, sirven de base al museo en que se va a transformar ese Castillo.

Después de atravesar el Indre seguimos la hermosa carretera que nos llevaba a las ruinas de la fortaleza de Chinón, que se levantan en una planicie alta y agreste

ocupada en tiempo de los Césares por un **castrum romano**. Es un admirable sitio de guerra, dorminador y seguro.

Todavía se ven los cimientos formidables de la muralla que servía de recinto. Desde esa muralla sigue una pendiente muy fuerte el camino que lleva a la puerta de entrada de la antigua fortaleza. La puerta se abre en la base de un torreón construído con grandes bloques de piedra. Ese torreón permanece casi intacto, erguido, soberbio, en medio de la destrucción que todo lo ha derribado en torno suyo.

Subiendo después otra pendiente llegamos al sitio en que se encuentran los restos despedazados de la antigua fortaleza; plantas de viña, mirtos y arrayanes crecen a los lados de ese áspero camino.

En medio de esas ruinas encontramos un alto murallón, en que se apoyan por un lado grandes arquerías que todavía conservan sus balaustradas de piedra. Desde esas ventanas se domina un espléndido paisaje, son las colinas de las riberas del Vienne. Una plancha de mármol clavada en el murallón recuerda que esa fué la sala de honor del castillo, que ahí Juana de Arco se presentó a Carlos VII y que en ese sitio principió la epopeya nacional de Francia. De ahí salió el "pobre Rey de Bruges" para ir a recibir en Reims la consagración de los monarcas de Francia; de ahí salió la doncella de Orleans para ir a Rouen a recibir en la hoguera la consagración suprema de la gloria.

De esa sala que ocupa un lugar tan grande en la historia de esta nación sólo queda una muralla, una arquería y los restos de una chimenea.

Muy poco más queda en pié de la gran sala en que murió Enrique II de Inglaterra y en que vivió Luis XI.

Saliendo de esas ruinas pasamos por un puente, que atraviesa un foso muy profundo, para dirigirnos a los dos torreones.

De uno de ellos sólo queda la muralla exterior; los techos y los pisos se han hundido. El otro se conserva todavía en condiciones en que lo podemos visitar. Fué el que habitó Juana de Arco durante su permanencia en Chinón.

Las murallas del torreón son tan gruesas que se ve pequeña la sala de guardia que hay en el primer piso, sala oscura y baja en que sólo entra luz por las angostas troneiras que hay en su contorno.

Por una escala practicada en la muralla se sube al segundo piso en que algunas ventanas dan luz a una pieza más alta y más alegre, que sirvió de habitación a la heroína.

Cuando salimos sentimos resonar en medio del silencio las campanadas del reloj del torreón. Durante siglos ha seguido ese reloj marcando la hora en medio de esas ruinas con la desdeñosa impasibilidad del tiempo.

Bajamos de esa altura en que el espectro del pasado vaga en medio de la destrucción y de las ruinas para ir a recorrer la más alegre de las poblaciones de Francia, la tierra de Rabelais y del buen tiempo.

La ciudad de Chinón es la patria del gran humorista a quien la Francia debe obras literarias joviales y salerosas, en que un intencionado y profundo buen sentido hace resonar los cascabeles de una alegre bufonada para que le perdonen sus audacias. De su viaje a Italia trajo Rabelais las semillas de casi todas las legumbres a que la cocina francesa debe su reputación y su prestigio. Hay una picaresca ironía en esos paquetes de semillas que trajo el cura de Meudon como piadoso recuerdo de su viaje a Roma.

Como era natural la alegre Chinón ha levantado un monumento a Rabelais. Es una hermosa estatua de bronce, rodeada de jardines que forman al monumento una guirnalda de flores.

Otro recuerdo de Rabelais lo conmemora una inscripción en la casa que habitó en la callejuela de Lamproie número 15.

Chinón, por lo demás, es un antiguo **bourg**, es una ciudad vieja, es una red de callejuelas angostas y tortuosas. La más ancha es la de Juan Jacobo Rousseau, y es también la que presenta un aspecto de mayor antigüedad. Los edificios han sido casi todos restaurados respetando el estilo y el gusto de otro tiempo. Una sociedad de amigos del viejo Chinón—les amis du vieux Chinón—vela cuidadosamente por que la ciudad conserve su aspecto medioeval y mantenga vivo el recuerdo de los tiempos del caballeresco y brillante feudalismo. *Alfred Brémont*

El camino que seguimos al salir de la ciudad es una larga avenida de plátanos bordeada de villas con hermosos jardines y pequeños parques.

Es la ciudad nueva que abandona las calles estrechas y las casas oscuras de la antigua población y sale en busca de aire y luz. Es la ciudad nueva que abandona tradiciones y recuerdos, el pintoresco hogar de su pasado para seguir los provechosos consejos de la higiene. ¡Sancho Panza acabará siempre por tener razón y dejar a don Quijote en medio de sus sueños peligrosos!

El camino que nos lleva a Langeais atraviesa una parte del bosque de Chinón y corre en seguida por campos de viñedos y tierras cultivadas cuyo horizonte cierra una cadena de colinas elevadas.

Sobre una de esas colinas se ven los restos de torreones arruinados, y al pié el castillo de Langeais, considerado en su tiempo como un modelo de arquitectura militar. Es una construcción adusta y severa.

Por un puente levadizo se atraviesa el foso profundo que rodea el edificio. Al frente encontramos solamente una muralla desnuda, enorme, de grandes piedras y en que

solamente se abren ventanas estrechas y un ancho portalón.

En las dos alas de esa muralla, altos torreones, sin ningún adorno, ni siquiera cornisas en sus escasas aberturas.

Las salas interiores tienen también en su ornamentación una sobriedad severa que nos sorprende al recordar que han sido decoradas cuando el Renacimiento florecía y en todas partes dominaban sus caprichos con el imperio irresistible de la moda.

En esas salas en que las paredes están cubiertas con tapicerías antiguas, en que todos los muebles y todos los utensilios son de la época, hay una nota discordante, inevitable, en los castillos que se habitan todavía. Ha sido necesario adaptarlos a las exigencias de la vida moderna.

En los faroles y en las viejas lámparas de fierro forjado hay ampolletas de luz eléctrica! En medio de los bancos de encina de una sala de guardias encontramos una mesa de billar. Su antiguo propietario Mr. Siegfried, que ha acumulado en ese Castillo una valiosa colección de obras de arte y tapicerías de los siglos XV y XVI, lo ha legado al Instituto de Francia, dejándolo a su viuda en usufructo.

Hay aquí muchos edificios históricos con colecciones valiosísimas que como ese Castillo, el de Chantilly, la Mal Maison han sido legados al Instituto o al Estado.

De Langeais volvimos a Tours, siguiendo un camino que caprichosamente se acerca o aleja de las orillas del río. En esta parte del trayecto abundan las habitaciones cavadas en la roca al borde del camino. Muchas de ellas son habitadas todavía.

Divisamos a Cinq Mars. Sólo quedan dos torreones del fastuoso Castillo arrasado por Richelieu después de la ejecución del favorito de Luis XIII.

Divisamos también a la distancia el Castillo de Luines y las ruinas de Plessis le Tours, cuando ya las sombras de la tarde oscurecían el paisaje.

Al día siguiente, de Tours nos dirigimos a Nantes y vimos al pasar una serie de pequeñas poblaciones que se van encadenando a lo largo del camino, reproduciendo la fisonomía tranquila, silenciosa, somnolienta de las aldeas que dejábamos atrás. La rapidez con que pasábamos esas aldeas delante de la vista solo nos dejaba recoger impresiones vagas y borrosas. Pero en una de ellas la plaza tenía excepcional animación. Era día de feria, y en esa plaza pequeña las barracas de saltimbanquis, un carrousel, un salón óptico, una exposición de fieras, ventas de trajes, de utensilios y de baratijas se amontonaban en abigarrada y pintoresca confusión, con toda la algazara de los golpes de tambor, las músicas mecánicas, los gritos de los vendedores ambulantes y el rumor sordo de la muchedumbre que hierve.

Esa nota alegre y bulliciosa vino a interrumpir el silencio del camino.

Poco más allá llegábamos a Nantes.

Nantes es una ciudad moderna, con grandes avenidas, anchas calles tiradas a cordel, construcciones monótonas en que una regularidad correcta y económica reemplaza las lujosas fantasías del arte. Como todas las grandes ciudades casi todo lo que tiene de realmente interesante para el viajero es lo que le queda del pasado.

Sus malecones, su vertiginoso puente de trasbordos, sus inmensas obras de canalización, nos asombran por el esfuerzo enorme que revelan; pero sus viejos puentes de piedra, su antigua catedral, sus reliquias de otros tiempos, nos despiertan el interés conmovedor de todo lo que evocan un pasado y una historia.

Cerca del malecón está el Castillo, que es una formi-

dable construcción del siglo X. Como en casi todas las viejas fortalezas se entra por un puente levadizo.

La enorme fachada produce una impresión sombría, casi siniestra, pero entrando al gran patio interior cambia la fisonomía del Castillo. Las grandes ventanas y su rica ornamentación le dan el aspecto de un palacio alegre.

En el centro del edificio una doble escalera lleva a la espléndida portada. La balaustrada de piedra de esa escalera es una obra de arte de una delicadeza exquisita.

Cuentan los cronistas que por encima de esa balaustrada saltó Fouquet cuando lo iban a prender, y que en ese patio, al pié de esa escalera, fué donde lo detuvo un mosquetero. Ese recuerdo sirvió al guía de pretexto para recitarnos todo un capítulo de "Los Tres Mosqueteros" de Dumas.

En un costado del edificio se levanta en ese patio una torrecilla esbelta y ligera, adornada con un gusto delicado y que ha sido refaccionada con esmero. El guía nos hizo saber que se habían invertido 200.000 francos en esa refacción; que desgraciadamente la ciudad no tiene recursos, y que si el Estado no la auxilia era imposible llevar adelante la reparación del Castillo.

En el fondo de ese patio han construído recientemente un pabellón para depósitos de guerra que hace el efecto más disparatado y más grotesco.

Hay también en ese patio una cisterna que conserva intacta su armadura de fierro. Esa armadura es una obra primorosa.

Visitamos una sala de guardias, grande y baja, transformada ahora en cocina de cuartel; pero no pudimos visitar la sala en que Enrique IV firmó el famoso edicto de Nantes, que concedía a los Hugonotes la libertad de sus creencias y la tolerancia de su culto; ni tampoco pudimos ver las salas en que estuvo preso el inquieto Cardenal de

Retz, ni tampoco el departamento que ocupó la duquesa de Berry durante su prisión.

Esas salas, que eran las joyas del Castillo, transformadas ahora en oficinas militares y dependencias habitadas, han perdido todo su interés y ya no las muestran al viajero.

En realidad todo lo que se puede ver en la fortaleza de Nantes es la fachada sombría, el hermoso patio y la horrible barraca que lo afea.

Frente al teatro, que tiene en su fachada la columna-ta de un templo griego, está el **Cours de la Republique**, que es una plaza larga o una corta avenida. A sus dos lados se levantan hermosos edificios de una construcción uniforme. Cuatro hileras de árboles sombrean esa plaza, en que hay pequeños jardines artísticamente distribuidos.

Fuimos ahí a ver la estatua de Cambronne, en cuyo pedestal se lee la respuesta de Waterloo: "la guardia muere pero no se rinde".

Esa plaza tranquila, encerrada y sin peligros, es el lugar preferido para llevar a los niños. Encontramos muchos grupos de chiquillos que corrían, saltaban en la cuerda, jugaban a la pelota o a las escondidas; pero no vimos ninguno que se acercara al General a gritarle alegremente la frase que ha inmortalizado Victor Hugo y que la tradición conserva entre los muchachos de Nantes. Nos habían asegurado que "ir a gritarle a General" era la distracción favorita de los muchachos cuando veían extranjeros que iban a visitar el monumento.

Estuvimos después en el Museo Dobree, edificio moderno en el estilo de siglo XIII en que hay una valiosa colección de antigüedades, de manuscritos iluminados, de autógrafos y muebles curiosos. La manía de las colecciones no tiene reservas en sus excentricidades: dos grandes

estantes estaban llenos de cuernos de ciervo, traídos de las salas de los castillos o sacados de entre las ruinas.

En una de las vitrinas nos llamó la atención el sello que un oculista romano estampaba en el rótulo de sus pomos. El oculista se llamaba Procliun y era el fabricante de "el colirio por excelencia" con que se curaban en su tiempo todas las enfermedades de la vista.

Delante de ese Museo está el viejo torreón de Juan V, de una construcción monumental por su mole y de una sencillez primitiva.

Fuimos después a visitar el **Museo de Bellas Artes** que es un pequeño y elegante palacio de construcción moderna. En la puerta de entrada hay dos hermosos bronce que representan el arte antiguo y el moderno.

El primer piso del edificio tiene una gran sala central en que hay algunos cuadros de mérito y muchas esculturas modernas.

En la escalera hay al frente un gran panneau que representa la Bretaña mística y que puede colocarse al lado de las mejores pinturas decorativas de nuestra época.

El segundo piso está casi entero destinado a la valiosa colección de pinturas antiguas y modernas. El mérito de muchas de esas telas justifica el legítimo orgullo con que los artistas de Nantes las muestran al viajero; pero en esa galería llama sobre todo la atención el admirable arreglo de los cuadros, colocados todos ellos de manera que se les pueda ver en las más favorables condiciones. Para algunos, bajo ese aspecto, el Museo de Nantes supera a los del Louvre y de Versailles.

La fachada de la catedral de Nantes, que es una construcción del siglo XV, se encuentra muy destruída. Los enormes andamiajes que la cubren apenas nos dejan ver sus líneas generales.

El interior de la catedral, oscuro, frío, produce la im-

presión de tristeza de un cementerio abandonado. Los pasos resuenan en medio del silencio, pero no es el silencio místico del recogimiento sino el silencio del desierto.

Vimos ahí la tumba de Francisco II y de Margarita de Foix. Es un enorme cenotafio de mármol blanco y negro sobre el cual reposan las estatuas de los dos monarcas. En los cuatro ángulos cuatro esculturas representan las virtudes cardinales. No encontramos nada en ese monumento que esté a la altura de los elogios con que lo habíamos oído recordar. El conjunto es monótono y pesado; la concepción artística, vulgar, y los detalles sin relieve no vienen a disculpar su deficiencia.

Otra de las curiosidades de Nantes es el pasaje Pomerage, que va de la calle de Crebillón a la calle de la Fosse. Para unir esas dos calles, que tienen una enorme diferencia de nivel, han tenido que construir una larga escalera de piedra que interrumpen dos grandes descansos. La escalera tiene el ancho de una calle y cada descanso una cuadra por lo menos. Hay edificios a los dos lados del pasaje. El efecto que produce en la noche con las casas y las tiendas iluminadas es de una originalidad fantástica y grandiosa.

En el camino de Nantes a Angers volvimos a seguir las orillas del Loira y a ver reproducirse sus paisajes, escalonarse sus aldeas y aparecer en las alturas o asomarse en medio del bosque castillos antiguos y construcciones recientes.

Hay entre ellos uno que miramos con curioso interés: el de Champtosé, Castillo en ruinas, del siglo XV que perteneció al Mariscal Gilles de Laval, señor de Rais, cuya vida feroz y sanguinaria sirvió de tipo al héroe de Barba Azul. En este Castillo se desarrolló el drama que han inmortalizado los cuentos populares.

Más allá vimos los restos de una antigua abadía; des-

pués Les Ponts, en donde el Maine viene a unirse al Loira, y más allá el valle del Maine, tranquilo, ancho y abierto, en que por todas partes volvemos a encontrar los molinos de viento y las granjas diseminadas a lo largo del camino.

En ese pintoresco valle está Angers, a orillas del Maine. La transformación de la antigua capital de Anjou ha sido completa. No queda casi nada de la ciudad guerrera. Las calles anchas, los boulevares y avenidas han barrido los viejos edificios.

Un boulevard que se abre paso al través del Castillo, ha derribado un bastión y cegado el foso de contorno. Así en todas partes las exigencias de la edilidad moderna han ido pasando sobre todo el nivel de una común vulgaridad.

Angers es ahora como cualquier ciudad industrial de cien mil habitantes, que se levanta en las orillas de un río. Es una gran ciudad vulgar, correcta, ruidosa, de una arquitectura calculadora y económica, con su red de tranvías y automóviles que se precipitan en todas direcciones; una ciudad en que se sienten las pulsaciones agitadas y egoístas de la lucha por la vida, y en que se siente sobre todo la nostalgia del arte.

En esa ciudad prosaica y fría, la única nota pintoresca eran los trajes bretones que llevan todavía las mujeres del pueblo.

Saliendo de Angers tomamos el camino de la Fleche, que corre por un llano ligeramente accidentado atravesando una región boscosa en casi toda su extensión.

Algunas aldeas se encuentran a lo largo del camino, y a lo lejos divisamos a Tiercé, en que vemos elevarse a gran altura la flecha elegante de su iglesia.

Las aldeas que atravesamos, con su silencio, su quietud, su aire vetusto, nos hacen sentir con más fuerza el contraste, entre la ciudad dominada por la fiebre innovadora del progreso y la aldea adherida a sus viejas tradiciones,

entre la vida febril de la ciudad y la vida desconfiada de la aldea.

Esa impresión se acentuó más todavía cuando llegamos a la Fleche.

La antigua ciudad está situada en una región tranquila, en uno de esos rincones que deja a un lado la corriente de la vida moderna..

Todo es ahí viejo. Sólo se siente el contacto de nuestra época en el adoquinado y el aseo de las calles. Algunos transeúntes que van despacio por esas calles tranquilas, algunos carruajes ligeros, algunos carretones de aseo, lámparas de gas en las esquinas, tiendas diseminadas con enseñas simbólicas, un gran sombrero de metal pintado en la sombrerería, una vacía en la tienda del barbero, puertas cerradas, balcones con plantas de flores, enredaderas y pájaros enjaulados. Por todas partes vamos encontrando detalles que dejan traslucir la vida casera y recogida de otro tiempo.

Lo que hay en la ciudad de más interesante es el Prytaneo, antiguo colegio de los jesuitas, fundado por Enrique IV y que ahora sirve de escuela militar a los hijos de los oficiales retirados.

La puerta monumental de ese edificio dá directamente entrada a una ancha galería que da al gran patio que rodea un hermoso claustro de una arquitectura severa y tranquila. Un largo pasadizo comunica ese patio con los jardines y el parque que sirven de fondo al edificio.

Sentados en un banco de piedra de ese parque contemplamos árboles seculares y la gran fuente de mármol, distraídos con el recuerdo de que en ese colegio se educó Descartes y que ahí corrieron sus primeros años. Es indudable que el alma de los grandes hombres deja su huella misteriosa en los sitios por donde ha pasado, sentimos

algo indefinible y vago, como el perfume de esas almas, en los lugares en que han vivido.

Saliendo de la Fleche seguimos por el valle de la Sarthe, valle abierto y llano en que el horizonte se dilata.

Atravesábamos campos de cultivo, en que veíamos esos grandes cilindros de paja cubiertos con un cono de paja que le forma techo; en esa curiosa disposición conservan los campesinos a la intemperie los forrajes del invierno. Molinos de viento, manchas de árboles desparrramadas en el valle, bandadas de pájaros que cruzan el cielo, labriegos preparando la tierra, algunas carretillas tiradas por borricos, era todo lo que venía a distraernos hasta llegar a Suze, en que encontramos el puente de piedra que atraviesa el Sarthe.

Ese gran arco macizo, con la balaustrada baja y las largas calzadas en sus dos extremos, lo hemos encontrado por todas partes, lo hemos visto reproducido cien veces en pintura y grabados y sin embargo ese viejo puente conserva siempre toda su frescura de impresión, toda su novedad pintoresca.

Atravesando el Sarthe no tardamos en llegar a una meseta desde donde se domina a Le Mans, la antigua capital del Maine.

La población moderna, cómoda, plana, limpia, con aceras asfaltadas, calles adoquinadas, tranvías y lámparas eléctricas, con sus carteles luminosos durante la noche y la trompeta de los automóviles que suena todo el día, ha invadido casi toda la ciudad.

Pero en todas las ciudades viejas se encuentra siempre un barrio en que las tradiciones y el pasado se mantienen vivas, en que las antiguas construcciones se conservan y las callejas tortuosas se entrecruzan. Las costumbres, las ideas, los trajes, las expresiones y hasta las

preocupaciones de otro tiempo se van a refugiar en este barrio. Por una coincidencia curiosa ese barrio está situado entre la catedral y la orilla del río en París y en Tours lo mismo que en el Mans.

Pero lo que aquí sorprende es que ese barrio haya conseguido mantener en su seno la arteria comercial de la ciudad. La calle grande—la Grande Rue—la calle de las tiendas y las modas está en ese barrio viejo. Frente a la Catedral vimos una curiosa construcción del siglo XVI, que era la antigua enfermería de los canónigos; cerca de ahí, en una esquina, vimos una casa con torrecillas de la misma época; a cada paso encontrábamos casas curiosas: la del **PILAR ROJO**, la de **ADAN Y EVA**, la de la **REINA BERENGUELA** con su extraña fachada de piedra y de madera.

Todo ese barrio es de un atractivo poderoso para los que quieren ver en alguna parte lo que no se puede ver en todas. Lo recorrimos con encanto.

Al día siguiente íbamos a hacer la última jornada de ese viaje, de Le Mans a París.

Salimos de la ciudad atravesando un bosque de pinos y pasamos en seguida por el campo de batalla de Ferre-l'Eveque en que los alemanes derrotaron al segundo Ejército del Loira. Algunas aldeas aparecen diseminadas en ese campo triste, que cruzamos de prisa.

Avanzaba el día y queríamos llegar temprano a Le Buc. La limousina devoraba el camino y con rapidez vertiginosa pasaba todo delante de la vista.

Luego dejamos a un lado a Chartres y volvimos al camino que desde ahí se dirige hacia París y que ya habíamos recorrido al principiar nuestra excursión. Sólo nos desviamos de esa ruta para dirigirnos a Le Buc por un camino de atraveso. Por una feliz coincidencia llegamos al famoso campo de aviación de Bleriot en los momentos

en que un fabricante de aeroplanos iba a hacer entrega al Ejército francés de algunos aparatos. Aviadores militares y aviadores de la casa constructora hacían las pruebas de resistencia de esos aparatos.

Vimos muchas veces rodar los aeroplanos, desprenderse ruidosamente del terreno, y elevarse con suavidad en el espacio; los vimos describir grandes curvas, subir, y subir hasta perderse entre las nubes, y precipitarse desde la altura con una rapidez vertiginosa, y en los momentos en que iban ya a tocar la tierra y en que parecían irse a despedazar en la caída, inclinarse apenas, deslizarse en el aire y posarse en el suelo con la suavidad delicada con que caen las hojas de una flor.

En esos vuelos el que más llamaba la atención era el piloto mayor de la casa de Fahrmann. Hacía pocos días que Pegoud había ejecutado en ese mismo campo la más asombrosa y temeraria prueba de destreza, volando con la cabeza para abajo en su aeroplano dado vuelta. Esa prueba asombrosa había despertado la ardiente emulación de todos sus rivales. El piloto de Fahrmann no ejecutó nada comparable con esas temerarias audacias de Pegoud, pero nos dejó ver su destreza y su asombrosa sangre fría, describiendo en su vuelo círculos oblicuos en que las alas del aparato inclinado llegaban casi a rozar con el terreno para levantarse en seguida a enorme altura, volando a veces con las alas sesgadas como una gaviota, a veces con las alas horizontalmente extendidas como el águila.

Hay algo fascinador en esos vuelos; algo que atrae con una fuerza irresistible. Mientras duraba el vuelo todas las miradas estaban fijas y todos seguían con el cuerpo los movimientos que hacía el aeroplano.

De Le Buc, pasando por Versailles, volvimos a París.

Y así aquella excursión en que habíamos ido a buscar los recuerdos y los restos del pasado iba a concluir ad-

mirando los esfuerzos que hace el hombre de nuestro tiempo en su lucha heroica para conquistar el dominio del espacio.

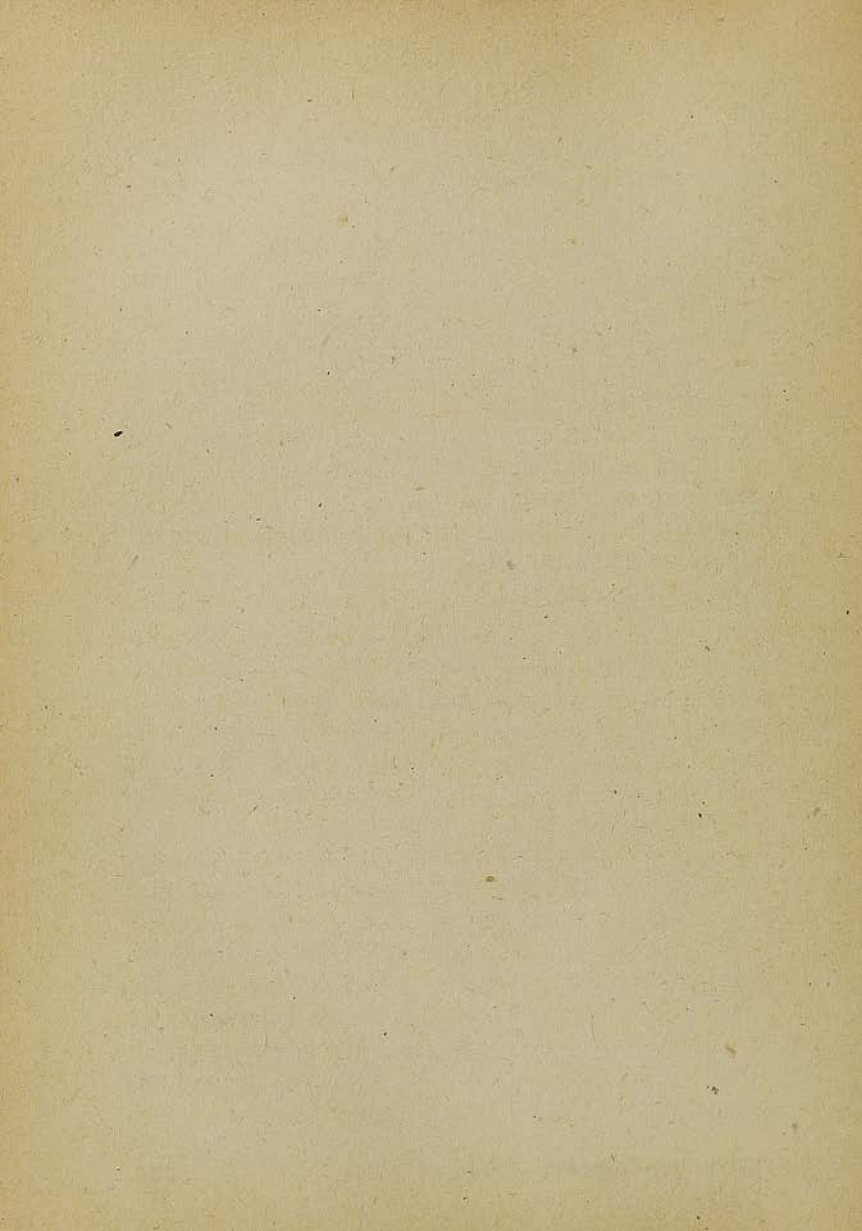
Habíamos ido a contemplar el pasado y al final de la jornada la corriente irresistible de la vida moderna nos llevaba a contemplar el porvenir.

Así, el pensamiento del hombre, su vida, todo, parece condenado a oscilar, como un péndulo, entre el pasado que huye y el porvenir que perseguimos. El pasado, hecho de sombras; el porvenir, hecho de ensueños! Una ley misteriosa enlaza eternamente esas sombras fugitivas y esos ensueños esquivos!

Esa ley misteriosa es la que nos muestra sonriendo, como la diosa velada del Oriente, la imagen del porvenir en el espejo de la historia.

Esa ley misteriosa es la que hace que en el fondo de toda esperanza haya un recuerdo!!

París, Octubre de 1913.



RINCONES DE PARIS

SAN JULIAN EL POBRE

Una taberna de la Edad Media

El primero que me habló de San Julián el Pobre fué el profesor Paul Hazard. "Es un rincón muy interesante del viejo París—me dijo un día.—Ahí está la Iglesia más vieja de París, es el barrio de las primeras escuelas, el barrio griego", que precedió al "barrio latino"; después fué el **ghetto**, el barrio de los judíos, ahora es un barrio de "apaches", que todavía conserva las callejuelas estrechas y tortuosas que le dan un aire de Edad Media".

En efecto es un barrio original y peligroso, a pesar de que está al lado del aristocrático boulevard de San Germain, a un paso de Notre Dame y que parece sin embargo lejos, muy lejos, en las afueras de París.

Del boulevard San Germain pasamos a la calle Gaiante y nos encontramos en un dédalo de callejuelas estrechas, mal pavimentadas, sombrias, que se sumergen de noche en una oscuridad siniestra en que es imprudente aventurarse solo.

En la calle Galante se abre la callejuela de San Julián. Es una callejuela estrecha, sucia, húmeda, sombría, sin veredas, pavimentada con gruesos y angulosos adoquines. La entrada es siniestra: dos altas murallas viejas, inclinadas, desplomadas y amenazando derrumbarse; los gruesos postes que sostienen las murallas, acentúan la amenaza de un peligro. Pasamos nerviosos entre esos postes, mirando de prisa las puertas oscuras y las ventanas estrechas que cierran gruesas rejas de fierro.

Siguiendo por esa callejuela encontramos la entrada de una antigua casa señorial. Sobre el frontón de la puerta vemos representada la Justicia en un soberbio bajo relieve. Es la casa que habitaba Isaac Laffemas, alto magistrado judicial, cuyas severidades lo hicieron tan odioso que el pueblo llamaba su casa "**le Caveau de Laffemas**" el sótano de Laffemas.

Casi al frente de esa casa se abre la entrada de un pasaje sórdido, estrecho y largo. Es un pasaje desierto. El piso toscamente empedrado tiene en medio una cuneta.

A un lado del pasaje se ve una larga muralla de piedra, oscura, con esos toques verdosos de las manchas de musgo. En el otro lado se abren las ventanas de un antiguo edificio de tres pisos.

Por ese pasaje largo, triste y siempre solitario vamos a una pequeña plazoleta. Es triste, lúgubre, cuadrada, sin salida, de una soledad y una tristeza impresionante.

En un ángulo de esa plazoleta se ven a un lado los restos del campanario y dos ventanas de la antigua Iglesia, demolida en el siglo XVI para salvarla de un derrumbe inevitable; y al otro lado del ángulo, en el fondo del pasaje está la Iglesia de **San Julián el Pobre**.

En el ángulo opuesto de esa plazoleta se levanta una muralla muy alta blanca, lisa, unida, con un balconcito saliente y cerrado. Debajo del balcón la entrada de una

puerta estrecha, con un marco de piedra festoneado con un tinte rojo color sangre. Sobre la puerta se balancea colgando de una cadena un cartel en que se lee en letras góticas: "Caveau des oubliettes rouges" y sobre el cartel una corona de fierro recortada. Atraviesa la muralla otro gran letrero que dice en caracteres rojos: "Caveau des oubliettes rouges".

Haciendo ángulo con la última de las tabernas históricas del viejo París se abre la entrada de una casa, precedida de una elegante escalinata, cubierta con una ancha marquesina. Esa casa, en medio de su abandono y su pobreza conserva su aire señorial. Las ventanas tienen rejas y celosías pintorescas.

El frente actual de San Julián fué reconstruído a mediados del siglo XII. Es aplastado y sin carácter. Una muralla de piedra; una puerta estrecha y baja; una gran ventana cegada, un gruesa cornisa de piedra y sobre la cornisa un frontón triangular, en que se abre un enorme ojo de buey, por donde entra un poco de luz al interior sombrío.

Delante de la ventana hay un pozo, también cegado, cuyo brocal de piedra conserva todavía la armadura de fierro para levantar el agua. Han plantado sobre el pozo un jardincito. Enredaderas suben alegremente adornando la armadura. Ese jardincito y la hiedra que trepa por el viejo murallón es todo lo que vive en esa plazoleta silenciosa y desolada.

Entramos en la vieja iglesia en que se ven restos todavía de la capilla que hospedaba a principios del siglo V a los viajeros que de Orleans venían a Lutecia. San Gregorio de Tours habla en sus **Crónicas** de la capilla y la hospedería de San Julián, que estaba al lado de la Vía Romana que atravesaba las Galias, cerca del Sena a la en-

trada del pequeño puente, en donde él se hospedaba de ordinario en sus frecuentes viajes a París.

La capilla hospitalaria fué prosperando hasta el día aciago en que comienzan los normandos sus asoladoras excursiones.

En el año 911 Rollin saqueó la iglesia y arrasó la hospedería. Dos siglos transcurrieron antes que la iglesia en ruinas, fuera reconstruída. En el siglo XII el obispo de París la hizo edificar en un momento singularmente afortunado. Los colegios de París que habían estado alrededor de Notre Dame en la Cité, pasaron a la otra orilla del Sena y vinieron a agruparse al rededor de San Julián en la colina de Santa Genoveva. San Julián pasó a ser el centro universitario, el barrio de profesores y estudiantes.

Fué esa la Edad de Oro que duró hasta el siglo XV, en que salió la Francia victoriosa de la Guerra de Cien Años, y en que se hicieron sentir en la Universidad de París las deplorables consecuencias de la desorganización y los desórdenes. Se suspendieron las Escuelas, el barrio quedó desierto, la iglesia abandonada.

A mediados del siglo XVI, amenazaba derrumbarse. En 1650 fué necesario demoler el campanario y el pórtico de la iglesia, para evitar que todo el edificio fuera arrastrado en su caída. Se suprimieron también los dos primeros intercolumnios que era peligroso conservar y la iglesia disminuída, reducida, pasó a ser la capilla del "Hospital del Hotel Dieu."

Vinieron después los días del olvido. La Revolución sólo encontró buena esa iglesia para asilar a las Monjas Agustinas, y por fin en 1886 fué concedida a los católicos griegos que ahí celebran desde entonces las ceremonias del culto bizantino.

Ya conocemos el frente de la pobre iglesia mutilada en que ahora se hospeda el culto griego. El interior es más

desnudo y triste que ese frente. Tres naves bajas, de la misma altura, pobremente iluminadas, envueltas en una penumbra en que hay más tristeza que misterio; columnas bajas, gruesas, con capiteles desiguales sostienen una bóveda de arcos pesados y sin gracia. El piso es de grandes baldosas. En las murallas de piedra, desgraciadamente cubiertas de cal, se abren en una de las naves laterales grandes ventanas y en la otra una puerta y varios estrechos tragaluces.

Recorriendo una de esas naves laterales nos encontramos con una enorme estatua de San Vicente de Paul. La figura tiene una actitud de recelo y desconfianza, y envuelve al niño que lleva entre sus brazos con un movimiento en que parece que trata de esconderlo; parece representar un ladrón de niños más bien que al suave amparo de los huerfanitos.

Más allá vemos una vulgar oleografía en que aparece la cabeza del Cristo estampada en el paño de la Verónica.

En el fondo de esa nave una balaustrada de mármol separa la capilla reservada a los cantantes en las grandes ceremonias. Hay en esa capilla una *epinette* que solo sirve para dar el "la", porque en el rito griego los instrumentos de música no acompañan la voz de los cantantes.

Sobre el altar de esa capilla hay una figura de María, y en el piso una plancha de mármol cubre el "pozo del agua milagrosa".

En la otra nave lateral nos sorprende encontrarnos con el grandioso y soberbio monumento que la Academia Francesa ha consagrado a la memoria de Montyon, su espléndido y generoso donatario. Es un hermoso monumento consagrado al que ha sabido honrar al mérito humilde, oscuro, desconocido, y ha introducido en el calendario de su patria "un día en que todos los años se recompensa la virtud", como decía Renan con su fina y suave ironía.

Esa estatua de Montyon está al frente de la estatua de San Vicente de Paul. Son dos formas de la Caridad igualmente necesarias y hermosas: la caridad fastuosa de Montyon que pregona y ensalza la virtud, y la humilde caridad de San Vicente que ampara y consuela la orfandad.

En la misma nave encontramos un enorme facistol de fierro forjado, es monumental y apropiado solamente para sostener esos grandes libros de pergamino del coro de las antiguas Catedrales.

Después está la balaustrada que separa la capilla oscura del fondo de esa nave. Sobre el altar una figura coloreada y banal de San José se destaca sobre el fondo sombrío de un gran cuadro que representa a San Julian.

La nave central ha sido retocada y cubierta de estuco en el siglo XVII para disimular las arrugas y las grietas de los años, pero apesar de todo resalta en esa nave su aire de vejez y de pobreza vergonzante.

Lo que da todo su carácter al rito bizantino de esa iglesia es el fondo de esa nave. Detrás de la balaustrada de mármol que separa el coro de la nave, aparece el "Iconostase" de los templos del oriente. Es una especie de enorme biombo de madera en que se abren tres puertas; es una de esas obras de arte que solo han podido realizar los pacientes ebanistas del oriente. Como decoración sobre esas puertas vemos una fila de "icones", delante de los cuales están constantemente ardiendo una fila de lamparillas rojas.

Corona ese "iconostase" un crucifijo de madera coloreado y a sus lados, en dos medallones, las figuras de San Juan y de María.

Detrás del "iconostase" está el altar mayor de mármol blanco, cuadrado y plano, adornado con bajorelieves del siglo XIV. Sobre el altar una cruz griega, los candela-

bros litúrgicos y una gran copa de bronce dorado - el "ciborium".

En ese rincón de la iglesia todo es suntuoso y elegante. En todo se siente la mano delicada de los artistas de Damasco que vinieron a adornar esa capilla llena de luz en que se abren tres altas ventanas. Colgaduras de esas incomparables y brillantes sederías del oriente, hacen más suave y más dulce la iluminación de ese santuario.

En la sacristía encontramos al lado de los aparatos para la calefacción de la iglesia, restos de la primitiva construcción de San Julian, fragmentos de capiteles y columnas, recuerdos a que solo da valor el culto del pasado. Entre esos objetos nos muestran una estatua del siglo XI, que suponen que representa a Carlo Magno. Esa vieja estatua fué descubierta en el siglo XVII cavando el piso de la iglesia.

Las murallas que rodean esa iglesia son de una piedra oscura, que los años han descascarado y agrietado, dándole un aspecto de vejez que impresiona y entristece. Las columnas, también de piedra, bajas, toscas, tienen en sus capiteles detalles de una delicadeza encantadora.

La impresión que nos produce esa mezcla discordante de objetos enormes en una pequeña iglesia, en que ese Montyon magnífico y ese San Vicente de una actitud y una mirada tan siniestra, y ese inmenso facistol, indudablemente no han sido destinados para el adorno del templo en que el acaso los ha ido acumulando, y todo eso le da un carácter de ingenuidad sencilla, de culto primitivo, que acentúa más todavía el contraste de rincones oscuros y focos brillantes de luz, de las capillas laterales en que los santos aparecen entre sombras y ese santuario que resplandece con su luz; esa mezcla de esplendor y miseria, de ese "iconostase" en que chispean las suntuosas pedrerías y esas litografías coloreadas y esas oleografías ordi-

narias, forman un conjunto abigarrado de bazar y de desvan. Y todo eso envuelto en una atmósfera de vejez, de tristeza y de misterio, atmósfera indefinible de melancolía y de algo abandonado que se aleja.

Los artistas sienten la fascinación de esa impresión poética y extraña. No se puede ir a visitar a San Julian sin encontrar en el interior o el contorno de la iglesia tres o cuatro pintores que tratan de descifrar el secreto de la poesía y la tristeza de esas cosas para trasladarlas a sus lienzos.

Tenía razón el lírico latino para hablarnos de las lágrimas de las cosas—"lacrimae rerum"—las sentimos en esa pequeña iglesia tan vieja, tan pobre, tan triste y tan conmovedora.

Saliendo por la pequeña puerta lateral nos encontramos delante del jardín. Es un terreno desigual, inculto, cubierto de matorral y malezas, que cierra en el fondo una muralla, que la separa de la esplanada que forma el malecón de Montebello. En otro tiempo, entre el convento y el Sena estaba la calle de la Bucherie que era el centro de uno de los más sórdidos negocios de París. Por las calles más frecuentadas de la gran ciudad, frente a las terrazas de los Restaurants de lujo, rondaban los infelices recogiendo colillas de cigarros. Llevaban en la mano una caña con un garfio que ensartaba los restos de cigarro, y con un movimiento rápido lo dejaban caer en un canasto que llevaban en la espalda. El hábito le daba a esa maniobra una rapidez maravillosa. Esas colas de cigarro iban de todos los rincones de París a la gran fábrica de tabaco popular de la calle de la Bucherie y mantenía en esa calle un gran tráfico de industriales maleantes.

Hace pocos años esa calle fué arrasada para hacer desaparecer esos tugurios y las equívocas industrias que albergaban. Pero todavía se pueden leer en las esquinas

letreros de la antigua calle. Ahora a los pies del convento encontramos todavía algunas tiendas del antiguo barfio. Son covachas en que se vende ropa vieja, maletas, lámparas usadas, quitasoles y paraguas viejos, "chiffons", como llaman aquí los desperdicios con que se hace ese comercio inverosímil.

En ese gran terreno eriazo quedan todavía algunos árboles. Al borde de la muralla del jardín hay un hermoso camino de tilos, que talvez fué en otro tiempo un paseo del convento. En ese rincón queda un grupo de higueras y al lado de la entrada del jardín se ve el tronco inclinado de una acacia muchas veces secular y que todavía tiene en sus ramas encorvadas brotes de hojas nuevas. A la sombra de esa acacia legendaria han pasado muchas generaciones de artistas.

Las dos orillas, inclinadas y pendientes al llegar al río están cubiertas de árboles que forman una cortina espesa de verdura que nos oculta el Sena y nos produce una curiosa ilusión de óptica. Todo el terreno nos parece unido, el río desaparece; y la vista pasando por encima de las copas de los árboles nos hace aparecer las dos orillas en el mismo plano y vemos a **Notre Dame** suspendida en el aire, flotando por encima de los árboles. Vemos levantarse a Notre Dame en su soberbia majestad.

La transparencia del aire contribuye a hacer que esa magnífica visión se nos presente como si estuviera muy cerca de nosotros.

Hay algo de sorpresa en esa visión inesperada al salir del pobre y oscuro San Julian. Y vale la pena de hacer la visita de esta iglesia para tener esa maravillosa visión de Notre Dame.

"Desde aquí es de donde se ve más hermosa Notre Dame", nos dice un pintor que copiaba la suntuosa Catedral sentado a la sombra de la vieja acacia.

En efecto, desde ahí se abraza al mismo tiempo el frente y un costado de la iglesia, las dos torres cuadradas y el elegante campanile que eleva su Cruz a tanta altura.

La transparencia de la atmósfera esa tarde de verano, el encanto delicado de esa luz que bañaba suavemente a Notre Dame, le daba el espectáculo que teníamos delante una dulzura y una magnificencia encantadoras.

Volviendo la vista teníamos delante el costado exterior de San Julian. La muralla tosca, agrietada, los gruesos contra-fuertes que la sostuvieron cuando amenazaba derrumbarse; el primer piso de un campanario que fué necesario derribar; grandes manchas de musgo y enredaderas que van extendiendo lentamente sus ramas y sus hojas; ese era el cuadro que presentaba San Julian en su contorno.

Desde ahí se divisaban también algunos edificios que bordeaban la antigua calle de las "Escuelas". Ahí se vinieron a establecer los grandes Colegios de la Edad Media cuando se tuvieron que alejar de la **Cité**. La Universidad tenía escuelas a los dos lados de esa calle y como en esa época no había todavía bancos en las clases, los estudiantes se sentaban en sacos de paja. El pueblo cambió el nombre de **Rue des Ecoles** por el de **Rue de la Fouarre** que ha conservado y que significa **Calle de la Paja**. Dante, traduciendo ese nombre popular al italiano la llama "**Vico degli Strani**" y hace alusión a esa calle en la **Divina Comedia**.

"Beatriz en el Paraíso le dice: Aquel en quien yo veo que se fijan las miradas es un espíritu que vivió sumergido en graves meditaciones, es la luz eterna de Liger que en la calle de Fouarre con la evidencia de sus silogismos despertó la envidia de sus contemporáneos." La parte de la calle de Fouarre en que según la tradición vivió el poeta florentino, tiene ahora su nombre.

Hemos recorrido esa estrecha callejuela en que ya no

queda ningún rastro del siglo XIV. Tal vez todo lo que queda en esa vieja calle es el pavimento de piedra tosca y las estrechas soleras que le sirven de vereda.

Pero en esta callejuela vivió el Dante, estudió en esas escuelas y a principios del siglo XIV vagaba por ese rincón de las tristezas y alegrías de la vida de estudiante. Esos eran para el Dante los días de proscripción y de pobreza, en que conoció toda la amargura “de subir y bajar por la escalera ajena”.

No guarda el Dante un recuerdo cariñoso de ese tiempo; lejos de eso—dice Artaud en su Vida del Poeta—“Parece que el Dante cuando vino a Francia solo había terminado el poema del **Infierno**. En las obras que compuso después de ese viaje, hay huellas de prevención y de cólera en contra de la Francia y que hacen pensar que el poeta no fué feliz en París.”

Sin embargo en ese mismo **Infierno**, que según el mismo Artaud ya había escrito cuando vino a Francia escribió el Dante versos mordaces. Leemos en el Canto XXIX; Ha habido nunca una nación más vanidosa que la nación de Siena? No seguramente, ni siquiera la nación francesa. “Es en las pasiones políticas del Dante donde hay que buscar la explicación de su poco afectuosa simpatía por la Francia. Guelfos y Gibelinos se combatían en Italia con una implacable y rabiosa hostilidad y en esa guerra a muerte los franceses de Nápoles apoyaban al partido que hizo salir al Dante de su patria.

LA ULTIMA TABERNA MEDIO-EVAL

Hemos visto que en la plazoleta que hay al frente de San Julian se balancea un cartel en que se lee en letras góticas: **Caveau des Oubliettes**; hay sobre esa puerta un marco de piedra festoneado de un color rojo sangre. Esa es la entrada de la última taberna histórica que todavía se conserva del antiguo París. Es una taberna subterránea que ahora, como durante la Edad Media, sólo estaba abierta durante las horas de la noche.

Desde que cae la tarde ese barrio de San Julian es peligroso y no es prudente aventurarse sólo en esas callejuelas tortuosas y oscuras. Fuimos en un grupo a visitar de noche el subterráneo que conserva intacto su curioso escenario desde hace muchos siglos.

Golpeamos a la puerta con festones rojos, que se abre en el patio solitario de San Julian.

Un portero vestido con la librea galoneada de la Edad Media vino a abrirnos.

Bajamos por esa estrecha escalera de piedra, por donde teníamos que desfilar uno por uno. Escasamente la alumbraba la linterna que llevaba el portero delante de nosotros. La escalera baja en caracol, lo que viene a au-

mentar su oscuridad. Una cadena de fierro prendida en la muralla sirve de guía y pasamanos en esa escalera tenebrosa.

Bruscamente nos encontramos a la entrada de la sala.

Al dar el primer paso, bajando de la escalera, tenemos necesariamente que poner el pie sobre una **oubliette**, una plancha de madera giratoria, que bascula como un escotillón y nos precipitaría en otro subterráneo, si los que nos reciben no la mantuvieran con el pie y nos dieran la mano para saltar fuera de esa peligrosa trampa medioeval.

El subterráneo que alumbran pobremente algunos faroles de fierro forjado, está envuelto en una media luz mortecina y vacilante que hace más oscuras las sombras del recinto.

La vista se va luego acomodando a la semi-oscuridad que nos rodea y nos principiamos a dar cuenta de la sala. Es una taberna del siglo XII, cuidadosamente conservada tal como era en aquella época. Las paredes de piedra; la bóveda en arco. Hasta cierta altura la muralla está cubierta con un zócalo rojo, y más arriba se ve la piedra oscurecida por los años.

La sala está dividida en pequeños compartimentos, separados por divisiones bajas de madera, como los palcos de un teatro. Cada uno de esos compartimentos está rodeado de bancos. Una mesa ancha ocupa todo el centro. Con esa disposición aumenta considerablemente el espacio de que puede disponer la concurrencia, que permanece separada y está sin embargo en un contacto fácil.

Era muy considerable la concurrencia en la noche que visitamos la taberna. Había pocos extranjeros; muchos hombres y mujeres que fumaban y el aire de la sala habría sido muy pesado si tragaluces, que cortaban oblicuamente la muralla no le hubieran dado al humo una salida.

En el fondo del subterráneo el piso era un poco más alto formando una especie de escenario en que se veía una “*epinette*”—especie de piano primitivo—que acompañaba a los cantores.

La disposición del escenario era completamente medioeval y para acentuar más el colorido y hacer más viva la ilusión, circulaban dentro de la sala pajes, alabarderos y soldados con el pintoresco traje de esos tiempos.

El tabernero principió la fiesta de esa noche con una conferencia sobre la historia de ese subterráneo que había formado parte de las prisiones subterráneas del Antiguo Chatelet. Desde el siglo VI funcionaba ya como taberna y desde entonces ha conservado su aspecto inalterable. Era popular entre los estudiantes que pasaban ahí la noche alegremente y convertían en albergue gratuito esa taberna cuando no podían pagar el arriendo de una pieza. El Dante, según la tradición, habría venido a refugiarse en esta taberna muchas veces cuando vivía en la calle de Fouarre y no podía pagar su hospedería. La gran sombra del poeta florentino aumentaba el romántico interés de ese recinto.

Después de la conferencia principiaron las canciones. Eran canciones de la época, música y palabras de otro tiempo, viejas canciones en francés antiguo. La música sencilla, de una melodía fácil, de un ritmo acompasado, se pegaba al oído fácilmente y arrastraba a todo el auditorio con la vuelta animada de su ritmo.

Eran canciones de amor y de recuerdos, de una gracia inocente y ligera o de una picardía endemoniada. A veces detrás de las palabras de un candor ingenuo se escondía un doble sentido libertino.

La “cancionera” era una mujer joven todavía, de una figura picante y expresiva, graciosa y alegre, vestida con el traje de una Castellana de la Edad Media: talle ceñido,

anchas faldas, un cuello de piel de armiño, una escarcela recamada de oro. Era en su género una artista que tenía el secreto de las intenciones picarescas, iluminaba sus palabras con una mirada risueña y una sonrisa coqueta.

La oímos cantar la **Ronda**, la **Danza de los muertos**, el **Coquelicot**, **Si ta femme était morte!** Todo eso con una malicia risueña, con una entonación lenta y suave, que tomaba bruscamente un ritmo alegre y petulante cuando llegaba el ritornello. La animación expansiva de esa música fué conquistando al auditorio que al principio solo la seguía llevando el compás con la cabeza, que después algunos se aventuraron a acompañar a medio voz, y que por fin todos seguían haciendo un coro entusiasmado a las canciones. Todos se sentían arrastrados por el vértigo irresistible de esa ronda.

Pero el gran entusiasmo de esa noche fué cuando la cancionera cantó "Les Housards de la Garde", canción relativamente nueva en ese sitio porque solo tiene poco más de un siglo, pero había sido el gran éxito y hecho la fortuna de esa cancionera a quien el público le pidió que la cantara. En realidad el arte con que la cantaba era admirable. Sin grandes condiciones de voz, sin ese encanto de una mujer hermosa que nos predispone a exagerar todos sus méritos, esa cancionera de la taberna llegaba en su arte a esa altura en que la admiración se impone. Era difícil dar una expresión más animada y más dramática a esa canción de vivandera. Era necesario ver la actitud arrogante de la cabeza y el movimiento canalla de las caderas, cuando lanzaba con cierta satisfacción melancólica el último verso de su animado **ritornello**.

"Toi qui connais les Housards de la Garde,
Connais-tu pas le trombon du regiment?"

Quel air aimable quand il vous regarde!
¡Et bien ma chère, il était mon amant!"

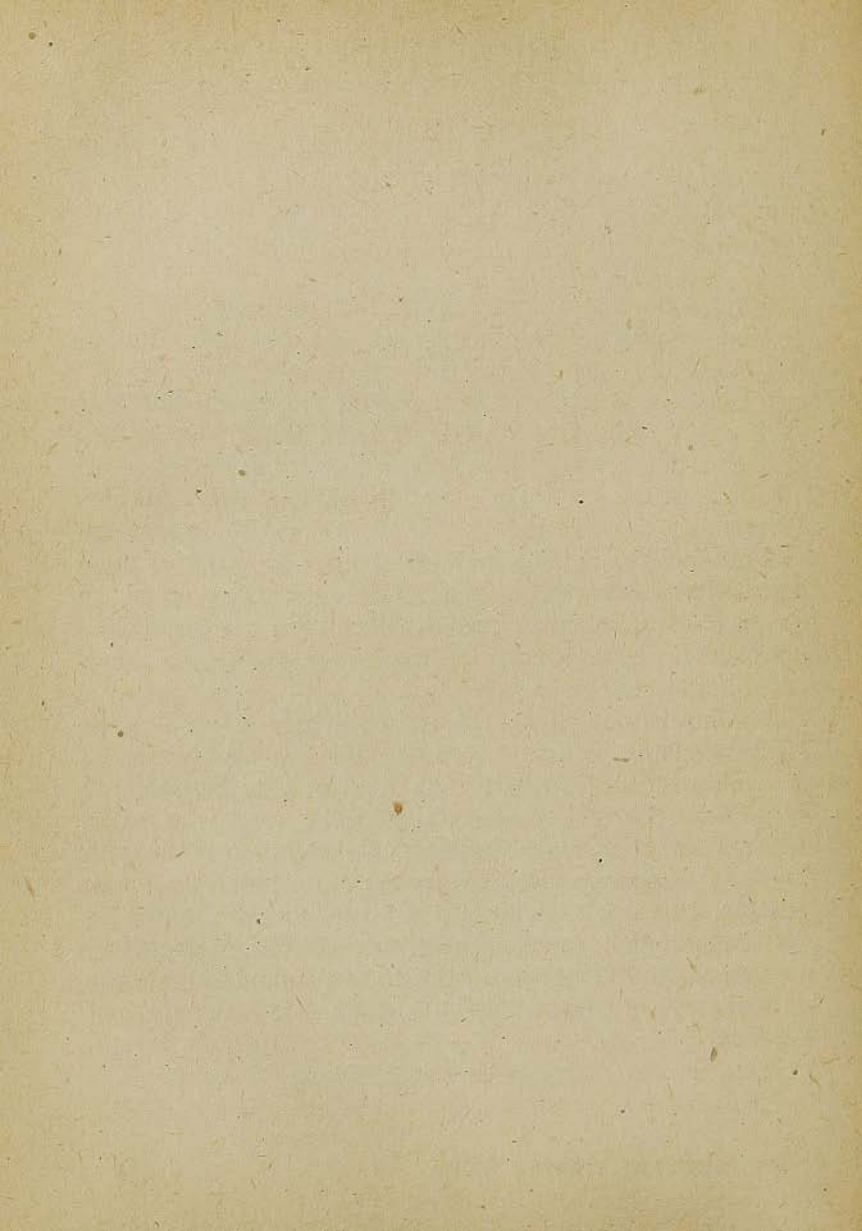
"Tu, que conoces los Húsares de la Guardia, conoces también al trombón del Regimiento? ¡Qué aire tan amable cuando nos mira! ¡Pues bien mi querida, él era mi amante!".

Y las canciones iban a seguir toda la noche, en medio de un consumo enorme de bebidas, que iban naturalmente exaltando el ruidoso entusiasmo de la sala.

Después de haber pasado más de dos horas sumergido en esa extraordinaria evocación de la Edad Media, que había materialmente revivido a nuestra vista y en que nosotros mismos habíamos vivido, salimos de la taberna subterránea por una escalera de piedra, ancha, iluminada, que nos llevaba a una cantina vulgar de nuestros días: lámparas eléctricas, un mesón con cobertura de zinc, un escaparate con botellas, mesas, sillas, toda esa instalación tan peculiar de las ventas de licores. La sala estaba iluminada y desierta.

Salimos por una puerta que da al N.º 52 de la calle de Galande. Unos cuantos pasos más allá estábamos en el boulevard Saint Michel y principiaban a desfilar delante de nosotros las elegantes terrazas de los cafés de media noche, que se suceden a lo largo del animado boulevard, iluminado a **giorno** con una profusión de pintorescas ampolletas. Una orquesta de jazz-band toca en el interior los bailes de moda, que los concurrentes bailan en silencio.

Así pasan las horas suaves de una noche de verano los que frecuentan ahora esos cafés.



EL CALVARIO DE CIMIEZ

Niza, Diciembre 20.

Mañana hermosa y triste. Por momentos el sol brilla en un cielo azul y después desaparece velado entre las nubes. El aire se siente vivo y frío en esa mañana de invierno.

Vamos por una ancha avenida que corre al pie de la colina de Cimiez, en que vemos a los lados soberbios edificios, palacios, grandes hoteles, hermosas villas. Es un desfile de suntuosas residencias que nos lleva hasta el pie del "Grand Palais", hasta el ascensor que nos hace subir a la esplanada en que alrededor del espléndido edificio del hotel se agrupa una alegre y pintoresca población de villas y jardines.

Desde ahí la ancha y suave avenida se transforma en un sinuoso camino de montaña que va subiendo la colina, un camino que sólo en uno de sus lados se encuentra edificado y el otro va dejando abierta la pintoresca y variada perspectiva del mar y la ciudad.

El carácter agreste del camino se acentúa a medida

que subimos a la altura, que van desapareciendo las habitaciones y pricipiando los sembrados y los huertos.

Llegamos a un delicioso bosquecillo. Es un rincón tranquilo y silencioso en que vemos entre el follaje oscuro de los árboles una soberbia estatua de mármol que representa una mujer. Es la estatua de la Reina Victoria que está a la entrada del suntuoso parque del "Hotel Regina".

Esa estatua es un hermoso y elegante homenaje a la Reina de Inglaterra; es una figura de líneas nobles y severas de una sencillez y una distinción realmente soberana.

Delante de esa estatua pasa el camino que lleva a los grandes hoteles de Cimiez, en que vienen a hospedarse los que buscan la soledad y el silencio en un clima suave, en un aire puro, bajo un cielo azul, en esa atmósfera sedante que tranquiliza los nervios irritados en las luchas por el poder o la fortuna.

Por los caminos solitarios que hay alrededor de esos hoteles se han paseado muchos soberanos destronados, muchos hombres políticos derribados del gobierno, muchos a quienes la fortuna había vuelto cruelmente las espaldas.

Seguimos por un camino de montaña, agreste y pintoresco. Cercas vivas cierran a los lados pequeños huertos y praderas en que divisamos algunos animales a la sombra de los árboles.

El viento del otoño levanta el polvo del camino y arranca hojas marchitas de las ramas. Es un camino de campo, un camino de silencio y de quietud, de una melancolía indefinible y vaga.

El camino va subiendo suavemente hasta llegar a las antiguas Arenas de Cimiez, a las ruinas de un misterioso Circo romano, que nos prueba con la irrecusable claridad

de la evidencia que hasta ese rincón de la montaña se extendió el brazo formidable de las legiones romanas.

A la entrada del viejo circo se conservan en pie, casi intactos, dos monumentales arcos de piedra. Todo lo demás está en ruinas. Se ven fragmentos de las graderías, pequeños mantos de las murallas de contorno, escombros, y en medio de la arena dos bancos de piedra. Manchas de musgo sobre las piedras, pequeños matorrales esparcidos por el suelo y una impresión de silencio eterno, de algo que ha pasado para siempre.

Saliendo de las ruinas volvemos al camino agreste y solitario que sube lentamente un largo trecho. A los lados del camino palizadas cierran campos de hortalizas y pequeños bosques de olivos. Ese cierro rústico y ligero acentúa el carácter agreste del camino.

Bruscamente nos encontramos delante de una subida muy pendiente, fatigosa y pesada, afortunadamente corta.

Llegamos a una esplanada espaciosa, rodeada de contornos escarpados. Esa esplanada, aislada, a tanta altura es un admirable miradero que domina toda la comarca. Desde ahí se divisa muy abajo el hermoso valle, que atraviesa el río serpenteando.

Ese rincón de la montaña que nos parece ahora tan hermoso y tan poético, debió parecer a los romanos un sitio estratégico admirable, naturalmente defendido por sus contornos escarpados ya que no podía acercarse el enemigo sin quedar a descubierto desde lejos. Esas ventajosas condiciones de combate hicieron que ese sitio se eligiera para establecer un campamento militar.

Un pretil de piedra rodea la esplanada cubierta de grandes árboles con troncos seculares, con ramas tortuosas y enormes. Uno de esos árboles gigantes es de esa especie que llaman la encina verde—**un chêne vert**—de hojas muy chicas, cuyo tronco no alcanzan a abrazar seis

personas con los brazos extendidos. Un grupo de olmos enormes extienden sus ramas sobre otro rincón de esa esplanada. Algunos bancos de piedra se ven emboscados debajo de los árboles o al lado del pretil. Desde esos bancos se divisa el camino solitario y desde muy lejos se ve venir a los que vienen. Ahí aguardan los que se han dado cita en ese rincón apartado.

Cuando salimos a la esplanada nos encontramos al frente del viejo monasterio de Cimiez.

Al frente se extiende un atrio de grandes arcadas, sostenidas por columnas de piedra. El atrio está cerrado por sus dos extremos, decorado con dos grandes pinturas murales. En una de esas pinturas San Francisco aparece contemplando la visión de la reconstrucción de una iglesia arruinada. En la otra San Francisco escribe las reglas de su orden siguiendo los dictados de una inspiración divina. El arte de esos cuadros murales es de una ingenuidad infantil, pero se siente en ellos la emoción inefable con que ejecutaban sus cuadros los pintores primitivos.

A los lados de la gran puerta de la iglesia, que se abre al medio de ese pórtico sombrío, hay dos grandes planchas pintadas sobre el muro. En una de esas planchas leemos que en el siglo IX, sobre las ruinas de un templo consagrado a Diana que se levantaba en ese sitio, se construyó un Santuario a María. Y que después en el siglo XVI los benedictinos cedieron esa iglesia a los franciscanos, que construyeron el pórtico y ampliaron la iglesia, dándole el aspecto que conserva todavía.

En la otra plancha se recuerda que **Cinelle**, colonia griega, a que se agregó después sangre romana, fué la capital civil y religiosa de los Alpes Marítimos y que Carlomagno la erigió en Ciudad.

Nos hace sonreír ver en el contorno de esas planchas firmas escritas con lápiz. Son los nombres de esos viaje-

ros que no pueden resignarse a pasar sin que nada los recuerde.

En el interior de la iglesia vemos tres largas naves sombrías. La luz penetra por ventanas estrechas con vidrios rojos.

La bóveda de la nave central está decorada con escenas de la vida de San Francisco. En el fondo de esa nave está el altar mayor de madera dorada.

En las naves laterales se abren capillas de una suntuosidad que sorprende en medio de la modestia de esa iglesia. Los altares son de mármol blanco, con grandes cuadros religiosos y cornisas con relieves en que brilla el oro.

A los lados del pórtico se extienden como dos alas dos murallas blancas. Una es la muralla del Cementerio, muralla larga y fría, en que sólo se abre una puerta de reja. Al otro lado está la muralla del convento, muralla de dos pisos; en el primero se abren algunas puertas, y en el segundo una monótona fila de ventanas, sin ningún relieve.

La entrada del Cementerio es una hermosa reja de fierro de donde se extienden en todas direcciones, como las varillas de un abanico, caminitos que van entre las tumbas.

Es un antiguo Campo Santo en que se han ido lentamente acumulando hermosos mausoleos, grandes tumbas rodeadas de flores. El jardinero se ofrece amablemente para hacernos los honores de ese Campo Santo.

Nos muestra algunas tumbas que encierran el recuerdo de algún viajero muerto en Niza o en Cimiez, y que él supone que puedan tal vez tener algún interés para nosotros.

Después nos lleva a una de las joyas de ese Cementerio. Es un templo griego, columnas de mármol sostienen

una cúpula también de mármol blanco; debajo de esa bóveda elegante vemos una hermosa imagen de María de tamaño natural. Esa imagen se presenta como una aparición, envuelta en los reflejos luminosos del sol sobre la blancura de los mármoles.

Acercándonos a ese templo griego vimos sobre la balaustrada de mármol que lo rodea, un libro de mármol abierto, que tenía en sus dos páginas dos retratos de mujer dos miniaturas pintadas al óleo. Debajo de esos retratos hay en cada página una leyenda fúnebre. Mientras leíamos esas inscripciones una viejecita que arreglaba las flores nos dijo en voz baja:—"Murieron el mismo día. Una era mi cuñada, y la otra... era mi madre!"

Impresionaba esa pobre mujer, ya encorvada por los años, que cuidaba piadosamente la tumba de su madre. —"Todas las semanas viene dos veces trayendo flores a esa tumba", nos dijo en voz baja el jardinero.

Salimos de se Campo Santo llevando la suave emoción de las lágrimas que esa pobre vieja dejaba rodar sobre el recuerdo de su madre.

Delante de la puerta del Cementerio está el "Calvario de Cimiez". En la comarca todos lo conocen, todos hablan de él, y hacen misteriosas y vagas alusiones a una historia que se ha desarrollado al pie de ese Calvario: Esa historia es el secreto del Calvario de Cimiez, que Bordeaux ha explotado en narración interesante.

El Calvario es una enorme cruz de piedra blanca, lisa, desnuda, sin ningún relieve, que se levanta sobre un alto pedestal de mármol blanco. Unas cuantas gradas al pie del pedestal. Una reja de fierro rodeando las gradas. Ese es el famoso Calvario de Cimiez, que atrae a los viajeros con el interés picante de una historia desconocida y misteriosa.

En el otro extremo de la esplanada, debajo de gran-

des árboles, está el monumento a los Muertos de la Guerra. No hay en Francia ninguna población, ninguna aldea que no haya consagrado un monumento a la memoria de los que nacieron en su seno y murieron en los campos de batalla, y casi todos han sido admirablemente colocados en un sitio tranquilo, silencioso y apartado que invita a la meditación, en que puede desplegar sus alas majestuosas la poesía de los grandes recuerdos.

El monumento es una estela: una enorme plancha de mármol en que están escritos con letras de oro los nombres de los hijos de Cimiez que murieron en la guerra.

Corona esa estela un trofeo de bronce. Al pie un jardincito extiende su guirnalda de flores.

En los días de los trágicos recuerdos se celebra una misa de campaña delante de ese monumento. Los compañeros de armas de los muertos les vienen a rendir en ese sitio el supremo homenaje a su memoria.

Detrás del monumento a los Muertos de la Guerra, una reja de fierro nos separa del "viejo jardín del Monasterio". Una planchita de mármol, suspendida de esa reja, nos hace saber que la Comuna de Cimiez ha comprado ese jardín con el dinero cobrado como impuesto de residencia a los viajeros.

El jardín es muy grande. Tiene cuabras de extensión. Está rodeado en su contorno con una gruesa balaustrada de piedra y cruzado por anchas avenidas de árboles que forman cuadros, cubierto de verdura, festoneado con una franja de flores. Ahí vimos al pasar rosas magníficas, lirios y violetas de montaña.

En uno de esos cuadros nos llamó la atención un grupo de esas frutas deliciosas que los ingleses llaman **grape-fruits** y los franceses cultivan en sus colonias con el nombre de **pamplemousse**. Esas grandes frutas colgaban de los árboles envueltas en redecillas para evitar que las

arrancara el viento. En otros cuadros vimos grupos de granados, de naranjos y de olivos.

Hay por todas partes en ese jardín glorietas cubiertas de enredaderas, bancos a la sombra de los árboles, rincones tranquilos que con su silencio nos invitan al recogimiento.

Por un costado del jardín del Monasterio corre una larga avenida de cipreses.

Llegamos al pretil que rodea el jardín. Desde ahí divisamos una grandiosa perspectiva que la distancia envuelve en una melancolía extraña y vaga. El mar a lo lejos se divisa como una superficie inmóvil, no se ven las olas, no se oye su rumor, es un mar muerto; el valle tiene la misma inmovilidad del mar, parece una hermosa decoración de teatro, algo sin vida; desaparecen con la distancia el ruido y el movimiento de la ciudad lejana que nos parece una ciudad abandonada y desierta.

Más cerca vemos el humo que sale de la casita de un campesino, que sube en alegres espirales, luego se extiende, se desvanece y pasa sin dejar ninguna huella en el aire que atraviesa.

Muchas veces hemos visto en la montaña esa misma columnita de humo salir de la casita de un aldeano despertándonos la impresión de la vida alegre de un hogar, pero ahora que vemos esa misma columnita de humo desde el jardín del Monasterio nos hace pensar que nuestra vida pasa y se desvanece como ese humo sin dejar ninguna huella de su paso.

La perspectiva que se divisa desde el jardín del Monasterio de Cimiez es magnífica y hermosa, pero oscurecida por una inmensa sombra de tristeza.

EXCURSION A CAPRI Y A LA GRUTA AZUL

Navegamos una mañana del mes de Enero sobre las olas tranquilas del mar Mediterráneo. Estábamos en el corazón del invierno y sin embargo se sentía un aire tibio y suave en la mañana y en el mar.

Respirando en la atmósfera incomparable de esa tierra es cuando mejor se siente el placer delicioso de vivir. Basta el recuerdo de esas horas para sentir la nostalgia de esa tierra de una amable y suave languidez y exclamar como Mignon "C'est là, c'est là que je voudrais vivre, aimer et mourir!"

El paisaje que se extendía a nuestra vista hacía más encantadora y más viva la deliciosa impresión de esos recuerdos.

Es uno de los paisajes más hermosos del mundo conocido. Los viajeros solo lo encuentran comparable con el de Constantinopla y Río Janeiro. No conocemos la antigua capital de la Turquía, pero Lamartine que veía a esa hermosa población envuelta en la bruma sentimental de sus recuerdos no vacilaba en decirnos que la costa napolitana era más bella y en declararnos que esa bahía era "el más hermoso paisaje de mar de todo el mundo."

Para nosotros la impresión que nos ha dejado Nápoles tiene una intensidad, un poder de emoción y una armonía que no encontramos en la costa anfractuosa de Río Janeiro. En la luz de esos dos paisajes hay el mismo esplendor, la misma riqueza en los colores y casi la misma suavidad en los tonos; pero hay en el dibujo de las dos bahías una diversidad que hace olvidar el parecido. No hay nada en Río Janeiro que se pueda comparar a esa curva lenta y suave que contornea majestuosamente el golfo de Nápoles formando una inmensa bahía que se extiende desde el lejano cabo de Misena hasta la punta de la Campanella.

Grandes islas en los dos extremos de esa curva: Capri al Sur, Ischia y Procida en el extremo Norte, cierran el golfo y le sirven como un inmenso rompe-olas dando a toda la bahía la tranquilidad de un lago. Y en medio de esa curva ondeante y voluptuosa está Nápoles con su fascinación y su encanto femenino. Y más allá de la línea sinuosa de la costa, se extienden sobre una falda suave las pintorescas llanuras de Campania, boscosas, risueñas, con sus aldeas, sus castillos sobre las cimas, sus torreones en ruinas y sus viejos campanarios. Y todavía más allá los Apeninos, que domina el sombrío cono del Vesubio y forman el fondo magnífico del cuadro.

Navegábamos siguiendo las hermosas riberas de ese golfo en cuyos contornos se abren boscosas ensenadas, que dan salida a los pequeños caseríos de la orilla. Desde la cubierta del vaporcito divisábamos a Puzzuoli, a Portici, a Torre del Greco, a Torre Annunziata, Castellamare y más allá a Sorrento. Esos nombres suaves y armoniosos van despertando recuerdos adormecidos.

Divisamos al pasar la alegre Castellamare, pequeña población de villas, casas de campo, huertos y jardines en

que el gran mundo de Nápoles va a pasar los días calurosos del verano.

Hay ahí la imagen de una Virgen misteriosa descubierta en el fondo de un pozo en el siglo XI, y un curioso recuerdo de otro tiempo: es una gran cruz de fierro a que sirve de pedestal un altar del templo de Diana convertido ahora en iglesia de "la Madona".

Más allá divisamos a Amalfi, la Atenas de la Edad Media, la cuna de la primera república italiana, de la primera ciudad libre que levantó los fueros de la organización Municipal.

De esa antigua población engrandecida por el comercio y por las armas sólo quedan ahora los recuerdos. La soberbia Amalfi es ahora una pequeña aldea. El mar que le trajo el poder y la fortuna fué también la causa de su ruina. El mar ha devorado las colinas risueñas en que se extendía la antigua población, ha convertido en una costa escarpada las faldas suaves de las montañas, y ese sitio que el Tasso consideraba como el rincón más hermoso de la Italia.

Sólo conserva ahora la belleza de sus mirtos, sus olivos y sus soberbios naranjales, sólo conserva el prestigio de sus grandes recuerdos. En Amalfi se construyó por primera vez la misma brújula que ha guiado a nuestros navegantes por el mundo entero; en Amalfi se dictó el primer Código Marítimo, las "Tablas de Amalfi", han sido la base de nuestras legislaciones en el mar, y en Amalfi se encontró el famoso manuscrito de "Las Pandectas" de Justiniano que han sido la base del derecho civil de nuestro tiempo.

Un testimonio irrecusable y mudo de esa grandeza pasada es la Catedral monumental que encontramos ahora en esa aldea. Las puertas de bronce de esa Catedral son una de las joyas más preciadas del siglo XI.

Desde la cubierta divisamos a lo lejos las torres y la cúpula de la grandiosa Catedral.

En Sorrento hacemos escala. Algunos pasajeros desembarcaron en una pequeña ensenada. En un rincón encantador: unas cuantas casitas rodeadas de jardines, con grandes árboles que desde la orilla extendían sus ramas sobre el mar. Esa es "la terra molle e dolce" que tanto amaba el Tasso.

La ciudad de Sorrento está en una meseta que se levanta a 50 metros sobre el mar. Está rodeada de montañas que la encierran, la protegen de los vientos y la sumergen en una atmósfera de excepcional tranquilidad. Es la ciudad de los jardines, de las flores perfumadas, de los pequeños parques de naranjos y granados, de mirtos y de olivos.

Sorrento es la patria del Tasso y hasta hace pocos años se conservaba todavía la casita en que nació el poeta. Estaba construída sobre una enorme roca de la orilla en que se iban a estrellar las olas. En ese rincón de una belleza salvaje, al lado de la casita del poeta, se levantó después un suntuoso palacete.

Un terremoto derribó la casita y el palacio, arrastrando sus ruinas confundidas hacia el mar. Ahora nos muestran en el sitio mismo en que se levantaba la casita con su huerto, un terreno rodeado de naranjos y laureles que señala el sitio mismo que ocupaba la pieza en que nació el Tasso. Y a la orilla del mar, en el fondo del agua transparente, vimos después las columnas de mármol y escombros del palacio arruinado, que muestran al viajero como una de las curiosidades de Sorrento.

Sólo a la distancia pudimos divisar la alegre población, pero hasta nosotros, hasta lejos en el mar una brisa suave nos traía el perfume de sus flores y el olor de sus praderas.

Nos alejamos de Sorrento y cambiando el rumbo nos dirigimos mar afuera hacia el Poniente, junto con el rumbo cambió también el panorama. Ahora teníamos delante el mar abierto, la línea violeta que cerraba el horizonte, y más arriba el esplendor de un sol radiante, en un cielo en que flotaban nubes ligeras como un velo de gasa transparente. A lo lejos avanzaba sobre el mar el promontorio de la Campanella, cubierto con el follaje oscura de sus árboles. Se levantaba suavemente sobre el agua que parecía temblar al abrazarla con un sacudimiento voluptuoso.

Seguimos alejándonos y cuando se borró la línea de la costa tuvimos por un momento el amplio horizonte de alta mar, el horizonte vacío y solitario; pero no tardamos en ver asomar delante de nosotros la masa sombria y monstruosa de la isla de Capri. Es la cumbre de una montaña escarpada, que asoma entre las olas, y va a perderse muy arriba envuelta en la gasa flotante de las nubes. A medida que nos vamos acercando, esa isla monstruosa parece irse levantando del seno del mar. Se nos presenta como un enorme farellón, como una muralla inmensa, lisa y sin relieves. La roca viva y desnuda está cortada a pico, a una altura de centenares de metros. Al pie de esa muralla llega un mar sin olas, que sube y baja en silencio.

Seguimos por el costado uniforme y monótono de aquella isla extraña en que no se veía ninguna ensenada, ningún lugar en que poder desembarcar.

El vaporcito se acercó al sombrio farellón. Divisamos que desde la orilla, desde el costado mismo de las rocas parecían desprenderse algunos botes.

Estábamos delante de la **Gruta Azul**, de la **Gruta de las Ninfas**, como en otro tiempo la llamaban.

En los farellones de la costa no veíamos nada que nos hiciera sospechar que estábamos delante de uno de los es-

pectáculos más maravillosos de este mundo. Nos explicamos la extraordinaria historia de esa gruta, conocida en la antigüedad y después olvidada por completo, a pesar de que la isla estuvo en poder de los benedictinos durante toda la segunda mitad de la Edad Media, y casualmente descubierta por turistas ingleses que nadaban y vieron que una excavación se abría en la muralla al nivel de las olas, entraron audazmente y se encontraron deslumbrados en medio de un mundo extraordinario, en que la realidad se confundía con los ensueños.

En uno de esos pequeños botes planos, que nos vinieron a buscar desde la orilla nos dirigimos a la entrada de la Gruta.

Es una abertura estrecha, triangular, que escasamente sube un metro sobre el nivel del mar. Los pasajeros no pueden entrar sentados en esos barcos tienen que recostarse sobre el fondo plano de los botes.

Esa abertura estrecha y baja, da entrada a un pasadizo de cerca de cuatro metros de largo y cuatro y medio de ancho cavado en la roca por las olas. Dos cadenas de fierro, clavadas en las paredes de los lados sirven para empujar los botes en ese pasadizo.

La entrada es fácil; no hay más que dejarse llevar por la corriente, y se llega sin esfuerzo, suavemente al lago inmóvil, dormido y encantado.

Ese lago nos parece inmenso, porque la línea sinuosa del contorno se pierde en una vaga oscuridad, y una ilusión de óptica nos hace imaginar que ese contorno se aleja en una extensión indefinida. Sin embargo, la circunferencia del lago sólo mide cuatrocientos metros y es de una agua tan pura y transparente que apesar de la hondura se ven las arenas del fondo. La Gruta misma solo mide en realidad 54 metros de largo, 30 de ancho y 12 de altura. Esas medidas no pueden dar idea de la impresión

que nos produce la ilusión de óptica que nos hace exagerar sus dimensiones.

Pasada la sorpresa que en el primer momento nos produce la semi-oscuridad de la gruta, nos vamos dando cuenta de una fantasmagoría extraordinaria y desconcertante de la luz. Todo se ve azul; el agua es azul, las paredes de la gruta son azules, las estalactitas que cuelgan de la bóveda son también azules. El aire mismo se ve azul. Y ese color es un azul puro, de una delicadeza y una exquisita suavidad de tono. Esa transformación de la luz nos produce una impresión indefinible, una impresión única. Nos sentíamos bruscamente transportados fuera del mundo de las realidades a un mundo de leyenda y fantasía, al mundo de los ensueños del Oriente.

La física nos descubre el secreto prosaico de ese ensueño. El agua se eleva en el pasadizo de la entrada casi hasta la bóveda, de manera que la luz que penetra al interior de la gruta tiene que atravesar por esa masa de agua. La luz se descompone y cambia de dirección al penetrar en ese medio más denso que el del aire. Los rayos azul indigo y violeta son los más refrangibles y los únicos que llegan al interior de la gruta y reflejándose en las paredes iluminan con sus colores todo el interior.

Es esa luz de ensueño, la que extiende sobre el lago su manto de poesía y de misterio.

Nos paseamos sobre el lago azul en el fantástico escenario de esa gruta. En un rincón vemos los restos de una escalera de piedra de los tiempos de Tiberio. La escalera se hunde en el agua hasta una profundidad de seis metros. Esa escalera misteriosa se supone que servía para una comunicación secreta con la villa imperial de Damacuta. Esa escalera es un enigma que los arqueólogos no han conseguido todavía descifrar, pero en todo caso es una de las pruebas de que el fondo de la gruta como el

nivel de toda la isla se van hundiendo y que tendrá que llegar un día fatalmente en que la entrada misma de la gruta quede sepultada debajo de las olas.

Cuando llegamos al rincón en que se encuentra la escalera, uno de los muchachos del bote se desnuda y se echa al agua para hacernos ver un fenómeno curioso. Todo el cuerpo aparece plateado bajo el agua. También parecen plateados los peces y sacudiendo el remo las gotas de agua que se desprenden caen como perlas de plata.

Cuando una nube pasa oscureciendo el sol se transforma el espectáculo interior de aquella Gruta. Una sombra espesa, negra hace desaparecer ese tinte azul tenue y vaporoso, y lo envuelto todo en un manto de tinieblas. El palacio encantado se transforma en una lúgubre caverna. Esa transformación produce una inquietud indefinible, una vaga sensación de miedo, **fa paura** como nos decía el botero recordando la pavorosa impresión de ese fenómeno. Pero esa sensación es siempre un estremecimiento rápido que solo dura mientras pasa la sombra de la nube y después vuelve de nuevo la magnificencia alegre de la luz.

La salida es la nota molesta de ese paseo tan lleno de interés y novedad.

Todos los botes se agrupan al mismo tiempo disputándose el turno de salida. La escena es animada, pero desagradable por la viveza amenazadora de los gestos y la entonación de las vociferaciones violentas.

Para atravesar el pasadizo es necesario aprovechar el corto momento del reflujo en que el agua sale de la Gruta. Si se deja pasar ese momento la ola que vuelve sorprende al bote, se produce un choque y el agua salta y baña a los viajeros.

Para salir los boteros se toman de la cadena del pasa-

dizo, esperan que principie la salida de la ola y después de algunos tanteos en que se lanzan, en que retroceden, en que vuelven a lanzarse conseguimos una salida afortunada. Salimos sin pagar el desagradable peaje de la Gruta.

A veces la salida no sólo es difícil sino también muy peligrosa, y cuando las olas son muy grandes o la marea muy alta no queda espacio suficiente para el bote y se hace imposible la salida. En esa situación peligrosa algunos viajeros han pasado horas de cruel incertidumbre encerrados en la Gruta.

Al salir al aire libre nos sentimos deslumbrados por el esplendor magnífico del día, y una sensación de tranquilidad y de calma se apodera de nosotros cuando volvemos a las condiciones habituales de la vida.

Después de esa encantadora y rápida visión seguimos navegando a lo largo de los sombríos farellones de la costa. Vamos avanzando al pie de esa gran muralla hacia una pequeña ensenada que llaman aquí la **Gruta Marina** la "Bianchina di Capri". Es una de las dos caletas por donde es posible abordar la isla de Capri; la otra situada en el lado opuesto de la isla es la Pequeña Marina, la "Marina Piccola". Las dos son grandes quebraduras, estrechas y sombrías, en cuya abertura, se ha construido un desembarcadero.

Unas cuantas casas de dos y de tres pisos, blancas, lisas, con pequeñas ventanas sin relieve, con un marcado aire del Oriente, y que sirven como instalaciones y bodegas; una pequeña esplanada, las gradas de un muelle, eso es todo lo que vemos en esa población casi desierta.

De ahí sale un funicular que lleva a la ciudad de Capri, y una calzada suave y cómoda que va hacia el interior.

A la llegada del vaporcito hay siempre coches lige-

ros, pequeñas victorias que vienen a ofrecerse a los viajeros.

Tomamos una de esas y siguiendo por un camino de montaña vamos subiendo hacia las escarpadas alturas de la isla.

Es un camino suave, angosto, abierto en la montaña a media falda que sube en zig-zag bordeando la quebrada, en medio de paisajes que van cambiando a cada paso pero conservan en todo el trayecto un carácter extraño, pintoresco y salvaje.

Llegando a cierta altura nos encontramos en un llano abierto y ligeramente inclinado. Se ven por todas partes huertos, granjas, emparrados.

El camino va cerrado a sus dos lados por murallas de piedra que rodean los huertos. Por encima de las murallas asoma el follaje de los limoneros y naranjos, dándole al camino un aspecto original, agreste y pintoresco. Pasamos al lado de la vieja Iglesia de San Constanzo, patrón de la isla.

Ese camino es siempre silencioso y solitario, pero ese día 5 de Enero era un día de fiesta que daba a toda la isla una escepcional animación. Había mucho tráfico de carretoncitos tirados por burros; encontramos mucha gente que iba a pie; muchos grupos asomados a las puertas como si aguardasen a los que iban a pasar para juntarse en la alegre caravana de la fiesta. Voces de muchachas se oían salir de las ventanas entreabiertas.

Algunos chiquillos aguardaban a los viajeros para venderles grandes racimos de naranjas de Capri que gozan de fama en toda Italia.

Ese camino que apesar de su soledad silenciosa es siempre alegre, durante la noche se llena de leyenda y fantasía. En la oscuridad de la noche dicen que se oyen ruidos misteriosos, voces de fantasmas invisibles, crujidos

de carretas que no se ven y que pasan rozando al lado del viajero, músicas lejanas, canciones que arrebatara el viento a las orgías que se celebran a escondidas en las grutas de la isla.

Ese camino tan excepcionalmente animado por la fiesta de ese día nos proporcionó una rara oportunidad para ver esa población que ha conservado ese pintoresco traje nacional, de corpiño ajustado, falda corta de colores vivos, adornos dorados, esos vistosos trajes que llevan los **lazzaroni** de los teatros.

Como todos los hombres de montaña los habitantes de Capri son delgados, nerviosos, de formas desenvueltas y movimientos vivos. Las mujeres de la isla son ahora como en tiempo de Suetonio, grandes, esbeltas, bien formadas y hemos oído que se jactan de ser "descendientes de las mujeres que enloquecieron a Tiberio." Vimos muchas en esa fiesta de Capri y algunas verdaderamente hermosas. No tienen el tipo fuerte y sólido, las formas opulentas de las mujeres de Italia, sino más bien el tipo delicado, esbelto y gracil, la fina morbidez de las mujeres de Grecia. Hace pocos años se encontraba todavía en la ciudad la hermosa Capricota que había fascinado a Hudson Lowe, que fué gobernador de la isla cuando estuvo en poder de los ingleses. Ese mismo Hudson Lowe fué después el carcelero de Napoleón en Santa Helena.

Por ese camino pintoresco llegamos a la población de Capri, que propiamente es una pequeña aldea que cuenta apenas 3,000 almas. Es una aldea de montaña, de casitas de piedra, de murallas espesas, de ventanas pequeñas, en que todo está calculado para defenderse del calor, del viento y las grandes tempestades. Las callejuelas de la aldea son estrechas para guarecerse de la lluvia en el invierno y darse más sombras en el verano. Por esas calle-

juelas solo se puede transitar a pie o montado en esos pequeños borriquitos que son las cabalgaduras de la isla.

Divisamos en la pequeña Capri el campanario de dos grandes iglesias: San Esteban y la Santa Cruz.

En el corazón de la aldea hay una estrecha y larga plazoleta que ahora llaman de Humberto I y de esa plaza sale la calle principal, la calle del comercio, en que se suceden los almacenes y las tiendas. Esa calle conserva todavía el nombre de "Tiberio". Ahí se vende sobre todo corales, naranjas, vino y aceite.

Pero el negocio principal de Capri son las aves de paso: las perdices y los turistas. En la primavera y el otoño llegan a la isla todos los años centenares de miles de perdices que van emigrando hacia los climas suaves. Las cazan en grandes redes y las venden a precios excepcionales por el sabor delicado de su carne.

Más de 40,000 viajeros vienen anualmente a visitar la Gruta Azul y recorrer la isla. Muchos pasan aquí largas temporadas aprovechando las condiciones reparadoras de su clima de mar y las condiciones deliciosas de una vida tranquila. Así nos explicamos el número extraordinario de hoteles y pensiones que hay en Capri.

Sobre las puertas de los pequeños almacenes y en los vidrios de algunas ventanas nos llaman la atención muchos letreros escritos en alemán en letras góticas. Supimos entonces que venían a la isla muchos alemanes a pasar los días más duros del invierno y que algunos tenían ahí sus residencias. Uno de los Krupp, uno de los conocidos fabricantes de cañones alemanes, ha hecho edificar una pintoresca villa en lo alto de la montaña. Delante de la villa hay una esplanada que domina completamente todo el golfo. Krupp ha hecho construir hasta su villa un espléndido camino. Es un camino privado en que nos per-

mitieron subir hasta llegar a los jardines desde donde se puede divisar el soberbio panorama.

A esas condiciones deliciosas de su clima ha debido Capri su fortuna. Augusto en su vejez, buscando un clima suave visitó esa isla escarpada y solitaria, que era entonces propiedad de los napolitanos. Encontró el clima delicioso y propuso cambiarla por la isla de Ischia, que era más grande y más valiosa pero menos suave y amable para un viejo. El cambio fué aceptado y el Emperador vino a pasar aquí largas temporadas. Así principió la vida histórica de Capri.

Cerca de la plaza está el Hotel Suizo, situado en uno de los puntos que domina la más hermosa perspectiva. Almorzamos en una terraza del Hotel. La vista se extendía hasta más allá del cabo de Mesina, abrazando un grandioso panorama. Sobre todo ese paisaje de ondulaciones suaves, de curvas delicadas y graciosas flotaba una atmósfera tibia de voluptuosa languidez. Se sentía esa languidez en el aire tibio, en la ondulación suave y monótona del mar, en el lento movimiento de las embarcaciones que se deslizan a la vela empujadas por la brisa, en los campos bañados por el sol, en las pequeñas poblaciones a la sombra de sus bosques, y más allá todavía en el contorno inmóvil de las montañas y más arriba en ese cielo infinito de un azul tan puro; en todas partes, en todas las cosas se sentía palpar esa nota tierna, soñadora, penetrante y voluptuosa.

Y sobre la belleza sensual de ese paisaje dominaba una impresión de tranquilidad, un silencio, que pesaba sobre todo y le daba al espectáculo una grandiosidad solemne y noble.

Iba en esa excursión junto con nosotros una encantadora francesita; era una de esas muchachas animadas y risueñas que van dejando al pasar un perfume de alegría. Después de contemplar ese paisaje un largo rato, se acer-

có a una mesa lentamente; tomó un ramo de rosas y mientras aspiraba su perfume vimos como se iba cubriendo su semblante con la melancolía soñadora de un recuerdo. Esa muchacha hermosa que dejaba caer en silencio la risa de sus labios y se dejaba estrechar lánguidamente entre los brazos apasionados de un recuerdo se levantaba ahí delante de nosotros como la encarnación viva de la emoción que despertaba ese paisaje.

Desde la terraza del hotel se veían en todo el contorno los pequeños huertos, los bosquecillos de olivos y naranjos que ahora cubren esa isla rocallosa. Para hacer crecer las plantas fué necesario traer del continente enormes masas de tierra vegetal. Así, a fuerza de largos sacrificios y de una paciente obstinación han conseguido cubrir con jardines esas rocas áridas y transformar en un oasis de flores esos riscos agrios y sómbríos.

Capri ha sido como Versalles una encantadora y monstruosa creación del despotismo. Solo un poder desenfrenado podía realizar esas fantasías prodigiosas.

Desde esa terraza divisamos los restos de la cintura de murallas que defendían en otro tiempo la pequeña población y en una altura divisamos las ruinas enormes del Castillo desmantelado por el corsario Barbarroja.

Después de recorrer la estrecha calle de Tiberio, vamos por un camino sinuoso y escarpado, al borde de una profunda quebradura del terreno, hacia Anacapri, que es la otra población de la isla. Está situada más al interior y a más altura.

En otro tiempo solo se podía llegar a esa pequeña población subiendo penosamente una escalinata de piedra interminable, de cerca de 600 gradas, talladas en la roca viva. Por esa escalera se iba de Anacapri a la pequeña Marisa.

Una ancha meseta situada en esa altura fué lo que

decidió a algunos isleños a irse a establecer en Anacapri que era, por otra parte, uno de los sitios que la naturaleza defendía mejor de los corsarios. Es ahora una población de agricultores, de mercaderes y marinos, un centro comercial sobre todo de vinos y cereales.

El pequeño caserío es más animado y pintoresco que el de Capri. Es solo una ancha calle en que se ve sentada mucha gente al rededor de pequeñas mesas en que se venden vinos y refrescos. Es ahí donde se tratan los negocios y se ajustan las ventas, donde se comentan las noticias y circula al aire libre la vida secreta de la aldea.

Esa calle de Anacapri es como un gran **hall** comun a todo el pueblo. Ahí se abren las puertas de las tiendas, los almacenes y los **bares**, y por el interior de esos negocios se entra a las habitaciones de las casas.

En los días de trabajo los hombres salen de sus casas en que se quedan solas las mujeres; pero en los días de fiesta van todos juntos a buscar un rincón a la sombra de los árboles, en que se canta y se baila al aire libre, al son de las alegres panderetas.

Ese cielo luminoso, ese aire tibio, esas mujeres de cuerpos esbeltos y flexibles, que siguen el ritmo voluptuoso y la suave languidez del baile le dan un encanto extremo a esa fiesta campestre.

Al pasar divisamos a lo lejos esas fiestas a que no es permitido que se acerquen mucho los viajeros.

Saliendo de la aldea vamos a visitar las ruinas del Palacio de Tiberio, que el Senado romano hizo arrasar después de la muerte del tirano. Solo han quedado los sótanos en medio de las ruinas. Un ermitaño ha levantado entre esas ruinas una capillita a "Santa María del Socorro". Ahí vive en una completa soledad que solo interrumpe la curiosidad de los viajeros. Por 50 céntimos inscribe sus nombres en un registro y les da "un testimonio de pre-

sencia". Bien valen esos pocos céntimos poder hablar con un ermitaño en nuestro tiempo!

Más allá de las ruinas del palacio están los escombros del gran Foro, que un violento temblor echó por tierra pocos días antes de la muerte de Tiberio.

En el camino encontramos el "Salto de Tiberio", la terraza trágica desde donde Tiberio hacía precipitar sus víctimas desde una altura de 400 metros sobre el mar. "Se muestra—decía Suetonio—el lugar de las ejecuciones: es una roca desde donde los condenados, después de torturas tan largas como inauditas eran precipitados al mar en su presencia, a una señal de su mano. Marineros esperaban abajo y apaleaban los cadáveres con sus remos." Hablando de esas crueldades brutales nos recuerda el mismo Suetonio que, como una antigua costumbre prohibía extrangular a las vírgenes, Tiberio mandaba que el verdugo las violara antes de matarlas, para que así se obedecieran las costumbres y sus decretos.

Cuenta Tácito, por su parte, que cuando Tiberio quería consultar un astrólogo lo hacía llevar a la parte más elevada de la isla y a la vuelta daba orden al esclavo que lo iba a acompañar de que precipitara al astrólogo para que quedase sepultado el secreto del Monarca. El Emperador hizo llamar al famoso Thrasila para que le revelase el porvenir. Después que el astrólogo le dió a conocer el horóscopo, Tiberio le preguntó si había consultado su propio horóscopo y lo que pensaba del día y del año en que estaban. "Thrasila vuelve a observar la posición de los astros, vacila, palidece y las observaciones van aumentando más y más su sorpresa y su temor, y dice, por fin, que el momento es crítico y que se acerca a su última hora. Tiberio lo abraza y tranquiliza sobre el peligro que había adivinado y considerando sus predicciones como oráculos lo admitió en su más estrecha intimidad."

Ahora podemos asomarnos tranquilamente al borde de esa roca en cuyo contorno nos sentíamos protegidos por una reja de fierro y mirar desde esa altura vertiginosa el farellón cortado a pico desde donde se precipitaba en el mar las víctimas del feroz Emperador.

Al lado de esa roca trágica hay una hospedería que se llama la "Veduta Mondiale", que tiene delante una terraza cuya vista espléndida justifica su nombre.

Nos detenemos en esa hospedería a que la historia ha dado reflejos tan siniestros. Allá abajo, en una profundidad que hace estremecerse están las grandes rocas en que hace dos mil años iban a despedazarse las víctimas que arrojaban al mar los verdugos de Tiberio. La escena pasa pero el escenario queda como un mudo y horrible testimonio.

Otro sitio que muestran al viajero es el **Val de Mitromania**, un vallecito escuálido, sombrío y solitario en donde se han celebrado en otro tiempo las saturnales del culto pornográfico de Mithra. Los habitantes de Capri lo llaman ahora **Valle del Matrimonio**. Y alzando la voz y marcando las palabras, añaden todos los guías que ese nombre popular "es un nombre honesto con que se designan recuerdos que no lo fueron."

Recorriendo la isla por todas partes vamos encontrando rincones deliciosos, una naturaleza hermosa, suave y risueña, y por todas partes también vamos encontrando los sombríos recuerdos de Tiberio que pasó aquí los últimos once años de su vida.

Hemos recordado que Augusto en su vejez hizo construir aquí una residencia, atraído por la suavidad del clima, por la brisa tibia y pura que venía de alta mar y por la belleza de un panorama incomparable. Augusto, artista y viejo, buscaba aquí un refugio en que escapar a los fríos mortales del invierno.

Tiberio amaba esta isla, decía Tácito, porque sólo se pri, Suetonio cree que fué allá arrastrado por sus terrores y sus vicios. Buscaba un lugar apartado en que vivir tranquilo, donde no estuviera fácilmente al alcance de una venganza y estuviera lejos de las ambiciones insaciables que lo asediaban en Roma con sus súplicas y buscaba sobre todo un rincón oscuro en que ocultar los escándalos de sus costumbres depravadas

Tiberio amaba esta isla, decía Tácito, porque solo se podía abordar por un lado y por una entrada estrecha; por lo demás, rocas escarpadas, de una altura inmensa a que el arribo de las naves se hacía inaccesible.

En sus **Anales**, Tácito nos hace una descripción rápida y viva de Capri y nos insinúa consideraciones de otro género para explicarnos su salida de Roma. "Tiberio—dice—fué a ocultarse en su vejez en Capri, separada de la punta más avanzada del promontorio de Sorrento por un brazo de mar de tres mil pasos. Esta isla no tiene puerto. Apenas pueden fondear embarcaciones pequeñas y nadie puede abordarla sin que lo vean los guardias. Imagino que estas condiciones influyeron mucho en la resolución de Tiberio. Por lo demás la temperatura de la isla es suave en el invierno, una montaña la defiende de los vientos del Norte, y en el verano el aspecto del poniente, la vista de un mar inmenso y de esa costa tan hermosa antes que la erupción del Vesuvio trastornara su aspecto, hacían de Capri una residencia deliciosa. Dicen que los griegos la habían ocupado. Ahí Tiberio se abandonó por completo a una ociosidad disoluta y maléfica."

"Yo mismo—dice en otra parte—siguiendo al mayor número de los historiadores que han atribuído su retiro a la política de Sejano. Pero como después del suplicio de su favorito, Tiberio vivió todavía seis años más en el mismo retiro, me inclinaré a atribuir este designio al mismo Tibe-

rio, que dejando ver su disolución y su crueldad los quería ocultar. Algunos también han pretendido que las deformidades de la vejez, su gran cuerpo jibado y flaco, su cabeza calva, su cara cubierta de úlceras y con frecuencia de emplastos, le dieron vergüenza al príncipe, a quien ya la soledad de Rodas había inspirado el alejamiento de los hombres y el gusto del libertinaje secreto."

La vida de Tiberio en Capri fué la del más repugnante y grosero sensualismo. Abandonó por completo las atenciones del Gobierno, llevando su abandono hasta el extremo de dejar sin gobernar a la España y a la Siria durante años. Dejó impasible que los Partos ocuparan la Armenia, que los Dacios saquearan la Mesia y los Germanos invadieran las Galias. Tiberio vivió en Capri consagrado al culto repugnante de sus vicios. Suetonio, que no ha vacilado en descender al fondo más inmundo de las sentinas del Imperio, nos dice que sería muy difícil creer y más difícil todavía describir los vergonzosos excesos de Tiberio en su vejez.

La vida de Capri fué para Tiberio una bacanal interminable en que derrochaba los dineros que arrancaban dolorosamente los impuestos a las poblaciones abrumadas del Imperio. Ese río de oro fué un río de vida para Capri.

Hizo construir en la isla once templos de mármol consagrados a los grandes Dioses; edificó villas espléndidas desparramadas por los sitios más pintorescos; casas misteriosas; caminos subterráneos; refugios oscuros, templos del vicio.

Hizo construir un Foro, Termas, el puerto artificial de la Marina. Hizo por todas partes jardines, grandes plantaciones, cubrió la isla de flores, de limoneros y naranjos. Transformó en un jardín inmenso ese montón de rocas.

Fueron esos los tiempos de la riqueza y esplendor de Capri. Los tiempos de la vida alegre en que se oía por

todas partes resonar las panderetas, las canciones, la música animada de las fiestas.

De esa vida loca solo quedan ahora las ruinas, los escombros, las manchas de lodo que han ido a salpicar la historia del Imperio, y en medio de todo eso que es tan triste y vergonzoso nos han quedado también los jardines de Capri, los bosques de limoneros y naranjos.

En los días de primavera la brisa del mar lleva hasta muy lejos el perfume delicado y penetrante de las flores de azahar que vienen de los huertos plantados por Tiberio.

Cuando llegó la hora de la vuelta pasamos otra vez por los caminos que habíamos recorrido en la mañana. Ya la fiesta de la isla había concluído y los grupos pasaban en silencio, con ese aire especial de los que vuelven de una fiesta, con ese aire de cansancio y de tristeza del que ve alejarse una ilusión.

En la **Gran Marina** nos volvemos a embarcar en el vapor y principiamos a navegar al rededor de la isla, que conserva en todo su contorno el mismo aspecto salvaje, hosco y sombrío de los tiempos de Tiberio. Toda la costa es un enorme farellón que se prolonga y que viene a acariciar friamente un mar sin olas, un mar sin orillas y sin ruido.

Siguiendo por el costado Norte de la isla pasamos delante de una enorme caverna en que penetra el mar, es el "**Bovio Marino**", que por un fenómeno análogo al de la **boya del Buey** de Valparaíso tiene mugidos de buey cuando sopla el viento Norte, mugidos que se oyen en el mar hasta una gran distancia.

En la extremidad de la isla asoman en el mar grandes picachos, un grupo de rocas enormes aisladas, los **Faraglioni** —los farellones. Cuando el viento pasa con fuerza entre esas rocas se siente un ruido extraño que parece un la-

mento, un largo quejido que despierta entre la gente de mar un temor supersticioso; es para ellos un grito de mal agüero.

En todo el contorno de la isla hay a poca profundidad grandes bancos de coral, de ese coral pálido y fino que se estima con los precios más altos del mercado.

La costa opuesta de la isla, el lado Sur, conserva el mismo aspecto agrio y triste, la misma uniformidad monótona que viene a interrumpir una quebrada estrecha, profunda, sombría en que se abre la ensenada de la "**Pequeña Marina**".

Esa costa es todavía más agreste y escarpada que la del lado Norte de la isla. Por encima de los altos farellos se levanta el **Monte Solaro**, la cumbre más alta que se eleva a 600 metros sobre el mar.

Al pie del Monte Solaro está la "Gruta Verde", en que todo tiene una coloración brillante de esmeralda. Ese cambio de luz no produce un efecto tan transformador y sorprendente como la coloración azul de la otra Gruta. En la Gruta Verde la luz penetra bruscamente al interior por una gran abertura. Con el descenso de la isla, el lago interior se hará más hondo, la entrada más estrecha, la luz tendrá que atravesar una masa de agua que producirá efectos de refracción, ¿cuál será entonces la coloración de la Gruta?

Y después, cuando siguiendo el hundimiento de Capri, todas esas grutas maravillosas irán desapareciendo bajo el mar; cuando la isla no sea más que ruinas en medio de jardines, todavía seguirá flotando sobre todo esto la sombra y el recuerdo de Tiberio. Capri es el pilori en que el tirano ha sido expuesto a una vergüenza eterna. El Senado de Roma en una hora de execración rabiosa quiso borrar el recuerdo de Tiberio, hacer desaparecer todas sus

huellas, pero un espíritu de justicia más elevado y más sereno ha dejado su recuerdo encadenado a estas rocas.

Caía ya la tarde. El sol poniente bañaba la isla, y esa masa oscura, sombria y misteriosa que habíamos visto en la mañana, se principiaba a transformar y apareció teñida en un color de rosa suave y delicado, que hacía contraste con el azul intenso de las olas. Esa hora del crepúsculo es para Capri una hora de transfiguración y de belleza fugitiva, que hace recordar esa belleza efímera de las fisonomías desgraciadas que se transfiguran cuando las alumbra una llamarada de pasión.

En esos momentos Capri era hermosa envuelta en el velo rosado del crepúsculo.

Vamos navegando en uno de esos pequeños vapores de dos ruedas, que se ven ahora solamente en las viejas pinturas y en los ríos. Sentimos la influencia adormecedora del monótono balance del vapor.

Un acordeón tocaba a bordo aires napolitanos. La música en el mar produce siempre una emoción extraña, de una melancolía infinita. Y esa música de una cadenciosa melancolía, de una indecible y suave languidez, que se va apagando como un murmullo, lentamente, para volver a resonar en un brusco y apasionado **ritornello**; esa música de la canción napolitana se armonizaba tan hondamente con las emociones de aquel día, que ahora me basta oír algunas del **Sole Mio!** para que vuelva a ver surgir en mi memoria el mar de Nápoles, la isla de las grutas misteriosas y el crepúsculo de esa tarde que extendía una sombra tranquila y hacía aparecer transfigurada y tan hermosa la isla lejana sobre el mar azul.

EXCURSION A POMPEYA

Diciembre 29 de 1912.

Salimos de Nápoles en el ferrocarril eléctrico que alcanza hasta Sorrento. Es un camino de 25 kilómetros de largo, y en este momento es el más largo de los ferrocarriles que la electricidad mueve en Italia. Nos llama la atención encontrar en las pequeñas estaciones del trayecto máquinas caldeadas a vapor.

“Es una precaución necesaria—nos dijo un compañero de viaje—suele haber interrupciones en la línea”. A la vuelta pudimos apreciar esa prudencia previsora. Tuvi-
mos que hacer con máquina a vapor todo el camino.

La línea va tendida por esas pintorescas faldas del Vesubio en que por todas partes se ven desparramadas las pequeñas aldeas y los grandes bosques. Esos campos—como todos los que han bañado los volcanes con su lava—son de una feracidad extraordinaria y de una páfida belleza. Ahí crecen las viñas, los olivos, los naranjos, los pinos de ramas extendidas y una variedad enorme de legumbres, y ahí también en esos valles pintorescos va por el aire la fiebre de los pantanos, la **malaria**, que hacía huír

en otro tiempo de estas tierras tan hermosas, precisamente cuando la naturaleza parecía empeñarse en hacerlas más amables, las cubría con sus flores y envolvía en sus perfumes.

En todo el camino vamos encontrando la variedad de paisajes de una accidentada tierra de montañas, en que contrastan las colinas ondeantes, bañadas de luz y las quebradas abruptas y sombrías.

En uno de esos rincones oscuros divisamos a lo lejos la **Torre del Greco**. Ahí, en medio de ese paisaje desolado está la casa en que vivió Leopardi. Ahí murió loco. El genio sombrío del poeta no pudo resignarse a contemplar en la impotencia la humillación y la decadencia de su patria. Hay circunstancias de la vida en que la locura es la suprema expresión de la vergüenza.

En ese rincón oscuro fué a esconderse el poeta, **col viso coperto d'humiltá**, con la cara cubierta de vergüenza. Ahí está la casa de Leopardi en que piadosamente se conservan todos sus muebles, todos sus recuerdos. Ahí escribió sus versos más desolados, esos cantos a Italia en que resuena el lamento más desgarrador que ha exhalado el alma de un patriota. Pobre Leopardi; Creyó que su hermosa Italia había muerto para siempre y lloró sobre ella, como Romeo lloró sobre el cuerpo de Julieta cuando él también creyó que estaba muerta.

Las distracciones del viaje vienen luego a cubrir esos recuerdos. Llegamos a la **Torre de l'Annunziata**. Vamos caminando por "la tierra ardiente". Esta aldea de l'Annunziata ha sido quemada once veces por las erupciones del Vesuvio, y con una obstinación encantadora once veces se ha vuelto a levantar alegremente.

Al lado de esa pequeña población coqueta y risueña encontramos algo extraordinario, lleno de sugestiones de una misteriosa vaguedad.

Encontramos a un lado del camino un cementerio y una iglesia. Es un cementerio de aldea, con sus cruces blancas, sus lápidas rodeadas por una reja, sus ramos de flores secas, su aire de pobreza y de abandono. La Iglesia es una capilla vieja, encorvada, aplastada, con un campanario nuevo, esbelto, alegre, que se yergue con un aire de arrogancia juvenil.

Delante de la plazoleta de la Iglesia pasa un camino hundido, y al borde de ese camino, frente al cementerio y la capilla se detuvo bruscamente el torrente de lava de la erupción de 1906.

Ese torrente tiene más de media cuadra de ancho, y se presenta como una masa negra, monstruosa, formando oleajes; se levanta ligeramente en los costados. Tiene el aspecto horrible de una manada de fieras que van atropellándose.

Al lado del camino esa masa de lava se presenta como una muralla oscura, lustrosa, cortada a pico, de muchos metros de altura.

¿Por qué se ha detenido ese torrente que rodaba desenfrenado, empujado por el peso mismo de la masa enorme? ¿Por qué se ha detenido al borde del camino hundido delante del cementerio y la capilla de la aldea? Buscamos desconcertados en los detalles del terreno una explicación que no encontramos.

La pequeña estación de la Annunziata dista ya muy poco de Pompeya. Luego llegamos a la ciudad que en parte han exhumado las pacientes excavaciones de dos siglos y que se calcula que sólo en 400 años más podrá quedar completamente descubierta.

Es muy conocida la dramática historia de Pompeya enterrada viva por una de las erupciones del Vesuvio. En medio de toda su desgracia tuvo la fortuna de que Plinio,

el joven, presenciara su catástrofe y nos transmitiera los detalles de la horrible historia.

La ciudad alegre y suntuosa ya se había levantado de entre las ruinas a que diez y seis años antes la había reducido un terremoto. Ya había olvidado la catástrofe de que se levantaba embellecida y renovada la vieja población. Había renacido la seguridad y la confianza cuando en medio del verano del año 79 se sintieron ligeros temblores en el suelo, estremecimientos del mar, ruidos subterráneos, que no despertaron grandes inquietudes en esa tierra de volcanes.

Todo estaba tranquilo y seguía el curso ordinario de la vida, cuando el 23 de Agosto, a eso de la una de la tarde, apareció bruscamente una inmensa columna de humo que parecía salir de la cima del Vesuvio. Era una columna de dos a tres mil metros.

Esa masa de humo espeso, se elevaba, se extendía, a veces blanca, a veces salpicada de manchas negras. De repente la nube pareció caer aplastada, como si la arrastrara su propio peso.

En la tarde se hicieron más fuertes los temblores que se habían ido acentuando todo el día.

Al día siguiente, a las 7 de la mañana amaneció el día pálido y dudoso. El temor y la inquietud se despertaron en toda la región. Principió la fuga. En esas horas inconscientes, como dice Plinio, los habitantes de la ciudad salían al campo huyendo del peligro y los habitantes de los campos iban a la ciudad en busca de un refugio.

El espectáculo se hacía, a cada instante, más amenazador y más siniestro. El mar se retiraba de la orilla y por el lado de la montaña se extendía una nube negra, horrible, surcada por rasgos de fuego, por relámpagos "más frecuentes que los de una tempestad y que prolongan más lejos llamaradas más grandes." La nube negra baja, cu-

bre la tierra y el mar. En medio de las tinieblas, de una profunda oscuridad principia a caer la ceniza, suavemente, como el roce de una pluma. Se ve un resplandor, una llamada de incendio, que avanza ligero y se detiene bruscamente, "lejos de nosotros", dice Plinio.

El día avanzaba; volvió la oscuridad; principió a caer de nuevo una lluvia de ceniza, más pesada que la ceniza ordinaria. Cayó sobre toda la región, llegó hasta Roma. La lluvia de ceniza se suspende y aparece el sol, un sol pálido, velado, y luego una lluvia torrencial. En algunas, como en Pompeya, esa lluvia había sido de agua, de cenizas, de piedra pomez y de escorias; en otras, como en Herculano, había sido de agua y ceniza que formaban un lodo espeso, una "lava babosa" como dicen los napolitanos.

Pasó la horrible tragedia y quedó cubierta Pompeya con una capa de piedra pomez de 2 metros de espesor y una capa de cenizas de cerca de 3 metros. Un silencio profundo envuelve los restos de la ciudad sepultada. Después vino el abandono y cayó el olvido.

Nuevas erupciones rodaron otra vez sobre esas ruinas y fué subiendo la capa de cenizas. Pasaron los años, pasaron los siglos y ya el recuerdo de la ciudad había desaparecido sin vestigios: solo quedaba su nombre y su tragedia. Nadie sabía donde estaban sepultadas las ruinas de la ciudad alegre en ese valle pintoresco y risueño.

Habían pasado ya más de mil quinientos años,—en 1592—cuando un arquitecto, Fontana, construyendo un canal para llevar agua del Sarno a la Annunziata, atravesó Pompeya sin saberlo: pasó por el Foro, el templo de Venus, encontró una inscripción de la "Venus Pompeiana", y sin embargo no se dió cuenta de su hallazgo y siguió de largo cavando su canal.

Pasó todavía un siglo entero. En 1689, Marconi en-

contró en esa región un fragmento de mármol en que se leía **Pompei**, creyó que era parte de la inscripción de un monumento al gran Pompeyo y siguió desdeñosamente su camino.

En 1748 la azada de un campesino encontró en un campo una figura de bronce y un pequeño trípode. Eran obras de un trabajo tan fino y delicado que llamaron vivamente la atención de los artistas. El gobierno español, que gobernaba en Nápoles entonces, mandó a hacer excavaciones en el sitio en que se habían encontrado aquellas obras. Se hicieron nuevos hallazgos y las excavaciones desde entonces continuaron y siguieron descubriendo nuevas obras de arte que mantenían la curiosidad y el interés.

Sólo en 1756 asomó por primera vez la idea de que aquellas ruinas misteriosas pudieran ser las ruinas de Pompeya, pero solo en 1763, las inscripciones hicieron desaparecer todas las dudas y se principió a descorrer el velo que durante cerca de dos mil años había ocultado la ciudad.

Desde entonces las excavaciones han continuado a pesar de los peligros que varias veces las han interrumpido. Los gases envenenados, que los italianos llaman **Mofeta**, son los que obligan a suspender esos trabajos. Ahora mismo, en las partes bajas de Pompeya, en el barrio del teatro y del templo de Isis, es peligrosos acostarse por el ácido carbónico que ahí se arrastra al nivel del pavimento. Los alcantarillados de Pompeya no han podido ser explorados todavía, a pesar de que ahí se espera encontrar objetos arrastrados por el espeso torrente de lluvias y cenizas. El desprendimiento de los gases hace retroceder a los obreros, a pesar de todos los recursos de que ahora podemos disponer.

Los gobiernos, que sucesivamente han dominado so-

bre Nápoles, españoles, franceses, italianos, han continuado las tentadoras excavaciones de Pompeya. Al principio de una manera desordenada, al acaso, siguiendo las inspiraciones del capricho: solo se trataba de encontrar objetos de arte que llevar a los museos. Después se ha procedido de una manera sistemática, tratando de descubrir la ciudad misma y sorprender el secreto de su vida.

Después de cerca de dos siglos de trabajo ya tenemos casi la mitad de la ciudad desenterrada.

Una pequeña estación—que es más propiamente un paradero—nos deja delante de las excavaciones de Pompeya.

La primera impresión que recibimos abrazando con la vista el escenario es una impresión indefinible, única, y extraña, de que a pesar de la fotografía y los grabados la imaginación no ha podido darnos cuenta.

En medio de un paisaje alegre, risueño, en que reboza la vida, vemos algo informe, que parece el espectro de ciudad muerta.

Vemos calles estrechas, cortas, que se entrecruzan de una manera desordenada y caprichosa; con sus veredas en alto, cubiertas algunas con mosaicos de mármol y sus calzadas con un pavimento de grandes baldosas de piedra. De cuando en cuando, en medio de la calzada, bloques de piedra que llegan hasta el nivel de las veredas y sirven como puentes, para hacer fácil y cómodo el pasaje. Esos pequeños puentes permiten traficar a los carros, cuyas ruedas pasan a los lados de las grandes piedras. Donde las calles se entrecruzan vemos pequeñas fuentes en el centro.

A lo largo de esas calles, grandes trozos de murallas en que se abren las entradas de las casas y las puertas de las tiendas, las ventas y tabernas que se suceden en una cadena desordenada, interminable.

Y en esa ciudad desierta y silenciosa, con ese silencio extraño de las grandes soledades, todo está vacío. Desde la altura en que estamos se ven las casas sin techo, a cielo abierto, destapadas, dejando ver todo su interior, hasta el pavimento de sus pisos. Hay en esa soledad y ese silencio algo profundamente lúgubre. Esas casas producen la impresión de ataúdes, vacíos y abandonados, cuyas tristezas hace resaltar más la belleza alegre del paisaje que rodea la ciudad de los trágicos recuerdos.

Entramos por "la Puerta de la Marina", abierta en las murallas que encerraban la primitiva población. Son murallas tan gruesas que hacen el efecto de un pasaje abovedado.

Una corta y suave pendiente nos lleva al edificio del **Museo**. Es una construcción moderna, que tiene todo el aire de una barraca improvisada.

En las tres salas del Museo se exhibe una cantidad de pequeños objetos encontrados en las excavaciones. Para nosotros todos esos objetos se confunden con los que hemos visto en los Museos de Nápoles y Roma. Lo que encontramos de completamente nuevo y nos llama vivamente la atención son figuras humanas, cadáveres desnudos que se exhiben en grandes cajas de vidrio. Esas figuras son vaciadas en moldes que la naturaleza misma ha tomado en los cadáveres y que procedimientos ingeniosos nos han permitido conservar.

La historia de esos moldes ha nacido de una curiosa y sencilla observación.

Cuando se enfrían las cenizas húmedas, que han sido fuertemente comprimidas, conservan como un molde los contornos de los objetos que cubrían. Con la descomposición las formas se pierden, los cadáveres desaparecen, pero queda el molde que se puede rellenar con yeso.

Fiorelli tuvo la ingeniosa idea de aprovechar esos

moldes y con su procedimiento, los habitantes de Pompeya, ahogados debajo de las cenizas aparecen ahora con sus trajes, su actitud y última expresión.

El procedimiento no se aplica solamente a los cadáveres sino también a todos los objetos que se descomponen lentamente y dan tiempo para que se consolide la capa de ceniza y tome la dureza necesaria para un molde.

Así los pilares, las molduras, los muebles y todos los objetos de madera han podido ser reproducidos y revelarnos detalles desconocidos de la vida de Pompeya.

En las excavaciones de una callejuela encontraron los trabajadores una cavidad en cuyo fondo se divisaban osamentas. Fiorelli detuvo el trabajo; hizo rellenar con yeso aquella cavidad; la dejó endurecer; después se desprendió con precauciones delicadas la costra de ceniza que envolvía el yeso y se vió el vaciado de cuatro cadáveres tan rigurosamente exactos como moldes sacados en estatuas.

Un hombre, una mujer y dos niños habían sido fulminados cuando huían y reposaban sobre la capa de piedra pomez que llenaba la calle. Parecían haber muerto asfixiados por alguna columna de gases sulfurosos o de ácido carbónico. La muerte debió ser súbita; la ceniza húmeda cubrió sus cadáveres y modeló sus contornos.

En ese Museo vimos el amoldado de un cadáver que ha sido descrito por Beulé con la atención escrupulosa de un arqueólogo y que nos descubre detalles de indumentaria de que solo encontramos vagos indicios en la historia.

Es un cadáver de mujer. "Ha caído de espaldas—dice Beulé—aunque no vemos muy claramente sus facciones se reconoce que ha sufrido y que ha muerto sofocada. Su cara busca el aire y su cabeza parece levantarse. La mano derecha crispada se aferra al suelo, el brazo izquierdo parece defenderse de un enemigo invisible; todo revela la

sofocación. La trenza rodea su cabeza como una corona. El pecho se ve aplastado como en una persona que ha caído de espaldas y cuyos senos han sido comprimidos por una capa de cenizas que ha ido aumentando su peso gradualmente. Para huír, esa mujer se había levantado los vestidos, haciendo un rollo sobre la cintura, lo que abultaba sus caderas. Los muslos están cubiertos con un género fino que tiene todo el corte de un calzón. El traje antiguo era tan transparente en las mujeres y estaba tan sujeto a los accidentes de la vida al aire libre, que el calzón o algo equivalente, era necesario para no comprometer el pudor a cada paso. La escultura no ha tomado en cuenta ese calzón que desaparecía debajo de los trajes. Sin embargo en la columna de Trajano se veía que los soldados romanos los usaban debajo de sus túnicas. En Pompeya se ve que las mujeres del pueblo y los esclavos también lo llevaban bajo el traje.”

“Para seguir en la descripción de nuestra pompeyana agregaremos que era alta, elegante; que su pierna izquierda muy bien conservada por el molde, es de una morbidez encantadora, el pie es de una curva y de líneas admirables. Para andar sobre las piedras del camino había elegido borceguies de una suela gruesa. Lleva en el dedo un anillo de plata. Cerca de ella se encontraron aros, un espejo de plata, una estatuita de ambar que representa un amorcillo. Ese amorcillo envuelto en un manto, su peinado con crespos sobre la frente, ese bagaje tan singularmente elegido en una hora de peligro, la vecindad de un lupanar, hacen suponer que esa mujer hermosa, coqueta y que vivía en un barrio de tan mala fama era una cortesana.”

El drama más conmovedor que nos descubren esos moldes es el de dos hermanas, que huían juntas y han caído asfixiadas las dos juntas. La mayor ha caído recos-

tada sobre un lado. Tenía un anillo de fierro, que atestiguaba su pobreza. También se pueden reconocer sobre sus muslos calzones finos, que contrastan con el género ordinario de su traje, en parte roto, y que descubre contornos mórbidos y firmes. La otra ha caído de frente y cruza sus brazos sobre la cara. Una mano tiene un pañuelo apretado sobre la boca, para no respirar el aire que la asfixia. Los pies han quedado enredados entre los pliegues de su túnica. La gracia ingénua, la gracia naciente, de ese cuerpo de muchacha, la actitud desesperada, la expresión de angustia, nos dejan ver en esos moldes un drama de emoción profunda y tierna.

Se han conservado también algunos animales, entre ellos un perro que está aullando en una actitud tan expresiva que creemos oír sus alaridos.

Una observación curiosa es que se han encontrado en esas ruinas restos de todos los animales domésticos con una única excepción: no se ha encontrado en toda Pompeya un solo gato, ni un solo esqueleto ni una huella de ese cauteloso y tímido felino.

Saliendo del Museo nos dirigimos al Foro en que se desarrollaba en otro tiempo toda la vida de Pompeya: su vida comercial y su vida política. Ahora el escenario está vacío, solo vemos un ancho espacio de más de una cuadra de extensión en que aparecen los restos de dos filas de columnas de mármol; muy pocas están en pie, casi todas han caído destrozadas. Delante de las columnas hay todavía 22 pedestales para estatuas; bajas, cuadradas; en algunas se pueden leer los nombres de los personajes a que estaban destinadas.

Esas columnas altas, elegantes, con sus hermosos chapiteles, que todavía se levantan aisladas sobre un suntuoso pavimento en medio de esas ruinas dejan cierta impresión de grandeza y majestad.

En el Museo de Nápoles vemos un cuadro que representa un rincón del foro de Pompeya cuando estaba lleno de vida y movimiento. En los primeros planos aparecen vendedores de telas y de adornos y de algunas hermosas y elegantes compradoras. Más allá un zapatero ensaya calzado a otras mujeres. Al lado un viejo, calvo, tiene sobre una mesa su quincallería. En el fondo se ven hombres apoyados en las columnas que miran, charlan y comentan. A otro lado un calderero golpea con una varillita sus vasos de cobre para que se sienta la sonoridad del metal sin rasgaduras. Cerca hay un vendedor de bebidas calientes, que tiene su marmita sobre un brasero y saca la bebida con un jarro suspendido en la extremidad de una varilla.

La escena es de una singular animación y de un colorido vivo, y nos da idea de ese comercio de las elegancias femeninas en uno de los rincones del Foro.

En el fondo de ese gran espacio, ahora desierto y silencioso, se elevan sobre una ancha plataforma las columnas del templo de Júpiter. Ese templo quedó en ruinas después del terremoto y no había sido reconstruido todavía cuando sobrevino la catástrofe. Subiendo una escalinata de 15 gradas se llega a la plataforma en que nos muestran grandes aberturas que dejan ver el subterráneo del **Tesoro**, en que se depositaban los caudales públicos que acumulaba la ciudad.

Hay en la vecindad del Foro otros dos templos consagrados a Apolo y a Mercurio, cerca están también los templos de Isis y de Venus, mostrando la elegante indiferencia con que los pompeyanos adoraban los dioses de Roma y los de Grecia.

Hay en Pompeya muchos templos, pero como vamos a ver en las decoraciones murales, el culto religioso ha olvidado el sentido grave y profundo de los viejos mitos

y solo ve en ellos la graciosa expresión del sentimiento humano. Los símbolos pierden su sentido abstracto y misterioso, las diosas descienden de las elevadas regiones del ideal, en que todo se purifica y ennoblece, a las regiones de la vida humana. Las diosas se han ido y solo nos han quedado las mujeres, las figuras graciosas que las representaban en el poético culto de los griegos.

Saliendo del Foro vamos por la calle de la Abundancia a la calle de los Teatros.

En esa calle de la **Abundancia** se ha descubierto después de nuestro viaje el famoso "Efebo de Pompeya", atribuido a Phidias, por distinguidos arqueólogos romanos.

Es la reproducción de una obra maestra de la gran época griega, vaciada en bronce para adornar los jardines o el atrio de un palacio, como vemos ahora reproducir las obras de Miguel Angel, de Varrocchio o Donatello.

"Esta estatua pompeyana—leemos en la **Tribuna**—nos traslada al ciclo del arte de Phidias. Una hipótesis se presenta que permitiría identificar esta estatua con la del joven de una belleza extraordinaria que la tradición nos evoca como la del vencedor en la lucha de los efebos del año 436 antes de Jesucristo. La forma perfecta del cuerpo, la actitud elástica de los miembros maravillosamente bien formados, el gesto elegante que parece ofrecer algo y dar las gracias a alguien, todo eso parece confirmar esa conjetura.

El Efebo de Pompeya hace en efecto el gesto del que ofrece algo con el brazo derecho medio extendido. Sin duda un don votivo que ofrecía a una divinidad después de su victoria: una rama de laurel o una copa. La forma de la mano apenas abierta parece confirmar esa actitud."

Ese Efebo revela el espíritu y el arte de un gran maestro.

Había dos grandes teatros en Pompeya. El mayor es el "teatro descubierto", fundado antes de la época romana y reconstruido después del terremoto con las dádivas generosas de un Halavinus. Es un edificio de piedra, construido en graderías, a cielo abierto, como los teatros antiguos y que podía cómodamente contener cinco mil espectadores.

En el centro de ese vasto edificio está el escenario, en que representan los actores; delante se colocaban los músicos, detrás se levantaba la muralla con tres puertas, decorada con estatuas, que servía como telón de fondo a todas las tragedias de ese teatro antiguo.

Muy cerca está el "Teatro Cubierto", más pequeño, construido también en gradería y cerrado con una bóveda soberbia que le dió su nombre. Probablemente estaba destinado para los conciertos musicales. Era más cómodo y lujoso que el gran teatro, pero de una construcción ligera. Podía contener poco más de mil espectadores.

Los espectáculos teatrales debían ser muy frequentados en esa ciudad de lujo y de placer, pero era también Pompeya una población de comerciantes, que necesita representaciones alegres y bufonas, que distraigan de las preocupaciones inquietas del negocio. Ahí se representaban las tragedias de los griegos, las comedias de los romanos, y ahí se inventó un género nuevo, un género de sátira picante, en que se representaban escenas familiares y aparecían personajes reales. Era una alegre parodia de la vida, en que se improvisaban los diálogos salpicados de alusiones a los incidentes del día. Toda la chismografía de la ciudad subía alegremente al escenario. Esas escenas vivas, en que personajes reales hablaban su lenguaje propio, en que todo se envolvía en un ridículo picante y ligero eran los famosos **Atellanos** de Pompeya, género espiritual y peligroso que pasa rozando a la crítica mordaz, y

que solo puede manejar impunemente un espíritu muy culto y delicado.

Por eso en Pompeya la representación de esos **Ate-llanos** estaba reservada a la juventud patricia y severamente prohibida a los actores de profesión. Así pudo evitarse que la broma inocente pudiera caer en una maligna y grosera bufonada. Uno de los personajes de esos pica-rezcós y alegres **Atellanos** es el conocido Pulzinella que figura todavía en las fiestas del Carnaval.

En esa misma calle de la Abundancia visitamos las **Termas**, que en la vida antigua hacían el papel de nuestros clubs. Nos encontramos delante de un gran patio rodeado de una ancha galería. A la derecha de ese patio están los baños de los hombres. Entramos en una sala suntuosamente decorada. En las paredes hay pequeños nichos para dejar los vestidos. La bóveda de la sala, que todavía se conserva, es de una curva suave y está adornada con guirnaldas de flores y hermosas figuras de relieve.

A cierta altura en las murallas laterales hay una **pasare-lla** por donde se puede ver dentro de la sala, en que todo es una riqueza extraordinaria.

Después vamos a visitar los baños tibios, el **tepidarium**. El pavimento y las murallas de la sala son hechos para que pueda en ellas circular aire caliente.

Más adentro, en el fondo del patio está el departamento reservado a las mujeres. La puerta se abre en una antesala, por donde se entra al vestíbulo, que es una gran pieza rodeada de nichos en que se dejan los vestidos. Siguiendo las salas de baño.

En la otra ala del edificio hay baños pequeños, salas de toilette y piezas reservadas.

En ese gran patio, frente de la entrada, hay una elegante y ligera estatua de Mercurio. Detrás del edificio,

que hemos recorrido, está la gran piscina en que hombres y mujeres se bañaban juntos.

Esas termas suntuosas, cubiertas de mármol, con sus bóvedas excepcionalmente adornadas con estucos y sus pisos de mosaico con sus salas para masajes y fricciones, parece estrecho para una población como Pompeya.

Hay en el fondo de esas termas una pieza que nos hace sonreír. Es una pieza que servía al mismo tiempo de templo y de botica, en que el alma y el cuerpo se curaban.

Al lado de las termas estaba el **Lupanar**, en que, por el contrario, el alma y el cuerpo se perdían.

A la izquierda del patio nos muestran dos piezas con pinturas hermosas pero obscenas. Se ven mujeres desnudas, cuyos cabellos se enrollan sobre la frente de una manera extraña; son las mismas que vendían sus favores a muy bajo precio en esos mismos cuartos de los dibujos lascivos y las inscripciones groseras. La belleza del arte no hace olvidar el impudor.

Las pequeñas salas y los retratos oscuros parecen maliciosamente revelarnos los secretos del libertinaje fabuloso de Pompeya. Ya a la entrada hemos visto dos serpientes enlazadas, con esta equívoca inscripción: **"Otiosis locus hic non est, discede morator"**. Aquí no tienen nada que hacer los bobos, anda de prisa!

Y cerca, leemos en la pared esta otra inscripción: **"Candida me docuit nigras cdiare puellas"**, Una muchacha blanca me enseñó a odiar a las negras. Un burlón ha escrito más abajo: **Odiaris sed iteris—Scripsi: Venus Physica Pompeiana**—Las odias pero vuelves! Firmado: Venus Física Pompeyana."

Los fundadores de Pompeya habían traído del oriente el culto de esa Venus que fué la diosa tutelar de la ciudad y que tenía en ese Lupanar su oscura cripta.

En la esquina del Lupanar llama la atención una

casa de dos pisos con balcón corrido en todo su contorno. Es la única casa que se ha podido conservar en esas condiciones y tiene todo el aspecto de las que se edificaban en los puertos de las antiguas colonias españolas: pisos muy bajos, tiendas oscuras a la calle, ventanas con rejas de hierro y balcón suspendido sobre la vereda.

La distribución del plano de esa casa es también excepcional y rompe la uniformidad monótona con que reproducen el mismo modelo todas las casas de Pompeya. Todas fueron construídas casi al mismo tiempo, en el corto espacio de los quince años que mediaron entre el terremoto y la erupción; fueron edificadas por los mismos arquitectos y los mismos operarios, para satisfacer los mismos hábitos y necesidades de la vida.

Eran casas para una rica burguesía que busca siempre el brillo y la pompa; para una burguesía de comerciantes que sienten la necesidad de hacer alarde y ostentación de su fortuna.

Esas casas estaban, por otra parte, calculadas para servir de habitación a una familia solamente. Esa vida aislada, independiente, en una casa propia, era una de las condiciones primordiales del hogar antiguo. En Pompeya, en cada casa vivía sólo una familia y lo más lejos posible de la calle.

Las casas eran construcciones ligeras. Murallas de mortero, que se apoyaban en los ángulos en columnas de piedra o de ladrillo. Todo el frente de la casa se entregaba al comercio o lo cerraba una muralla sin ventanas.

En la mitad del frente de la casa se abría la entrada, cerrada por una reja o una enorme puerta de madera. Un largo zaguán llena el primer patio. En el zaguán está el cuarto del portero y a veces una tienda, en que el mismo portero o los esclavos vendían los productos del dueño de la casa.

El primer patio; el **Atrium**—estaba rodeado de una galería cubierta y tenía en el centro una cisterna para recoger las aguas de las lluvias. En las dos alas de ese patio se abrían pequeños dormitorios y en el fondo una gran sala abierta para el patio, en que se recibía a los clientes y trataban los negocios.

El segundo patio—exclusivamente reservado para la vida de familia—estaba rodeado de anchos corredores. El centro del patio era un jardín, algunos árboles y muchas flores. Al rededor de esa ancha galería se abren dormitorios, el salón, el comedor. Los subterráneos servían de despensa, y en el segundo piso de la casa de que ya no quedan huellas tenía sus habitaciones la servidumbre. De ese piso alto sólo quedan como recuerdo las escaleras de piedra o de mortero.

Entre las columnas de esa galería del segundo patio encontramos figuras extrañas destinadas a ahuyentar los espíritus maléficos. Nos hacen recordar esas figuras grotescas y bufonas que todavía encontramos como adornos de las Catedrales medio-evales.

Todas las piezas, sobre todo los dormitorios son pequeños. Entonces se vivía al aire libre, en la calle, en los negocios, en las Termas, en el Teatro o en el Foro. En la casa misma pasaba el día la familia en esa galería, en el jardín, entre las flores y los árboles del patio.

Ese clima suave y una vida aislada habían creado las condiciones de la arquitectura especial de aquellas casas, en cuya ornamentación necesariamente se iba a reflejar el gusto fastuoso de una rica y alegre población, que experimentaba la necesidad de los advenedizos, que para estar ciertos de su riqueza improvisada necesitan sentir constantemente las fruiciones del lujo y la fortuna.

Los rasgos que dominan la vida de Pompeya, esa vida de placer y de negocios se reflejan con una viva clari-

dad en esas casas que abandonan sus fachadas al comercio y decoran con esplendor sus interiores; se siente en los colores vivos que se destacan sobre un fondo rojo, negro o amarillo que daba más relieve a esas pinturas de una vida alegre y voluptuosa.

En esas decoraciones los artistas han ido a buscar los últimos reflejos del arte de los griegos que ya se hundía entre las sombras de una irreparable decadencia.

Desde el primer momento el examen de esas pinturas ha venido a revelarnos un hecho inesperado: el sentimiento religioso en que vivía envuelta esa ciudad de los placeres.

De las 1,968 pinturas de Pompeya que Helbig hace figurar en su catálogo, más de 1,400 son cuadros religiosos, son escenas mitológicas. Toda la vida se desarrollaba en los interiores de esas casas teniendo siempre a la vista escenas y recuerdos religiosos.

Desde esas indelebles y vivas impresiones de la infancia, toda la vida se desarrollaba en esa atmósfera saturada con la visión constante de las leyendas paganas.

Los viejos mitos que han perdido su hondo significado moral sólo conservan la belleza insuperable de las formas que les servían de expresión. Esas poéticas escenas bajan del terreno ideal del simbolismo al terreno de las más hermosas realidades de la vida; las diosas son mujeres de una belleza seductora.

Naturalmente ese mundo elegante y frívolo prefiere en esas escenas mitológicas las escenas de amor y las escenas voluptuosas. Con esas decoraciones sólo quiere embellecer su casa y su vida con los encantos del arte.

En los cuadros de costumbres podemos sorprender detalles de la vida de aquel tiempo, las luchas del Circo, las ventas del Foro, el posadero, el vendedor de pescado.

Hay a veces en esas pinturas una ironía risueña y poé-

tica, en que la vida real envuelve sus crudezas en el simbolismo delicado de los griegos.

Tenemos a la vista la copia de uno de esos cuadros.

Es la conocida "Vendedora de Amores", una de las pinturas más elegantes y graciosas de Pompeya, en que llama la atención la perspectiva de ordinario tan descuidada en esos cuadros. Representa una vieja vendedora que ha sacado de su jaula a un amorcillo, y tomándolo por las alas se lo muestra a una joven patricia que ha venido acompañada de una esclava. La joven está sentada, la esclava de pie se apoya sobre su hombro con esa familiaridad respetuosa que autorizaba la costumbre. La joven mira con curiosidad el amorcillo que le ofrece la vieja tentadora, que tiende alegremente las manos a la joven compradora. La pintura es de suave colorido, pero todo se destaca artísticamente sobre el fondo oscuro de la cortina de la alcoba.

Un vendedor de vino ha hecho pintar sobre su puerta un cuadro que representa a Ulises rechazando los perfidos brevajes que le ofrece Circe.

Para los artistas ha sido una curiosa cuestión determinar quiénes fueron los que decoraron esas casas y a qué escuela pertenecían los pintores.

Todas esas decoraciones fueron hechas en el corto espacio de quince años—entre el terremoto y la erupción.—Tenían, pues, que trabajar con una rapidez extraordinaria que no daba tiempo para una producción original; y por otra parte los que iban a vivir en esas casas querían naturalmente ver en sus murallas reproducidas las pinturas que más les atraían. La rapidez de la ejecución, el menor precio, el gusto de los propietarios y de la época, hacían preferir la reproducción de pinturas conocidas a cuadros originales de una belleza aventurada.

Era, pues, natural que casi todas esas pinturas fueran

copias de originales que a veces hemos logrado descubrir.

La **Io** vigilada por Argos y libertada por Mercurio, reproducida seis o siete veces en las decoraciones de Pompeya, hace pocos años fué casualmente encontrada en una muralla de la casa de Livia en el palacio de los Césares. Ahí estaba el original desconocido de esa pintura de Pompeya.

El cuadro de Orfeo rodeado de animales feroces que escuchan con arrobamiento sus canciones, es la reproducción de una pintura de un cementerio cristiano de Roma en que vemos la figura grave y dulce del Buen Pastor rodeado de corderillos que parecen escucharlo y comprender sus palabras. Las transformaciones de las figuras religiosas son frecuentes y recíprocas. En la gran Basílica romana la figura de San Pedro cuyos piés besan los cristianos, fué la estatua en otro tiempo de un Júpiter pagano.

Casi todas las pinturas que sirvieron de modelo a las decoraciones de Pompeya han desaparecido, sólo quedan esas copias conservadas por la erupción del Vesuvio. Eso es todo lo que queda de ese período perdido en la historia del arte. Pompeya nos ha guardado en su tumba ese recuerdo.

No sabemos tampoco quiénes fueron los pintores desconocidos de esos cuadros. Parecen griegos, porque es el arte de la escuela de Alejandría lo que domina en la ejecución de esas pinturas, y sobre todo porque los temas son griegos. Sólo se han encontrado cinco o seis cuyos asuntos han sido sacados de la Eneida, y todavía una de esas pinturas es una caricatura que representa un gran mono de cola larga, con casco y coraza, que lleva un mono viejo sobre sus espaldas y le da la mano a un monito chico.

Es Eneas saliendo de Troya con su padre y su hijo.

Sin embargo la Eneida era en ese tiempo popular, sus versos se repetían en todas partes de memoria y en ese poema mismo hay constantes reminiscencias de la Grecia.

A estas consideraciones tal vez podamos agregar una inducción que para nosotros se desprende de las pinturas mismas de Pompeya.

Ha reproducido Leemans un jardín que vemos en una de esas decoraciones murales. Entre las plantas aparece una figura de Baco, que una mujer joven está copiando en una tela. En el fondo, apoyadas en una pilastra, dos mujeres contemplan al artista. Hay telas en su bastidor colgadas en las columnas y varios útiles de pintor como accesorios del cuadro.

En otra de esas pinturas encontradas en Pompeya, por una sugestiva coincidencia, es también una mujer la que aparece pintando. Los arqueólogos creen que esa mujer es la **laia**, de que habla Plinio y que Varron conoció en su juventud. Por su rapidez y su destreza, esta mujer sobrepasaba a todos los pintores de su tiempo. Vivió mucho en los contornos de Nápoles, en toda la Campania, y se comprende que su recuerdo fuera querido y popular en Pompeya y que hubieran querido conservarlo en ese cuadro.

Es curioso que esos dos cuadros—los únicos en que aparecen talleres de pintores—sean dos mujeres las que están pintando. Si agregamos a ésto que la paciencia femenina se adapta mejor al trabajo de las copias y ha sido siempre pagado a menor precio se explica que fueran preferidas por los comerciantes de Pompeya para la decoración de sus casas.

Todo esto nos inclina a pensar que los decoradores de

Pompeya fueron mujeres griegas, en su mayoría por lo menos.

Nos extraña que críticos como Boisier y como Stendhal, en esas decoraciones hayan visto solamente los cuadros que les sirven de adornos para considerarlos como simples copias y no hayan prestado atención a lo que hay de propio y peculiar en esos frescos, en lo que hace que la imitación de las decoraciones de Pompeya resalten en todas partes de una manera inconfundible. No es, pues, sólo una época del arte griego lo que ha conservado ese rincón de Italia, ha conservado también el arte decorativo de Pompeya. Y es precisamente la impresión de ese arte peculiar, de esas paredes pintadas de negro y de colores grises, adornadas con guirnaldas de flores, con aves imaginarias o paisajes fantásticos, de esas columnas teñidas de amarillo y de rojo, esa es precisamente la impresión que recogen los viajeros y conservan indeleble.

Para penetrar un poco más en la vida de Pompeya entramos en esas casas sin techo, en que ha desaparecido todo lo que había de madera, y sólo quedan las murallas, las columnas y los pavimentos de mosaico.

Casi al frente del Foro entramos a visitar la "Casa del Poeta Trágico", hermosa construcción, que se conserva como en los momentos en que fué exhumada.

A la entrada pasamos sobre un mosaico en que está admirablemente figurado un perro negro, encadenado. Tiene una vida extraordinaria. Ahí encontramos la conocida inscripción del **Cave Canem!**—Cuidado con el perro!!

Vemos las columnas que rodeaban las galerías del patio, el jardín en que se han reemplazado las mismas plantas y los mismos árboles que cultivaba el poeta. En medio de ese jardín en que todo despierta una ilusión de vida, está la fuente, la misma fuente del poeta, ahora seca y

silenciosa. Entre el follaje oscuro asoman las figuras de mármol que adornaban el jardín.

En la pared del comedor un gracioso fresco representa dos muchachos contemplando un nido de amorcillos. En otras paredes vemos a Ariadna y a Teseo.

En el pavimento de la sala de recepción hay un magnífico mosaico que representa toda una escena de teatro en que figuran siete personajes.

La biblioteca es pequeña; está adornada con paisajes y marinas. Hay un **papirus** con caracteres griegos, pintado en la muralla. En el fondo de la casa hay un pequeño templo.

En la vecindad está la casa del edil "Panza". Es una gran casa que ocupa toda una manzana. El patio enorme de esa casa está pavimentado con grandes baldosas, rodeado de altas murallas y tiene en el contorno columnas de mármol. En ese patio hay una elegante estatua griega y una mesa toda de mármol.

En un rincón de ese patio hay una escalera de mampostería que llevaba al piso superior que ha desaparecido. La decoración de ese patio es del más puro estilo pompeyano y hace un efecto de magnificencia y de grandeza en medio de sus ruinas.

En el fondo de esa casa hay un horno,—completamente igual a los que se construyen todavía en nuestros campos—debajo de su puerta tiene una inscripción equívoca: **Hic habitat felicitas**—Aquí está la felicidad—alusión grosera a la forma de los panes.

En la calle de Nola visitamos la "Casa del Centenario" en que nos muestran un cuarto con las paredes enteramente decoradas de negro y con guirnaldas de flores de colores vivos y friso de un rojo oscuro. Ese fúnebre dormitorio hace un efecto indefinible de sueño y de misterio. Nos hace recordar el ataúd colchado de seda azul que

Sarah Bernhardt tenía el capricho de colocar bajo su cama.

Al lado hay una pequeña sala de baño, toda de mármol y toda blanca.

Entramos en la calle de Stabies en la "Casa de los Amores Dorados", que es una de las que han sido más cuidadosa y afortunadamente restauradas. La columnata del patio ha sido repuesta en su lugar recogiendo los fragmentos esparcidos por el suelo. El jardín conserva todas sus esculturas de mármol. Se han replantado las flores y los árboles.

La decoración de todas las salas es espléndida y en una de ellas se ven figuras de amorcillos recortados en láminas de oro y colocados en medallones de un estuco azul. Esas figuras de relieve, repujadas, de un arte exquisito son las que dieron el nombre a la casa.

En la "Casa de los Vetii" en que también las galerías y el jardín se han restaurado, encontramos salones suntuosamente decorados. En uno de ellos está el célebre friso sobre fondo negro en que se destacan deliciosamente las alegres figuras de amorcillos que tejen coronas, fabrican aceite, hacen la vendimia, recogen flores o representan escenas mitológicas.

Sobre ese friso que es una de las pinturas más brillantes de Pompeya, hay en la muralla espacios vacíos. Parece que los decoradores sorprendidos por la erupción del Vesuvio no alcanzaron a ejecutar las pinturas que debían cubrir esos espacios.

En la cocina de esa casa están todos los útiles colocados en su sitio. En la despensa encontramos en su nicho el Dios tutelar de aquella casa.

Para nosotros tenían un interés especial la "Casa de Salustio" y la "Casa del Cirujano".

La Casa de Salustio es chica, el jardín pequeño. Las

paredes del patio están cubiertas con un estuco que imita el mármol. Hay en el fondo de ese jardín un comedor abierto. En la muralla del frente de ese comedor un gran fresco representa a Acteón expiando a Diana en el baño, transformado en ciervo y despedazado por sus propios perros. En la pared de la derecha Phryxus y Helle, en la pared de la izquierda Europa sobre el Toro. En una pequeña pieza al lado Marte y Venus, París y Elena. Todo en esa casa de verano respira una gracia ligera, una voluptuosidad elegante.

Más lejos, en la aristocrática calle **Consular** está la "Casa del Cirujano". Es una de las construcciones más sólidas que se han descubierto en la ciudad. Las murallas han sido hechas con grandes bloques de piedra, frías, desnudas, sin adornos, nos muestran descubierta su soberbia y fuerte desnudez. Los instrumentos de cirugía que se encontraron en las austeras salas de esa casa son los que han hecho presumir que ahí vivía un cirujano.

Una impresión y un interés de otro género nos llevaron a la "Villa de Diomedes". Está casi a la entrada de la Avenida de las Tumbas y muy cerca del monumento fúnebre a que debió su nombre. Es un mausoleo construido por el liberto Diomedes para su familia y su antigua Señora Arria, que lo había emancipado.

Las bases de relieve que adornan la tumba de Diomedes hacen ver que tenía una dignidad de magistrado. La suntuosidad y la distribución misma de la casa revelan a un comerciante acaudalado. Era tal vez la única casa de tres pisos que había en Pompeya.

El jardín, de una extensión excepcional está rodeado de un pórtico. En sus costados hay tres enormes sótanos, que debieron servir como almacenes y que recibían el aire y la luz por largas ventanas al nivel del suelo.

En uno de esos sótanos se encontraron las huellas de

- un espantoso drama. Diez y ocho cadáveres de hombres, mujeres y niños se amontonaban a la puerta buscando angustiosamente una salida. Esos desgraciados debieron ir a buscar un refugio en ese sótano cuando caía la lluvia de cenizas y de piedra pomez. Ahí después los vino a sorprender la lluvia que penetraba por las ventanas como un torrente arrastrando un barro espeso de cenizas y de lodo, que fué inundando el subterráneo, subiendo con una implacable suavidad y sumergiendo a todos en una muerte horrible.

En la puerta del jardín se encontró el esqueleto del presunto propietario, con la llave en la mano, y cerca otro esqueleto, tal vez de un esclavo que llevaba talegas de monedas y objetos de valor.

Cerca de dos mil años han pasado y todavía palpita en esa **villa** el horror de esa catástrofe.

En esa misma calle de las Tumbas encontramos las ruinas de la **Cárcel** en que las excavaciones descubrieron las huellas de otro drama de la desesperación y de la angustia. En una prisión encontraron dos esqueletos, y al lado las cadenas de fierro de que habían conseguido desprenderse; en otro calabozo dos esqueletos con los pies metidos en el cepo.

En la famosa posada, en el "Albergo" de la misma calle se encontraron las osamentas de dos caballos, y en el jardín, tortugas, pollos, cabras.

Visitamos de prisa la casa del Tintorero en que encontramos los detalles de una de las grandes industrias de Pompeya.

Los trajes blancos de tejidos de lana que las mujeres usaban en esa época necesitaban con frecuencia el lavado y la reparación del tintorero. Las paredes del atrio están cubiertas de pinturas que nos dan curiosos detalles de la industria del tintorero en aquel tiempo. Habíamos vis-

to ya esas pinturas reproducidas en cuadros del Museo de Nápoles. Uno de ellos representa, en primer plano, una mujer que entrega una capa a una esclava. A su lado un obrero sacude una lujosa capa blanca bordada de púrpura, colgada de un **tringle**. Otro trae una caja de mimbre sobre la que se va a extender la capa. Lleva en la mano una ancha copa de metal en que arde azufre sobre las brasas, desprendiendo un humo para blanquear la tela, procedimiento que se usa todavía en nuestro tiempo.

En otra pintura se ven grandes cubas en que se lavan los géneros. Esclavos pisotean los géneros para lavarlos, como hacen todavía las mujeres árabes, lo que llaman "La danza del batán". Vemos también figurando la prensa con que estrujan la tela entre dos tablas.

En el fondo del patio algunos estanques de cal y ladrillo, escalonados a diversa altura de manera que el agua pasara de uno a otro, lo que permitía utilizar varias veces el mismo líquido.

Otra industria que podemos seguir en los frescos de Pompeya es la que está pintada en la "Casa del Vinero". Ahí se pueden seguir en todos sus detalles los procedimientos que se usaban para la fabricación del vino en aquella época. Entre otros detalles se ve un genio alado, con un gran mortero, que aplasta uvas en un vaso colocado sobre un horno, lo que hace suponer que los pompeyanos conocían el vino cocido o tenían un procedimiento para activar la fermentación con el calor.

En la "Casa del Panadero" encontramos un horno y molinos parecidos a nuestros molinillos de café, que se movían como norias. Los esclavos desempeñaban ese monótono trabajo. Por una ironía del destino, Plauto y Terencio, los dos grandes cómicos de Roma, habían sido esclavos cuando jóvenes y habían estado condenados a mover esos molinos.

En esos hornos se han encontrado panes calcinados que nos muestran en los Museos de Nápoles, y que tienen formas que todavía se conservan en las panaderías italianas. Lo que ya se ha perdido es la costumbre oriental de esos vendedores. En una de las pinturas de esa casa vemos al panadero sentado a la turca sobre el mostrador, rodeado de sus panes, para hacer la venta.

Más detalles sobre la vida de Pompeya encontramos en las tiendas que ocupaban el frente de todas las casas de esa población de comerciantes. Esas tiendas se sucedían sin interrupción, en una serie interminable a lo largo de la calle, simplemente separadas unas de otras por una ancha columna.

La entrada de esas tiendas ocupaba todo el frente, de modo que todo el interior se podía ver desde la calle. Durante la noche cerraba esa entrada una cortina de madera, que subía y bajaba como las cortinas de fierro que cierran las tiendas actualmente.

El interior estaba en el fondo dividido a cierta altura. El piso bajo destinado al negocio y el piso alto servía de habitación y de taller. Todavía quedan como huellas de esa división los agujeros de las vigas en las murallas y pequeñas escaleras de subida.

Las mercaderías se exhibían sobre mesas, en pequeñas tablas suspendidas en la calle, colgadas de cordeles, o las anunciaba una inscripción en las columnas.

Esas inscripciones hacían un gran papel en aquella época; representaban una publicidad sin reservas. A veces eran anuncios más o menos duraderos, anuncios de mercaderías o de arriendos, pintados en los pilares; otras eran inscripciones o dibujos grabados en el estuco con la punta de un clavo o simplemente escritos con tiza blanca y roja, estos eran los **Graffiti**, que despiertan un interés curioso.

Detrás de una cortina estaba en el fondo la trastienda que servía de depósito y disimulaba la escalera para el cuarto de familia.

Las más lujosas de esas tiendas eran las tabernas. No estaban divididas y tenían sus murallas lujosamente decoradas.

En la taberna de **Fortunato** hay una gran mesa de albañilería, cubierta de mármol, con pequeños círculos para colocar los vasos. A un lado del mesón hay una estufa y un calentador. En otras la mesa de la venta tiene todo el cobertor de la mesa de un **bar** de nuestros días, cubierto con una capa de metal, con un calentador de alcohol en un extremo y un escaparate por detrás en que se guardan las botellas de vinos y licores. Delante del mesón había asientos altos para los consumidores.

En una de esas tabernas se han descubierto frascos de metal, como los thermos de ahora, para conservar las bebidas calientes o vinos perfumados.

En el fondo de la taberna hay dos pequeños cuartos para los consumidores de importancia. En las paredes hay pinturas. En una de ellas se ven dos alegres camareras que se divierten con los parroquianos, los abrazan, y con una coquetería maliciosa los excitan a beber. En otra hay hombres que juegan a los dados, que se disputan y se lanzan improperios escritos sobre sus cabezas.

Las más elegantes y alegres eran las ventas de las afamadas flores de Pompeya. Las paredes y la entrada de esas tiendas estaban siempre decoradas con guirnaldas de flores naturales, y en mostradores de albañilería se colocaba los maceteros con las plantas. También en esas tiendas las paredes estaban decoradas. Muchachas elegidas entre las más hermosas de Pompeya eran las vendedoras de esas flores. En esas tiendas todo era hermoso y frágil, todo ha pasado. Solo quedan las pinturas de las murallas,

las inscripciones de las paredes. Ahora todo eso es triste, vacío y silencioso.

Solo conocemos el nombre de los propietarios de algunas de esas tiendas. En una muralla de la calle de las Termas una inscripción nos hace saber que una tienda de pieles pertenecía a Campanus. "Antiguo soldado, propietario de esta tienda, donde sus esclavos trabajaban para él". Y debajo de esta inscripción se lee en letras cursivas: "**Scaura, aegipta sudit hic buaria**". Scaura, la egipcia, ha cosido aquí pieles de buey.

Recorrimos esas calles desiertas, en que se siente como una cosa material el peso de la soledad y del silencio, nos van distrayendo de la monotonía del camino la variedad de las singulares inscripciones que vamos encontrando.

Unos son simples anuncios de mercaderías como los que vemos todavía en las puertas de las tiendas, otros carteles de arriendo, otros son avisos de objetos perdidos: "Una ánfora de vino ha desaparecido de esta tienda; el que la traiga recibirá 65 sextercios, si denuncia al ladrón recibirá el doble."

Hay entre ellas inscripciones electorales, leemos en la puerta de la taberna de Phoebus: "Phoebus y su clientela os suplican que elijáis como decenviros a Prescius y Rufus". En otra: "Haz edil a Sabino y él te ayudará a tí". En otra: "Te suplico que votes por Cadelio". En otra: "**Fidelio orat**". Fidelio suplica.

Otras consagran recuerdos de afectos o de amor:

"Hic fuimus cari duo nos sine fine sodamus". Aquí los dos nos hicimos hermanos muy queridos y para siempre.—"Que yo muera si deseo ser un Dios sin tí". Otras son provocadoras declaraciones de amor: "Nonia saluda a su amante Pagurio", en otra, Virgula le dice a Tercio con

la franqueza más cruda: "Eres demasiado feo". Otros copian versos de Ovidio en la puerta de una muchacha o le dejan como recuerdo vengador una inscripción hiriente: "Suaris la tabernera, siempre tiene sed".

En otras, gente agradecida quiere públicamente manifestar su gratitud. A veces moralistas escriben sobre las murallas un consejo. "Imitare decet, non invidere"—Conviene imitar, pero no envidiar, o una lamentación desolada: "Nada en el tiempo puede durar eternamente, desaparecen la luna, que brillaba en todo su esplendor, y desaparece el sol, que hace poco asomó en el horizonte".

A veces esos **grafiti** son inscripciones libertinas, caricaturas o dibujos groseros. Debajo de una de éstas hay escrita una amenaza para el que se atreva a borrarla: **"Aviat Venere Pompeiana iratus qui hoc trascrit"**.

Otras inscripciones escritas con carbón, son carteles que anuncian funciones de teatro o espectáculos del circo.

En uno de esos carteles se anunciaban **Mimos** en uno de los teatros. Era un espectáculo que gozaba de una gran voga entre los jóvenes porque los papeles femeninos eran desempeñados por mujeres que generalmente eran mujeres livianas, y una intriga con una linda comediente era un recurso permitido para alegrar la vida de provincia. Todos recuerdan que defendiendo a uno de sus clientes decía Cicerón: "Se le acusa de haber raptado una comediente, es una distracción que autoriza la costumbre, sobre todo en los Municipios."

En las puertas del Circo los carteles dan un programa de la fiesta indicando el número de las parejas de gladiadores que van a combatir, las luchas con animales bravos. Pero más que esos carteles nos dan una idea de esos espectáculos de una brutalidad sangrienta los bajorelieves

que adornan las tumbas de algunos gladiadores. En la tumba de Escauro se ven gladiadores que pelean con un tigre, desnudos, simplemente cubiertos con la capa y sin más defensa que una espada. En otro bajorelieve el vencido levanta un dedo para implorar clemencia al público; se le niega, el vencedor da el golpe de gracia. Esa misma escena descrita y aún pintada no tiene la trágica emoción que produce la escultura.

Esas inscripciones en las murallas, esos **grafiti** que han dejado los transeúntes al pasar, es todo lo que nos queda del alma de Pompeya. Entre las ruinas de Pompeya se ha encontrado muy pocos libros, en la casa del Poeta, muy pocos rollos de papiros. Por un contraste desgraciado se han encontrado centenares entre las ruinas de Herculano, y para acentuar esta ironía burlona del destino el único manuscrito descubierto en Pompeya es un libro de caja, es la cartera del banquero Yucundo, que guardaba en un cofre encerrado en la muralla... Estamos en Pompeya, la ciudad del negocio y los placeres, la ciudad consagrada al culto del oro y de la Venus Física; no nos sorprende leer en un mosaico, a la entrada suntuosa de una **villa** la expresión suprema del espíritu ansioso del negocio: "**Salve Lucrus!**"—Viva la Ganancia!

Producen ahora una impresión única y extraña esas calles silenciosas, solitarias, con la soledad inmensa de un desierto, esas calles inmóviles, en que hervía en otro tiempo una multitud de comerciantes, compradores, mujeres, esclavos, todo ese mundo cosmopolita que venía del Asia y del Egipto, de africanos y de griegos, con sus trajes vistosos y su animación bulliciosa.

Grandes telones, se extendían de un lado a otro de esas calles, para darles sombra y refrescar ese aire tibio, en que se respiraban las voluptuosas languideces del orien-

te. Solo queda un recuerdo borroso de esa vida que el volcán sepultó debajo de sus cenizas y su lava.

La ciudad quedó cubierta hasta la altura del segundo piso de sus casas. Pasada la catástrofe los que habían conseguido salir de la ciudad podían reconocer sus calles y sus casas.

Y como sabían muy bien el lugar en que habían dejado sus objetos más valiosos y sus muebles, volvieron a buscarlos. Esa fué la primera y fácil excavación de aquellas ruinas, hechas de prisa, arrojando a la calle los escombros que se sacaban de las piezas. Así del segundo piso en que vivía la servidumbre y los esclavos se bajó al primer piso y después de sacar de aquellas piezas lo que era posible transportar, para penetrar en las que estaban vecinas practicaban forados en la muralla y entraban como ladrones en su propia casa. Vemos todavía esos forados que han quedado en las murallas. No valía la pena de hacer ese trabajo para ir a sacar los útiles de la cocina y la despensa. Esto nos explica el número tan considerable de esos útiles de interior y de cocina que se han descubierto en las excavaciones, y la escasez relativa de las obras de arte y los objetos de lujo. Eso nos explica también, que para no llevar muy lejos los muebles y los objetos sacados de Pompeya, fundaran la nueva población a una corta distancia de la antigua.

Esa población improvisada corrió la misma suerte que la vieja Pompeya. También fué sepultada por nuevas erupciones del Vesuvio que hicieron desaparecer todas sus huellas.

Hace poco se han encontrado en excavaciones casuales las ruinas de una ciudad olvidada, objetos de mármol y de bronce, lámparas, útiles de una elegancia y un arte superior, que hacen contraste con la arquitectura pobre y

la construcción ligera de esa población desconocida, y que suponemos la heredera del nombre y el destino de Pompeya.

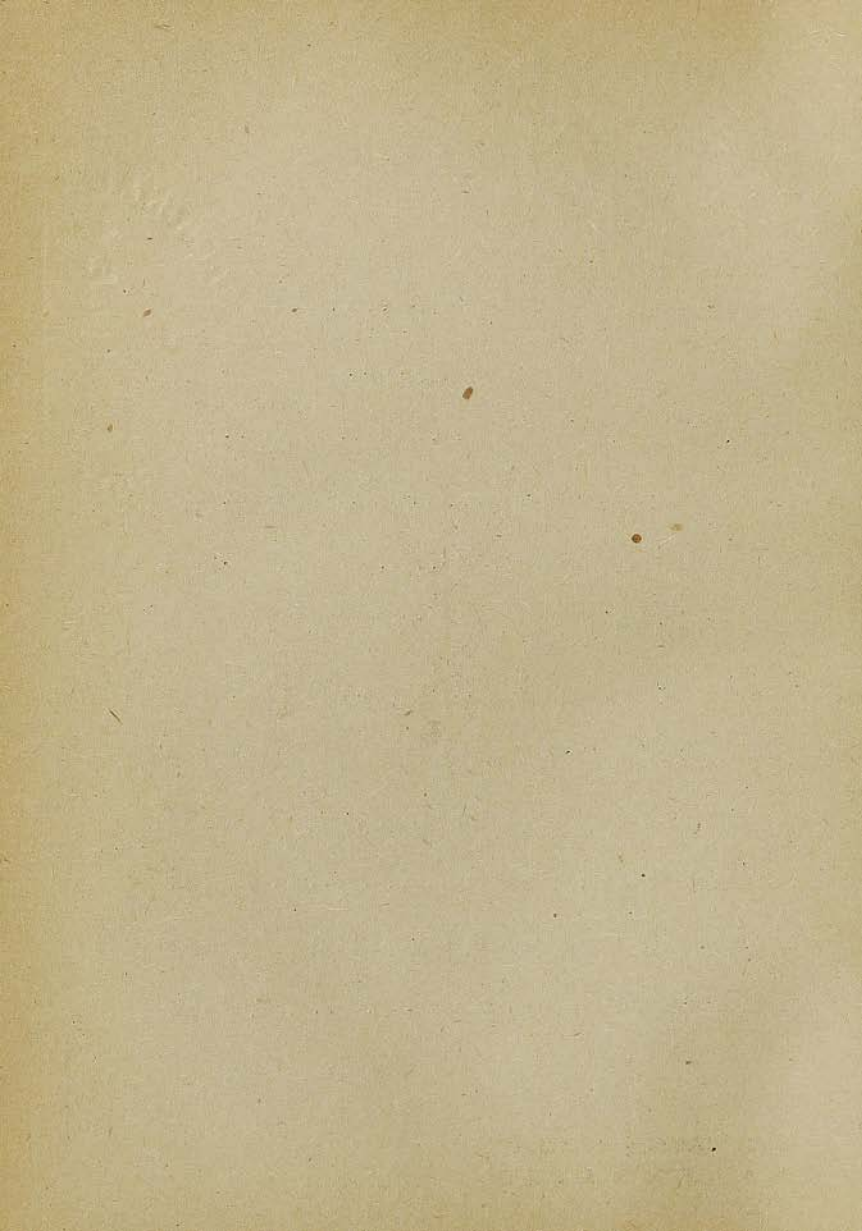
Caía ya la tarde cuando siguiendo el camino de la vuelta atravesamos la alegre corona de viñedos que envuelve las ruinas de Pompeya.

FIN

INDICE

Páginas

Ofrenda	5
En la Tierra de Jorge Sand	7
Biarritz	53
De Biarritz a Hendaye	69
En la Tierra Vasca	95
Excursión a Loyola	117
Por las orillas del Loira	141
Rincones de París. San Julián el Pobre	177
La última Taberna medioeval	189
El Calvario de Cimiez	195
Excursión a Capri y a la Gruta Azul	203
Excursión a Pompeya	225





Imp. "Aurora de Chile"
VALPARAISO

